

# CULTURA

29

••• REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION •••

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMÉRICA

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

1963





# CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION

MINISTRO  
PROFESOR ERNESTO REVELO BORJA

SUB-SECRETARIO  
PROFESOR CARLOS LOBATO

DIRECTORA DE LA REVISTA  
CLAUDIA LARS

Nº 29

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

1963

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
Pasaje Contreras Nº 145  
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

Impreso en los Talleres de la  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
San Salvador, El Salvador, C. A.  
1 9 6 3

# INDICE

	PAGINA
Apuntes Sobre la India ..... Hilda Chen Apuy.	11
Revaloración del Modernismo ..... A. Arias-Larreta.	15
El Gatopardo ..... María D'Amico.	22
Francis Fergusson Niega que Haya un "Gran Teatro" Norteamericano ..... Eunice Odio.	34
Estado e Iglesia en el Período de los Carolingios ..... Franco Cerutti.	40
Introducción a la Literatura Nicaragüense ..... Pablo Antonio Cuadra.	55
El Mundo Desconcertante de Alvaro Menéndez Leal ..... Matilde Elena López.	67
Ramón López Velarde y su Atormentado Lirismo ..... Roberto Armijo.	78

Poema de Oscar Acosta (Hondureño):	
Mediodía de Olancho .....	84
Poemas de Francisco Figueroa (Guatemalteco):	
Vuelo de Palomas .....	88
Convidado de Hielo .....	89
Poemas de José Roberto Cea (Salvadoreño):	
Los Regresos .....	92
La Lluvia .....	93
Poema de Dora Guerra (Salvadoreña):	
Roma .....	95
Génesis (Cuento) .....	98
Roberto Arturo Menéndez.	
Cuentos .....	107
Alvaro Menén Desleal.	
El Hombre que no Hizo Nada (Cuento) .....	109
Claudia Lars.	
Realidad y Superstición en Torno a Maquiavelo .....	114
Rolando Velásquez.	
Verdadera Fecha del Día del Maestro .....	123
Francisco Espinosa.	
Colegios Universitarios de Estudios Generales .....	127
Gregorio B. Palacín.	
Sentido Trágico de la Libertad Existencial .....	130
José Vicente Moreno.	
José Matías Delgado y el Movimiento Insurgente de 1811 .....	135
Rodolfo Barón Castro.	
Vida Cultural .....	149
Tinta Fresca .....	156

# Colaboran en este Número

**HILDA CHEN APUY.**—Nació en Puntarenas, Costa Rica, el 23 de enero de 1923, de padre chino y madre costarricense. Hizo sus estudios primarios y secundarios en su patria, y los universitarios en Costa Rica, los Estados Unidos y la India. Ha viajado por Estados Unidos, Europa y Asia. Actualmente es profesora de Historia de la Cultura y de Euritmia en las Escuelas de Ciencias y Letras de la Educación, Universidad de Costa Rica. Ha publicado trabajos literarios en *Repertorio Americano*, *Ariel*, *Voz Universitaria*, de su país, y en la *Revista de la Universidad Hindú*, de Benarés, India.

**ABRAHAM ARIAS LARRETA.**—Nació en Perú, en 1915. Escritor y maestro de escuelas primaria y secundaria, así como de universidad. Autor del primer esfuerzo lírico para introducir *el cholo* en la literatura peruana. (*La baraja del cholo*, poemas, Edit. Indoam. Buenos Aires, 1935). También escribe literatura infantil. Catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de La Libertad, Trujillo, Perú. Profesor visitante en las Universidades de Caracas, Panamá, Costa Rica, Guatemala y México. Catedrático de Literatura Española e Hispanoamericana en las Universidades de Los Angeles, Mississippi, Occidental College. Reside actualmente en los Estados Unidos de Norteamérica.

**MARIA D'AMICO.**—Nació en Catania, Italia. Asistió a la Universidad de Milán, obteniendo allí el título de Doctora en Letras y Filosofía. En Roma siguió, bajo la dirección de los eminentes maestros Lionello Venturi y Mario Salmi, curso de Perfeccionamiento en Historia del Arte. Trabajó durante varios años en la Superintendencia de los Monumentos de Roma y Lazio —con funciones de Inspectora de Bellas Artes— ocupándose, sobre todo, de los estudios históricos y críticos

relativos a la restauración de monumentos. Publicó varios ensayos. Entre sus trabajos más notables aparece la preparación de la parte histórica y artística de la Exposición de la *Vía Appia Antica*, que tuvo lugar en el Palacio Venecia (Roma) en 1956, y la publicación del correspondiente volumen ilustrativo.

**EUNICE ODIO.**—Guatemalteca nacida en San José de Costa Rica. Ha vivido en Guatemala, El Salvador, Cuba y los Estados Unidos. Reside desde hace varios años en la capital de México. En el campo de la poesía ha conquistado notables triunfos por su profundo impulso lírico, el conocimiento que tiene del idioma español, la seriedad de su pensamiento y la originalidad de su expresión. Como prosista adquiere nombre de primera clase, tanto en el ensayo literario como en la crítica de arte y literatura. Periodista “a la fuerza”, defiende sus ideas con valor extraordinario y ataca lo que cree que debe atacar con poder que aniquila. Ha dado conferencias y leído sus poemas en Universidades de nuestro Continente. Obras publicadas: *Los elementos terrestres*, poesía, 1948; *Zona en territorio del alba*, poesía, 1952; *El tránsito de fuego*, 1958.

**FRANCO CERUTTI.**—Nació en Génova, Italia, en 1918. Doctor en Letras de la Universidad de la misma ciudad, se especializó en Historia medioeval y Filología de las lenguas romances. En Roma siguió estudios con el maestro Ernesto Bounaiuti y con Alberto Pincherle, de la Howard University, sobre Orígenes del Cristianismo. Ha escrito sobre diversos temas en conocidas revistas y en periódicos de su país. Es autor de dos novelas: *I tuvo* (premio Grazia Deledda) y *Stanislao Yodlowsky ragazzo polaco*. Tiene gran experiencia como autor y director de obras teatrales. Ha traducido poesía centroamericana al italiano. Tuvo a su cargo la dirección del Teatro de la Escuela Nacional de Bellas Artes de Nicaragua, de 1960 a 1961. Fue Director del Departamento de Teatro de Bellas Artes de nuestro país y dirigió el Teatro Universitario de Guatemala. Actualmente reside en Europa.

**MATILDE ELENA LOPEZ.**—Nació en San Salvador en 1925. Se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad Central del Ecuador. Autora de las siguientes obras: *Masferrer alto pensador de Centro América*, Ministerio de Educación, República de Guatemala; *Tres ensayos sobre poesía ecuatoriana*; *Interpretación social del arte*, Primer Premio en la Rama de Ensayo en el Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes de Guatemala, 1962. Ha sido laureada con Medalla de Oro en varios certámenes literarios nacionales y extranjeros. Intenta, ahora, dominar el género teatral.

**ROBERTO ARMIJO.**—Nació en la ciudad de Chalatenango, El Salvador, en 1937. Ha triunfado en certámenes literarios nacionales. Publicó: *La noche ciega al corazón que canta*. Con sus *Poemas para cantar la primavera* obtuvo Primer Premio en los Juegos Florales Agostinos de San Salvador, en 1959, y ganó primer lugar —con otro hermoso poema— en los Juegos Florales de la misma ciudad, en 1962. Con su libro *Mi poema a la ciudad de Ahuachapán* alcanzó 2º Premio en el Certamen Literario promovido por la Comisión de Cultura del Comité Pro-Centenario de la misma ciudad, en 1962.

**OSCAR ACOSTA.**—Nació el 14 de abril de 1933 en la ciudad de Tegucigalpa, Honduras. Sus obras publicadas son las siguientes: *Responso poético al cuerpo presente de José Trinidad Reyes*; *El arca* (cuento); *Poesía menor*. Ha sido Jefe

de Redacción de la revista *Tegucigalpa*, del diario *El Día* y del *Día Dominical*. Ha ganado varios premios en Certámenes Literarios de su patria y de otros países de Centro América.

**FRANCISCO FIGUEROA.**—Poeta y escritor guatemalteco, nacido en 1902. Su fina expresión lírica, su honda emotividad y el dominio que tiene del idioma, lo han colocado entre los mejores escritores de su país. Obras publicadas: *Alegria*, 1939; *Victoria de la vida*, 1950; *Carmina*, 1959. Actualmente trabaja en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos, Guatemala.

**JOSE ROBERTO CEA.**—Joven poeta y escritor salvadoreño. Nació en la ciudad de Izalco, el 10 de abril de 1939. Publicó: *Amoroso poema en golondrinas a la ciudad de Armenia*, 1er. Premio en los primeros Juegos Florales de esa ciudad, 1958; *Poetas jóvenes de El Salvador*, antología, 1960; *Poemas para seguir cantando*, 2º Premio en los Juegos Florales Centroamericanos de Quezaltenango, Guatemala, 1960.

**DORA GUERRA.**—Poetisa salvadoreña. Nació en París, el 22 de julio de 1925. Es hija del escritor Alberto Guerra Trigueros. Estudió Ingeniería en la Universidad de El Salvador y Letras en la Universidad de Madrid. Ha publicado un libro de poemas, *Signo Menos*, en el que muestra la hondura de su pensamiento y el recio impulso lírico con el cual expresa sus ideas. Actualmente reside en Francia.

**ROBERTO ARTURO MENENDEZ.**—Salvadoreño. Actor y director de teatro. Nació el 13 de febrero de 1931. Fue Director de la Escuela de Arte Dramático de Bellas Artes, San Salvador, y Jefe del Departamento de Teatro de la misma entidad. Premios: 1º Teatro, en el Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes, "15 de septiembre" de Guatemala, 1958; 1º Teatro, compartido con Walter Béneke, IV Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1958 —obra premiada: *La ira del cordero*—; 1º Poesía, XI Certamen Cultural Universitario Centroamericano, 1961; 1º Cuento, VI Juegos Florales de Nueva San Salvador, 1962. Actualmente estudia Derecho.

**ALVARO MENEN DESLEAL** o Alvaro Menéndez Leal.—Poeta, cuentista, escritor de obras de teatro y periodista salvadoreño. Nació en 1931. Ha triunfado en varios Certámenes Literarios de El Salvador y otros países de Centro América. En el VIII Certamen Nacional de Cultura de esta República, 1962, obtuvo 2º Premio por su libro titulado *Cuentos breves y maravillosos*. En el X Certamen Cultural Universitario de esta capital, ganó tres premios en tres ramas de literatura: poesía, cuento y ensayo.

**CLAUDIA LARS** (Carmen Brannon de Samayoa Chinchilla).—Nació en Armenia, Departamento de Sonsonate, El Salvador. Desde muy joven escribió poesía. Obras publicadas: *Estrellas en el pozo*; *Canción redonda*; *La casa de vidrio*; *Romances de norte y sur*; *Sonetos*; *Ciudad bajo mi voz*, Flor Natural en los Juegos Florales de San Salvador, 1946; *Donde llegan los pasos*; *Escuela de pájaros*; *Fábula de una verdad*; *Sobre el Angel y el Hombre*, 2º Premio de Poesía en el Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1962. Su único libro en prosa, *Tierra de infancia*, aparecerá muy pronto en segunda edición.

**ROLANDO VELASQUEZ.**—Prosista salvadoreño. Nació en 1913. Escribe crónica pe-

riodística, cuento, biografía, ensayo y novela. Obras publicadas: *Amnesiópolis*, novela; *El bufón escarlata*, cuentos; *Memorias de un viaje sin sentido*, cuentos; *Carácter, fisonomía y acciones de don Manuel José Arce*; *Retorno a Elsinor*; *Entre la selva de neón*, novela; *Reflexiones de un hombre arrodillado*, ensayo, 2º Premio en el Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1957.

**FRANCISCO ESPINOSA.**—Maestro y escritor salvadoreño. Catedrático de Castellano y Literatura. Director del Liceo “Cuzcatlán” de 1933 a 1940. Director del Liceo “Cultura”, desde 1941. Obras: *Panorama de la escuela salvadoreña*; *Literatura universal y etimologías*; *Folklore salvadoreño*; *Símbolos patrios*, y otras obras de temas educativos y de asuntos relacionados con el folklore del país.

**JOSE VICENTE MORENO.**—Salvadoreño. Profesor de Educación Media en las asignaturas de Castellano y Literatura. Ha obtenido dos veces el Primer Premio en los Juegos Florales de Santa Tecla, en la rama de Ensayo. Egresado de la Facultad de Humanidades de nuestra Universidad Nacional. Ha realizado estudios técnicos sobre problemas de Desempleo y Supervisión de Oficinas de Colocaciones, en Puerto Rico, becado por el Punto IV de los Estados Unidos.

**GREGORIO B. PALACIN.**—Maestro y escritor. Nació en Madrid en 1905. Ciudadano norteamericano naturalizado. Profesor de Lengua y Literatura Españolas y de Educación Comparada en la Universidad de Miami, Florida, EE. UU. de Norte América. Conferenciante en la Universidad de Nuevo León, México. Obras: *El conocimiento científico del niño, la diferenciación de los escolares y la formación de grupos homogéneos*, publicación del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia, Montevideo, 1942; *La educación en Latinoamérica*, Miami, Fla., 1950; *La educación en los Estados Unidos y Latinoamérica*, México, 1955; *Historia de la literatura española*, 2 ediciones, México; *Cervantes*, Miami, 1949; *En torno al Quijote*, ensayos de interpretación y crítica, Miami, Fla., 1963, y muchas otras más.

# APUNTES SOBRE LA INDIA

Por Hilda CHEN APUY

## I

### EL ROSTRO OCULTO



HILDA CHEN APUY

Cuando pienso en la India tengo siempre la impresión de una dama velada que se oculta detrás de una apariencia que no nos indica la belleza que existe en ella. Como el concepto “maya”, ilusión multiforme que no es la realidad, así la India se presenta a los ojos del turista como el país de grandes masas humanas empobrecidas, que van lentamente, como sus majestuosos elefantes, como el Ganges que discurre por largos kilómetros, como sus innumerables rutas que llevan peregrinos hacia las cuatro direcciones. ¿Es esto la India? Sí y no. La India es más que eso; es el jardín riquísimo detrás del muro ruinoso,

sencillo, agrietado por los años. Penetrar en ella es descubrir una belleza incomparable que no podríamos sospechar en nuestro primer contacto o choque con ella. Es la anciana que, en metamorfosis singular, se nos convierte gradualmente en la diosa eterna, sin edad.

Ese rostro oculto no se nos muestra fácilmente: hay que luchar contra una serie de obstáculos que nos quieren impedir ver la realidad. Hay, sobre todo, que perseverar, que tener fe en lo oculto, en lo que no se da a primera entrada. Pero si hallamos el sendero, iremos de sorpresa en sorpresa, y podremos penetrar en su corazón y en su mente, y tener la intuición de los tesoros milenarios que esperan ser descubiertos por nuestro espíritu.

La vida nos lleva a veces por caminos inesperados. Y así, nos plantamos frente a lo desconocido. Con cuanta devoción y humildad sigamos por la ruta que se nos ofrece es, en parte, factor en nuestro éxito o fracaso. Buscamos... pero, ¿cuál es nuestra meta? ¿Está ella en lo más cercano a nuestros ojos? O por el contrario, ¿queremos descubrir mundos intuitivos en nuestros sueños? Y como en los sueños la realidad es a veces más auténtica, hundimos nuestro ser en las cosas que a veces parecen ilógicas, para entrar en contacto con lo que no está a la venta, ni en despliegue a los ojos de todos los profanos.

El sancta sanctorum del templo hindú es oscuro, sagrado, rodeado de misterio. Desde los muros de los templos multitud de dioses y diosas danzan ante nosotros; las formas se entrelazan como las lianas en un bosque. Hay algo exuberante, vital, dinámico en esas imágenes esculpidas en la piedra. Pero, adentro, en la intimidad del templo, ya no nos asalta esa vida llena de movimiento que vemos en los muros. Adentro está lo que no se puede expresar en la plástica, o mejor dicho, lo que va más allá del arte, lo que inspira esa variedad infinita de posiciones: lo absoluto detrás de lo aparente y cambiante. Allí, en esa intimidad, tendremos el primer atisbo del rostro oculto de la India, dama velada, diosa eterna, que nos espera escondida entre sus harapos exteriores, en sus diversos trajes, detrás de sus inquietantes apariencias. Adentro, el silencio, lo inconmensurable, lo que no es esto ni aquello. Adentro, "ananda", el éxtasis, la intuición de lo infinito, de lo que está arriba y de lo que está abajo...

## II

# EL ARTE

Cuando se visitan por primera vez los templos y museos de la India, se tiene la impresión de estar en un bosque riquísimo en el cual es fácil perderse. Es un mundo de formas que danzan con el ritmo de la creación y de la destrucción: en la mitología hindú el universo fue creado de la danza del dios Narayana, pero también la destrucción viene en la danza del dios Shiva o Nataraya.



*Uniéndose a aquella que semeja una trepadora:*

*Umma o Parvati*

*—la de cintura de serpiente—;*

*este dios que lleva el cuarto de Luna sobre su cabellera espléndida,  
danza en Vadougour, orquestado por la dulce música  
de los escarabajos de oro.*



En el arte de la India nos encontramos con un mundo artístico cuyas reglas difieren fundamentalmente de la tradición del arte de Occidente. El arte puede ser allá el vehículo que nos lleve a la liberación final del espíritu; pero cuando los occidentales miran las esculturas eróticas que adornan los muros de los templos, con frecuencia se escandalizan, y difícilmente podría la persona no informada acerca de los principios estéticos hindúes aceptar esas esculturas como arte religioso. Ahora bien, en la India el arte no es ni religioso ni profano, por la simple razón de que tal diferenciación no existe en la vida hindú; así, lo que para un occidental puede parecer sensual, para un hindú tiene significación espiritual, de la misma manera que la espiritualidad tiene una sustancia física. Cada aspecto de la vida presente está incorporado dentro de una jerarquía de valores. No en vano existe la fórmula “Dharma-arthakamamoksha”: dharma o la ley, el deber; artha, o la riqueza; kama o el deseo, el amor, y moksha, o la liberación espiritual. Los tres primeros principios pertenecen a las relaciones de los seres humanos con el mundo, y el último ha de ser el objetivo primordial de la existencia humana.

Este arte que hoy podemos admirar en los monumentos y museos de la India tiene una larga tradición: en el Museo Nacional de Nueva Delhi podemos ver objetos encontrados en las excavaciones de las antiguas ciudades del valle del Indo, Mohenjo Daro y Harappa, que datan del tercer milenio antes de Cristo. Un ejemplo de ese arte es la estatuilla de un dios danzante encontrado en Harappa, y que pertenece al período entre 2,400 a 2,000 antes de Cristo. Ese arte pre-ario es hoy objeto de estudios importantes.

Conforme se va comprendiendo la vida de la India, en la cual la filosofía, la religión y el arte están íntimamente ligados, la frondosidad del bosque va adquiriendo un ordenamiento de una lógica distinta a la que estamos acostumbrados. Pero vamos encontrando principios claros que nos permiten entender y amar un arte extraordinariamente rico en el contenido y hermoso en la forma.

Uno de los principios que han prevalecido en la India es el de que el artista debe ser un individuo moral. El arte es una disciplina, una especie de yoga, y el artista, antes de hacer su obra, debe purificar su mente y meditar para alcanzar la intuición perfecta de la obra que saldrá de sus manos luego. Y es que, a diferencia del arte griego, el arte de la India no pretende ser imitación de la naturaleza; de allí que la escultura hindú no nos muestre ejemplares perfectos y proporcionados de acuerdo con los cánones occidentales, sino las figuras humanas transformadas por un ideal que trasciende el mundo material. Así como la técnica yoga purifica la naturaleza física del yogui y lo libera de sus ataduras, hasta límites a veces increíbles, la escultura hindú muestra a hombres, dioses y animales, en un mundo liberado, trascendido. De la misma manera, al presentar a sus dioses, *diversas manifestaciones de un absoluto eterno*, el artista de la India no tiene que representar en ellos la suprema belleza humana, sino un mensaje espiritual concretado en formas inspiradas por un

ideal de belleza que se fundamenta en los ritmos eternos de la creación. Pero esa belleza no puede ser comprendida solamente por medio del estudio de las técnicas artísticas; es la visión interna, la intuición que resulta de la disciplina mental y religiosa lo que puede llevar al artista a esa transmutación de la piedra en el dios, o en el templo, cuerpo divino.

Para el artista de la India la simple perfección anatómica no basta para expresar la vibrante vida interior en sus diversas manifestaciones, pues en una posición de absoluta calma, también la figura puede representar las posibilidades de infinita energía, infinita paciencia a través del intenso sufrimiento o de la intensa alegría. De allí que más que desear representar fielmente la apariencia física de un ser, es preferible expresar lo interior, la verdad, la realidad de ese ser. Y es en esta característica que vemos el fondo filosófico: *la búsqueda de la realidad, de lo absoluto, a través de las apariencias multiformes: el romper el velo de Maya para alcanzar el Brahman.*

Podemos decir, pues, que el artista de la India ha buscado expresar sus intuiciones por medio de los materiales plásticos.

Otra condición del arte de la India es que no representa un determinado momento, sino que es expresión de una condición continua; así la imagen del dios realmente existe en nuestra mente y en nuestro corazón, pero se proyecta en el espacio, como nos dice el gran erudito Ananda K. Coomaraswamy. La danza de Shiva sigue teniendo lugar en el corazón del creyente, como la batalla a la cual es impulsado el personaje del Bhagavad Gita, se libra continuamente en el alma de cada hombre.

Para el espectador occidental ese arte puede a veces parecer monótono porque sigue una tradición establecida; además, no existe allí el deseo de originalidad. Sin embargo, así como desde una altura el mar puede parecerse inmóvil, porque no distinguimos el movimiento y la vida que oculta su aparente serenidad, también en el arte de la India, y en general de Oriente, hay hermosas variaciones dentro de una técnica altamente disciplinada que ha dado exquisitas obras maestras a lo largo de muchos siglos.

Y para terminar esta breve introducción al arte de la India, podríamos decir con el filósofo chino Chuang Tze: “La mente del sabio, estando en reposo, se convierte en el espejo en que se refleja el universo”. Así, la intuición de los artistas de la India, a través de la contemplación, expresa su visión interna del mundo que los rodea.

Helola Chen Apuy

# Revaloración del Modernismo

Por A. ARIAS-LARRETA

En las postrimerías del siglo XIX se empezaron a concretar nuestras tendencias de emancipación y renovación literarias, en un movimiento que barrió parcialmente los viejos moldes de la preceptiva, ensanchó los horizontes de la curiosidad intelectual, revitalizó el idioma y afirmó, en contraposición al desarraigado exotismo modernista, la voluntad creadora original del mestizo.

Los antecedentes del movimiento pueden encontrarse en las ideas revolucionarias de Manuel S. Rodríguez, Victorino Lastarria, Juan Manuel Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento, Esteban Echevarría y otros definidos precursores del anticolonialismo y de la llamada americanización de nuestra literatura. Tras la definición del romanticismo escolar vino el aporte de Manuel González Prada, adelantado del simbolismo, parnasiano actuante y anticolonialista integral, seguido de los posteriores intentos y realizaciones de José Martí, Díaz Mirón, Julián del



A. ARIAS-LARRETA

Casal, Gutiérrez Nájera. Antecedentes condignos fueron, también, el realismo

costumbrista, la literatura indianista, el nativismo, la poesía gauchesca, la literatura popular y los primeros brotes del indigenismo social.

El movimiento se va concretando, pues, al impulso más que todo formal de influencias literarias externas y merced a corrientes espirituales preexistentes. Una de las conquistas de mayor trascendencia para el porvenir de nuestra literatura sería el renacimiento del idioma. Sobre la muerte de la rígida sintaxis tradicional, nació un castellano elástico, ágil y dúctil. Una verdadera revolución toca en sus entrañas mismas a la lengua no desarzonada, “seca y dura como el hombre de Castilla, solemne y campanuda como una admonición, almidonada e incómoda como la golilla de algún prócer hidalgo”, según dijera Blanco Fombona. La consecuente renovación del lenguaje poético alcanzó sus más altos puntos en la historia del idioma con el remozamiento de viejas formas, la introducción de nuevos ritmos o la reincorporación de ritmos olvidados, y por la utilización de ventajas verbales de otros idiomas. Esta liberación de los anacrónicos moldes expresivos del castellano se vinculó a la emancipación indoamericana de la tutela literaria española y al consiguiente contacto con otras literaturas. Tal contacto ya se había iniciado —como en los casos singulares de Echevarría y Manuel González Prada— pero sólo entonces se realizaría plenamente, debido al constante peregrinaje de escritores y poetas a Europa, y a la mayor y más rápida difusión de las corrientes literarias extranjeras. Cuando esta “toma de contacto” fue fecunda, como en algunos de los mejores temperamentos de aquel tiempo, pudo realizarse aquella espléndida asimilación, cuyos valores, conjugados originalmente por el espíritu indoamericano, cuajaron en expresiones de perdurable resonancia en nuestra literatura.

Tradicionalmente se cita al *Modernismo*, sin embargo, como la única

manifestación o tendencia de nuestra literatura, entre las postrimerías del siglo XIX y las dos primeras décadas de nuestro siglo. Lo cual no es exacto, aunque así lo admita y lo sostenga la crítica generalizada y generalizadora. El *Modernismo* fue uno de los frutos, no el único, del movimiento de renovación literaria y emancipación espiritual proclamado desde la iniciación de la república, y, antes aún, por los precursores que tienen su mejor figura en el residente neogranadino Manuel Socorro Rodríguez. Frente al *Modernismo*, contrapuesto a su purismo estetista, a su cosmopolitismo decadentista y a su exotismo, fue perfilándose una poderosa corriente que podríamos llamar *mestizismo*, si es que tal nombre fuera una exacta denominación para el rumbo y el espíritu de la literatura indoamericana en su primera gran etapa de afirmación.

Las características de las dos tendencias, nacidas de un común movimiento renovador, son perfectamente claras e inequívocas. Es sorprendente que los críticos y los autores de historias de nuestra literatura no hayan hecho ni hagan mención de ellas. Veámoslas.

El *Modernismo* consagró a París como su capital literaria —y a Grecia a través de París— y bebió sus mejores enseñanzas en las fuentes simbolistas, parnasianas, decadentistas de la poesía francesa. Sicológicamente se diferencia por la egolatría, el individualismo, la exaltación de la sensibilidad y el pesimismo. El llamado “rescate del valor artístico de la palabra” —conquista reclamada por el movimiento renovador— se convirtió para los discípulos de Darío en el culto de la palabra por la palabra misma, que luego desembocó al malsano preciosismo, con sus excesos y refinamientos. El *Modernismo* no se ocupó de lo autóctono sino con fines de explotación y propaganda, para dar la nota pintoresca o el color local. Los modernistas prefirieron evadirse de su ámbito, fieles a la consigna del exo-

tismo, en busca de fuentes de inspiración, de escenarios, de tipos, de sensaciones, de ideales y de patria —“la patria que no encontraban en América”—. A estas singularidades hay que añadir el hedonismo, la tristeza sensual, el desdén por la multitud, la amoralidad intelectual y cívica, la creencia en la predestinación privilegiada e irresponsable del artista.

El mesticismo, o la literatura indoamericana o mestiza, apareció como una reafirmación concertada de todas las tendencias vernaculares que venían haciéndose presente desde la Independencia —realismo costumbrista, nativismo poético, relato indianista, novela indigenista—. Asimiló todas las conquistas de la renovación idiomática y los valores positivos de las corrientes literarias extranjeras, pero no se despersonalizó ni cambió meta y rumbo de sus realizaciones artísticas. Admitió aquel saludable requisito del cultivo de la personalidad y la indispensable preparación del artista, pero no transigió con la egolatría, el aislamiento aristocrático y la teoría del arte por el arte. Se pronunció contra el empleo meramente eufónico y desvitalizador de la palabra, y al escepticismo sedentario, convencional y derrotista del Modernismo opuso una actitud optimista, dinámica y realizadora.

También la posición humana, política y filosófica diferencia netamente a los seguidores de las dos tendencias. La mayor parte de los modernistas perteneció a la bohemia permanente (la bohemia de salón, elegante, bien mantenida; no la desarrapada de los románticos) y su vida entera fue una animosa provocación al “filisteo” —aunque los “filisteos” mantuvieran su bohemia— y una enfermiza rebeldía contra lo que llamaban el ambiente estrecho y pacato. Su sentido hedonista, aristocrático y amoral del arte y de la vida, los llevó al conservadorismo arrivista con su lógico usufructo de prebendas fiscales y canonjías diplomáticas, bajo el

“mecenazgo” de los hombres fuertes de Indoamérica. En su paradójica y anárquica filosofía predominaban los conceptos de que “el mundo no tiene justificación moral”, que “el arte está más allá del bien y del mal” y que “la vida debe realizarse en el arte o en la acción” —la acción del condottiero o del duce, por supuesto, no la del liberador o transformador.

Con raras excepciones, los representantes de la Literatura Mestiza fueron poetas, escritores, ensayistas, dramaturgos de vida laboriosa y sin leyenda. Cuando alcanzaron figuración literaria o política, ello se debió al talento, al esfuerzo y a la lealtad ideológica. Al revés de los modernistas, casi todos pertenecieron a los cuadros liberales, lógicos y permanentes adversarios de los *hombres fuertes*, los *dictadores providenciales* o los *gendarmes necesarios*. Aunque todos no fueron políticos militantes, eran, por espíritu y trayectoria, los herederos y continuadores de la tradición democrática de Sarmiento, Lastarria, Francisco de Paula Vigil, Benito Juárez, Amunátegui, González Frada, Hostos y Varona. Heredaron también la tradición americanista de la literatura. Gente entrañablemente ligada a su continente y a las peripecias sociales de cada comunidad mestiza, llevó a la literatura las bellezas del escenario vernáculo, la emoción del hombre común, las vicisitudes de los pueblos en lucha por su libertad, el drama sentimental de la inmigración y el social del caciquismo nativo y de la penetración económica imperialista. Allí puede encontrarse la explicación no sólo de la típica entonación de la literatura mestiza, sino el origen de su dinamismo literario y social, ligado, con mayor o menor vigor, al acaecer histórico de sus pueblos.

No podría encontrarse entre los modernistas aquella tónica indoamericana, esa dinámica comunión con el destino de los pueblos y, mucho menos, el saludable optimismo literario y la fe es-

timulante por la democracia, ideal incumplido y tarea a realizarse entonces y ahora. Los personajes de las novelas modernistas (“Idolos Rotos” de Díaz Rodríguez, por ejemplo) son seres desarraigados, exotistas ultrasensibles, de imposible adaptación al “medio bárbaro” que los rodea. Cuando las circunstancias los hacen chocar con la realidad, o aun antes de que llegue esta ocasión, se retraen al refugio de las élites, de las torres de marfil o de “los castillos interiores”, en una evasión que expresa su “olímpico desprecio” por el mundo, a la vez que su impotencia para enfrentarlo, con el tácito renunciamiento a la lucha.

En contraste podemos enfrentarles a los personajes de Urbaneja Achelpol, Baldomero Lillo, Federico Gamboa, Carlos Reyles (de la primera época), y luego los de Rómulo Gallegos, Azuela, Martín L. Guzmán, López Fuentes, López Albújar, Manuel Rojas, entre otros. Con ellos se puede formar una galería indoamericana, cuya autenticidad no se puede discutir. Son hombres que discurren cordial o dramáticamente en su ámbito geográfico propio; que enfrentan, provocan y padecen, sin renunciamentos, la batalla social de sus comunidades. Todos ellos tienen salud espiritual y sus expresiones son elementales, instintivas, limpias, con una potencia juvenil que corresponde propiamente al mundo histórico, geográfico y humano que los sustenta.

En cuanto a los ensayistas, las diferencias se marcan de modo igualmente categórico. Frente al exotista César Zumeta, empecinado en un diagnóstico pesimista del Continente y en la teoría de sus “hegemonías” necesarios para salvar Indoamérica, José Ingenieros analiza científicamente la realidad argentina y proclama su fe en la solidaridad democrática indoamericana para una lucha victoriosa contra toda clase de imperialismos. Las autocráticas disquisiciones “modernistas” de Valenilla Lanz, Pedro Arcaya, F. García Calderón, en

torno a nuestra ineptitud democrática y el “indispensable mal necesario” de los hombres fuertes en el gobierno, tienen la respuesta aleccionadora de Alfredo Palacios, Carlos Vaz Ferreira, B. Sanín Cano, Alejandro Korn y Manuel González Prada.

Hay más. Enfrentado al imperialismo el teórico modernista de más rango, José Enrique Rodó, se dejó llevar por el ímpetu lírico formalista en la exaltada idealización de Ariel —su símbolo del alma latina— y no alcanzó a ver sino el lado antiestético de Calibán, símbolo del “monstruo anglosajón amenazante”. Enrique José Varona le demostraría la forma de calar en las entrañas del problema en su estudio “El Imperialismo a la luz de la Sociología”. Ligados al Modernismo, por su pesimismo y su posición anti-indoamericana, estuvieron Alcides Arguedas y Carlos Octavio Bunge. El primero trazó una radiografía humillante del indio y mestizo bolivianos en “Pueblo Enfermo”, y en posterior producción acentuó su antimesticismo y su tendencia fascista. Bunge avanzó temerariamente a negar el valor biológico y social del mestizo, clamando por su europeización. Junto a ellos Manuel Ugarte, sin fe alguna en las esencias indígenas de la raza, sólo creía en el porvenir de “los pueblos ibéricos” a base de su occidentalización. Esta posición europeizante, proclive al totalitarismo, negadora de nuestros valores humanos, fue ejemplarmente combatida por vida y obra de los maestros ya citados —Varona, Ingenieros, Palacios, Vaz Ferreira, González Prada, Korn— y tuvo la elocuente refutación de la propia literatura mestiza que no siguió los señuelos europeizantes ni perdió la fe en sus potencias originales, avanzando firmemente en su definición.

En poesía, tal como en el ensayo y la novela, fue clara la contraposición de tendencias. El grupo llamado modernista glosó en distintos tonos la poesía del insigne Darío, de acuerdo a su tempe-

ramento y a sus preferencias. Sus oponentes, los poetas mestizos, recogieron las enseñanzas de la renovación sintáctica y métrica, pero ensayaron por su cuenta la traducción de su sensibilidad vernácula.

El caso de Rubén Darío, “en quien confluyen y se esencializan los valores de todas las escuelas poéticas desde el Romanticismo”, fue un caso excepcional e inimitado. Sólo Herrera y Reissig adquiriría semejante rango estético, al iniciar la renovación metafórica que, años más tarde, prosperaría en las escuelas de vanguardia. En Rubén Darío culmina la vieja aspiración renovadora de la lengua castellana a través de la poesía... Pero Rubén, quien puso en boga el cosmopolitismo y aunque consagrara a Grecia y París como sus meridianos, se sintió siempre español de conciencia y jamás negó el afluente chorotega que circulaba en sus venas. De su obra parten directivas cosmopolitas, lecciones de pura cepa castiza; invitaciones al tema del paisaje indioamericano, a la emoción del hombre común y a la esperanza en el porvenir del Continente. Sus discípulos y los de Rodó (modernistas, novecentistas, arielistas) sólo tomaron lo paramental, esto es, sólo lo adjetivo del gran mensaje rubendariano. Los retoños líricos modernistas se sumergieron en una mera borrachera verbal, multiplicaron las torres de marfil, asaltaron las sincuras diplomáticas y consagraron al exotismo como uno de los “principios heráldicos” de su arte.

“En el fondo de mi espíritu —había dicho Darío— a pesar de mis vistas cosmopolitas, existe el inarrancable filón de mi raza; mi pensar y mi sentir siguen un proceso histórico y tradicional; mas... de la capital de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto habría de tomar lo que contribuyese a embellecer y a decorar mis eclosiones autóctonas”. El programa literario implícito en esta declaración —asimilar las influencias positivas de la

corriente literaria universal, sin despersonalizar el espíritu autóctono— paradójicamente fue acogido por intelectuales o literatos que no figuraban en los cuadros oficiales del Modernismo, y aun por “modernistas renegados”, como los degeneradores de la herencia rubendariana llamaban a los que reaccionaron en contra del bastardo movimiento erigido antes y después de la muerte de Darío. Precisamente la especie de marcha cerrada contra el exotismo y la falsa interpretación de la renovación literaria presidida por Darío, tuvo la elocuente admonición de Rufino Blanco Fombona: “Es necesario que creemos en Literatura el nacionalismo, el arte propio criollo, exponente de nuestros criollos sentir y pensar. La principal deficiencia del Modernismo en América, el germen ponzoñoso que iba a darle temprana muerte ha sido el exotismo, ¡abajo el exotismo! El enemigo es París, ¡muera París!”

Antes de lo que escribiera Blanco Fombona, y apenas salido a luz “Los Raros”, de Darío, José Santos Chocano reaccionó rudamente contra lo que él llamaba “las consecuencias de la propaganda francesa” del libro de Darío, exclamando: “Pobre la Literatura que resultare de la transfusión de esa sangre gastada en nuestras venas de juventud”. (La Neblina, Lima, Mayo de 1897). En el mismo artículo Chocano inculpa a Darío “no reparar en que todas las ramificaciones de Baudelaire y todas esas cabriolas de la musa actual tienen su raíz en las Américas, en un cerebro americano, el de Edgar Allan Poe, a quien (Darío) retrata con menos amor que a cualquier europeo”. Al final decía: “Rubén Darío nos debe otra obra, menos francesa y más americana. Que ensaye su fuerza. Ensayémoslas todos”. Tras leer el comentario Darío envió a Chocano un ejemplar de “Prosas Profanas”, sin dedicatoria, pero con un versículo del Evangelio de San Juan: “Negó Pedro otra vez y luego

cantó el gallo”. En una tarjeta postal que lucía en colores el animal simbólico de Galia, Chocano contestó: “Admirable Rubén: los maestros franceses pueden estar seguros de que a mí no me canta ningún gallo”. Años más tarde Enrique González Martínez invitó “a torcer el cuello al cisne de engañoso plumaje”, reaccionando contra la intrascendencia y los perjuicios del “sarampión rubendariano”.

La reacción plena, de espíritu, contra el exotismo y el formalismo preciosista, y en contra de la evasión social y literaria, la representó el grupo de poetas mestizos, cuya voz fuera apagada al principio por lo que algunos llamaron “la espléndida orquestación modernista”. Luis Carlos López traducía en Colombia la emoción cotidiana de calles y gentes provincianas, mientras que Guillermo Valencia pulía impasiblemente sus versos en Popayán. Junto al soberbio barroquismo de Herrera y Reissig, se dio en el Uruguay la fresca y elemental poesía nativista de Trelles, el viejo Pancho. A la otra banda del Río de la Plata Evaristo Carriego —luego seguido por Evar Méndez y Fernández Moreno— descubrió el filón literario del conventillo —expresión común de la tragedia social humilde en las capitales indoamericanas—, por el tiempo en que **Jaimes Freyre**, evadido de su Bolivia natal, explotaba pacientemente su cantera de motivos nórdicos. La intención social de Carriego tendría poco después valoración confirmativa en la poesía del chileno **Pezoa Véliz**, y una prolongación dinámica en las poesías del combativo **Gregorio Castañeda Aragón** y **Domingo Rojas**. Entretanto había nacido en Venezuela el mejor poema de los llanos con la **Silva Criolla** de **Francisco Lazo Martí**, y la poesía popular empezaba a funcionar gallardamente, una vez más, a través de los corridos de la Revolución Mexicana. Hay una segunda etapa en la cual se afirma la poesía mestiza, rumbo a mejores definiciones, coincidiendo con la

liquidación oficial de la lírica modernista.

Una suerte de patético realismo, que algunos llaman un nuevo romanticismo, presidió esa segunda etapa de la poesía mestiza, que se afirma en lo vernáculo indoamericano y aclara el mensaje revolucionario, largamente incubado antes y después del romanticismo escolar, en pro de la emancipación y americanización de la Literatura. A la mejor y más ágil expresión literaria indoamericana —que incorpora la emoción social de la ciudad y perfila la presencia de cholos, mulatos, indios, provincianos, campesinos y obreros— hay que sumar, como hechos trascendentales, la insurgencia lírica desprejuiciada de la mujer mestiza (**Gabriela Mistral**, **Delmira Agustini**, **Juana de Ibarbourou**, **Claudia Lars**), junto a las primeras notas de la épica revolucionaria (**Pezoa Véliz**, **Gómez Rojas**, **Castañeda Aragón**, **Victor Domingo Silva**, **Maples Arce**, **Arqueles Vela**), que dejó atrás al individualismo románticoide y, cargada de emoción social, abrió paso a lo que algunos llaman la poesía revolucionaria militante de nuestros días.

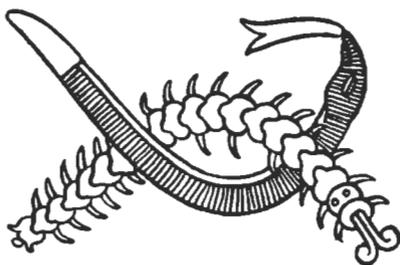
Paralelamente a esta marcha definida de la poesía mestiza, se acentuaba la atomización de tendencias en la poesía de modernistas y post-modernistas, **Samain**, **Wilde**, **Francois James**, **Verlaine**, **Baudelaire**, **D’Annunzio**, **Leconte de Lisle**, **Mallarmé**, o los nacidos en **Indoamérica** (**Darío**, **Herrera** y **Reissig**, **Díaz Mirón**, **Chocano**, **Lugones**) procrearon, individualmente o por pares, una numerosa descendencia. A veces los literatos se agruparon en cenáculos, “por el oficio” no por la tendencia (decadentistas, satanistas, rubendarianos, simbolistas, parnasianos), como en el caso del Grupo de los Diez, en Chile, el de los Colónidas en el Perú, la Generación del Centenario, en México.

En esa anarquía de tendencias, con su evidente desconcierto y lógicas enfermedades “fin de siglo”, debe haberse basado **Federico de Onís** para afir-

mar, en frase de larga repetición, que “el Modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu, que inicia, hacia 1895, la disolución del siglo XIX”. Pero parece que hay error en el enfoque histórico y literario del problema, ya que Onís confunde el ritmo histórico de Indoamérica con el de España, y considera a Indoamérica como si fuera una de las comarcas culturales que vivió y compartió con las naciones europeas el impacto histórico de fin de siglo. La tendencia que presidió Darío, con la previsión de Edgar Poe y los mandatos de la tradición española e indígena,

fue un movimiento juvenil, no crepuscular y decadente, que marchó del Nuevo Mundo a España con las conquistas de la renovación literaria castellana. Otra es la tendencia que en Indoamérica, cernida de todo lo adjetivo y adventicio, entusiastamente adherida al acaecer humano y social de nuestras comunidades, fue conjugando las expresiones de la sensibilidad mestiza, para llevarnos por un proceso de independencia voluntaria —no “involuntaria” como dijera Alfonso Reyes— a las conquistas de la emancipación literaria y a la definición de nuestra personalidad en letra y en espíritu.

Al. Arias Paretta



# EL GATOPARDO

Por María D'AMICO

En el verano de 1954, en una pequeña ciudad termal del norte de Italia, se verificaba una reunión literaria. Participaba en ella, tan sólo para acompañar a un primo poeta, premiado en aquella oportunidad, un señor retraído y silencioso que nadie, en aquel mundo variado y distraído, conocía. Había llegado con el primo desde la lejana Sicilia, su patria, en tren, con un criado. Su nombre era Giuseppe Tomasi, príncipe di Lampedusa e duca di Palma.

Este nombre, en aquel tiempo conocido sólo por un limitado círculo de amigos aristócratas e intelectuales, estaba destinado, algunos años más tarde, a pasar las fronteras no sólo de Sicilia, sino de la misma Italia, para alcanzar una resonancia mundial, como el nombre del autor de la más grande sorpresa literaria de post-guerra europeo. El Príncipe Tomasi di Lampedusa era el autor de *El Gatopardo*.

Digamos ante todo que resulta imposible separar la figura del autor, de



MARIA D'AMICO

su novela. Aun cuando en la obra de arte la personalidad del autor esté viva y presente, aquí la identificación, como ya ha sido dicho, me parece absoluta y de importancia esencial.

Giuseppe Tomasi di Lampedusa nació en Palermo de familia nobilísima cuyos orígenes, según consta en recientes investigaciones, se creen antiquísimos, nada menos que fabulosos, tanto como para remontarse, parece, a la corte de Bizancio. Los episodios de su vida son pocos y de escasa importancia para la curiosidad del público. Participó en las dos guerras mundiales, fue oficial en el ejército italiano, mas abandonó la carrera militar a los treinta años. Desde entonces, vivió apartado y silencioso. (Volveremos sobre este lado de su carácter, que es muy significativo para comprender la obra y su autor). En 1932 habíase casado con la baronesa Alessandra Wolff-Stomersee de origen letón. El príncipe tenía como su gran pasión los viajes. Hablaba perfectamente cinco lenguas conociendo sus respectivas literaturas. Su cultura era vasta y profunda, y podemos decir que si su existencia no ha sido rica de acontecimientos sensoriales, en cambio fue toda una aventura espiritual, intensa y sufrida, un descubrimiento consciente y riquísimo del mundo, de las personas, de nuestra sociedad.

Sin embargo, estas experiencias espirituales no le habían hecho sentir la urgencia de expresarlas en palabras, hasta aquel su encuentro con el mundo literario al cual hemos aludido inicialmente. Fue al regreso de la reunión literaria de San Pellegrino en el silencio de su casa de Palermo, aislado una vez más del mundo exterior que no le pertenecía, cuando comenzó a escribir la novela que había de hacerle famoso. Parece —y la esposa lo ha confirmado— que desde hacía tiempo tenía la idea de escribir una novela sobre Sicilia, en la época del desembarque de Garibaldi. Nunca habíala realizado.

La novela fue escrita y terminada en

pocos meses. Pero el destino del hombre apuraba. Mientras el manuscrito presentado a diferentes editores, yacía en espera de su revelación, el príncipe habíase gravemente enfermado. Trasladado a Roma en una tentativa extrema de curación, murió allí el 23 de julio de 1957. Poco más de un año después, en noviembre de 1958, su primer y último libro, su única obra, aparecía póstuma.

La publicación se debió al azar y a la inteligente intuición del escritor Giorgio Bassani, quien cuidó la primera edición presentándola con un bonito prefacio en el que cuenta el curioso caso. Una amiga suya, napolitana, quien sabía que él estaba preparando una nueva serie de libros para el editor Feltrinelli, le telefoneó diciéndole que tenía algo para él: un texto escrito en máquina que le había sido enviado hacia algún tiempo desde Sicilia por un amigo. No se sabía quién era el autor, pero enseguida, desde las primeras líneas, pareció a Bassani una obra notable y nació en él la curiosidad de conocer quién la había escrito. Telefonó a Palermo y supo que el autor era el príncipe di Lampedusa. Un viaje a aquella ciudad le permitió examinar directamente el manuscrito original y lo halló todavía más interesante que la copia que ya poseía. Naturalmente publicó enseguida la novela sintiendo pesar de que el autor ya no estuviera en vida.

Todavía una vez más, el destino había sido fiel a la vida que el príncipe di Lampedusa se había construido, tan contraria al mundanal ruido, tan modesta e intensamente silenciosa, toda interior. Así tímida y calladamente como había vivido, habíase marchado antes de que el éxito lo saltara y con toda probabilidad turbara su recogimiento secreto, cuyos contactos con el mundo externo eran tan limitados y comedidos. Todo esto por una especie de escepticismo espiritual que tal vez le hacía pensar como ya lo pensaba el escritor alemán Musil: "...para el alma mo-

derna que vuela como si nada fuese, sobre océanos y continentes, nada es tan imposible como hallar contactos con las almas que residen tras de la esquina.” Un episodio que se recuerda de él, o mejor, más que un episodio una actitud de su vida: transcurría con frecuencia tardes enteras, en los últimos años de su existencia, leyendo o volviendo a copiar lo que había escrito en casa, sobre una mesita en la bulliciosa “Pasticceria del Massimo” o en el Caffé Caflish de Palermo. Pido disculpa por esta alusión personal. Mas yo conozco muy bien estos lugares: son el punto de reunión ruidoso y agitado de toda la mundanidad palermitana, las citas con los amigos, el aperitivo en las horas dictadas por las buenas reglas sociales, una manera de lucir el sombrero más original o el modelo más reciente, y, para los hombres, la posibilidad de escucharse con exuberancia cordial y de alegrarse con los encuentros casuales. Me es difícil imaginar al príncipe di Lampedusa en este ambiente. Sin embargo Giuseppe Falzone, un su querido amigo, cuenta de él: “Se podía permanecer cerca de él en el Caflish . . . horas y horas, en el grupo ruidoso, o a menudo hablando sobre argumentos nuevos y antiguos, banales y serios . . . El príncipe permanecía invariablemente atento a la lectura de ciertos libros de los cuales difícilmente declaraba el autor o el argumento, casi siempre de pequeño formato. Se echaba en ellos como en un lago, mientras alrededor podían rugir las tempestades o levantarse piramidalmente la banalidad de los hombres. Giuseppe Tomasi di Lampedusa callaba . . . Tal vez de su personaje, el príncipe Fabrizio di Salina, quien tenía el hobby de la astronomía, había aprendido el difícil arte de navegar en los espacios de la humanidad como un planeta solitario en la inmensidad de los cielos”.

El éxito de la novela fue inmediato e inmenso.

Hasta hoy, desde noviembre de 1958,

79 ediciones italianas con un total de cuatrocientas treinta mil copias (la media increíble, de una copia cada ciento veinte italianos), traducciones en diecinueve lenguas y, consagración definitiva de la popularidad de la novela. Luchino Visconti, como todos saben, ha cuidado la versión cinematográfica con el empeño y la altura que le son característicos.

Precisamente esta noche, por una extraña coincidencia, tiene lugar en Palermo la premiere mundial de la película, en función de gala, con la participación de los artistas que han actuado en ella.

Probablemente, aunque sea en una mínima parte, contribuyó a este éxito el atractivo romántico de la obra única, de un autor no profesional, un aristócrata solitario y refinado que la muerte ya transfiguraba.

Todos estos elementos, sin embargo no habrían tenido naturalmente ningún valor si la novela no fuese lo que es, una obra de auténtica belleza y poesía.

El protagonista de *El Gatopardo* es el príncipe Fabrizio Corbera di Salina, en el cual el autor ha querido representar a su bisabuelo paterno, Giulio di Lampedusa.

En Sicilia, en 1860, en la víspera del desembarco de los Mil encabezados por Garibaldi, el príncipe di Salina, rico feudatario y astrónomo dilectante, espera distante y con escéptica sabiduría las noticias de los inminentes acontecimientos y de las necesarias revueltas. Orguloso de su título, consciente de sus privilegios, comprende sin embargo, como sutil y educado iluminista que su casta tiene las horas contadas. Su cariño y sus simpatías, van hacia el sobrino Tancredi Falconeri, de gran familia, mas de medios económicos limitados, que un poco por valor personal y romántico sentido de justicia y rebeldía hacia un orden de cosas superado, un poco porque oportunamente intuye los tiempos nuevos, se ha pasado a las filas de los garibaldinos para dar su apoyo

a los "piemontesi". En la espera del desembarque, Salina se retira en su feudo de Donnafugata con la esposa, los hijos, el capellán privado y el perro Bendicó. Aquí los alcanza, después de victoriosos combates, Tancredi, cargado de gloria, de entusiasmo y de sentido común. Animado también por el consentimiento del tío y descuidando el tímido amor de la prima Concetta, se casará con Angélica, bellísima, lista y agresiva hija de don Calogero Sedara, un campesino enriquecido con la quiebra de los feudos nobiliarios, quien desde la miseria y la oscuridad de sus orígenes ya se ha convertido en alcalde del pueblo y mañana hará parte del Parlamento del nuevo reino. El príncipe siempre más solitario y distante, asiste al disgregarse del viejo mundo y al surgir de los nuevos tiempos. Hay en él una cierta amargura, mas no sorpresa o disgusto. Con este estado de ánimo, consciente y desencantado, rechaza el alto honor de ser nombrado senador del nuevo reino que un funcionario piemontés había ido a proponerle. Espectador de dos épocas, atento y curioso de los tiempos nuevos, pero tradicionalmente apegado al pasado, puede tan sólo permitirse observar el veloz transcurrir de las cosas sin participar en ellas. El nuevo reino que él observa con desconfianza ha iniciado su vida. Tancredi y Angélica participarán al desarrollo, al movimiento y a las fortunas del nuevo orden de cosas. El príncipe Fabrizio se hundirá siempre más en sus estudios astronómicos hasta que la muerte lo alcanzará en 1883 en un hotel de Palermo.

La novela tiene un su epílogo ulterior. En 1910 en lo que resta del solariego palacio, viven Concetta, Carolina y Caterina, las tres hijas solteras del príncipe que han gastado los últimos restos del patrimonio paterno comprando falsas reliquias. Una visita del Cardenal arzobispo de Palermo y el análisis científico de las reliquias por parte de un sacerdote encargado, quitarán las últimas esperanzas de autenticidad a

las antiguas ilusiones de las tres solteronas. Las falsas reliquias serán tiradas. Y para que los recuerdos no continúen turbando el vacío absoluto que ya alcanzó su alma, Concetta, la antigua enamorada de Tancredi, resuelve tirar por la ventana también la piel embalsamada del perro Bendicó que tanta parte había tenido en las vicisitudes de familia.

"Durante su vuelo desde la ventana su forma se recompuso un instante. Habríase podido ver danzar en el aire a un cuadrúpedo de largos bigotes que con la pata anterior derecha levantada parecía imprecicar. Después, todo halló la paz en un montoncillo de polvo lívido".

La amargura del final, la desesperada tristeza de todas las cosas grandes que acaban, viene calmada por la sutil ironía en la cual parece hasta que quiere desaparecer la chispa de ternura que la evocación del perro Bendicó, por un segundo todavía visto vivo y recompuesto, había suscitado. La consciencia del final es lúcida y vista con ojos distantes. Un mundo se derrumba, el mundo del gatopardo se ha derrumbado convertido en "un montoncillo de polvo lívido".

El mundo del gatopardo hemos dicho. El blasón de los Salina es "el escudo azul con el gatopardo". Pero en el curso de la novela, lo que es sencillamente un símbolo heráldico acaba por identificarse con el protagonista y volverse el sentido de un modo de vida, una manera de pensar y de actuar. Fabrizio, príncipe di Salina, es el gatopardo, sus arrebatos son gatopardescos, sus hijas son las gatopardinas. Salvaje y misterioso, noble e independiente, sugestivo y casi irracional, Fabrizio Corbera es el gatopardo.

Es interesante notar aquí dos cosas. Primero: el blasón de los Tomasi di Lampedusa es una realidad en términos heráldicos (hay que decirlo exactamente como es en italiano): "d'azzurro al leopardo illeonito d'oro sostenuto da un

monte di tre cime di verde". Es decir: un leopardo con la posición heráldica del león, parado con la cabeza coronada. Es un emblema antiquísimo que remonta a los primeros orígenes de los Tomasi de Bizancio, quienes eran precisamente apodados los Leopardos. Segundo: el término gatopardo, usado en general, no corresponde a ninguna especie zoológicamente definida, porque en realidad existen dos especies bien distintas, separadas y diferentes de gatospardos.

¿Qué significado tenía, por lo tanto para el autor esta transfiguración fabulosa de un bien definido y preciso referimiento heráldico y zoológico, el leopardo, en un vago e impreciso gatopardo?

Debemos notar que todo esto ha creado también un gran problema en las traducciones extranjeras en las cuales el Gatopardo original, se convierte en "The Leopard" en inglés, "Der Leopard" en alemán, "Le Guépard" en francés, "De Tijer Kat" en holandés y así sucesivamente. En la edición española, el traductor dice haber intuido cómo el término gatopardo signifique algo más que un símbolo heráldico, nada menos que "una actitud ante la vida y la muerte, ante los hombres y las cosas". Por esto y por una menos importante razón de eufonía ha castellanizado la palabra dando por eso a su traducción el título de "El Gatopardo".

La hipótesis que haciendo tal, lo mismo que para el nombre del protagonista que de Giulio di Lampedusa se convierte en Fabrizio di Salina, el autor haya querido continuar la mimetización también en el blasón, no resulta satisfactorio en un campo tan elevado y poético como es en el que se agita la fantasía de la novela. ¿Queremos más bien pensar que precisamente por su vaguedad zoológica, el Gatopardo, también como sonido, sugiere mucho más a la fantasía que un conocido y común leopardo? Añadamos que la princesa di Lampedusa contó que los campesinos

del príncipe llamaban, en siciliano, "gattupardu" el blasón y que tal vez al príncipe esta forma le gustó, precisamente por su espontánea y pintoresca transfiguración.

He tenido la suerte de recibir, en pre-estreno, enviadas por el editor Flacovio de Palermo, las pruebas de prensa de un libro que será por él publicado en estos días. Se intitula "Los Gatopardos de Donnafugata". En él, el autor, Andrea Vitello, ofrece noticias interesantes, y muchísimas inéditas, sobre la familia del autor de El Gatopardo. La cuestión del nombre que él acepta para designar a todos los miembros de la familia Tomasi de Lampedusa, es ampliamente discutida y comentada, así como muchas otras que han sido por él profundamente estudiadas.

Un crítico italiano muy sutil, ha dicho que "el gran tema del gatopardo es la indiferencia entre la historia y el destino individual. El príncipe Fabrizio, protagonista del cuento, ha tenido que vivir en una clamorosa época de transición, cuando instituciones y costumbres sociales se derrumban; pero la realidad poética que él expresa es que, de hecho, cada existencia ha de vivir en una época de transición: y siempre, por algo que los tiempos nuevos añaden, algo precioso (porque es nuestro) se pierde con lo viejo que es destruido. Las cuentas del hombre con la historia no resultan nunca". Dice el príncipe di Salina a un cierto punto de la novela: "Todo esto no tendría que durar; pero durará siempre. El siempre de los hombres, naturalmente, un siglo, dos siglos... Y luego será distinto; pero peor. Nosotros fuimos los Gatopardos, los Leones. Quienes nos sustituyan serán chacalitos y hienas, y todos, gatopardos, chacales y ovejas, continuaremos creyendonos la sal de la tierra".

Es una toma de posición escéptica y amarga. Pero es también, al mismo tiempo, la conciencia de la propia humanidad, de la propia fuerza espiritual. Cuando la pequeña historia personal se

inserta fuertemente en el paisaje común y de él soporta la violencia, se corre el riesgo de perder la partida si ante acontecimientos más grandes que nosotros, frente al acelerar de las cosas, a velocidades inconstantes y desiguales, alguna fuerza interior no nos ayudara a salvarnos. Sin ilusiones, el príncipe di Salina, queda ante la historia que empuja, con su orgullo desesperado, pero al mismo tiempo con su ironía seca y vibrante, que le impide dejarse arrastrar por su mismo orgullo. Su fuerza y su grandeza, su única religiosidad, son “en la aceptación de la renuncia, en el aristocrático hacerle frente a la derrota, en la no-desesperación; y al mismo tiempo en la lástima por este destino y, al final de todo, en el anhelo de la muerte que es paz”.

Todo esto tiene evidentemente un valor universal. Aquí la novela asume su validez esencial. Los episodios, los hechos, el marco histórico de la novela, son un pretexto. También porque no hay que olvidar que el autor es siciliano y la acción se desarrolla en Sicilia. Y la historia en Sicilia tiene un valor tan relativo.

El nacer de la nueva burguesía, en contraposición a una secular aristocracia, el fin del desordenado pero también fastuoso régimen borbónico, el desembarque de los garibaldinos, el nacimiento del nuevo estado con todo lo que de bueno o de malo podrá llevar en el futuro, son en realidad experiencias descontadas. Lo que cuenta es la personalidad del personaje, su mundo moral, sus reacciones ante los acontecimientos. Que son en realidad la personalidad, el mundo moral, las reacciones del autor, el cual posee una visión muy precisa de las cosas que ve a través de un escepticismo claro y consciente y una desencantada actitud ante todas las formas fáciles y retóricas exaltaciones. Y a veces la observación de la naturaleza le da la posibilidad de eficacísimos juicios y comparaciones. He aquí por ejemplo a las hormigas que el príncipe

observa durante una cacería: “acudían csadamente, en desorden, pero resueltas: grupitos de tres o cuatro deteníanse un momento a charlar, y ciertamente, exaltaban la gloria secular y la abundancia futura del hormiguero número dos, bajo el alcornoque número cuatro de la cumbre de Monte Morco. Luego, junto con las demás, reemprendían la marcha hacia el próspero porvenir. Las brillantes espaldas de aquellas imperialistas parecían vibrar de entusiasmo y sin duda por encima de sus filas revoloteaban las notas de un himno”.

La referencia ideológica es hasta demasiado evidente, y me parece expresada con notable vivacidad y donosura, con aquel sutil toque de ironía que está presente en toda la obra.

Como hemos dicho, el principal personaje de la novela es Fabrizio di Salina. Todos los otros sirven únicamente de marco, casi un coro que haga resaltar mejor la evidencia plástica del protagonista.

Su figura, también la física, domina desde las primeras líneas de la novela. Después de haber dicho el rosario de rodillas, todos los miembros de la familia se dispersan. “Mientras tanto él, el príncipe, se levantaba: el impacto de su peso de gigante hacía temblar el pavimento, y en sus ojos clarísimos se reflejó, por un instante, el orgullo de esta efímera confirmación de su señorío sobre hombres y edificios... No es que fuera gordo: era inmenso y fortísimo; su cabeza rozaba —en las casas habitadas por la mayoría de mortales— el colgante inferior de las arañas; sus dedos sabían enroscar como si fueran papel de seda las monedas de un ducado; y entre Villa Salina y la tienda de un platero había un frecuente ir y venir para reparación de tenedores y cucharas que, en la mesa, su contenida ira convertía en círculos”.

Para mejor presentarlo a nuestra imaginación, veamos también cómo se viste: “Era el momento de rodearse el cuello con el monumental corbatón de

raso negro. Operación difícil... Una vuelta, dos vueltas, tres vueltas. Los gruesos y delicados dedos componían el lazo, aplanaban lo ahuecado, fijaban sobre la seda la cabeza de medusa con los ojos de rubí. El criado se puso de puntillas para ponerle el redingote de paño pardo y le roció el pañuelo con tres gotas de bergamota. Las llaves, el reloj con cadena, y el dinero él mismo lo metió en el bolsillo. Se miró al espejo: no tenía nada que decir: todavía era un hombre apuesto”.

Muy humano, con sus fuerzas y sus debilidades, cede a menudo a las placenteras concesiones de sus sentidos, hallando fáciles excusas y justificaciones. Cuando decide ir a visitar a una pequeña amiga con la que mantiene relaciones secretas en una casa de Palermo, hacen eco a sus “pasos poderosos que resuenan sobre el sucio empedrado” pensamientos y reflexiones. Ama a la esposa, es verdad, siempre la quiso, pero ella ya se ha vuelto demasiado despótica y también demasiado vieja.

Pero poco después, vuelve a su alma atormentada y dividida entre opuestos sentimientos, el recuerdo de unos versos aprendidos en París:

*... donnez-moi la force et le courage  
de contempler mon coeur et mon corps  
sans dégoût.*

Verdaderamente, sólo en la contemplación de sus amadas estrellas, encuentra serenidad: “Para el pobre rey la administración fantasmal hacía las veces de la morfina. El, Salina, tenía otra de fórmula más selecta: la astronomía”. Es su refugio, su mundo encantado, la única fidelidad y seguridad de su vida. “Antes de acostarse don Fabrizio se detuvo un momento en el banconcito del tocador... Las estrellas parecían turbias y a sus rayos les costaba penetrar la mortaja del bochoro. El alma del príncipe se lanzó hacia ellas, hacia las intangibles, las inalcanzables, las que daban alegría sin pre-

tender nada a cambio. Como tantas veces, fantaseó queriendo encontrarse pronto entre aquellas heladas extensiones, puro intelecto, armado de una libreta para cálculos: para cálculos difícilísimos, pero que cuadrarían siempre”.

Lo que no cuadra son las cuentas con la vida. Don Fabrizio es un personaje inquieto y complejo. Halla su paz en abstraerse, en la contemplación del cielo, en los momentos de su vida, que más asemejan a la muerte. Y este es uno de los temas fundamentales de la novela que nos permite un acercamiento entre Tomasi di Lampedusa y el Leopardi. ¿Recordáis?

“Due cose belle ha il mondo: amore e morte”.

Particularmente en los últimos años de su vida, el pensamiento, la espera de la muerte no abandonan ya al príncipe y es un pensamiento deseado y embriagador, musical y obsesionante. También Tancredi y Angélica, hermosos y conmovedores en su apasionada juventud, son vistos por él como “actores ignaros a quienes un director de escena hace recitar el papel de Julieta y el de Romeo ocultando la cripta y el veneno, ya previstos en el original”. Enlazados en la danza, contemplados en un momento de pura belleza y elegancia, el príncipe no logra olvidar que ellos están unidos “por el recíproco abrazo de aquellos cuerpos destinados a morir”.

Tal vez, su único instante realmente feliz es cuando por fin la muerte, representada como una hermosa mujer, apasionada y deseable, llega puntual a la última cita galante. El príncipe está sobre el lecho de muerte, rodeado de los familiares más íntimos. “De pronto en el grupo se abrió paso una joven. Esbelta, con un traje pardo de viaje y amplia tournure, con un sombrero de paja adornado con un velo moteado que no lograba esconder la maliciosa gracia de su rostro. Insinuaba una manecita con un guante de gamuza, entre

un codo y otro de los que lloraban, se excusaba y se acercaba a él. Era ella, la criatura deseada siempre, que acudía a llevárselo. Era extraño que siendo tan joven se fijara en él. Debía de estar próxima la hora de partida del tren. Casi junta su cara a la de él, levantó el velo, y así, púdica pero dispuesta a ser poseída le pareció más hermosa de como jamás la había entrevisto en los espacios estelares”.

Pero alrededor de la poderosa figura del príncipe, aunque fuera sólo en función de él, viven los otros personajes de la novela, se mueven, hablan con acentos válidos y realistas, se iluminan de una propia luz interior. Tancredi, el sobrino predilecto, insolente y emprendedor, ya colocado en el nuevo orden, con su lúcida y cínica visión de las cosas, que explica al tío los motivos por los cuales él, un Falconeri, un aristócrata, se ha enrolado en las filas de los garibaldinos: “Si allí no estamos también nosotros, esos te endilgan la república. Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie”. Para todos tiene una palabra Tancredi, comprende todas las situaciones, sabe encontrar siempre el tono adecuado. Hasta su matrimonio con Angélica no está del todo privado de pensamientos de oportunismo y de maliciosa conciencia de un futuro bienestar.

Angélica bellísima, ambiciosa y consciente, es un personaje vibrante y positivamente realizado. Su primera entrada es de un efecto escenográfico vivísimo. La hermosura de la mujer (en un pueblo, Sicilia, donde como dice el escritor siciliano Vitaliano Brancati “El hablar de las mujeres crea mayor goce de las mujeres mismas”) es presentada con complacencia estética, comentada por un sabio y medido uso de las palabras: “Luego la puerta se abrió y entró Angélica. La primera impresión fue de deslumbrante sorpresa. Los Salina se quedaron sin aliento. Tancredi sintió además latir sus sienes. Bajo el impacto que recibieron entonces ante el impe-

tu de su belleza, los hombres fueron incapaces de advertir, analizándola, los no pocos defectos que esta belleza tenía. Muchas debieron ser las personas que nunca fueron capaces de este trabajo crítico. Era alta y bien formada, teniendo en cuenta generosos criterios, su piel debía de poseer el sabor de la crema fresca a la que parecía y la boca infantil el de las fresas. Bajo la masa de los cabellos del color de la noche, llenos de suaves ondulaciones, los ojos verdes resplandecían inmóviles como los de las estatuas y, como ellos, un poco crueles. Avanzaba despacio, haciendo mover la amplia falda blanca y poseía la calma e invencibilidad de la mujer que está segura de su belleza”.

La curiosidad espiritual del príncipe es muy distintamente atraída por otra figura, la del padre de Angélica, don Calogero Sedara, el campesino listo y sin escrúpulos quien precisamente por sus cualidades negativas moralmente, pero prácticamente bien positivas, alcanza una elevada posición social: “Muchos problemas que parecían insolubles del príncipe, don Calogero los resolvía en un santiamén. Despojado de los cien impedimentos que la honestidad, la decencia e incluso la buena educación imponen a las acciones de muchos otros hombres, comportábase en el bosque de la vida con la seguridad de un elefante que, arrancando árboles y aplastando madrigueras avanza en línea recta sin advertir siquiera los arañazos de las espinas y los lamentos de las víctimas”.

Notable es también el personaje del capellán, don Pirrone, quien con su candorosa ineptitud, su abstracta religiosidad, y la suspirante tolerancia de los pecados ajenos, suscita a menudo en el príncipe comentarios de eficacísimo sabor irónico. Leamos el trozo en el cual padre Pirrone entra intempestivamente en la sala donde don Fabrizio está tomando un baño: “El aspecto del principón en estado adamítico era inédito para el padre Pirrone. Ejercitado por el sacramento de la penitencia a

contemplar la desnudez de las almas, lo estaba menos a la de los cuerpos y él, que no hubiera movido las pestañas escuchando una confesión, pongamos por caso de unas relaciones incestuosas, se turbó a la vista de aquella inocente desnudez titánica”.

O cuando obligado a acompañar al príncipe a Palermo, teniendo que fingir de ignorar que el fin del paseo es la visita galante a Mariannina, durante la cual él por dos horas permanecerá en el convento rezando, se deja ir en consideraciones y pensamientos varios mientras viaja en el coche: “—Malos tiempos, excelencia”. La voz del Padre Pirrone resonó como un eco de sus pensamientos. Comprimido en un rincón del coupé, oprimido por la masa del príncipe, dominado por la potencia del príncipe, el jesuita sufría en el cuerpo y en la conciencia, y hombre nada mediocre transfería inmediatamente sus propias penas efímeras al mundo duradero de la historia”.

Sería largo e inútil enumerar todos los personajes que viven en esta historia. Recordamos tan sólo un momento aun a don Ciccio Tumec, organista de la catedral de Donnafugata, compañero de cacería de don Fabrizio. Lo recordamos porque es aún una voz anclada en el pasado y en las tradiciones, en un mundo que asiste ya a su fin. El príncipe lo entiende, pero él no, e intenta reaccionar ante los cambios, tan siciliano como es, en su fatalismo secular y en su respeto antiquísimo hacia el orden constituido y aceptado con humildad y devoción. Cuando don Fabrizio le anuncia el próximo matrimonio de Tancredi con Angélica Sedara, él no puede silenciar su rebeldía: “Esto es una porquería, excelencia. Un sobrino suyo no debe casarse con la hija de quienes son sus enemigos y siempre le han tirado chinitas. Tratar de seducirla, como yo creía, era un acto de conquista. Así resulta una rendición sin condiciones. Es el fin de los Falconeri y también de los Salina”.

En el fondo es lo que había pensado ya el príncipe. Pero ahora él se ha convertido en un hombre sabio y acepta con su señorial alejamiento también aquello que sus antepasados hubieran desdeñosamente rechazado.

Tomasi di Lampedusa, además de animador de personajes, es también validísimo pintor de ambientes y paisajes, tan íntimamente ligados y necesarios al desarrollo de la novela. Páginas bellísimas, a veces sólo breves frases con luminosidad de relámpagos, están dedicadas al paisaje, al sentido de la luz, a los colores del cielo, al perfume de la tierra. La amada Sicilia late con toda su vida, bajo el ojo atento y afectuoso de su escritor.

“Bajo el fermento del sol todas las cosas parecían privadas de peso: el mar, al fondo, era una mancha de color puro, las montañas que por la noche habían parecido terriblemente llenas de acechanzas, semejaban montones de vapores a punto de diluirse, y la torva Palermo extendíase tranquila en torno a los conventos como una grey a los pies de los pastores”.

“Y en un ángulo el oro de una mimosa entremetía su intempestiva alegría”.

“... el bosque, agarrado a la falda de una colina hallábase en el idéntico estado de maraña aromática en que lo habían encontrado los fenicios, dorios y jonios cuando desembarcaron en Sicilia, esa América de la Antigüedad”.

No podemos continuar citando al infinito.

Bellísimas entre todas, las páginas de las amorosas fugas de Angélica y Tancredi, en los recovecos de los cientos y cientos de habitaciones de Donnafugata. Tancredi desea que su futura esposa conozca todo el inmenso palacio, pero estas sus exploraciones durante las cuales vienen de costumbre dejados solos, por los otros miembros de familia, demasiado perezosos o demasiado maliciosos para seguirlos, se convierten en un ciclón sensual. A

través de cuartos, corredores, salones, apartamentos deshabitados durante decenios, terrazas, celdas, sierras, cuadras, con su juventud y su recíproca atracción, están solos como en una isla desierta. Y la descripción de ese perseguirse, de ese crescendo amoroso, en la vasta soledad del palacio, es como el fastuoso "largo" de una magistral sinfonía.

La descripción del gran baile en una de las más suntuosas residencias palermitanas, es también una de las páginas más bellas. La fantasía creadora se resuelve aquí en imágenes cinematográficas y es un cine en tecnicolor, comentado por los habituales toques irónicos, con frecuencia humorísticos. Como por ejemplo en la escena de las jovencitas que, reunidas, charlan entre ellas y parecen al príncipe una manada de monitas: "Caso extraño una sensación religiosa lo arrebató de aquella visión zoológica". Efectivamente, del grupo de macacos con miriñaque elevábase una monótona y continua invocación sacra: "¡María Santísima! —exclamaban perpetuamente aquellas pobres chicas—. ¡Santa María, qué casa más hermosa! ¡Santa María, qué apuesto es el coronel Pallavicino! ¡Santa María, me duelen los pies! ¡Santa María, qué hambre tengo! ¿Cuándo abren el buffet? El nombre de la Virgen María invocado por aquel coro virginal llenaba la galería y de nuevo convertía a los monos en mujeres, porque todavía no había ocurrido que los ouistiti de los bosques brasileños se hubiesen convertido al catolicismo".

(Esta clase de exclamaciones es en realidad absolutamente típico siciliano, y el ambiente es descrito con sabio realismo, todavía con sabor de actualidad).

Un último toque de viva verdad a la psicología del príncipe está en las palabras que dice al funcionario piemontés, quien ha ido a proponerle el honor (que él rechaza) de sentarse en el senado, la cámara alta del nuevo reino.

Dejando a un lado el hecho que él, ya Par del reino de Sicilia bajo el régimen borbónico, no siente halago en su orgullo por este ofrecimiento, las razones de su rechazo (un natural escepticismo, la conciencia que Sicilia ha tenido ya demasiados cambios y demasiadas invasiones, y sobre todo la incapacidad de engañarse a sí mismo) revelan toda una antigua sabiduría, un aceptar consciente y superior de una atmósfera, del alma de un pueblo y un profundo amor hacia su tierra.

El Gatopardo es, en definitiva, el libro de un gran señor, de un hombre que lo ha comprendido todo, y que más allá de una aparente negación, de un rechazo a la ilusión, reviste las cosas y los hombres con una honda caridad espiritual.

Y es también una novela de memorias, una manera de sumergirse a través de los recuerdos, en un mundo anhelado y perdido, una manera de reconstruir a través de la narración una larga y aguda experiencia de la vida.

En un cuento intitulado "Los lugares de mi primera infancia" que, junto a otros dos y algunos ensayos literarios, son las solas cosas que Tomasi di Lampedusa nos ha dejado, además de esta su única novela, el autor dice: "Cuando nos encontramos en el declinar de la vida, es imperioso el buscar de aunar lo más posible las sensaciones que han pasado por este nuestro organismo. Pocos lograrán de hacer así una obra maestra (Rousseau, Stendhal, Proust) pero a todos debería ser posible preservar de esa manera algo, que sin este leve esfuerzo, se perdería para siempre."

Los lugares de la novela, sobre los cuales tanto se ha discutido, en cuyo derredor se han agitado vivísimas polémicas que continúan todavía ahora, pertenecen en realidad al mundo de la poesía. Que sea el uno o el otro pueblo, el imaginario Donnafugata de la novela, el uno o el otro o todos juntos los palacios de familia que están descritos, que sean reales o imaginarios los

personajes que nos vienen presentados, todo esto, me parece, nos importa poco. Lo que nos importa es su transfiguración poética, la manera eficaz y positiva con que nosotros, junto al autor, logramos verlos y recrearlos de nuevo en nuestra fantasía.

Diré solamente, por deber de crónica, que el gran éxito de la novela ha originado una increíble especie de turismo gatopardiano. Numerosos turistas se adentran siempre más numerosos, hasta Palma Montechiaro y Santa María Belice (ambos en el sur más profundo y pobre de Sicilia), los dos pueblos que se disputan con incruenta, pero no menos feroz lucha, la verdad topográfica del Gatopardo, en la búsqueda del palacio de las cien habitaciones, en las que musicalmente y potentemente se desarrolla el amor de Tancredi y Angélica, en la búsqueda de los jardines, de las fuentes, de los conventos y de las iglesias descritos en la novela.

Repito que todo esto posee un interés hecho sólo de curiosidad mundana y periodística. Pero, como dice el crítico Luigi Russo, "son legítimas y obvias estas búsquedas, indagaciones y discusiones, porque indirectamente confirman el valor poético de la obra de Tomasi".

Siendo un caso nuevo en la literatura europea, se han buscado, por Tomasi di Lampedusa, conexiones y lazos ideológicos y estilistas con diferentes experiencias literarias. Se ha hablado de Proust, Musil y hasta Joyce y Thomas Mann, y entre los italianos, Brancati y De Roberto. Es natural que el príncipe di Lampedusa, hombre de cultura, espiritualmente refinadísimo y por lo tanto receptivo, pueda también no haberse librado de ciertas semejanzas psicológicas, de ciertos aspectos obligados de la cultura europea. (Es obvio por ejemplo, que una buena parte de la literatura contemporánea, encuentra sus significados, sus motivos y muchas veces sus temas, en la humana psicología de la "recherche du temps perdu"

a la que Proust dio un valor y una forma poética universal). Pero es igualmente innegable que el Gatopardo es obra absolutamente original, que no deriva de ningún modelo o escuela. (Les omito los motivos críticos y las comparaciones con los autores que hemos nombrado) y que sólo su categoría y su dignidad, la acercan a las obras mejores de la narrativa europea de hoy.

¿Queremos renunciar a la búsqueda de analogías, de urgencias interiores, de similitudes literarias? Aceptemos sus inquietudes, sus experiencias espirituales, su poesía y recordemos, para terminar, las palabras que de sí mismo decía el autor, con extrema donosura y discreción a quien le preguntase por qué escribía: "Hago esto para divertirme".

P. S.

Creo oportuno agregar una precisión acerca de una noticia aparecida recientemente en la prensa internacional, la cual acusa con tono escandaloso que "El Gatopardo" es una obra de plagio.

Considero poder desmentir tal acusación. La novela en cuestión, según la cual el príncipe di Lampedusa habría sacado el argumento para su obra, es el "Siete y medio" de Giuseppe Maggiore, publicado en 1952. El argumento de que se trata es la reepilogación del desembarque de Garibaldi en Sicilia, de las batallas para la anexión de la Isla al nuevo reino italiano y de una insurrección estallada en Palermo en el año de 1886 y que durara siete días y medio (de donde deriva el título).

Aparte una cierta vaga semejanza en el argumento (como por otra parte también de muchos otros escritores italianos), las dos obras, el "Siete y medio" y "El Gatopardo", están escritas con un espíritu completamente diferente; exaltadora y romántica la una, escéptica y desencantada la otra. Los mundos espirituales de los dos autores no tienen ninguna semejanza o afinidad. Y por otra parte parece más bien

extraño que, después de cinco años desde la publicación de “El Gatopardo”, nadie se haya dado cuenta hasta ahora, ni siquiera en el ambiente palermitano que es común a los dos escritores, de la semejanza de las dos obras.

Sin necesidad de hacer una cualquier suposición sobre la oportunidad de la noticia, creo que sea posible continuar creyendo, como se ha estado haciendo, que “El Gatopardo” es una obra absolutamente original.

*Yana St'Amico*



# Francis Fergusson niega que haya un "Gran Teatro" Norteamericano

Por Eunice ODIO



EUNICE ODIO

El caballero delgado, entrecano, fácil a la sonrisa, tiene algo de atrayente e inaprensible. Tal vez sea que, como a pocos, se le ve el espíritu en el rostro. También da la exacta impresión de hallarse movido por una fuerza que lo ayuda a internarse constantemente en sí mismo. Si me dijeran de pronto: "Francis Fergusson *ya no se ve*", me parecería natural. Pensaría que, al fin, ya se quedó definitivamente allá lejos, en su oquedad interior.

Por todo lo dicho, no vaya a creerse que Fergusson es grave y solemne. Por el contrario, como a la mayoría de los que son atrozmente inteligentes, un espíritu lúdico lo posee sin remedio.

Francis Fergusson es, hoy por hoy, el crítico de teatro más sobresaliente de los Estados Unidos y uno de los más brillantes de la lengua inglesa. De él

ha dicho el New York Times: “Es el máximo exégeta vivo del drama como imitación de la acción”. Y también: “Francis Fergusson uno de los más prominentes críticos del drama en los Estados Unidos, amplía en este nuevo libro, sus estudios que han hecho, de “La Idea del Teatro”, una de las obras de mayor influencia en los últimos años”. Por su parte, el sofisticado New Yorker opinó: “Es muy probable que la brillantez de sus pasajes más significativos, y la fuerza de su estructura conceptual hagan, de “La Idea del Teatro”, una de las obras críticas que harán época en nuestra generación”.

Francis Fergusson nació en Albuquerque, Nuevo México, en 1904. Habla el español como cualquiera de nosotros. Estudió en Harvard, Oxford, y en el Laboratory Theater de Nueva York, donde fue —de esto hace mucho— director asistente de Richard Boleslavsky. Enseñó drama y humanidades en Bennington College hasta 1948, año en que fue llamado a dirigir los seminarios de Crítica Literaria de la Universidad de Princeton. Ha colaborado en muy importantes revistas literarias como Accent, The Hudson Review, The Partisan Review. Con su más reciente libro “El drama mental de Dante: Una Exégesis Moderna de El Purgatorio”, ganó el premio de la crítica norteamericana.

El último dato tiene gran importancia: ha escrito el mejor ensayo sobre una pieza de García Lorca de que se tenga memoria, titulado: Don Perlimpín: el teatro-poesía de Lorca.

Mientras almorzamos en el Town House de Nueva Jersey, charlamos. Fergusson tiene “cara de salir”. Lo ayuda una innata bondad que lo impele a comunicarse con la extranjera; además, la conversación transcurre con el buen humor que él quiere darle y que lo caracteriza. Y así, con rostro de piedad, risa y niñez, ¡dice cada cosa! Prácticamente cada vez que abre la boca provoca un tremendo escándalo, como veremos.

Tengo la impresión —me asegura— de que los dramaturgos modernos apenas si nos dan un fragmento de la vida... y hasta del teatro... todavía no nos ha nacido a nosotros, un dramaturgo que nos dé la vida, no en pequeñas porciones, sino en su totalidad. Conozco perfectamente el teatro francés, el español, el norteamericano.

En Estados Unidos —prosigue— las formas teatrales son derivados de formas europeas. Nosotros, desgraciadamente, no poseemos nada análogo al teatro francés o al español del siglo de oro. No hay, entre nosotros, ni un solo fundamento original. Hay muchos buenos dramaturgos; pero no trabajan ni se arrancan la piel tratando de hallar nuevas esencias creadoras, nuevas ramas que enriquezcan la creación teatral. Nuestros dramaturgos trabajan sobre las ramas últimas del árbol del arte...

—¿Se refiere usted a Broadway? —inquiero.

¡Oh, no! Me refiero a todo. También estoy teniendo en cuenta al teatro de vanguardia. Los autores de mayor talento y ambición, leen siempre a los franceses. El último grito francés tiene en Estados Unidos un eco retumbante. Si hubiera en Inglaterra algo que de verdad valiera la pena, pues ahí tendríamos

a los norteamericanos importando el último hito inglés. Sartre tuvo su resonancia en los Estados Unidos. . . Y, a no dudarlo, dentro de uno o dos años, comenzará el buen tiempo de Genet en nuestro teatro sin originalidad.

Como miro al señor Fergusson con ojos cada vez más sonrientes y abiertos, suelta la carcajada y afirma: —Se lo aseguro. Dentro de muy poco será tremenda la influencia de Genet en nuestro vanguardismo. . . sólo que Genet escribe con buen gusto porque es sincero. Su buen gusto se deriva de esa circunstancia. Un “beat” del teatro norteamericano, jamás entendería tan pequeño detalle. El año pasado estuve en Europa y quedé fascinado con el teatro francés. Los franceses hacen mucho ese teatro que depende, más de los actores que de la acción. Pero en Francia se puede hacer eso y mucho más. Ahí hasta el público es perfecto. Nunca he visto mayor unidad armónica entre público, actores y autor, como la que noté en París. Los tres elementos estaban tan estrechamente unidos por la sensibilidad y la inteligencia, que parecían una sola cosa. . . En Estados Unidos, en cambio, cada cual va por su lado. Los tres elementos son tres cosas diferentes. No ha llegado el que sepa unirlos.

La charla tiene que recaer, forzadamente, en Miller. Acerca de este famoso dramaturgo, Fergusson se expresa en forma contundente:

—Miller —afirma— conoce el mundo en que vive; se sabe al dedillo a la sociedad moderna; tiene muchísimas ideas. . . Creo que las ideas no bastan para hacer a un buen dramaturgo. Miller escribe con la inteligencia, no con el corazón. . . las percepciones más profundas vienen del corazón. Para iniciar la obra creadora, son necesarios movimientos del alma. . . Más tarde, el intelecto viene a organizar y a criticar, naturalmente, lo que dijo el corazón.

—¿Y en cuanto a Williams?

—¡Ah, bueno! Williams. . . no cabe dudar que es hombre de gran talento. Sus dificultades son por completo opuestas a las de Miller. . . Williams trabaja exclusivamente con el corazón. Le falta la inteligencia y no organiza sus obras como debe ser. Su arte. . . ¿cómo explicarlo? . . . pues yo diría que es muy “inocente”.

—¡Qué atrocidades dice Ud. sin parar! ¡Pero qué barbaridad! Entonces, la conclusión forzosa sería que. . .

Me mira divertido. —Sí, claro, eso mismo. . . sería que debían trabajar juntos. . . Con la cabeza de Williams y el corazón de Miller, tendríamos a un dramaturgo completo. Yo, con todo, prefiero a Williams. . . pero —agrega— sería necesario decir que el corazón de éste, es el de un chiquillo de unos diez años. . .

—¿Ud. me entiende? Comete pecados de diez años. . .

Queda callado por un momento mirando el día por la ventana. Un día de cuatro grados bajo cero, duro y límpido como la lente de un sabio. De súbito se le ilumina la cara —a Fergusson, no al día—. Es que se le está ocurriendo una idea que le agrada y expone:

—A mí me encantaría —dice evidentemente regocijado— ver en París una producción de ese teatro. A los franceses los vuelve locos de alegría la inocencia de los extranjeros. Pareciera como que les es menester nuestra ingenuidad, para producir cosas nuevas. Así es la cuestión... Cuando necesitan de una impulsión grotesca, importan al norteamericano.

Aun cuando está hablando de lo único que en el mundo le interesa, y aun cuando lo que dice lo dice muy en serio, no puede evitar reírse de muy buena gana.

(Yo apuesto diez contra uno, que en este mismo momento, él ha montado algo en París: un drama terrible... y observa divertidísimo, a los elaborados franceses, ofendidos por la truculencia del adolescente, y por los buenos sentimientos, la falta de sabiduría, etc., etc., pero, eso sí, encantados). Doy tiempo a que baje el telón imaginario. Cuando baja por fin, lentamente, el gran crítico, insistiendo acerca del tema de la cabeza y el corazón, observa: —Me encanta la divisa de un moralista francés: “La cabeza debe estar en el corazón”... Pero la cabeza francesa se come al corazón.

La charla se desliza a O’Neill. Queremos saber qué piensa sobre esta rara figura del drama norteamericano.

—O’Neill —responde Fergusson— es una figura solitaria de la escena norteamericana... sin duda es el primero de nuestros dramaturgos... No, en absoluto, aunque parezca lo contrario, no tiene herederos... Cualquiera puede leer la tragedia griega... y cualquiera, como O’Neill, entenderla y aprovecharla, con la gran ayuda de Freud. O’Neill, como otros, ha trasladado los elementos de la tragedia griega a los conceptos freudianos. Pero lo que verdaderamente interesa en la tragedia griega, la concepción magnífica del alma humana y su destino, todavía están aguardando en este país, a un artista que tenga el genio suficiente para ahondarlos. Nuestros dramaturgos no comprenden el sentimiento trágico de los griegos. Por lo visto, están más acá de entenderlo... Y el resultado es que, cuando lo intentan, reducen lo irreductible a fábulas y conceptos.

—De un tiempo a esta parte —digo— se nota un interés cada vez mayor por un teatro poético.

—Nosotros —opina Fergusson— no podemos, a lo que parece, hallar la solución al problema del teatro poético... El teatro poético tendría, tiene que reflejar profundamente al hombre de nuestro tiempo; las calidades de su alma, la esencia de su destino. No sólo sus deseos... sino también las respuestas de la fatalidad, de Dios, de la Historia... No sabemos cuál de los tres —Dios, la fatalidad o la historia— dará respuestas a nuestros deseos más secretos. Un teatro poético que en alguna forma traduzca las esencias humanas, parece casi imposible entre nosotros. Nuestros hombres de teatro dudan que la verdad humana pueda ser representada. Recurren, entonces, a la fotografía como sustituto de la esencia. De ahí que nuestro teatro sea muy interesan-

te como reportaje... En otros países no sucede así... Ahí tiene el caso de García Lorca. "La Barraca" halló, en España, un público que no podría siquiera soñarse en Broadway... que es el lugar donde se gana el dinero... Desde entonces, los dramas de Lorca, han hallado público cada vez más interesado y numeroso en Francia, Suiza, Alemania, México, América del Sur, y por supuesto, en los pueblos universitarios de los Estados Unidos. En cambio, en Broadway, todo ha sido imposible. Nadie ha tenido éxito montando sus obras...

Me mira muy serio esta vez y agrega: —Claro que al ser rechazado por el tímido snobismo de Times Square, Lorca debe considerarse en la mejor compañía que es posible desear... Y no hay duda de que el poeta español puede saltarse a la torera los tabús del mercado, y alcanzar un vasto auditorio contemporáneo en la Europa libre y en ambas Américas.

—Quizás —continúa— todo lo que sucede se deba a nuestro tiempo desvertebrado. Si Hamlet pedía a los actores que reflejaran la naturaleza, era porque el teatro isabelino mismo era un espejo formado en el centro de la cultura de su tiempo, y centrado en la vida y conciencia de la comunidad. Nosotros sabemos, ahora, que tal espejo se configura raras veces. Dudamos que nuestro tiempo tenga una edad, un cuerpo, una forma o presión suficientes para lograr tal imagen; más bien solemos pensar en él como en una selva informe. La naturaleza humana nos parece una entidad elusiva, irremediamente sin candor; y nuestros dramaturgos (como cazadores sin cámaras y sin "flash", en las profundidades del Congo Belga), se pueden considerar afortunados si la pueden fijar en raros intervalos, en una de sus actitudes momentáneas, y en un solo y brillante ángulo visual.

Mi interlocutor hace una pausa. Luego prosigue como en un monólogo: Y, sin embargo, el norteamericano tiene cualidades que podrían, que teóricamente deberían acercarlo a otra concepción del teatro. Es un feroz individualista. Seguramente se distingue del resto de los hombres. Ahí tiene Ud. a Thornton Wilder. Wilder es un tipo de lo más interesante que uno puede encontrar; con una cultura fantástica y una inteligencia de excepción. Sabe un montón de idiomas vivos y muertos, está al tanto de todo... Es un producto dicotómico de una vida repartida entre Europa y Estados Unidos. Conoce a la perfección la vida norteamericana, no hay duda de que la ama muchísimo... no obstante todo lo cual da la impresión de que proviene de alguna otra parte... de Venus o la Luna, por ejemplo. Como le digo, tiene cultura y una rara inteligencia; pero el intelecto no se refleja en su teatro... Más bien nos regala con sus "buenos sentimientos"... que yo llamaría insípidos. Su teatro es una cátedra de la moral al uso: no desees a la mujer de tu prójimo, no robes, no blasfemes, Dios existe... Wilder sabe cómo hay que escribir para triunfar en Broadway. Ha estudiado y hallado la exacta fórmula y de ahí no se aparta un punto... Sucede que escribe para cultivar la "inocencia" norteamericana.

Por supuesto que gana montones de dinero. Lo curioso es que él ha inventado su propia fórmula y ha creado su propio público. Si en vez de encontrar la fórmula para ganar dinero, hubiera buscado otra para escribir el teatro que se necesita, no sería demasiado aventurado creer que la habría hallado y que, por añadidura, habría creado también, su público... otro público tal vez no tan numeroso y productivo.

—Señor Fergusson —le cuento— tengo un amigo. Es un gran pintor llamado Carlos Mérida. Este accede a diseñar telas y tapas de libros. Con el producto de tal trabajo, se da el lujo de pintar, para sí mismo, unas cuantas obras de arte verdadero.

—Eso es lo que no hace Wilder, precisamente: escribir para sí mismo... prefiere escribir para un público simple y sentimental.

—Señor Fergusson —inquirimos— entonces, ¿qué hay a la vista? ¿Nada?

—Sí hay —replica mi sabio interlocutor— hay directores, actores, productores, que se vuelven locos buscando un dramaturgo... Cuando hace treinta años llegué a Nueva York —es deplorable reconocerlo— la situación era la misma que en nuestros días. Hay una legión de dramaturgos desperdiciados, capacitados, que parecen no comprender, ni menos concebir, lo que necesitamos.

—¿A qué atribuye Ud. el hecho, raro ciertamente, de que la mejor dramaturgia norteamericana carezca de la menor ligereza, de humor poético, o de humor a secas? Todas, absolutamente todas las grandes piezas norteamericanas, son, cada una, la hermosa catástrofe. Claro que hay excepciones; pero, tan pocas (La casa de té de la luna de agosto), que son simplemente cayos en el océano... Pareciera como si el norteamericano fuera incapaz de la risa a lo Coward... o de la sonrisa —risa del espíritu— que provoca “La doncella, el marinero y el estudiante”, de Lorca, por ejemplo.

—El humor, me parece a mí —opina—, es el producto de la unidad nacional, el reflejo de un espíritu coherente, en cuya cohesión es fundamental la palabra. Ahora bien, nuestro teatro se escribe para Nueva York, esta ciudad cosmopolita donde habitan italianos, hindúes, anglosajones, chinos, irlandeses, etc., etc... Resulta de todo esto que aquí se habla una especie de “lengua franca” apenas suficiente para ir al mercado a comprarse un traje. El comediógrafo, empero, debe expresarse en un lenguaje artístico que sea bien comprendido por todos... cosa impracticable en Nueva York, poblada de una masa amorfa, constituida por elementos múltiples y disímiles.

Es muy difícil saber —prosigue respondiendo a una pregunta— si los obstáculos para lograr un drama verdadero aquí, son prácticos o teóricos. Quizás —termina— se originen en las raíces de nuestra historia posterior a la Revolución Francesa.

# Estado e Iglesia en el período de los Carolingios

Por Franco CERUTTI



FRANCO CERUTTI

## a) *Los Antecedentes*

“Unum obstaculum ex multo tempore jam inolevisse cognovimus: id est quia principalis potestas diversis occasionibus intervenientibus, secum quam auctoritas divina se habet in causas ecclesiasticas prosilierit: et sacerdotales, partim negligentia, partim ignorantia, parte cupiditate in saecularis negotiis et sollicitudinibus ultra quam debuerint, se occupaverint”<sup>1</sup>.

De esta manera, en el Concilio de Aquisgrán del año 836, los hombres de la Edad Media, adelantándose a las conclusiones de los modernos historiadores, con intuición de contemporáneos aunque les faltara la profundidad de un acertado juicio crítico, se enteraban por primera vez de la substancial oposición entre estado e iglesia, que no es sino la dialéctica viva de la historia medioeval, y que se identifica con su desarrollo desde las lejanas y muy prudentes afirmaciones de Isidoro Pelusiota, de Juan Crisóstomo, de Gregorio de Nazancio, hasta las más decididas formulaciones doctrinarias de Gregorio VII, Inocencio III, Bonifacio VIII, Enrique IV o Felipe el Hermoso. Para nosotros, hom-

bres modernos, acostumbrados desde siempre a considerar estas dos instituciones definidas por una praxis más que milenaria (clara y definitivamente sancionada por el concilio de Trento, el ecuménico de 1869 y sobre todo por el desarrollo del moderno pensamiento laico), para nosotros, decimos, resulta a veces un poco difícil comprender del todo la vastedad, la importancia y hasta el sentido de aquel contraste que colmó la historia de la Edad Media. Hay además, la dificultad que deriva de la actitud de muchos historiadores, quienes, movidos por prejuicios anticlericales o por manifiestos fines de apologética eclesiástica, nos brindan a menudo una interpretación de los hechos moralística, sectaria y antihistórica. Si esta segunda dificultad puede vencerse, consultando directamente las fuentes históricas de la época —a veces incompletas— es más difícil solucionar la primera, aunque el problema permanezca vivo y actual, según nos enseña la realidad política de nuestra época<sup>2</sup>. Para enfocar las relaciones entre estado e iglesia, es preciso señalar unas cuantas aclaraciones de carácter general, que puedan iluminarnos sobre los términos mismos en que se plantea el problema. Repetimos que a nosotros, hombres del siglo XX, nos resulta extraño pensar en el contraste entre iglesia y estado como en un contraste para delimitación de poderes y determinación de las esferas de actividad. Esto nos ocurre, precisamente, por habernos desde hace mucho tiempo acostumbrado a reconocer en la iglesia una entidad meramente espiritual, y en el estado, algo que es temporal, secular, mundano. Sin embargo, no debemos olvidar que en la época que nos ocupa ahora, muchas razones contribuían a determinar notables confusiones entre los dos poderes. Para empezar, existe el hecho de que la iglesia, como “societas”, era relativamente joven en comparación con el estado, ente jurídico y moral en el que se resumía toda iniciativa pública y par-

ticular de la antigüedad, y cuya influencia —aunque esto se haya negado repetidas veces— permaneció viva y fuerte durante toda la Edad Media. De aquí que la iglesia se encuentre en posición de absoluta inferioridad cuando se recuerda otro de sus principios, por ejemplo el de la supremacía de la iglesia romana sobre las distintas iglesias nacionales, o el de la preeminencia del obispo de Roma con relación a los de las otras diócesis. No debemos olvidar que por mucho tiempo la iglesia sufrió las consecuencias de su condición inicialmente ilegal, y esto explica la razón por la cual las autoridades laicas pudieron mantener, a lo largo de muchos siglos, su propia superioridad. Surgida la iglesia como sociedad particular, como comunidad espiritual, casi un estado dentro del estado, jamás el poder laico dejó de mirarla con sospecha, de obstaculizarla, de perseguirla. Los emperadores romanos a los cuales, entre otras atribuciones, correspondía también la de “pontifex maximus” —suprema autoridad en materia de religión— durante los cuatro primeros siglos de la era cristiana, asumieron con relación a la iglesia una actitud bien definida y de doble naturaleza: persecución, para evitar que el ilegal “colegium” pudiera minar las bases del estado; y luego, cuando ellos mismos se inclinaron hacia la nueva fe, personal vigilancia y dirección del instituto. Tenemos en el primer caso, un Domiciano, un Séptimo Severo, un Caracala; en el segundo, un Constantino<sup>3</sup>, un Teodosio<sup>4</sup>, un Justiniano<sup>5</sup>. Quedará, pues, aislado, el caso de un Emperador como Basilio<sup>6</sup>, quien reconoce la independencia de los poderes. La política de intervención, propia de los reyes bárbaros, no es en absoluto una novedad, pues tiene marcados antecedentes en la tradición imperial romana. Piénsese en las innumerables controversias dogmáticas y teológicas que, como el cisma de los tres capítulos, causa la activa participación imperial en el ministerio sacerdotal. La

misma iglesia, aun exigiendo a través de sus figuras sobresalientes su propia independencia, por lo menos doctrinaria; aun formulando, gracias a sus pontífices y a sus padres, la teoría de la obligación del estado de defenderla y protegerla; aun atribuyéndose orígenes y finalidades de indudable naturaleza autónoma; la misma iglesia sigue reconociendo por muchos años su subordinación al estado, y uno de sus más grandes sostenedores, Gregorio Magno, se dirige al emperador de Bizancio, como al: "... piissimus atque a Deo constitutus dominus noster, dominus omnium ego autem, indignus pietatis vestrae famulus... ut servus jure reipublicae... qui dominus meus fuisti..." ecc<sup>7</sup>.

Otra razón, nada despreciable, entre las que pueden haber contribuido al afianzamiento de la primacía estatal fue, sin duda, frente al imperio unitario, la aún no lograda homogeneidad de la misma doctrina cristiana, atormentada —igual que cualquier evolución espiritual que se está desarrollando— por numerosas controversias dogmáticas: falta de homogeneidad doctrinaria, que en la organización jurídica de sus sedes episcopales corresponde a la falta de un centro universalmente reconocido y respetado. Frente a la sede romana, que del famoso "Tu es Petrus"<sup>8</sup> lograba argumentos para su propia superioridad, existían centros de igual importancia, y aun sobresalientes en producción literaria, vigor de especulación teológica, riqueza de pensamiento, tales como Alejandría, Cartago, Efeso y, en general, los principales centros de la iglesia griega<sup>9</sup>. Aun después, cuando la supremacía romana fue reconocida, era todavía una autoridad moral más que un poder real y concreto, capaz de hacerse respetar por sus propias fuerzas. No debe, por lo tanto, parecernos extraño que, frente a los numerosos centros aún faltos de unión y de colaboración recíproca, el poder laico haya podido afirmarse más fácilmente de lo que habría

sido posible, en el caso de que la iglesia hubiera sido un organismo bien centralizado<sup>10</sup>. La supremacía del estado, en esa época, casi se reconocía como natural. Piénsese que, cuando unos seis siglos más tarde Alcuino, en su famosa epístola del año 799 instigó a Carlo Magno para que asumiera la dignidad imperial, una de las razones que justificaba, a su parecer, semejante abuso, era cabalmente, la misión de defender la iglesia. La "defensa", en ese caso, no podía ser sino la transformación de la primitiva actitud política del estado frente a la crecida autonomía de la iglesia. A esto añádase que el mismo poder eclesiástico vino a enfrentarse con un peculiar concepto —consagrado por multiseccular tradición, a la que no son ajenas influencias helenísticas y orientales— que acentuaba más y más el carácter sagrado y divino del jefe del estado: concepción, como es sabido, ya muy difundida en el imperio romano, que volvería a extenderse durante los reinos romano-bárbaros<sup>11</sup> y que mal se avenía con las pretensiones de la iglesia<sup>12</sup>. No debemos olvidar, finalmente, que las llamadas "iglesias de estado" o "nacionales" o "regionales", por el mismo hecho de substraerse a la jurisdicción de Roma, constituyeron un nuevo motivo de choque entre las pretensiones universalísticas de la iglesia romana con la política de uno que otro soberano, de aquellos que de hecho ejercieron funciones de "gubernatores ecclesiae"<sup>13</sup>.

Muchos todavía opinan que aquella gigantesca controversia conocida con el nombre de Lucha de las Investiduras, de la que está lleno todo el siglo XI, fue algo que se produjo y desarrolló únicamente en el siglo XI. No cabe duda de que esto es cierto con relación a la realidad viva y los hechos que se refieren, pero para los que se fijan detenidamente en la profundidad de la historia, sólo constituye un episodio sobresaliente en la gran lucha que empieza diez siglos antes; que se inicia, en otras palabras, con la nueva religión y

la nueva ética de la vida. No podía el espiritualismo cristiano armonizar con la filosofía clásica, la cual ya no satisfacía las exigencias de los nuevos tiempos, y al trasladar los valores supremos a una esfera ultraterrenal, preparaba para tarde o temprano abierto choque aun en el campo de la política, entre la antigua concepción y la nueva, ya que esta última era moderna y revolucionaria. Consecuencia natural fue el choque entre las dos instituciones históricas que representaban esas concepciones; tratábase de un choque grave y sin solución, por identificarse ambas, con regímenes o instituciones totalitarios. Frente al estado, organizado conforme la antigua tradición, con su firme jerarquía interior, la iglesia reacciona desde el comienzo a través de una formulación de principios siempre terminantes. Hay toda una serie de publicaciones que merece un estudio más detenido del que hasta la fecha se le ha dado: una serie de escritos que brota desde los mismos Evangelios (los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas de Pablo, la literatura sibílica y apocalíptica, las novelas populares de los primeros siglos y las obras de los apologistas griegos) hasta tiempos más cercanos. Existen documentos literarios tales como las Pseudo Clementinas, los Hechos de Pedro y Pablo, la Didaké, los escritos de Papias de Hierápolis, las Apocalipsis apócrifas —mencionando tan sólo lo más sobresaliente— que únicamente han sido investigados por los estudiantes del dogma y de la primitiva teología cristiana. Sin embargo, un sutil historiador de las ideas y de las doctrinas sociales del cristianismo, puede hallar en esa literatura la primera revelación de una nueva y por cierto muy interesante *Weltanschauung*. Bastaría con examinar las páginas candentes de odio y menosprecio de los sibílicos, de Taciano, de Ermia, y las más sosegadas, pero igualmente intransigentes, de Justino, de Atenágora, para que aparezca claro y definido el alcance de formulaciones

revolucionarias, las cuales determinaron, al ponerse en práctica, la famosa reacción pagana tan magistralmente estudiada por Labriolle. Es más: aunque dejáramos de un lado este grupo de obras primitivas y nos conformáramos con testigos más cercanos, toda la literatura de los padres de la iglesia parece respaldar nuestra tesis, pues encontramos las primeras alusiones en Juan Crisóstomo, ya que para él la iglesia se eleva sobre el estado, tanto como el alma sobre el cuerpo. En Gregorio de Nazancio encontramos lo siguiente: —“Los obispos ejercemos una autoridad mayor y más perfecta” y también: “¿Debe el espíritu sujetarse a la carne?”... —En Isidoro Pelusiota—: “El sacerdocio es como el alma; el estado, es como el cuerpo”—, etc... La autoridad imperial tiene fuerza para la iglesia, pero sólo en cuanto sea divinamente autorizada; en cuanto, sirviendo a Dios y a su iglesia, se purifique del pecado<sup>14</sup>. Esto se proclamaba abiertamente.

No nos detendremos, por ser muy conocida, en la doctrina Agustiniense de la “civitas dei”, la cual no es la única que se manifiesta en aquel período para proclamar la primacía de la dignidad sacerdotal. El mismo papa Gelasio, en una epístola al emperador Anastasio, y con mayor exactitud Simmaco en el sínodo romano del año 502, solemnemente declaran que no le corresponde al estado sentenciar asuntos eclesiásticos<sup>15</sup>. A la muerte de Simmaco, queriendo otra junta rechazar sus declaraciones, San Avito de Viena se dirigió con firmes palabras a los senadores, declarando la imposibilidad de los laicos para juzgar a un sacerdote, ya que “no puede —escribió— el inferior juzgar al superior”<sup>16</sup>. También Procopio de Gaza, entre el V y el VI siglo, declara la superioridad de la función eclesiástica sobre la política “las que Dios atribuyó a las respectivas autoridades”<sup>17</sup>. Cada vez se acepta más el principio: “sacerdotium est enim sanctificatio et constitutio imperii”<sup>18</sup>, principio al cual se aviene el patriarca de

Constantinopla, Tarasio<sup>10</sup>, Juan Damasceno<sup>20</sup>, y Gregorio Magno<sup>21</sup>. Los tiempos van lentamente cambiando, y ya en estas afirmaciones es posible reconocer una anticipación de las firmes y terminantes palabras doctrinales de Juan de Salisbury<sup>22</sup>, y Anselmo de Canterbury<sup>23</sup>. Mientras tanto, va desarrollándose la corriente “negativa” —así la llamaremos—, que se relaciona con la primacía del poder eclesiástico, y que se caracteriza por la proclamación del carácter divino en la autoridad real, así como por las primeras afirmaciones de las iglesias nacionales. Las atribuciones divinas de Quílderico confirman nuestra exposición. El título que más tarde Alcuino dará a Carlo Magno es éste: “dilecto David”<sup>24</sup>. Pero hay más: toda la política de los reyes merovingios, que hicieron y deshicieron leyes en materia religiosa, apoyándose en sus convencimientos teocráticos, comprueba, *ad abundantiam*, que el considerarse “rey por gracia divina” no fue ninguna invención de Carlo Magno. Resulta muy interesante observar cómo, en contraposición a esta teoría laica del poder absoluto, empieza a delinearse en la iglesia una distinta teoría, la que acentúa más el carácter sagrado: los pontífices se adelantan a los hechos declarando que el poder imperial se dignifica en cuanto recibe la consagración de la iglesia. “Le sacre” se dijo “est un contract mais c’est aussi une ordination, car on étend au sacre royal quelque chose des obligations et des privilèges du sacre episcopal. Pour inculquer cette opinion on ne s’épargne pas”<sup>25</sup>. Poniendo el óleo sobre la frente del soberano, el celebrante que lo consagra repetirá tres veces la fórmula: “coronet te dominus corona gloriae... et ungat te oleo... unde uncsit sacerdotes... profetas... mártires” y de tal manera “le clergé qui s’afiliait le chef du royaume... laissait croire volontier que le prince était desormais plutot cleric que laic”<sup>26</sup>. La primera consagración, la de Pipino, es obra del mismo San Bonifa-

cio, en presencia y en el nombre de los Obispos Francos “per unctionem sancti crismatis per manus sacerdotum galiarum”<sup>27</sup>.

Más sencillo resulta hablar de las iglesias nacionales, señalando cómo era la autoridad de los soberanos en materia eclesiástica. Una vez más cedemos la palabra a Leclercque: “. . . les roys merovingiens revendiquent une autorité que la puissance pontificale n’est en mesure de lui contester sans des graves imbaras. . . l’action de la papauté n’apparaît nulle part. Vers les dernières années du VI siècle, l’église national mérovingienne est nettement constituée, degagée des influences du passé, conciente de ce qu’elle peut et de ce qu’elle veut pour l’avenir”<sup>28</sup>.

Pero hay más; en estos mismos años empieza a hacerse patente otro notable fenómeno conocido por los estudiosos de la historia económica medioeval: el traspaso de la propiedad inmueble eclesiástica, por razones de conquista, confiscación, etc., a manos laicas; acontecimiento que, además de otras consecuencias, transfiere al nuevo dueño el derecho a la elección del obispo y por lo tanto el control, y a menudo la imposición, de su propio candidato<sup>29</sup>. Más tarde, con Carlo Magno, este derecho tendrá una evolución en sentido monárquico, y los grandes monasterios se volverán propiedad de la corona, la única que podrá conceder el “beneficium” colocando al abate al nivel de cualquier funcionario de la jerarquía feudal<sup>30</sup>. Conforme se desarrolla esta evolución los monasterios bajo la protección del rey se vuelven propiedad suya, y *tuitio* viene a significar *imperium*<sup>31</sup>. Veamos ahora, rápidamente, la política religiosa de los más ilustres soberanos que reinaron antes de Carlo Magno. Si quisiéramos compendiarla en una sola palabra, diríamos que no fue otra cosa, a lo largo de tres siglos, que una política de activa intervención. En el año 511 el concilio de Orleans dirige sus recolecciones a Quílderico<sup>32</sup>;

de Carlo Magno quedan unas cuantas deliberaciones, que demuestran, sin duda posible, su influencia en las cuestiones de disciplina y organización eclesiástica<sup>33</sup>; Pipino, rey de los Francos, no actúa de otra manera: más bien convoca concilios “Francorum rex Pipinus universos pene Galliarum episcopos adgregari fecit ad concilium”<sup>34</sup>; dispone que vuelvan a reunirse cada seis meses<sup>35</sup>; ordena que los religiosos no convivan con mujeres<sup>36</sup>; que no se metan en oficios profanos<sup>37</sup>; que las abadesas no salgan de sus monasterios sin previa autorización real<sup>38</sup>; y que no se reciban en las diócesis los “clerici vagantes”<sup>39</sup>. Todo esto “para la mayor gloria de Dios”, conforme explica el mismo decreto<sup>40</sup>, pero en verdad, debido a las exigencias casi policíacas, de su política interior. Estamos en la víspera de la coronación de Carlo Magno. Bajo su soberanía, las relaciones entre iglesia y estado evolucionarán conforme a lo que los historiadores han llamado su “teocracia”.

Sin embargo, los antecedentes están ya asentados, pues los reyes francos lentamente han transformado la religión en un poderoso instrumento de gobierno. Al mismo tiempo la iglesia elabora una teoría, llamémosla de oposición, por medio de la cual la política de las donaciones territoriales y el célebre “*constitutum Constantini*” son las manifestaciones más elocuentes<sup>41</sup>.

#### b) Política religiosa de Carlo Magno

“Por fin Carlo Magno llegó, sistematizando todos los abusos que existían en la confusión de los dos poderes”. Así comenta, acertadamente, Helman<sup>42</sup>. En realidad, al que detenidamente examine la praxis de gobierno del mayor de los carolingios, tiene que llamarle la atención la fisonomía teocrática de su sistema. “La iglesia se considera parte del estado y desde luego subordinada a él por gracia divina”<sup>43</sup>. Tal es el principio básico de la política de Carlo Magno y

de sus consejeros; principio elemental sobre el que descansa su política religiosa, y no solamente la religiosa. Tal es la fórmula en la que irán desarrollándose las relaciones entre iglesia y estado, según el mismo emperador las plantea y resuelve. Antes de analizar la política religiosa de Carlo Magno y de fijarse detenidamente en la nueva situación histórica que la determinó, es preciso averiguar los principios ideológicos que se esconden bajo los acontecimientos de la época, y que, hasta cierto punto, los motivan. Ya vimos cuál fue la actitud de las autoridades laicas frente a la iglesia, y pudimos cerciorarnos de lo siguiente: era muy grande la confusión de los poderes; era persistente la idea del poder absoluto del soberano; era obstinada su intervención en los asuntos eclesiásticos. Aunque la iglesia frente a los reyes católicos visigodos de España, frente a los recién convertidos soberanos merovingios, frente a los píos monarcas anglo-sajones y los primeros carolingios, hubiese logrado un acrecentamiento de su propio prestigio, sentando al mismo tiempo las bases del poder temporal, y haciendo que en ciertas oportunidades se aceptara el principio de la separación de los dos poderes, durante el reinado de Carlo Magno la autoridad del estado se volvió, otra vez, preponderante. A la panorámica y equilibrada visión de Carlo Magno, de todos los problemas que le rodeaban, a su capacidad política nada común, no podía pasar desapercibido el peligro inherente de las pretensiones de autonomía de la iglesia, causas y al mismo tiempo consecuencias de una equivocación básica que todavía persiste, ya que aún es muy difícil determinar con exactitud las atribuciones y las esferas de actividad de las dos instituciones (piénsese por ejemplo en la activa intervención de la iglesia en la política de los distintos países católicos, especialmente en Italia). Carlo Magno, con su política realista resolvió el problema, some-

tiendo la iglesia al estado. Sin embargo, la solución que su gran prestigio y su experta diplomacia —así como la situación de la época, en la que todavía no aparecían graves contrastes— hizo posible, sus primeros descendientes la debilitaron, los acontecimientos del siglo X la volvieron más precaria y finalmente los dramáticos choques de dos voluntades igualmente fuertes la echaron a perder completamente tres siglos más tarde. Testigos de las doctrinas profesadas por Carlo Magno y por sus consejeros son las epístolas que de ellos nos quedan —particularmente las de Alcuino— los libros carolingios y los muchos decretos promulgados a lo largo de cincuenta años del reinado de Carlo. Examinaremos ahora estos documentos en sucesión cronológica. Antes que nada, resultará conveniente averiguar cuál fue la concepción que de la dignidad imperial, del poder mismo de la monarquía, tuvo Carlo Magno. No cabe duda que en este sentido no se alejó de la tradición de los francos. Para él, la dignidad real proviene directamente de Dios, es decir, sin concurso o mediación alguna de otros poderes. La iglesia, el pontífice, vicario de Dios en la tierra, son en absoluto extraños al otorgamiento y a la confirmación de dicha dignidad al monarca. Este se vuelve monarca por directa designación de Dios, que a través de su gracia lo consagra y confirma, haciendo de él, automáticamente, su mandatario en la tierra, con tareas bien definidas para la instauración del reino de la justicia, de la piedad, del bienestar. En las epístolas del emperador —ya sean su obra personal o salgan de lo que llamaremos en términos modernos “secretaría de estado”— las designaciones oficiales son las que a continuación transcribimos: “*Carolus gratia Dei*”, “*divina gratia largiente*”, “*dei fretus auxilii*”, “*a deo coronatus*” y también “*divina gratia largiente rex francorum et langobardorum*”<sup>44</sup>. Como ocurrió antes con el título latino de “*patricius*”, la dignidad real

otorgada por divina gracia establecía entre los elementales deberes del soberano el de la defensa de la religión, es decir, su deber era vigilar a la iglesia católica: el más trascendental símbolo terrenal de la misma religión. Lo que las razones de estado volverán inevitable —su intervención en los asuntos eclesiásticos y en el gobierno de la iglesia— la misión del rey en la tierra lo justifica idealmente, y éstos son, precisamente, el carácter y la atribución que Carlo Magno reivindica para sí mismo, llamándose y haciéndose llamar: “*defensor ecclesiae*” “*devotus sanctae ecclesiae defensor*” “*audiutor apostolicae sedis*”, etc.<sup>45</sup>. Más sincero e imparcial será Alcuino, llamándose de una vez, “*rector ecclesiae*”<sup>46</sup>. El principio ya está formulado: “*quia ipse dominus imperator, post Domini et sanctorum eius earum (ecclesiarum) et protector et defensor esse, constitutus est...*”<sup>47</sup>. Por supuesto que de “*advocatus*” y “*defensor*” hasta “*rector y gubernator*” hay poca diferencia, máxime si el “*advocatus*” resulta ser un político de la magnitud de Carlo Magno. Así hemos visto —y lo seguimos viendo en tiempos más cercanos— a ciertos países, protegiendo y defendiendo “*desinteresadamente*” a otros países menores, hasta volverse, de hecho, centros de sistemas planetarios, en cuya órbita los demás países tienen forzosamente que moverse. Pero hay más: si el emperador es el defensor de la iglesia, también deberá ser el jefe de la jerarquía eclesiástica; a él, y solamente a él le corresponderá elegir obispos, reunir concilios, vigilar la conducta del clero, impartir disposiciones acerca del sagrado ministerio sacerdotal y en fin —supremo arbitrio— resolver cuestiones teológicas, establecer cánones, fijar el dogma. En realidad, si examinamos detenidamente los documentos histórico-jurídicos de este soberano, fácilmente podemos percatarnos de que él no se conformó con atribuirse teóricamente semejantes poderes, sino que ejerció derechos que,

en materia de religión, le aseguraban el control de cualquiera iniciativa pública y particular. Esto no quiere decir, por supuesto, que desconociera la fuerza y por lo tanto la importancia política del clero<sup>48</sup>, ni mucho menos que descuidara rendir manifiesto testimonio de su filial piedad y de su devoto respeto a la iglesia (véase por ejemplo el entero decreto "De honoranda sede apostólica"<sup>49</sup>), mas la recopilación de sus leyes demuestra que todo lo dispuso y arregló en función de vigorizar más y más la autoridad del estado. Quizá sea ésta una de las razones por las que hallamos en sus decretos tan elevado número de disposiciones acerca de cuestiones religiosas y de disciplina eclesiástica. Sigue la tradición merovingia, puesto que las disposiciones acerca de los religiosos, de sus obligaciones y deberes, de sus relaciones con la autoridad laica, así como las prevenciones en contra de los indignos e ineptos, están estudiadas y dispuestas hasta en mínimos detalles. Para empezar se tienen que reunir periódicamente concilios en presencia del emperador, y esto para "cristiana religio emendetur"<sup>50</sup>. Los religiosos no podrán tener consigo mujeres, ni con ellas convivir<sup>51</sup>; no estará permitido que oficien las curas de paso, a menos que los conozca personalmente el obispo local<sup>52</sup>; estará terminantemente prohibido a los sacerdotes mantenerse comiendo o tomando en tabernas u otros lugares incompatibles con el hábito que visten<sup>53</sup>; llevar armas<sup>54</sup>; vagar de ciudad en ciudad en vez de cuidar sus propias diócesis<sup>55</sup>; ejercer la usura<sup>56</sup>; mezclarse en asuntos profanos<sup>57</sup>; tener perros cazadores, halcones y gavilanes<sup>58</sup>. A estas disposiciones siguen otras de carácter extremadamente religioso, que no dejan de asombrarnos cuando nos percatamos que su promulgador no es un pontífice o un obispo, sino un laico, un jefe de estado: los sacerdotes deberán tener siempre lista la hostia consagrada, a fin de que los fieles puedan comulgar en

especiales circunstancias<sup>59</sup>; deberán, durante la misa, mezclar agua y vino en el cáliz, como perpetuo recuerdo del sacrificio de N. S. J.<sup>60</sup>; deberán mantener apartadas las ampollas del aceite para los catecúmenos y las del sagrado crisma<sup>61</sup>. Hay muchas otras disposiciones que se refieren a la cultura, a la instrucción del clero<sup>62</sup>, a la ordenación de los novicios<sup>63</sup>, al pago y a la devolución de los diezmos<sup>64</sup>, a las supersticiones paganas que es menester extirpar<sup>65</sup>, al culto de los santos y beatos mártires<sup>66</sup>, al alejamiento de los indignos e ineptos<sup>67</sup>, etc. Afirmando en primer término la autoridad del soberano, al que tienen los sacerdotes que obedecer, se indagán los casos especiales en los que queda autorizado un tribunal religioso para juzgar a un sacerdote en lugar de un tribunal laico<sup>68</sup>, y apartarlo de su estado sacerdotal (pero sin sujetarlo jamás a público castigo, a fin de evitar que sobre la dignidad sacerdotal caiga descrédito). Singularmente severas son algunas medidas en contra de religiosos que por no cumplir ciertas normas impuestas por los concilios se hayan vuelto culpables con relación al rey<sup>69</sup>. En determinadas ocasiones, cuando el obispo metropolitano no alcanza a resolver con su propia intervención controversias entre laicos y religiosos, se puede acudir al soberano, siempre que se respete con verdadera disciplina, el riguroso orden jerárquico<sup>70</sup>. Las periódicas relaciones de los "missi dominici" en las que no se omiten minuciosas instrucciones<sup>71</sup>, tienen al soberano al tanto del funcionamiento de la vida eclesiástica<sup>72</sup>, de las relaciones entre clero y autoridades<sup>73</sup>, de la observancia de los decretos<sup>74</sup>, etc. Y para los que incurran en desobediencias, hay muy severos castigos<sup>75</sup>. Del examen de estos documentos podemos deducir una primera conclusión: a muy bajo nivel moral debe de haber llegado la vida del clero en años anteriores al reinado de Carlo Magno, como consecuencia de la secularización que hondamente se venía efectuando,

para repetir tantas disposiciones en tan corto tiempo, y, por si esto fuera poco, con renovada y monótona insistencia. De esto también deriva otra conclusión que confirma lo que anteriormente hemos tratado de aclarar, es decir, la política religiosa de Carlo Magno, en función de una más firme consolidación del estado. En efecto, semejantes reformas religiosas, semejantes imposiciones disciplinarias al clero, pueden muy bien explicarse por el alto concepto que tuviera el emperador de la dignidad eclesiástica y por su filial piedad, pero mucho más se justifican por las necesidades de su política interior, ya que el decaimiento de la iglesia, a lo largo de muchos años se hubiera convertido en un peligro para el mismo estado. No nos convence la tesis sostenida por algunos historiadores<sup>76</sup> —generalmente del lado católico y a pesar de los muchos y muy claros documentos— según la cual Carlo Magno ambicionaba realizar una reforma eclesiástica a través de un mayor afianzamiento de las instituciones religiosas, ya que los muchos escritos que de él nos quedan clara y positivamente demuestran cuál fue su actitud hacia los romanos pontífices, y cuál el concepto que tuvo de sus atributos, de sus deberes y de sus derechos terrenales. Dirigiéndose por ejemplo a León III, quien necesitando su ayuda —le había remitido después de su elección pontifical las llaves de Roma, además de asegurarle su fidelidad— y quien solicitaba un funcionario imperial que investigara la inocencia del pontífice, Carlo Magno se expresa en los siguientes términos: “Valde gavisus sum . . . in humilitatis vestrae oboedientiae et in promissionis fidelitatis. Nostrum est, secundum auxilium divinae pietatis sanctae ubique Christi ecclesiam ab incursu paganorum et ab infidelium vastatione armis defendere foris, in intus catholicae fidei agnitione munire. Vestrum est, sanctissime pater, elevatis ad Deum cum Moyses manibus, nostram coadiuvare militiam, etc.”<sup>77</sup>. ¿Será esto, acaso,

el lenguaje de un hombre a quien empuje el celo de la dignidad eclesiástica más que el de su propia corona? . . . A nosotros nos parece el lenguaje de quien está acostumbrado al dominio: se alegra por el juramento de fidelidad que se le ha presentado, y sin más, establece con notable lucidez las competencias de cada quien, asignando una insignificante parte de estas a la iglesia y guardando para el poder temporal no solamente la defensa externa sino la que se expresa en el interior de la misma iglesia. Así toda intervención queda justificada. ¿Y por qué justificarla? . . . Es un derecho, y el derecho no se justifica, más bien se afirma. La suya en realidad es una terminante afirmación: “nostrum est, etc.” Es concluyente en este sentido el siguiente pasaje que transcribimos de los libros carolinos: “Permitimus imagines sanctorum quicumque eas formare . . . adorare eas verum nequaquam cogimus qui noverint, frangere et destruere eas, etiam si quis voluerit, non permitimus”<sup>78</sup>. Nos encontramos aquí con una cuestión meramente dogmática: el culto de las imágenes. ¿A quién sino al pontífice correspondería opinar y sentenciar? Y sin embargo, es Carlo Magno quien personalmente decide el asunto: permite que se conserven las imágenes, sin obligar a que se adoren, y prohibiendo que se destruyan. Es bueno recordar que en este período, las intervenciones del emperador en cuestiones religiosas ya son tan frecuentes, que los mismos sacerdotes las consideran a menudo legítimas y se dirigen a él con fórmulas de obediencia total, declarándose, además, miembros de “su” iglesia<sup>79</sup>. Nos hemos referido, de paso, a los libros carolinos: observemos ahora, más de cerca, estos interesantes documentos, fieles intérpretes de toda una concepción política, puesto que, en realidad, políticos más que religiosos resultan ser su contenido y su espíritu<sup>80</sup>. Generalmente hoy, después de las ásperas polémicas del siglo XVII

y las renovadas dudas de Floss, todo el mundo está conforme con su autenticidad<sup>81</sup>; y aunque la atribución de ellos a uno que otro personaje de la época constituya un problema que después de tantos siglos no parece posible solucionar, creemos, sin temor de ser desmentidos, que hayan sido compuestos bajo la inspiración del mismo Carlo Magno por algún funcionario del gobierno, quizá por Alcuino<sup>82</sup>, y seguramente en la misma corte franca cuya actitud doctrinaria hacen claramente manifiesta. Con relación a ellos, Rómulo Caggese observó sutilmente que es posible fechar las más remotas intenciones de Carlo Magno al ceñirse la corona imperial, por lo menos desde la aparición de estos libros, que por primera vez formularon una teoría política dirigida no solamente al reducido medio franco, sino a todo el occidente<sup>83</sup>. Por parte nuestra, la gran importancia y el carácter peculiar de los libros carolinos, lo hallamos sobre todo en el hecho que, por la misma forma en que están redactados, constituyen no solamente un verdadero esbozo de la teoría carolingica acerca de la misión del soberano —aún más completa que la famosa epístola a León III— sino también una hábil tentativa de propaganda política, ya que hacen de público conocimiento y claramente subrayan el hecho de que el decaído imperio de occidente ya no podía cumplir con su función normativa con relación a la iglesia. Función que “divina largiente gratia” corresponde desde luego al nuevo estado universal, es decir, a la monarquía franca<sup>84</sup>. En los años, y quisiéramos decir en los meses inmediatamente anteriores al histórico acontecimiento de la noche de Navidad del año 800, esta idea se vigoriza más e inspira una copiosa literatura política<sup>85</sup>. Alcuino, el ministro más ilustrado, el consejero más influyente de Carlo Magno, luego de haber examinado detenidamente la situación política, concluye su conocida epístola con la instigación al monarca de tomar con

sus propias manos el timón del tambaleante barco de la civilización occidental: “Sanctae ecclesiae Christi quae multimodo improborum nequitia perturbata est et scelestis pesimorum audibus maculata non in perosnis tantum ignobilis sed etiam in maximis et in altissimis: quod metuendum est valde. Nam tres personae in mundo altissimae fuerunt: apostolicas sublimitas quae beati vero Petri principis apostolorum sedem vicario numere regi solet... alia est imperialis dignitas et secundae Romae secularis potentia... tertia est dignitas in qua vos domini nostri J. C. dispensatio rectorem populi christiani posuit: coeteris praefatis dignitatibus potentia excellentiorem, sapientia clariorem, dignitate sublimiorem. Ecce in te solum salus ecclesiarum Christi, inclinate recumbit”<sup>86</sup>.

En la incertidumbre general de los valores, en el caos en que parece hundirse el mundo, he aquí la sola luz que lo alumbraba: la dignidad real tan sobresaliente por su fuerza, cuanto ilustrada por su sabiduría. Aquí está el nuevo derecho, la nueva misión, el nuevo deber que se perfila para Carlo Magno. Nadie piensa ya en Bizancio y muy pocos en la iglesia: la sola autoridad capaz de acabar con la difícil situación de hecho que determinó, o por lo menos hizo más crítica la alborotada primavera romana de 799, es la monarquía franca. Por esto mismo la misión del nuevo reino está claramente afirmada y sostenida teóricamente con un recurso que sí podemos llamar romano, en cuanto reanuda la tradición de Teodosio y Justiniano, no es sino la audaz innovación de un rey bárbaro —enemigo más que sucesor o delegado del emperador de oriente, en contra del cual ha ayudado a la iglesia para su propia expansión territorial— misión que quiebra aquella tradición con el mismo recurso, gracias al cual cree renovarla. Sin embargo, ésta era la única solución posible. Demasiado lejos y demasiado extraño a la mentalidad occidental, pri-

sionero de esquemas ajenos a la realidad histórica, afligido por hondas crisis dinásticas, el imperio de Bizancio no tenía la menor posibilidad ni el menor interés en desarrollar una política italiana<sup>87</sup>, mucho menos occidental o universal; y por su lado la iglesia —en cuyo seno las pretensiones universalistas se oponían confusamente a una situación de hecho muy distinta e insegura— todavía no estaba capacitada para asumir el oficio de “guía de los pecadores, consoladora de los afligidos, exaltadora de los buenos”<sup>88</sup>. De las tres luces que alumbraran un tiempo al mundo: el Papado, el Imperio, la Monarquía, únicamente esta última había quedado y de ella parecía esperar humildemente, el mismo Pontífice, una benéfica intervención. El rey Carlos “luz, honra, gloria de los pueblos”, “jefe del mundo”, “cumbre de la realeza”, conforme lo define la literatura de la época, es el único que puede cargar con tan magnas funciones. Tal es el convencimiento general, la opinión pública a la que no es ajena la misma iglesia que, con el epígrafe de Adriano I<sup>89</sup>, y más aún con el famoso mosaico de León III<sup>90</sup>, aparenta colaborar con el nuevo orden de ideas<sup>91</sup>. De esta manera, con un acto totalmente ante-jurídico de Carlo Magno quien —*patricius* del imperio de oriente se erguía frente a quien era su señor *de jure*— y con motivo de una coronación no menos arbitraria por parte de León III<sup>92</sup>, en la noche de Navidad del año 800 iniciábase una larga treintena de colaboración entre los pontífices y los soberanos francos; restituíase un contenido vivo y real a la idea, nunca totalmente desaparecida, del imperio (de cuyas supremas aspiraciones jamás habíase perdido por completo la conciencia) y de nuevo evocábase en occidente el gran fantasma, renovando un imperio, *sagrado* (ya que la revocación, aunque deseada y auspiciada por Carlo Magno, había sido realizada por obra del pontífice); *romano* (aunque sólo en apariencia se

conservara la antigua esencia de la idea imperial); *germánico*, en fin (porque tales eran las nuevas fuerzas que habían logrado aquel acontecimiento y el carácter peculiar del renovado imperio, que se manifestaba, entre otras cosas, por el escogimiento de una capital transalpina). La realidad histórica casi siempre se caracteriza por exigencias más vivas y efectivas que el abstractismo jurídico, y el acontecimiento de Navidad del año 800 sancionó una vez más estas exigencias. Sin embargo la concepción política, a cuyo triunfo Carlo Magno había consagrado sus años mejores y sacrificado sus más fuertes ejércitos, salía de aquella ceremonia perjudicada y disminuida. Cuando Carlo Magno, llegado a Roma y convocado el clero mayor para juzgar la conducta papal había obtenido de León III juramento de su inocencia (pues nadie creyó que el pontífice voluntariamente se hubiese prestado a tan humillante ceremonia), casi salía perdiendo. ¿Quién había, oficialmente, coronado al emperador? ¿Quién, ejerciendo la función de intermediario entre Dios y los hombres, había consagrado a Carlo Magno, sino el mismo Pontífice? ¿Y a quién, por lo tanto, podía atribuirse en virtud de aquel acontecimiento, el soberano derecho de la elección y de la consagración, sino a la iglesia romana?

He aquí un instante verdaderamente trascendente en la historia de la teoría eclesiástica de la supremacía papal, y he aquí la razón por la cual Carlo Magno se enfadó —conforme relata Alcuino— hasta confesar que si hubiese estado al tanto de lo que se había preparado, no hubiera entrado a la iglesia, pese a la solemnidad de la fecha. No se quiere decir, con esto, claro está, que ya desde mucho tiempo antes él no consideraba la coronación imperial como la única conclusión lógica de treinta años de acción política, ni tampoco que, acerca de tal ceremonia, no se hubieran formulado los primeros acuerdos con el pontí-

fice en la entrevista de Paderborn. Lo que sí quiere subrayarse es que el emperador quedó hondamente disgustado al serle otorgada, por el pontífice, una autoridad que, según él, debía llegarle directamente de Dios. Y esto es tan cierto que unos cuantos años después, con motivo de la coronación de Ludovico el Piadoso como co-regente, quiso, para que no quedaran dudas al respecto, que su hijo se impusiera personalmente la corona después de sacarla con sus propias manos del altar. Sea como sea, la disputa acerca de la legitimidad jurídica del nuevo imperio —disputa nacida por la discutible costumbre de algunos historiadores de querer legitimar los hechos históricos con las reglas del derecho<sup>93</sup>— no pudo cambiar en el curso de la historia, y el acontecimiento de la noche de navidad del año 800, fue de una importancia más que notable y de una significación que trasciende la simple realidad de los hechos históricos. En la realidad de la situación política, el nuevo título que Carlo Magno asumiera en Roma no suponía nuevas adquisiciones territoriales, no ponía bajo su autoridad Africa, España o las demás provincias ya pertenecientes al imperio romano, como tampoco traía ventajas de carácter militar o económico para el reino franco. Muy trascendente sin embargo era la envergadura de la restauración imperial frente al mundo. Aunque vencedor de campañas militares y fuerte en su prestigio personal, Carlo Magno no había logrado unificar en un régimen de pacífica coexistencia las muchas y muy distintas poblaciones derrotadas militarmente. La restauración del imperio, para imprimir el sello unitario que la milenaria tradición de Roma significaba, hubiera podido si no resolver, por lo menos delimitar en un universalismo al mismo tiempo político, religioso e intelectual, los contrastes que chocarían muy pronto al afianzarse las distintas nacionalidades europeas “in fieri”, de las cuales las luchas entre los

hijos de Ludovico el Piadoso constituyeran las primeras escaramuzas, caracterizadas, aun en el campo literario, por la fórmula bilingüe de los juramentos de Estrasburgo. Por supuesto que tal condición unitaria resultaba insegura y muy efímero el vínculo que unía a los derrotados; sin embargo, descendientes y continuadores de la obra de Carlo Magno, con sus extensos dominios, si hubiesen heredado su prestigio y su capacidad política, quizá hubieran podido lograr esta obra de unificación.

Mas no es oficio del historiador la ilusoria investigación de lo posible y de lo probable. Sólo nos interesa lo que realmente ocurrió, no lo que pudo haber ocurrido, y lo que realmente ocurrió en aquella histórica noche representa más que la conclusión de un proceso histórico cuatro veces secular, el inicio de un período nuevo en la historia del occidente. Desde el punto de vista práctico no cabe duda de que Carlo Magno, en realidad, se adueñó magníficamente de la situación interna: nos lo confirman sus múltiples decretos, los otros escritos de la época, la misma actitud de la iglesia, y es preciso reconocer que su política logró un éxito rotundo. Desde el punto de vista teocrático, sin embargo, su laboriosa política y la de su corte constituyeron un fracaso total: al monarca, elegido por la gracia de Dios y representándolo en la tierra, lo había, a fin de cuentas consagrado y coronado el Pontífice. ¿De qué servía que con tanto celo Alcuino hubiese exaltado la “regalem dignitatem aliis dignitatibus excellentiorem” si era luego el pontífice quien consolidaba el nuevo imperio? ¿Y qué sentido podía tener el hecho de que con tanta exactitud Carlo Magno hubiere fijado las atribuciones pontificales en la famosa epístola “nustum est” si luego, frente a la opinión pública, quien había sancionado la elección imperial resultaba ser el obispo de Roma, es decir, el más ilustre de sus súbditos de *jure*? Jamás habíase

verificado anteriormente situación parecida; jamás la primacía del papado había logrado tan magna afirmación, relacionada con la tradicional aspiración de los pontífices de otorgar la dignidad de "patricius" o de "ungido". No cabe duda de que la teórica eclesiástica de la primacía haya logrado con este acontecimiento un indiscutible paso hacia adelante: quizás no en la práctica —aún habrá ejemplos de emperadores autocoronándose, el primero entre ellos el inmediato sucesor de Carlo Magno; aún habrá pontífices quienes en conformidad a la "Constitutio romana" de Lotario jurarán fidelidad al emperador, por lo que al mero principio se refiere. ¿No será esta superioridad de la autoridad espiritual con relación a la temporal (aunque crecida por el ulterior desarrollo doctrinario) la que reivindicarán los grandes pontífices del Siglo XII y XIII, sobre todo Inocencio III en su famosa bula del año 1201? El auténtico predecesor de Gregorio VII es León III y uno de los eslabones intermedios, Nicolás I. Lejos estamos aún de los tiempos de Ildebrando y sin embargo, por lo que atañe a la realidad de los hechos históricos, Canosa queda como la ineluctable consecuencia del gesto de León III y no puede explicarse sin él. Agréguese que la restauración del imperio, así como en la esfera de lo ideológico representa algo negativo con relación a la autoridad del estado, en la esfera práctica está condicionada por unos cuantos malentendidos básicos que adelantarán su disolución, apenas la modeladora acción de Carlo Magno, sea substituida por la falta de capacidad política de sus sucesores. El primero de esos malentendidos —digámoslo con las palabras de Arrigo Solmi— consistió en el hecho de que el estado compenetrado de la fuerza de su situación material quiso someter a la iglesia empleando la jerarquía eclesiástica en oficios profanos como órgano del poder civil, mientras, por su lado, la iglesia, afianzada

en el orden de sus jerarquías, cuyo centro era el papado, quiso que el estado se sometiera a la voluntad eclesiástica, única intérprete autorizada del pensamiento divino, exigiendo, además, el brazo secular a su servicio<sup>84</sup>. El nuevo emperador era el verdadero soberano de Roma, y por lo tanto soberano temporal de León III, pero el pontífice era quien cumplía con el acto decisivo de su investidura. La misma intervención del estado en los asuntos eclesiásticos no quedaba clara y positivamente delimitada frente al papado, que trataba de independizarse siempre más, ni constituía motivo de seguridad o de prestigio para el recién consagrado. El malentendido —uno más!— existía entre la autoridad "de jure" del imperio de oriente y la "de facto" del imperio de occidente.

Esta gran agrupación de pueblos, mejor dicho de gentes distintas, rompiéndose a los ochenta años de su constitución, impulsada por nuevas energías que firmemente adquirieron una propia conciencia, revela de manera clara e irrefutable cómo fue de antihistórica la cristalización de aquel anacrónico ideal. Agréguese que también lo echó a perder la primitiva teoría del estado hereditario, patrimonio personal del monarca más que unidad moral y social unificando las fuerzas vivas de la nación. Sin embargo, como cada medalla tiene su revés, no hay acontecimiento que, en el conjunto histórico, no se caracterice por apariencias positivas. La idea de un sagrado imperio romano de la nación germánica (anacronismo que, por querer reavivar una realidad histórica disuelta desde siglos en distintos ordenamientos sociales y en una nueva ética de vida, constituía una utopía) tuvo la función positiva de coordinar, por un instante, el atormentado proceso de transformación de la sociedad medioeval; de determinar mejor los caracteres propios de las unidades nacionales en formación; de permitir a las distintas instituciones históricas una

más clara visión de sus mismos problemas y en fin, tuvo la función de dilatar el ámbito de los intereses, señalando al espíritu humano los caminos

reales de su futuro, a través de la evocación de su pasado.

CONTINUARA.

NOTAS:

1—Mansi, *Conciliorum collectio ecc. XIV, 671, passim.*  
 2—Entre la rica bibliografía sobre el asunto, queremos mencionar una obra de escaso volumen, pero muy valiosa: G. Pepe, *Il Sillabo e la politica dei cattolici, Roma 1945.*  
 3—En la actitud de Constantino se reconoce hoy la propensión si no a dominar la iglesia, por lo menos a "faire triompher ce qu'il tient pour l'intérêt de l'état". Fliche-Martin, *Histoire de l'Eglise, III, 64.*  
 4—Véase Fliche-Martin, *op. cit. III, 510.* Es necesario añadir que cuando se enfrenta con "el sacerdote capaz", ecc. (San Ambrosio), se realizará un episodio de capital importancia que puede legítimamente considerarse un antecedente de la escena de Canosa.  
 5—Establecida la fundamental distinción entre las dos autoridades, Justiniano, convencido de su directa responsabilidad frente a Dios, está decidido a que el orden se imponga "con la fuerza de las leyes" según lo que podemos ver en el prólogo a las Instituciones de Derecho, no solamente en el estado sino en la misma iglesia. No hay un solo problema de disciplina interna que se escape a su autoridad. Ver Fliche-Martin, *op. cit. IV, 440.*  
 6—"...nullo modo vobis licet de ecclesiasticis causis sermone movere: tale enim investigare patriarum, pontificum et sacerdotum est: non nostrum qui pasci debemus..." Mansi, *Conciliorum VIII, 1134.*  
 7—*Registrum Gregorii Magni. Ed. Hartmann M. C. H. Epist. I-II; Jaffe, Wattenbach 1360.*  
 8—Interesante a este propósito es la 1ª Epístola de Clemente a los romanos y las de Ignacio de Antioquía e Ireneo de León. Véase Engerist en: *Ricerche religiose 1931, 222 passim* y Fonk, en *Biblica, 240 passim.*  
 9—Cuando en el siglo XVI se difundieron las doctrinas luteranas, Juan Heck y el cardenal Caetani aludieron a esta investidura por Cristo al apóstol. Y uno de los argumentos de Lutero fue precisamente que no existía, antes del año 80, ninguna primacía de Roma sobre toda la Iglesia. Ver *Grisar, Lutero, Torino 1934, 105-107.*  
 10—Un verdadero centro de influencia Imperial, una "longa manus" de Bizancio en Italia es la famosa sede de Ravenna que hasta al siglo X dará a los pontífices romanos muchas preocupaciones con motivo de cuestiones doctrinarias, detrás de las que siempre se perfila el entrometimiento político del imperio oriental. Tan cierto es esto que, cuando en el año 844 Luis II vino a Roma para investigar, con motivo de la elección pontifical de Sergio II, lo acompañó el mismo obispo de Ravenna, quien era sin embargo súbdito pontificio.  
 11—Cuando los letrados de la corte hablan de Imperio, le atribuyen el apelativo de "divus" y honores divinos. Véase Ozanam, *La civiltà cristiana presso i Franchi, Firenze 1864, 288 passim.*  
 12—Véase Charle Magna en *Dictionnaire de archéologie chrétienne et de liturgie, Paris 1913, III, 1, 782.* También Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions ecc. VI, 222-223.*  
 13—Véase: *Gallicanisme, en Dictionnaire ecc. 436.* También Hanck, *Kirkengeschichte Deutschlands, Leipzig 1904, I, 224.*

14—Véase: *Troeltsch, Dottrine sociali della chiesa e dei gruppi cristiani, Firenze 1941, I, 221.*  
 15—Thiel, *Epis. rom. pont. 685 passim.*  
 16—*Epist. 31 en Migne, Patr. Lat. LIX.*  
 17—*Migne Patr. Lat. LXXXVII, 663 y 710.*  
 18—*Epis. Episc. Orient. ad Tarasium, en Coletti, III, 818.*  
 19—Cuando, el asumir el patriarcado anuló los decretos de León el laurico; ver *Migne CVIII, 927.*  
 20—*Migne XCIV, 1295.*  
 21—*Joannis archiepiscopi cantuariensis litterae, en Mansi, XXIV, 423.*  
 22—Según Juan de Salisbury la iglesia tiene directa investidura de Dios en ambas autoridades y ejerce directamente la espiritual y la temporal por medio del príncipe. Véase *Bandot, en Dictionnaire de Théologie catholique, VIII, 1.*  
 23—"Liberam vult esse sponsam dei... ecc." *Epistula ad Balduinum regem, y también la otra ad Robertum Flandriae comitem en Migne CLIX, 206 passim.*  
 24—*Epistula XL in Migne, XCVII, 1202.*  
 25—Véase *Charlemagne en Dictionnaire ecc. 782.*  
 26—*ibidem.*  
 27—*Clausula de Pipini unctione, en Bouquet, Recueil ecc. V, 9-10.*  
 Para la consagración de los merovingios véase entre otros *Viollet, Histoire des institutions politiques et administratives de la France, I, 260 passim.* Hemos dicho "primera" consagración. Desde luego, por lo que a los reyes francos se refiere, pues no hay que olvidar que los reyes católicos de la España visigoda "recevaient à leur sacre l'onction de l'huile saint qui faisait de leur intronisation une sorte de consécration religieuse". *Fliche-Martin, op. cit. V, 265.* Séanos permitido agregar que en la España visigoda la iglesia goza de una bien distinta posición, a pesar de la política naturalmente centralizante de los soberanos (y no nos parece justo afirmar, como lo hace D. de Desert, *Les Visigoths, Caen 1891 pg. 38,* que la monarquía visigoda haya sido derrotada al fin por la iglesia). Menor autonomía goza por otro lado, en estos años, la iglesia de Inglaterra. Es más, Ranke ha observado con mucho acierto (*en Die Papste*) que los anglosajones hasta se caracterizan por su devoción a la iglesia de Roma. Tal devoción se extendió más tarde, por obra de San Bonifacio, también a las iglesias alemanas. Véase sobre todo esto, *Hargenroeter, La chiesa cattolica e lo stato cristiano nel loro storico sviluppo, Parma 1877, II, 18.*  
 28—Véase *Gallicanisme en Dictionnaire ecc. 435-436.*  
 29—Las más acertadas consideraciones sobre este problema se encuentran en la obra: *Histoire de l'abbaye de Sainte Benoît, Paris 1942 de dom PHILBERT SCHMITZ.*  
 30—*Schmitz, op. cit. II, 120 passim.* Véase también T. P. Mc Lepelle, *Le rôle ancien droit monastiques de l'Occident, Librairie 1946, 120-129.*  
 31—Véase al respecto las viejas pero siempre acertadas páginas de Laurent, *Les barbares et le catholicisme, Gand 1887, 333 passim.* También véase *Droper, Histoire ecc. II, 194.*  
 32—*Ozanam, op. cit. 288.*  
 33—Véase *Kerlemani principis capitulare anno 742 en M.*

- G. H. Legum, sectio II, Tomus, pars I, pág. 24 passim.
- 34—Concilium vernenense in *M. G. H. I*, 32.
- 35—Ibidem, 28.
- 36—Ibidem, 29.
- 37—Capitulare suessone op. cit. 28.
- 38—Capitulare vernense par. 16.
- 39—Ibidem, par. 6.
- 40—Ibidem, par. 13.
- 41—Sobre este punto hay que leer las consideraciones del Laurent, ob. cit. 322.
- 42—Véase Helmann, *Storia del medioevo*, Firenze 1930, 57.
- 43—Ibidem, 85.
- 44—Véanse las epistulas de Carlos en: *Migne XCVIII*, 893, 897, 900, 907, 909, 914, 918, 920, 931, etc.
- 45—Véase *M. G. H. Pets*, III, 33, *Legum I*, 53, ibidem 33.
- 46—Ep. ad Karolum regem en *Migne XCVII*, 1076.
- 47—Capitulare missorum generale 802 en: *M. G. H. I*, 1, 91 passim.
- 48—Ver sobre este punto Eginardo, *Vita Karoli*, XXVII.
- 49—Ver *Capitulare Langobardorum 813 en Pets I*, 191.
- 50—*M. G. H. Legum*, I, 77.
- 51—ib. 87, 124, 77, 138: sectio II, I, 1, 102 ib. 105-1/52 passim.
- 52—ib. I, 160.
- 53—Capit. Aquigranense, presbyterorum, etc.
- 54—Capit. proesbyt. 806; Capit. Aquigr. 801. Cap. Gener. 769.
- 55—Cap. Francofurtense 794.
- 56—Admonitio generalis 789.
- 57—Cap. Generale 789.
- 58—Ibidem 786.
- 59—Ib. 769.
- 60—Cap. Praesbyt. 806.
- 61—Ibidem.
- 62—Capitula de doctrina clericorum en *M. G. H. I*, 107.
- 63—Cap. Gen. 769.
- 64—Capit. et Canoni Excepta 813.
- 65—Decretum synodale episcopum.
- 66—Admonitio 789.
- 67—Cap. Gener. 769.
- 68—Adm. Gener. 789.
- 69—Cap. data praesbyt. 786.
- 70—Cap. Franc. 784.
- 71—Cap. Missis dominicis data 802 y per missaticum senonense.
- 72—Decretum synodale.
- 73—Capit. Missorum parisiacum et rotomagense, en Cap. Miss. specialia anno 822.
- 74—Cap. per missaticum rodemense.
- 75—Edictum pro episcopis 800.
- 76—Es en general la tesis de los historiadores católicos desde los viejos Ozanam y Dollinger, hasta Kurth, Keller, Dufourcq, etc.
- 77—*Migne XCVIII*, 696.
- 78—Libri Karolini IV, 29 en *Migne XCVIII*, 1248.
- 79—Véase: Odilberti archiepiscopi ad K. M. responsio, en *Migne XCVIII*, 935 y también 938.
- 80—Acertadas observaciones sobre este punto se encuentran en Malfatti, *Imperatori e papi ai tempi della signoria dei Franchi in Italia*, Milano 1876, II, 425.
- 81—Sobre las polémicas relacionadas con la autenticidad de los libros carolinos, véase Hefele, *Histoire des conciles*, Paris 1910, III, 1061-1089.
- 82—Se le atribuyen por cierta analogía existente entre un paso de ellos (VI,6) y un brano de su comentario a San Juan (IV,5). Véase: Berthault, *Alcuin et les livres carolins*, Montauban s. f.
- 83—Malfatti, op. cit. 311.
- 84—Sobre los antecedentes de la idea imperial de Carlo Magno; véase, además que Kleinklautz, Malfatti op. cit. 411.
- 85—Barbagallo, *Storia Universale*, III, 254.
- 86—*Migne C*, 160 passim.
- 87—Véase Barker, *La concessione romana dell'impero e altri saggi*, Bari Laterza, 64.
- 88—Alcuino epist. 174.
- 89—Salvatorelli, *Italia Medievale*, Milano s. f. 421.
- 90—Hay contraste de interpretación, a este propósito, entre Salvatorelli (op. cit. 423) y Pirenne (Maometto e Carlo Magno, Bari 1939, 258) mas a nosotros nos parece tener razón Salvatorelli. La sigla D. N. con que se alude a Carlo Magno en el mosaico fue estudiada minuciosamente por Brunengo (Il patriziato di C. M. Prato 1893) y sin embargo las conclusiones del sabio jesuita nos parecen demasiado sectarias para que se puedan aceptar.
- 91—Jurídicamente la concesión de la dignidad de *patricius*, categoría de la jerarquía romana, correspondía exclusivamente a los emperadores quienes habitualmente la otorgaban a los reyes bárbaros según relata Gregorio de Tours y el hecho de que los emperadores hubieran perdido su soberanía sobre Italia, no autorizaba a los pontífices de otorgar dichos privilegios.
- 92—Tiene razón en este caso el Dufourcq (op. cit. 436) y mucho menos el Journet, *La jurisdiction de l'église sur la cité*, Paris 1913, 187.
- 93—Saba, *Storia del papá*, Torino 1939, I, 362.
- 94—Solmi, *Storia del diritto italiano*, 187.



# INTRODUCCION A LA LITERATURA NICARAGÜENSE

Por Pablo Antonio CUADRA



PABLO ANTONIO CUADRA

Al hablar de literatura nicaragüense el primer problema que se nos presenta es delimitar el campo; saber en qué momento se inicia o cuál es el límite donde esa comarca literaria comienza a definirse por sus valores y características originales.

Comparemos el caso con la hoja de un árbol. La pregunta sería: ¿desde qué momento esta hoja deja de ser árbol y rama y es ya hoja y puede ser comprendida y definida como hoja? —Nuestra literatura es hoja o rama de un gran árbol literario. ¿Cuándo, pues, o cómo se traza el límite entre lo propio nuestro (la hoja o la rama) y ese gran tronco que es también nuestro, el gran tronco de la literatura hispana, de cuya savia se nutre nuestra literatura nacional; tronco que es nuestro en plural y del cual nace lo que es nuestro en singular, lo singularmente nuestro, lo nicaragüense?

Para dar rápidamente con la respuesta partamos de un postulado: a toda singularización le antecede una separación. En el caso de Nicaragua como entidad cultural, son dos separaciones las que se producen como premisas de su existencia: la separación del español de su mundo nativo y la separación del

indígena de su mundo cultural y existencial. El español deja de vivir en España y pasa, por esta separación, a adaptarse a un nuevo escenario geográfico y humano que es el de Nicaragua. El indio deja un modo de vivir especial y llena su cabeza con ideas nuevas separándose de su vivir antiguo. Verificadas estas dos separaciones comienza simultáneamente la fusión de las dos corrientes y en la medida en que esa fusión va indigenizando al español e hispanizando al indio EN NICARAGUA, va esbozándose y definiéndose el límite nuevo de eso que luego ha de llamarse “cultura nicaragüense”.

Esta cultura, por tanto, la integran dos componentes. Por razones históricas y culturales, uno de esos componentes actuó bajo signo pasivo, femenino, terrestre: el componente indio. El otro —el español— con signo activo, fecundante, masculino<sup>1</sup>, oceánico.

El componente español aporta una cultura ecuménica —fruto de la herencia greco-latina y cristiana, con ricos injertos árabes (africanos) y judíos.

Aun en el orden geográfico aporta una visión universal. Al provincializarse, al fincarse y reducir sus límites en Nicaragua, no pierde su vocación inicial de universalidad, antes bien, promueve la nueva cultura mestiza destacando y valorando lo cercano e inmediato sobre ese fondo de amplitud y lontananza que le es propio.

La historia y la situación geográfica de Nicaragua se aunarán para acentuar en su cultura esta vocación universalista y para agudizar la tentación de lontananza. En todos sus poetas veremos manifestarse, de una u otra manera, esta condición *mediterránea*.

Porque Nicaragua es, geográficamente, el centro mismo de América. Oscar Schmieder, en su “Geografía de América” dice que todavía en la era terciaria faltaba la conexión terrestre entre las Américas del Norte y del Sur. Lo que hoy es Nicaragua no existía. Como la Venus mitológica, Nicaragua surgió del mar —joven ante el resto de América— levantada sobre los hombros de sus volcanes que son los pivotes de este delgado puente continental cuyo destino será, desde entonces, servir de paso y de unión entre las dos Américas.

Sobre esta zona de enlace —que Neruda llamó hermosamente, “garganta pastoril de América”— las dos floras, la del Norte y la del Sur se encuentran y traslapan. Hasta Nicaragua llega, según Standley, la máxima expansión meridional de los pinares norteños y hasta Nicaragua sube también la flora sureña de tipo amazónico. La fauna, solidaria con la vegetación, presenta también, según Ponsol, el mismo fenómeno. Tanto la del Norte como la del Sur se encuentran y disputan este territorio umbilical de América. Y siguiendo a la flora y a la fauna las razas indígenas prehispanas de Norte y Sur América es en Nicaragua donde enlazan y es por medio del puente nicaragüense que tras-

<sup>1</sup> De ahí que sea un error llamar “Madre Patria” a España. España es “Padre-Patria”. Lo materno en todos los sentidos, inclusive el racial y cultural, es lo americano, lo indo-terrestre.

bordan sus culturas. Hasta Nicaragua bajaron Chorotegas, Maribios, y Nahuas<sup>2</sup> del Norte. Hasta Nicaragua subieron los Ulvas, Ramas y Matagalpas de ascendencia Chibcha sureña y las influencias preincaicas y quizás hasta las incaicas de Suramérica. Incluso los llamados vicios de América: el tabaco del Norte y la coca del Sur, en Nicaragua fijan su límite de expansión y conviven.

Esta centralidad prosigue al producirse la conquista y el dominio español. En vez de puente terrestre Nicaragua se convierte entonces en centro de rutas oceánicas. Colón la descubre buscando el paso de mar que lo lleve a los dominios del Gran Khan. Luego, los principales descubrimientos y exploraciones realizados en Nicaragua y la fundación misma de ella y de sus más importantes ciudades fueron el resultado de la búsqueda de una ruta para la navegación continental. Primero, la búsqueda de un paso hacia las Indias Occidentales, después —descubierto ya el Pacífico— la de un estrecho imaginario llamado “El Estrecho Dudoso”. Y más tarde —hallado el Gran Lago y disipado el mito del estrecho— la del desaguadero de aquel lago en el Atlántico.

Ese puente de agua costó luego a Nicaragua el constante asalto de la Piratería, durante cuatro siglos, empeñada en tomarse este nudo de rutas marinas, logrando Inglaterra adueñarse, durante más de un siglo, de la Costa Atlántica nicaragüense. Más tarde fue la causa de la invasión filibustera de William Walker, cuyo rechazo costó a los nicaragüenses una devastadora Guerra Nacional. Luego surgió el proyecto del Canal Interoceánico que dio pie a la intervención armada de Estados Unidos, etc.<sup>3</sup>

Todos estos hechos y la historia que se ha movido dramáticamente en su órbita, han reforzado, como decíamos anteriormente, la tendencia universalista del aporte español haciendo al nicaragüense protagonista o víctima de fuerzas extra o supernacionales, y dotándolo de una sensibilidad mediterránea que, fácilmente, se convierte —por las fuerzas que juegan en su geografía y en su historia— en sed de aventura y de viaje, en invencible tentación de lontananza.

Demos ahora un paso atrás y estudiemos cómo llega a la fusión y qué aporta el otro elemento constitucional de nuestra cultura: el indio.

Por los datos que hemos dado en los párrafos anteriores se comprenderá que sólo por comodidad puede hablarse del indio en singular, como una unidad etno-cultural. En el territorio nicaragüense convivían —entre guerras tribales— varios grupos étnicos y lingüísticos y diversas culturas en diversos grados de desarrollo. Oviedo llamó a los Chorotegas los “señores antiguos e gente natural de estas partes”. Pero ellos habían llegado del Norte —probablemente a prin-

2 Según algunos nahuas el nombre de Nicaragua (Nican-nahua) significa “Hasta aquí los Nahuas” o hasta aquí llegaron los de Anahuac.

3 Los tres héroes “nacionales de Nicaragua: Rafaela Herrera, la doncella defensora del Castillo del Río Desaguadero contra los piratas ingleses; José Dolores Estrada, quien derrotó a Walker en la batalla de San Jacinto, batalla que Elieco Reclus llamó el MARATON DE AMERICA; y César Augusto Sandino, el rústico guerrillero que levantó bandera de rebeldía contra la intervención armada de los Estados Unidos, son héroes producidos al chocar EN NICARAGUA corrientes más que nacionales, continentales y que, como luego veremos, explican la preocupación y pasión hispanoamericana de Rubén Darío y la heroica ofensiva de su Oda a Roosevelt, poema que en la política internacional tuvo la significación de una gran batalla.

cipios de la Era Cristiana— y desplazado a tribus anteriores. Luego fueron, a su vez, en parte desplazados por los Nahuas o Nicaraguas —“gente venediza” o más reciente según Oviedo— que impusieron su rudimentario imperialismo del cacao —dólar vegetal— y que legaron su nombre a la futura nacionalidad. Así pues, las dos altas culturas que predominaban en el territorio nicaragüense “vinieron”; es decir, conjugaban en sus tradiciones el “allá”; ensanchando y enriqueciendo con ello el “aquí”. Aunque primitivos no acentúan la tentación de caverna sino la de lontananza.

Por otra parte, como “lo indio” no es un conjunto cultural unitario que, en un momento dado, fue dominado por lo español, sino un plural suelto de cifras dispersas y en muchos aspectos primitivas, el proceso de integración nacional —de mutuo “conquistalismo” para usar un neologismo de Unamuno— fue también para los indígenas, como para los españoles en Nicaragua, un movimiento dramáticamente novedoso.

La nacionalidad no existía ni para los invadidos ni para los invasores: era una ruta desconocida, en alcanzar la cual iban a poner ambos factores —indios e hispanos— todo un caudal nuevo de actos y esfuerzos, fusiones y aportes, choques y entendimientos, explotaciones y rebeldías, que aún no han terminado. Nuestra nacionalidad está aún *en proceso de formación* —realidad esta que se olvida con demasiada frecuencia— y nuestra literatura es uno de los elementos más importantes en este proceso.

Sin embargo, en el orden literario el aporte indígena tiene un punto muerto que produce una singular cicatriz en la fusión de culturas y en el nacimiento de la literatura nicaragüense: el indio no tenía verdadera escritura literaria. Su aporte literario resulta una corriente absolutamente débil ante el torrente de la otra cultura, y como el choque inicial de la conquista fue, en muchos aspectos, violento, y como los vencedores tenían un concepto de superioridad de su propia cultura, el primer movimiento de fusión se caracterizó por un porcentaje mayor de rechazo que de absorción de las culturas indígenas. La obra de España estuvo dirigida, más bien, a una catequización del indio y en esta catequización venció la tendencia a una tutela excesiva del indio, minimizando sus valores autóctonos, tanto por el temor de la Corona y de la Iglesia españolas de que revivieran las repulsivas religiones sanguinarias prehispanas, como por la mentalidad anti-reformista y anti-herética de la época. Así las autoridades civiles y religiosas hispanas abandonaron la amplitud medioeval cristiana —antiguamente tan abierta para asimilar e integrar a la Cristiandad las culturas de los pueblos evangelizados— y usaron con América la inquisitorial y recelosa política de puertas cerradas que les imponía la lucha contra el Protestantismo en Europa. Esta nueva política misionera contra-reformista de España, sumada a la falta de escritura literaria del indio, impidió que la fusión cultural fuera más rica, más intensamente mestiza y más fecunda de lo que pareció prometer en el primer siglo de la Conquista; a pesar de que es innegable que la obra

espiritual y cultural de España fue la más incorporadora y humanista que podía haber realizado cualquier otra nación de Occidente en ese tiempo y en tales circunstancias.

Por otra parte, la lengua victoriosa, el idioma de la cultura que en ese encuentro resultó dominadora, fue traído a Nicaragua por una minoría. La gran masa que absorbe esa cultura y que la recibe en idioma castellano, habla otras lenguas. La literatura nicaragüense comienza, por tanto, como una TRADUCCION si se la mira desde el punto de vista de esa gran masa.

Para la gran mayoría del pueblo nicaragüense el idioma que va a ser suyo es algo que le llega de FUERA y que debe *religarlo* con lo que tiene *dentro*. Debe, al comienzo, traducir —que es tanto como traicionar— su pensamiento, para ir luego, poco a poco, posesionándose de la lengua ajena, descubriéndola, adivinándola a veces, luchando doblemente con ella hasta lograr que la expresión (que es siempre una ex-prisionera) se vea libre de sus dos cárceles, la propia del concepto y la ajena del léxico extranjero. Esta operación implica un entorpecimiento y una resistencia para la creación literaria, pero una vez vencida permite al poeta, al “nombrador”, al creador literario, una actitud menos rutinaria, menos comunizada y servil o mecánica ante su idioma, porque para él su lengua no es la fácil “lengua hecha”, elaborada por milenios y plenamente poseída, sino el idioma conquistado, ganado a lo desconocido, recuperado en su novedad y aun en el sentido sagrado o mágico de su inicial misterio.

La lengua en sí misma también adquiere, en este proceso, cargas nuevas de expresividad. El castellano va a hacer suyas una gran cantidad de palabras indígenas para poder nombrar el “aquí” nuevo, las cosas de “aquí”, los lugares, los animales, los árboles, las flores de “aquí”. Pero más que estas nuevas palabras enriquecedoras, el trasvase del Castellano a esas bocas y lenguas que hablaban el mangué, el nahua, el subtiava, el matagalpa, el misquito, etc., su injerto, su convivencia por siglos con esas raras vecindades lingüísticas dará como resultado que la lengua española adquiera ritmos, vegetaciones sintáxicas, formas y libertades verbales que serán riquezas nuevas de expresión en la lengua literaria nicaragüense cuando los poetas las asuman y utilicen<sup>4</sup>.

Una operación cultural tan vasta y tan profundamente revolucionaria como la que hemos apuntado: imposición de una lengua, mestizaje de razas y culturas, choque y fusión de concepciones humanas y criterios artísticos tan dispares, formación de otro tipo de sociedad, evangelización religiosa, etc. —exigía al elemento rector, que era el español— desde el punto de vista

4 Hablo de los poetas y escritores capaces de vencer la torpe tentación del regionalismo idiomático, o lo que Gabriela Mistral llamaba “dialectalismo desentrenado” (que “auto-condena al escritor a ser leído por un clan” estropeando uno de los valores más grandes y hermosos de nuestra lengua que es su alcance, su vasto dominio y su capacidad de comunicación que es tanto como decir su capacidad de civilización). Hablo, pues, de los poetas y escritores capaces de universalizar lo regional y de incorporar al castellano, estas fuerzas, estos ritmos nuevos y nuevas libertades que, al mismo tiempo que lo enriquecen, sirven para dotar al escritor y su mensaje de una expresión más propia y auténtica o, como diría Lugones: “para acendrar su nota expresiva y dar con el acento inconfundible”.

artístico y literario que es el que aquí nos interesa—, una sensibilidad abierta e incorporadora y una concepción estética lo más elástica posible para permitir y promover la colaboración y asimilación de los elementos aportados por las culturas indias.

Pero sucedió, por el contrario, que el “nacimiento” de América coincidió no solamente con la herejía de Lutero y con las luchas religiosas en Europa, sino también con el “Renacimiento” clásico en España, movimiento cultural por naturaleza excluyente, ceñido al ideal de belleza grecolatino y a sus rígidos cánones.

Las obras de los primeros cronistas, las primeras formas de expresión del mundo nuevo descubierto, los experimentos de los primeros misioneros, la labor de Sahagún, las polémicas mismas sobre el quehacer que imponía América, etcétera, indican que en la primera etapa de la fundación de América —la que pudiéramos llamar “etapa primitiva”— los españoles respondieron al reto de América con un sentido todavía medioeval. En esa etapa actuó sobre todo el pueblo. Y el pueblo español traía una larga educación propicia al mestizaje, por los siglos de Reconquista. Pero inmediatamente que esa etapa fue estabilizada y ordenada por las autoridades peninsulares comenzó a penetrar un criterio cultural nuevo. El criterio europeo sobre el criterio americano. El Renacimiento sobre lo “otro” que apenas comenzaba a ser “nacimiento”.

Los hombres de cultura se alejaban cada vez más de los puntos de vista preliminares tomados al primer encuentro con América. El estilo artístico del Renacimiento era el fruto de una cultura que había llegado —tras una larga capitalización— a un equilibrio con el ambiente natural; la actitud del hombre del Renacimiento era el producto de una relación de confianza *con* y de dominio *sobre* la naturaleza. Ese mismo hombre en América entraba, en cambio, a un mundo virgen y desconocido. Afrontaba una naturaleza hostil, mientras el indio expresaba esa misma naturaleza como un inquietante mundo de terrores. Lo que en Europa le permitía una actitud de reposo en lo creado, en América le imponía un dramatismo creador. El Renacimiento inclinaba al hombre a formarse una imagen del mundo y una voluntad de arte antípodas de la voluntad de arte y de la imagen del mundo que el momento de América exigía para ser expresado. Cuando América ofrecía como problema un mundo indígena todo encerrado en la esfera religiosa y aun mágica, el Renacimiento iniciaba el abandono de esa esfera y comenzaba a moverse en opuesto sentido hacia lo profano y racional. Cuando el indio americano se presentaba con una voluntad de arte no naturalista, sino simbólica, mágica y anti-aparencial, el Renacimiento identificaba belleza natural y belleza artística, sujetando su estética a cánones naturalistas.

En otras palabras, el español que venía a Indias adquiriría en Europa el gusto artístico, el criterio estético, la actitud cultural menos a propósito para apreciar e incorporar o absorber lo americano. El español traía sus ojos

educados para mirar y admirar la Venus de Milo cuando iba a enfrentarse con la Coatlique mexicana, las estelas mayas o el Tamagastad chorotega.

¿Hasta qué punto esta corriente renacentista produjo una impermeabilidad en el elemento español y un rechazo literario y artístico de lo indígena, obstruyendo el mestizaje que se había planteado?

Antes de contestar conviene advertir que indudablemente la corriente del Renacimiento tal como se produjo fue en muchos otros sentidos beneficiosa para la unidad y el fortalecimiento de la “Occidentalización” de la cultura centroamericana —sin esa inyección intravenosa de humanismo clásico no se hubiera producido ni Landívar ni Rubén Darío— pero, como contrapartida, obstruyó por varios siglos en nuestra literatura culta, el importante proceso de expresar lo americano y de americanizar la expresión.

Debido a esa obstrucción, ya en el siglo XVI se aprecia una bifurcación literaria: Por una parte la *literatura culta* que sufre cada día más la absorbente atracción de Europa hasta convertirse, salvo excepciones, en un simple eco de la peninsular. Por otra parte, la *literatura popular*, que, en su producción folklórica anónima, afronta y efectúa el mestizaje de culturas y la creación de algo original y propio, pero no con la intensidad que hubiera podido lograrse de no existir esa contraposición tan pronunciada entre el gusto artístico de los estratos superiores y el arte de la América indígena. Esta bifurcación y sus distintas direcciones artísticas, sumada a otros elementos históricos que no es del caso estudiar, producen ese fenómeno especial (tan poco estudiado) en la literatura hispanoamericana de convivencia de dos ritmos estilísticos, o mejor dicho de dos “tiempos” culturales diferentes: el tiempo propio de América, inicial y primitiva, y el tiempo cultural de Europa que también vive América como parte de Occidente desde su conquista por España y cuyo proceso, como hemos visto, colocaba al artista y al escritor en una dirección estilística obviamente distinta. Los anacronismos, “saltos hacia atrás”, falsas valoraciones y discontinuidades que con sorpresa advierten los críticos, sobre todo los europeos, cuando estudian el desarrollo de las literaturas y las artes en Hispanoamérica, son el producto de esa dramática dualidad.

En Centro América, durante la época colonial la *literatura culta* se desentiende del mundo en que nace. Hasta ya bien avanzado el Siglo XVIII sólo es posible descubrir el trópico en ella por su reflejo sobre las formas literarias que se recargan, proliferan y llegan hasta la extravagancia. ¡Se diría que Góngora y el culteranismo peninsular son imitados por los autores de las estelas de Copán, pero que han olvidado Copán! Sólo en un género literario mantuvo nuestra literatura culta, desde el comienzo hasta nuestros días, el ojo abierto y perceptivo sobre lo americano. Fue en la Crónica. Centro América cuenta con todo un linaje de grandes cronistas que se inicia con Bernal Díaz del Castillo, sigue con Remesal, Vásquez, Ximénez, la “Recordación Florida”, “El Isagoge”,

Juarros, etcétera, y llega hasta Antonio José de Irisarri, Gómez Carrillo y Rubén, ramificándose en todos los derivados literarios de la crónica e incluso produciendo, ya en nuestros días, el poema-crónica como en el caso de Salomón de la Selva y Ernesto Cardenal.

Pero de esto hablaremos en otra parte de este artículo con más detenimiento. Por el momento nos basta decir que, fuera de la crónica, la literatura culta centroamericana ignoró a Centro América y que no intentó expresarla, ni referirse siquiera a su paisaje hasta muy avanzado el Siglo XVIII. Fueron los jesuitas, expulsados de América en 1767, los que inician ese redescubrimiento de Centro América, y los que dan el segundo paso, en la historia de nuestra cultura, hacia la apreciación del arte indígena. Sin embargo, su actitud para con el arte indígena es más bien científica y no indica variación alguna en el gusto artístico o en la voluntad de arte que siguen siendo aún más intensamente renacentistas. En poesía Rafael Landívar descubre —desde el exilio— el paisaje México-centroamericano, pero para cantarlo se acerca tanto al modelo virgiliano que lo hace en latín. Es una compensación trágica porque, en el momento en que nuestra literatura culta toma conciencia de su medio (en buena parte por virtud nostálgica del exilio) y abre un mundo temático original y rico, el uso del latín le hace dar un salto atrás, casi hasta los tiempos carolingios, cuando los clérigos y hombres de letras como Landívar escribían con *mens latina* y *cor hispanicum* en la lengua del Latio. Landívar se comunicaba así, en gran medida, con el propio medio que tan hermosamente cantaba. Sin embargo, Landívar abre el camino, que sólo será tomado por América, en lengua castellana, dos siglos después.

El siglo XVIII produce también otro fenómeno interesante en nuestra literatura culta: la aparición de un pequeño brote de fabulistas de calidad (Fray Matías de Córdoba, Simón Bergaño y Villegas, José Domingo Hidalgo y, sobre todo, Rafael Goyena) que abre otra puerta a la expresión del inédito mundo centroamericano pero que, desgraciadamente, no ha dado lugar a nuevos logros o tentativas en épocas posteriores.

Anotemos, finalmente, que la *literatura culta* centroamericana se produjo casi exclusivamente en la capital: Guatemala. Nicaragua vivía una vida más que provinciana, campesina, y la poca literatura culta que se produjo en sus ciudades mayores —León y Granada— fue literatura de circunstancias, bastante mediocre a juzgar por los pocos ejemplos que han quedado.

Sin embargo, en esas ciudades de escasa vida literaria pero que desarrollaban un vasto, silencioso y profundo esfuerzo de culturización de masas, se produjo en abundancia un tipo de literatura intermedia, frailuna, misional, sin mayores pretensiones —literatura predominantemente religiosa y con frecuencia didáctica, obra de clérigos y de misioneros (quienes eran los encargados de la enseñanza), literatura PARA EL PUEBLO, que quedó prendida en innumerables cancioncillas, oraciones, representaciones sacras, etc., y que no

pocas veces eran afortunadas prolongaciones y adaptaciones de la riquísima literatura popular española. Esta literatura misional —aun cuando sufrió notables atropellos por influencia del culteranismo tan desafortunadamente desarrollado en Centro América— llegó con el tiempo a fundirse con la literatura del pueblo y a formar parte del acervo folklórico.

En resumen: antes de la desintegración de Centro América, nuestra *literatura culta* que se localiza casi exclusivamente en Guatemala, sólo en muy débil grado aporta trazos definitivos al perfil de una literatura centro-americana y mucho menos al de una literatura nicaragüense.

Por el contrario, en nuestra *literatura popular* o literatura DEL PUEBLO, sí se observa, como anteriormente dijimos, un proceso de expresión mestiza que va marcando los rasgos comunes propios del pueblo y perfilando, todavía en boceto, un estilo colectivo en el que colaboran indios e hispanos, en el que se entrecruzan sus dos mundos culturales, y se expresan y se nombran la naturaleza y las cosas que rodean, nutren y conforman la vida del hombre centroamericano.

Obras como “El Güegüence o Macho-Ratón” —teatro popular callejero—, o como los cuentos de camino —por ejemplo: los cuentos nicaragüenses del “Tío Coyote y Tío Conejo” que después estudiaremos— o nuestro abundante cancionero folklórico, etc., revelan que es allí, en esa literatura anónima y popular de la colonia donde germinan las primeras raíces o trazos originales que pueden dar savia y fuerza propia a nuestra literatura, no para separarse, sino para distinguirse y definirse, con rasgos acusados, como rama nicaragüense del gran árbol de la literatura hispana.

Porque, obvio es decirlo, la literatura folklórica o del pueblo, tanto como el arte del pueblo, rara vez llegan a ser verdadera literatura o verdadero arte. Caracterizan, nutren y prestan singularidad a las letras y las artes, pero solamente cuando la auténtica literatura —la literatura culta— o el arte superior asumen esos valores guardados en el sótano de lo colectivo y anónimo, y los reelaboran, perfeccionan e integran, de una manera consciente, al acervo de la cultura propia. Ahora bien, en Centro América no se produjo a fondo el traspaso ascendente de los materiales populares a la obra culta, ni se provocó una corriente decidida de expresión de lo americano o de recuperación de los aportes indios, sino hasta después del advenimiento de Rubén Darío.

Un movimiento del siglo XIX hubiera podido lograr esa transformación y reasumir el mestizaje, dadas las tendencias que promovía: me refiero al Romanticismo. Pero en Centro América, fuera del esfuerzo casi solitario y no del todo afortunado de Pepe Milla en la novela, el Romanticismo fue un movimiento abortado. En realidad, en toda América el Romanticismo fue un movimiento frustrado, pero en nuestras Repúblicas del istmo no tuvo siquiera posibilidades de desarrollo literario ya que le correspondió la etapa sangrienta de guerras civiles que desencadenó la Independencia y que acabaron desin-

tegrando la unidad de la vieja Patria colonial. En Nicaragua la historia fue todavía más lamentable porque sufrimos estas mismas guerras y desangrándonos tuvimos que cargar con el peso de soledad de nuestra Independencia —sin contar con una tradición capitalina propia para el desarrollo literario— padeciendo luego, como si esto fuera poco, la invasión filibustera que nos obligó al heroico y casi agónico esfuerzo de una devastadora Guerra Nacional de liberación.

Quizás esta conciencia de frustración de lo Romántico explique el vigor anacrónico con que surge inesperadamente en generaciones posteriores. Pero de ello hablaremos detenidamente en su oportunidad. En este esquema del desarrollo de nuestra literatura, lo que nos interesa apuntar ahora es que no fue el Romanticismo sino el sacudimiento provocado por la obra revolucionaria de Darío —más de medio siglo después— el que hizo cambiar de rumbo y efectuar mezclas hasta entonces vedadas a las corrientes establecidas en nuestra literatura desde el siglo XVI.

Rubén es el último gran renacentista americano: recibe y hace suyo —con seguridad de legítimo heredero— todo el legado de cuatro siglos de corriente renacentista, pero, gracias a su genio poderosamente original, se permite la libertad suficiente para transformar y cambiar de rumbo esa caudalosa tradición.

Los que no advirtieron, al comienzo, el punto vital de la revolución de Rubén, le regatearon el título de “poeta de América” porque reservaban ese honor para quien solamente cambiara el objetivo de los temas literarios y cantara, en un superficial nativismo, el paisaje o las cosas típicas del continente. Pero, como sutilmente comenta Luis Loaysa, “hablar de las grandes selvas, montañas y desiertos de América era también una tradición literaria europea” (Loaysa cita a Chateaubriand y su descendencia como pudieran citarse también a todos los americanos de ojo renacentista que ya hemos aludido). En cambio, la visión que Darío nos ofrece de Francia, de Grecia y de todos los temas socorridos de la tradición renacentista hasta entonces vigente —esa respuesta suya al reto en el mismo terreno de la tradición— es una visión original y americana. No ha cambiado el objetivo, pero ha cambiado el ojo. Y Loaysa comenta: “ningún francés, ningún europeo podía tener ante sus propias tradiciones una actitud como la de Darío, que tomaba de ellas lo que quería, sin sentirse abrumado, lleno de alegría y facilidad. Esa libertad frente a la tradición es quizás el privilegio y la esperanza de la cultura americana y pocos la expresaron como Rubén. Y, al mismo tiempo que expresaba esa originalidad, Darío contribuía a crearla. La cultura americana, tal como la entendemos ahora, es en parte creación suya.”

Se puede decir, por tanto, que Rubén en cierta manera recorre el camino inverso de Landívar: en vez de raptar América en latín, rapta Europa como indio. No efectúa una ruptura con la tradición literaria que recibe —por el

contrario, es su más alto logro de perfeccionamiento— pero deposita los gérmenes de una nueva voluntad de arte en las propias fuentes de esa tradición. Por eso, cuando su corriente vuelve sobre América, desviada por el mismo Rubén (me refiero sobre todo a su obra desde “Cantos de Vida y Esperanza”) la revolución fecundadora que produce en Hispanoamérica no tiene paralelo en toda nuestra historia continental. En realidad, es la única gran revolución pacífica realizada en América. Y su sacudimiento, como hemos dicho arriba, hace caer definitivamente de los ojos americanos la venda renacentista ante lo propio, hace posible la revisión y redescubrimiento de América y hace consciente la reanudación del mestizaje, movimientos que emprenderán las generaciones surgidas inmediatamente después de Rubén produciendo ese vasto florecimiento americanista en las artes plásticas, en la novela, el cuento, el teatro, la poesía, la música, etc., que hasta el momento parece tan sólo una primera etapa de exploración y tanteo —no sin logros extraordinarios— en un mundo que ha vuelto a ser nuevo, en gran parte porque Rubén lo dotó de ojos nuevos para mirarse a sí mismo.

Sin embargo, el nuevo período estilístico que se abre después de Rubén ha sido también casi absolutamente desenfocado por la crítica.

En Hispanoamérica la crítica literaria ha seguido usando las valoraciones y clasificaciones europeas para analizar y juzgar un fenómeno en el cual lo importante no son las aparentes tendencias, escuelas, “ismos” o puntos de partida —generalmente de origen europeo— tomados por el artista americano, sino los resultados distintos y originales obtenidos en América con esos procedimientos. Ciertos recursos estilísticos descubiertos por Europa —y que allá parecen refinamientos literarios— son mucho más capaces de expresar lo primitivo y elemental de América que los recursos tradicionales. Más aún, muchos de los procedimientos y recursos, que en Europa se usaron para producir deliberadamente el hermetismo o para encerrar la expresión en una oscuridad de mayor tensión lírica, fueron los que permitieron a nuestros escritores abordar, con instrumentos expresivos apropiados, el mundo inédito del indio. Gracias a ellos —en gran parte— pudo reanudarse conscientemente el mestizaje.

De igual manera, la parte más interesante y para nosotros más fecunda de la experiencia romántica: las reflexiones y teorías de Novalis sobre la expresión mágica, por ejemplo; la palabra como conjuro, la consecución del “hechizo” apelando a procedimientos de las tradiciones literarias más antiguas pero realizados con un sentido intelectual nuevo, la expresión de lo irracional —todo ese caudal romántico que no fue recogido en su época por el romanticismo americano; y luego, el profundo cambio— y las emancipaciones, libertades y conquistas al reino del misterio —realizados por Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé—, irrumpieron en Centro América por el cauce abierto por Rubén, pero lograron, desbordando sus propios objetivos, abrir un ámbito nuevo: el de la originalidad americana. Con tales instrumentos para la creación literaria y abiertas las

puertas para captar, ya no digamos lo primitivo y primordial, sino incluso la magia agresiva de “lo feo” o de “lo raro”, cesó aquella secular “extrañeza” del escritor centroamericano ante su medio y, sobre todo, ante su “otro yo” de mestizo: el inédito y casi mudo “otro yo” indígena.

Naturalmente que, después de tantos siglos de incomunicación cultural, la mayor parte del mensaje indígena prehispánico ya se había convertido en arqueología pero, vadeado el peligro (en el que muchos de nuestros escritores han tropezado) quedaba y aún queda no sólo su herencia sino la presencia del indio, lo vivo y potencial de su mundo que es, en gran parte, lo que da ese espesor de novedad vital y de frescura original y fecunda a muchas comarcas literarias de Centro América y del continente.

Se trata, por tanto, de una verdadera revolución literaria —paralela aunque posterior a la de la Independencia política— pero también de una tradición dinámica, en marcha, con conciencia integradora, que permite hablar ya de una *literatura*<sup>5</sup>. Antes Centro América tenía literatos de nacionalidad centroamericana. Después de Rubén lo anterior y lo posterior se unen y mueven con esa conciencia que podemos llamar de nacionalidad, aunque una de sus más valiosas características es —como dijimos al comienzo— su decidida vocación de universalidad.

Sin embargo, si hablamos de una literatura en el sentido del párrafo anterior, debemos decir, con estricto criterio, que en Centro América sólo se han producido dos corrientes delineadas por una continuidad de aportes y de rasgos originales valiosos: la de novela y cuento en Guatemala, y la de poesía en Nicaragua. En los demás géneros literarios y en los otros países, Centro América ha producido valores esporádicos, cifras valiosas, pero sueltas.

En otras palabras, los rasgos que hemos buscado a través de este estudio, los aportes que van creando una tradición, sosteniendo o elevando un nivel de exigencias y estableciendo una fisonomía o un sello característico en una literatura, se observan en Guatemala en la línea de su novelística y cuento. Igual cosa, pero en el linaje de su poesía —cuyo jefe de filas es Rubén Darío— se observa en Nicaragua. Alrededor de ese eje poético van agrupándose los otros nacientes géneros literarios, agregando savia y vigor a la rama que, sin desprenderse del gran tronco hispánico, ha florecido ya como literatura nicaragüense.

<sup>5</sup> Otro error de la crítica literaria al enfocar esta Revolución es querer trazar separaciones radicales entre la etapa Modernista y la siguiente de “Vanguardia” o “Literatura Nueva”. Más que sustanciales diferencias —que los críticos anotan por falta de perspectiva— lo que se aprecian son desarrollos mayores, variantes o nuevos experimentos sobre vetas abiertas o insinuadas en la etapa anterior. Incluso muchas aparentes reacciones son solamente movimientos invertidos de la misma corriente que se combate. La continuidad puede verificarse en un ejemplo: en su artículo sobre Méndez, Rubén Darío dice: “Hacer rosas artificiales que huelen a primavera, he ahí el misterio”. Esta frase es el escalón inmediatamente antecedente de la famosa “Arte Poética” de Vicente Huidobro: “Por qué cantáis la rosa, oh poetas! Hacedla florecer en el poema”, bandera del “creacionismo” de la etapa de vanguardia. Otro ejemplo ofrecen los “beatnick” de la última generación poética nicaragüense que han removido y vuelto a abordar, para expresar sus nuevas situaciones de inconformidad, muchos experimentos y osadías formales de la generación vanguardista.

# El mundo desconcertante de Alvaro Menéndez Leal

Por Matilde Elena LOPEZ

**“El arte aletea alrededor de la verdad, pero con el propósito decidido de no quemarse. Su capacidad consiste en encontrar en el oscuro vacío el rayo de luz que pueda captarse plenamente, en un lugar donde no había podido percibirse antes.”**

**KAFKA.**

EL ARTE ES UN DIALOGO, a veces una controversia, entre el artista y la sociedad. Pero el artista inicia el viaje hacia sí mismo cuando, hastiado de las amargas realidades, quiere evadirlas en busca del sueño. El arte es siempre el gran refugio para el solitario y así empieza la fuga de la realidad, llámese símbolo, fantasía, evasión hacia adentro, arte puro, surrealismo. Sin embargo, muchas veces la realidad golpea de manera tan tremenda sobre el mundo del artista, que vuelve a encontrarse, sin saberlo, en la gran marejada. Es porque —quiera o no— está inmerso en la sociedad y en ella aprende los signos que aprisiona en su arte.

Tal es el caso de Kafka a quien la crítica emparenta con los surrealistas y en cuya obra se descubren los símbolos del existencialismo. No obstante, quien lea **EL PROCESO** tropie-



**MATILDE ELENA LOPEZ**

za de inmediato con el más profundo alegato en favor de la libertad del hombre. EL YO ACUSO a los acusadores de una falsa justicia manejada desde arriba, corrupta, vendida en pública subasta. EL PROCESO tejido por manos invisibles contra un inocente que no puede defenderse, es acaso el relato *más realista* —a pesar de su surrealismo, ¡vaya paradoja!— que se haya escrito en contra de la farsa de los tribunales de justicia cuando son dominados por poderes omnímodos. Kafka desafía esos poderes, rompe con la maraña de abogados que tejen *el proceso*, y entonces su personaje —Josef K— al darse cuenta que va a ser condenado, inicia su marcha hacia la muerte.

Y ese mismo puente de compromiso entre la realidad y el sueño, hallamos en Alvaro Menéndez Leal. Tiene evidentemente, una agudeza poco común para lo sobrenatural, para percibir las modulaciones del silencio y de la soledad. Una intuición *kafkiana*, enfermiza, pero extraordinaria, intuición que es su máxima cualidad de cuentista.

“Reconozco —nos dice— en Kafka, en Borges, en Poe, en Wells y en Bradbury mis más inmediatas influencias en el cuento”. Y en conversaciones privadas, acepta que el surrealismo le viene de las antiguas leyendas chinas...

En “LA LLAVE”, primer libro publicado por Alvaro Menéndez Leal —Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1962— nos encontramos con tres cuentos magistrales pese a la juventud del autor: La Espera, La Llave, La Caída. En LA ESPERA, recrea una anécdota narrada por Arévalo Martínez en ¡Ecce Pericles!; una anécdota le sirve de trama para LA LLAVE; y un accidente de aviación en Paraguay —del que Menéndez Leal es superviviente— le da motivo para LA CAIDA.

LA LLAVE es el poder mágico de las cosas que aplasta al hombre con su fuerza sobrenatural. Los objetos convertidos en fetiches, a los que les

concedemos un poder irreal que no poseen. Temas predilectos de los surrealistas que, como Ionesco, juegan en un mundo irracional. Es el mismo poder animista de los objetos kafkianos convertidos en fascinante e ineludible fatalidad. Las palabras de este mundo mágico emanan de la doble realidad del sueño.

LA CAIDA, símbolo agónico-existencial de perfecta trama surrealista, se mueve en el mundo de las dos realidades, de los estados simultáneos de conciencia. La caída es el tema predilecto de Kafka, con ese sentimiento religioso que le viene de su sangre judía. Es el leit-motiv de Camus, y para el cristianismo tiene el significado del pecado original. ¿Juega con estos símbolos Menéndez Leal? ¿Qué significa LA CAIDA? Parece llevar a la vida del relato el aforismo de Max Scheler: “La caída es una verdad de orden metafísico, no es sólo un acontecimiento histórico”.

Dentro de un clima de realidad claro en su nudo lógico, se lanza al abismo existencial, así “saltando a estrellarse sobre las rocas de la gran cordillera situada una docena de kilómetros abajo, sin necesidad alguna, sin reloj y, más que todo, sin paracaídas...” ¡Qué símbolo poético o filosófico hay en LA CAIDA?

El símbolo descendiendo amarrado de un hilo irreal y atraído por un imán extraño. Pero Alvaro Menéndez Leal siente la necesidad de explicarnos su asidero real: “A Nenucho Insfrán, in memoriam, por aquel Comet IV del cual, después de estrellarnos en Paraguay, no salimos con la misma vida que entramos”.

LA ESPERA. Casi nos desilusiona el tema vernáculo, pero de pronto sentimos el rumbo nuevo, el motivo kafkiano de nuevo. Ya no se trata de la venganza tomada con la propia mano, sino que todo sigue normal: el embarazo avanza bajo la mirada espectante del padre que confía en el señor Presidente, convertido en autoridad suprema, invisible. Y ahora, el foco kafkiano ilu-

mina a este personaje sobre el que gravita una amenaza perpetua... Está atrapada en la cárcel de La Espera... No puede salir de ella y en eso reside su castigo.

Aunque nada tenga que ver con el tema, pensamos en Joseph K, el personaje inmortal de El Proceso, rodeado de un muro del que no puede salir.

Además de LA LLAVE —ya publicado— Alvaro Menéndez Leal tiene varias obras inéditas: *Los Júbilos Sencillos*, el *Extraño Habitante* y *Banderola de Señales* (poesía). *Teatro Inútil*, *Luz Negra* y *Una Pizca de Paz* (teatro). *La Toma de Razón* (cuentos), y el libro laureado en el Certamen Nacional Permanente de Bellas Artes, *Cuentos Breves y Maravillosos*.

De su generación acaso sea el que se ha dedicado más en serio al oficio literario. Tiene, en efecto, una obra digna de ser tomada en consideración. La crítica poco se ha ocupado de los jóvenes escritores que tanto necesitan un estímulo, una guía, en la búsqueda de su expresión artística. Sobre este tema nos escribe otro joven poeta, Hildebrando Juárez, desde Guatemala: "...Nosotros los jóvenes hemos estado solos en cuanto a crítica. Aquí, durante las charlas que sostenemos con los amigos poetas, lo he señalado; subrayando,

que usted está entre las excepciones. Porque a usted le debemos mucho, esa es la verdad. Únicamente podría lamentarse que esa ayuda últimamente ha sido demasiado familiar, íntima, sin que haya sido tema de conocimiento general. Porque poco se sabe lo que nosotros hacemos. Porque poco se sabe de nuestro proceso de formación, de nuestro desarrollo, del cual, en casi todos los casos, usted ha sido testigo y ha apadrinado con mucho acierto".

En el caso de Menéndez Leal, este joven escritor ha alcanzado ya, por su propia cuenta, el triunfo. Si por tal entendemos el haber obtenido el segundo premio en la rama de Cuento, en el Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes, el año recién pasado, laureles que se suman a otros premios obtenidos por el autor en certámenes centroamericanos. Hasta qué punto es importante la crítica, el juicio ecuaníme, lo acepta Menéndez Leal, quien inseguro aún en el Cuento, obtuvo el estímulo anhelado de un escritor sudamericano que le impulsó a seguir en la búsqueda de la técnica del relato.

Estamos pues, en deuda de una verdadera crítica a nuestras letras novísimas. Prometemos hacerlo más adelante, en la modesta medida de nuestras posibilidades.

## CUENTOS BREVES Y MARAVILLOSOS

"Los absurdos evidentes que pueblan nuestros sueños... y cómo al despertar sentimos algo así como un enigma adivinado..."

DOSTOIEWSKI.

EL MUNDO de Alvaro Menéndez Leal está hecho de materia de sueño, substancia sin peso, metafísica, absurdamente irreal. Parecen más bien cuentos soñados, un modo de cerrar los ojos, como dijo cierta vez Kafka: "Mis historias son un modo de cerrar los ojos. Yo no he dibujado hombres. He

contado un cuento. Imágenes, nada más que imágenes."

Diríamos que los cuentos de Alvaro Menéndez Leal son como un sueño que se sueña en otro sueño. Por eso están poblados de imágenes, de figuras cifradas, de símbolos: el símbolo de la soledad frente al mundo, el símbolo de

la angustia, el símbolo del combate del hombre contra fuerzas que no puede vencer, acaso tampoco las puede conjurar.

Tomemos —verbi gracia— **EL VIAJE INUTIL**. Un cuento singular, redondo, un acierto. Perfectamente logrado en la trama y en el signo que se abre paso hacia el desenlace. Preciso en el lenguaje como esos cristales lisos detrás de cuyas aguas las imágenes alcanzan figuras extrañas en la movediza irrealidad "real" de una pintura abstracta, o en el símbolo que adivinamos certeramente, por una intuición rara al despertar de un sueño.

Oigamos al tenso personaje. ¿Personaje? ¿Es acaso que hay algún personaje?

—"...Sólo tú, Esteban, puedes sacarlos de ese error. Diles que no estoy muerto, ni siquiera dormido. ¡Díselos! Que me vean ahora, así, sentado delante tuyo, hablándote como en los viejos tiempos... ¡Hazlo, Esteban! ¡Por amor a Dios, hazlo! ¡Que no me entierren, que no me maten!"

Y por último, cuando dice que ya no grita porque está resfriado, ¡ironía kafkiana, comicidad trágica, y se abraza a la soledad, alado hilo poético que cnhebra el cuento:

"Siento cómo la caja va oscilando conmigo dentro, hacia el fondo de la abierta boca de la tumba, sobre la cual habrá dentro de poco una lápida de mármol con un nombre y dos fechas, la primera de las cuales sí será digna de crédito. Porque estoy vivo, muy vivo, tanto como para darme cuenta en estos momentos de la caída de las paladas de tierra sobre mi caja, lo que hace un ruido sordo y doloroso... Estoy vivo, muy vivo...; pero no les grito más, ya no les grito, por este maldito resfrío que pesqué anoche en el inútil desvelo con que velaron mi cadáver... y porque, después de estar tanto tiempo acompañado, creo que es hora de probar a estar solo..."

El paisaje de los cuentos de Alvaro

Menéndez Leal es inusitado. Tiene una estructura original, desconcertante, para el cual no estábamos acostumbrados. Tenemos que aprender a movernos en ese espacio denso y oscuro, y sólo después de un rato, habituar la pupila a mirar en la sombra, tal como cuando penetramos en una sala oscura. Y no es en el lenguaje lo denso, porque ahí todo es claro, cristalino, liso, sustantivo. Porque las palabras bien manejadas por el autor, cinceladas en el mármol, convertidas en metáforas, símbolos, le dan cierta perennidad a su estilo que en Alvaro Menéndez Leal es muy original. Hay que decirlo, los cuentos de Menéndez Leal se convierten de pronto en una parábola, la parábola, en fin, de un poeta.

**EL ULTIMO SUEÑO** es testimonio de lo que acabamos de decir. Está envuelto en poesía; tiene, como la auténtica poesía: ritmo interior, pensamiento hondo y grave, imágenes claras que visten de luz el pensamiento dentro de una melodía pitagórica. En el suspenso de Menéndez Leal, en el silencio abrupto, se oye un ritmo profundo de la vida, la pitagórica música de las esferas.

Este cuento, doblemente apreciado puesto que nos está dedicado, es evidentemente, de los mejor logrados juntamente con **EL VIAJE INUTIL**. Acaso en **EL ULTIMO SUEÑO** haya menos símbolo, menos intención de expresar algo, y más poesía. Aunque siempre gravita el personaje perenne de sus cuentos: la angustia. Un movimiento ciego, instintivo hacia ella, un sentimiento de la realidad de la nada de los grandes desesperados, que como en Ibsen, dan con los puños en la sombra. Algo hay en los cuentos de Menéndez Leal de los personajes de Ibsen; sus desesperados infinitos: Peer Gynt, Brand, Rosmels-hold. "El dolor de la desesperación —dice Josef Pieper en su Ensayo sobre la Esperanza— está en que niega el camino a una plenitud, hacia la cual, sin embargo, continúa orientada la naturaleza del desesperado".

Hay en EL ULTIMO SUEÑO un presagio, un ángel lleno de presentimientos, algo como una admonición, como una voz admonitiva en la sombra que insinúa “algo que va a pasar”. Un algo impreciso pero real, que se materializa en el sueño, como cuando nos despertamos con un profundo dolor, con una inenarrable angustia de pesadilla, bañado el rostro de lágrimas. De la vida dormida son sus cuentos; como en Kafka, muchos de ellos, acaso los ha soñado... Allí lo imposible, lo absurdo se realiza, lo ridículo, una como comicidad irónica, interviene continuamente. Del sueño de donde despertamos llorando o ya no despertamos, es EL ULTIMO SUEÑO. De la materia de las pesadillas donde se desatan fuerzas misteriosas que llevábamos adentro, a veces una tortura que nos despierta como para huir de ella. Tal es el argumento (¿argumento?) —Leit motiv, diríamos mejor— de EL ULTIMO SUEÑO. Pero sus personajes no tienen escape, no pueden huir despertando... El personaje de EL ULTIMO SUEÑO está condenado desde el principio y si despierta, es para sucumbir...

Todo entretelado en una extraña poesía llena de imágenes movilizadas tal como ocurre en los sueños:

—“Morir... dormir... morir... dormir... morir... dormir...”

Ese fue el grito que lo despertó. Acababa de soñar que había muerto y ahora, al abrir los ojos y respirar hondamente para recuperarse de la pesadilla, lo golpea con el mismo rigor del corazón la disyuntiva ésta: “¿Soñé, simplemente, que había muerto, o he muerto realmente y ahora sueño que abro los ojos y que respiro?”

Pero no. Junto a él, cerrados los ojos, Marta, su mujer, respira a su vez pausadamente y a su vez, quizá, sueña. “Si la percibo —se dice el hombre— si soy capaz de pensar que sueña, vivo estoy...”

Luego, otra duda: “...Pero... ¿por qué sé lo que sueña? ¿Cómo es que yo

también participo de las absurdas situaciones, de las increíbles imágenes de un sueño que no es el mío...?” Y en medio del razonamiento, el redoble cardíaco: morir... dormir... morir... dormir...

Siente sed y la sed le da pie para otro pensamiento: “De estar muerto, no tendría por qué sentir sed”. Eso lo tranquiliza un poco, y por un momento cree encontrar respuesta a su alternativa: “Soñé, simplemente, que había muerto...”

Mas, cuando trata de tomar el vaso con agua colocado sobre la mesita de noche, una evidencia: no logra mover sus miembros, y pese a la intensidad de los deseos, sus manos y sus brazos —su cuerpo todo— permanecen estáticos: tibios, sí, con la tibieza de los organismos vivos; pero estáticos, abandonados. Eso lo hace olvidar la sed.

Transcurren las horas y él las va contando una a una en las campanadas del reloj de la iglesia cercana. Varias veces se ha movido su mujer, una de ellas para abrazarlo amorosamente. Todos esos detalles le retornan la esperanza: “¿...y si continuara la pesadilla...?” En medio, la sístole: morir... En medio, la diástole: dormir... Comprende que su última posibilidad es que ella despierte; pero no intenta hablarla, tocarla: ya llegará la hora de levantarse.

Llega esa hora, por fin. Se sienta ella al borde de la cama y luego se coloca las pantuflas. A él le salta el corazón más que nunca. Toma la bata y sale; él oye el ruido del agua en el lavabo, el frotar del cepillo de dientes... ¿Está, pues, vivo, si oye todo eso...?

Cuando regresa al dormitorio, ella enciende la luz de la pequeña lámpara rosada, y le toca el hombro:

—Carlos...

Y luego, un instante después:

—Carlos, ¡Carlos! Es hora de levantarse.

Oye todo. Siente todo. ¡Aleluya, ale-

luyal Era un sueño, y el sueño ha terminado.

Fue entonces cuando Marta dio el grito que le afligiera tanto a él. Fue entonces cuando llegaron las sirvientas, los vecinos, y lloraron los niños.

El surrealismo de Alvaro Menéndez Leal tiene sus raíces remotas en las antiguas fábulas chinas, especialmente aquellas que satirizaban a la sociedad y a los acontecimientos contemporáneos. Pero hay que advertir que más aún que lo sobrenatural, aprende el lenguaje simple y conciso, a ratos muy realista y natural de los mitos arcaicos. El cuento breve, apretado de sátira y malicia recogida en la cuenca del pueblo, es el modelo genuino de Alvaro Menéndez Leal en sus Cuentos Breves y Maravillosos. De los chinos aprende la pincelada rápida y precisa, la estructura de síntesis de las historias populares que caben en dos líneas. Su técnica estilística es china, y el modo de filosofar a lo Confucio y Mencio, sus autores predilectos, tan cercanos a la serena gravedad de Sócrates. ¿No son los chinos maestros de la paciencia milenaria? De ellos aprende Menéndez Leal esa virtud que es máxima en sus relatos maravillosos.

Pero no se orienta al sentido realista que hay en muchas fábulas chinas. Toma el estilo, pero el contenido sobrenatural adviene de otras fuentes, aunque desde luego, también capta el

surrealismo chino en lo que tiene de mágico y asombrado. El personaje que tranquilamente traspasa el tapiz para participar en la escena, la falta de convencionalismos, la extraña simbología de las máscaras chinas.

Pero aunque algunas de las historias chinas lindan con lo fantástico, como ciertos cuentos de Song y Yuan, muchas más se refieren a las luchas del pueblo. El poeta Li Yu (1590-1660) es autor de los Ciudadanos Leales y describe la ira milenaria de las multitudes:

La furia que sacude al país surgiendo desde Suchou  
no tiene precedente.  
La indignación del pueblo no podrá ser frenada,  
nadie ha de contenerla.  
Por más que los esbirros sean feroces como lobos y tigres  
el grito de justicia popular  
ha sacudido a los cielos y a la tierra.  
¡Pronto las negras nubes serán barridas lejos!

Y contra los maestros de Menéndez Leal, clama Giü Chuang, exaltando el derrocamiento de la dinastía de los mongoles, e increpa como traidores a los que vendieron su país a los manchús:

¿Qué ridículo que el viejo escribidor Confucio...  
siga majaderando con los huesos ya muertos  
hace doscientos cuarenta años!  
¡Y qué extraño que hasta Mencio, el viejo pendenciero,  
siga tratando de impresionar a los hombres  
con los Cinco Emperadores y los Tres Reyes!

Para quien como Menéndez Leal, pulsa el sueño y la visión metafísica, no pueden las realidades golpear las venas humanas, hasta que un día altas marejadas invadan su mundo subterráneo.

## EL TEMA DEL SUEÑO EN LA MUERTE Y LA MUERTE EN EL SUEÑO

El Leit-motiv de CUENTOS BREVES Y MARAVILLOSOS es el *sueño* con todo su contenido agónico-existencial: La vida como sueño, la vida como ilusión, la fragilidad de la existencia, el sueño en la muerte y la muerte en el sueño... y más en el fondo, el vivir nuestra muerte, tema predilecto de los existencialistas.

Sus personajes se mueven en el plano de las dos realidades: la realidad ra-

cional y la surrealidad irracional. Paralelismo que le llega de los ríos orientales, pasa por la literatura griega al Renacimiento y gravita dolorosamente en los siglos de oro españoles. El sueño de la muerte se halla presente en Homero, en Sófocles, y pasando por el Renacimiento, llega a La Vida es Sueño, de Calderón de la Barca, a los Sueños, de Quevedo, a las coplas angustiadas de Manrique: "Nuestras vidas

son los ríos que van a dar en la mar que es el morir”.

La secuencia calderoniana: Que toda la vida es sueño y los sueños, sueños son... es recogida en una fase de la poesía daríana y aletea en la hondura de César Vallejo. ¿Le llega a Menéndez Leal directamente del ensueño oriental, o la recoge de la lírica occidental culta?

La temática del *sueño* se halla en El Cocodrilo, El Cazador, El Sueño Soñado, El Cuento Soñado, El Venado y el Sueño, La Noticia, Zaína, El Sueño, El Último Sueño. Engarzado el sueño con el tema de la muerte en El Viaje Inútil, El Suicida, Tema para un Cuento, El Condenado, El Sueño, El Último Sueño.

El propio autor en su Índice Temático clasifica los Cuentos Breves y Maravillosos en Cuentos del Sueño, Cuentos de la Muerte, Cuentos de Ciencia, Cuentos de Ficción, Cuentos de Ciencia-ficción, Cuentos Orientales.

En su Prólogo-ficción que recoge la carta imaginaria de Jorge Luis Borges, el autor nos da su juicio personal de la obra, y no muchas veces, la justificación de la misma:

“Creo que no debe preocuparle su predilección por los temas orientales. Es razonable lo que usted piensa de que de ninguna manera ese surrealismo *sui-géneris* que lleva el pathos oriental, puede significar una literatura “de evasión”. No fue por evasión que la fábula china floreció especialmente en los siglos III y IV antes de nuestra era y en los siglos XVI y XVII. Bien lo supieron las dinastías Chou y Ming. Por lo demás, no se limita usted a presentar simples traducciones, sino que recrea y hasta llega a la total invención como ocurre con La Edad de un Chino, cuya poesía y cuyas formas chinas no las destruye ni el saber que nombres de personajes, trama y fuentes no son sino invención suya. ¿O estarían en alguna biblioteca de Casiopea A esas “Crónicas del Reino del Dragón eterno”, del siglo XIII...?” “Pienso que además

de los mencionados, cuentos como El Cocodrilo, El Viaje Inútil, La Hora de Nacer, Los Cerdos, El Suicida, y El Último Sueño son tan redondos y tan bien logrados, que han de quedar dentro de la mejor literatura que se escriba en América en este siglo. Lo mismo puedo decir de las pequeñas joyas que son El Sueño Soñado, El Cuento Soñado, La Sequía, El Cazador, etc. Esos y otros cuentos suyos son flor para los años”... En algo acierta la supuesta carta de Jorge Luis Borges en la valoración de algunos cuentos, aunque al final, todo sea un sueño: “De pronto despierto del sueño y tengo su carta en las manos, como la flor de Colridge. Entonces me repito los versos de Tennyson:

*for nothing worthy proven can be proven,  
nor yet disproven...*

• • •

Alvaro Menéndez Leal podría decir con O'Neill: “Todo lo que no es arte es desventurado, sólo el arte es venturoso”. Porque nadie como él ha podido sacrificarlo todo por el arte, hasta su propio hogar.

El caso de Menéndez Leal es el de Turgeniev, el de Goethe, el de Kafka, y de tantos otros artistas que evadieron el matrimonio a toda costa para concentrarse única y exclusivamente a la obra de arte, aunque ella debió nutrirse de la pasión. Turgeniev confesaba que no podía escribir si no estaba enamorado, y de Goethe ya se sabe cómo se transmutaron en arte sus más tempestuosas pasiones... Sólo que cuando Werther se suicida, él permanece sereno en su soledad creadora.

El mismo drama se le plantea a Kafka al frustrarse sus dos compromisos matrimoniales con la misma joven, pero la vida se impone al fin y encuentran ambos, una mujer sencilla, que no pregunta nada, que se limita a acompañarlo, al final de su vida.

Kafka proclama que deben concentrarse todas las energías en la propia obra, juntar las fuerzas, no dilapidarlas en el festín de la vida, y vivir así: solo, concentrado, puro. Reunida la voluntad en la misión de escribir, tensa la pasión creadora... Así lo expresa al padre de la muchacha con quien debía casarse tratando de explicarle por qué no podría llegar a ser un marido normal, con empleo, hijos, hogar: "Mi empleo me resulta insoportable porque se opone a mi único anhelo y mi única vocación, la literatura. COMO YO NO SOY OTRA COSA QUE LITERATURA, Y NO PUEDO NI QUIERO SER OTRA COSA, mi empleo no logrará nunca apoderarse de mí, aunque bien puede llegar a destrozarme totalmente..."

Y conocida es su repugnancia a las visitas de gentes extrañas que no le interesan en lo mínimo, y a las que odia porque le apartan de su oficio verdadero, de su pasión única: escribir.

"Todo lo que no sea literatura me aburre y me inspira odio, porque me perturba o me hace perder el tiempo, aunque sólo sea por sugestión. Me falta todo sentido de la vida familiar, excepto como observador, en el mejor de los casos. No siento ningún interés en los parientes, y las visitas casi me parecen un castigo directo. El matrimonio no podría cambiarme, así como tampoco puede cambiarme mi empleo".

Tal es el drama de Menéndez Leal, quien si a algo permanece leal es a sí mismo, a su vocación literaria.

## PROCEDIMIENTO LITERARIO DE MENENDEZ LEAL

Pero no sólo en el drama de la vocación se asemeja Menéndez Leal a Kafka, sino también en el procedimiento literario surrealista. Kafka, por lo menos en germen, "soñaba" sus obras, como nos explican sus críticos Willy Haas y Max Brod, su albacea. Su genio funcionaba —según el decir de Haas— "al estilo de los sueños", "con su exacto realismo de sueño, su lógica de sueño y aun su arquitectura y su trama de sueño; no por supuesto en el vago sentido de un "sueño poético", sino en el sentido muy concreto de los grandes soñadores de la literatura mundial, como Quevedo, por ejemplo, o más bien como Swedenborg (En su Diario de Sueños); lo que de ningún modo impide que en la conciencia del creador dichos elementos de sueño se ordenen de manera genial, incomparablemente profunda en su sentido, puesto que sólo él les otorga un "sentido" definitivo, inmodificable, realmente simbólico". Es esto justamente lo maravilloso y lo sobrenatural de los cuentos de Menéndez Leal: Sus sueños dicen algo, mediante una especie de relato metafórico, que de otro modo no

podría expresarse, como en Kafka. Tal es lo característico del verdadero símbolo en oposición a la alegoría.

• • •

El método de los novelistas tradicionales se concreta en el consejo que Turgueniev le daba a un joven que quería consagrarse a las letras: "Si el estudio de la fisonomía humana, de la vida de los demás, le interesa más que la expresión de sus propios sentimientos y de sus propias ideas; si le es más agradable pintar justa y exactamente el exterior, no solamente del hombre, sino aun de una cosa corriente, que decir elegante y calurosamente lo que usted siente respecto de esa cosa o de este hombre, esto quiere decir que usted es un escritor *objetivo* y que puede emprender la tarea de escribir *un cuento o una novela*".

Pero los métodos de los novelistas modernos son distintos. Describen de manera completamente subjetiva y bus-

can recrear en el lector la emoción provocada por un suceso grave más bien analizando esta emoción que pintando los hechos que la provocan... "En verdad —nos dice André Maurois en su Biografía de Turgueniev— los dos métodos me parecen aceptables, y nada sería más falso que condenar a Proust en nombre de Turgueniev. ¿Por qué hay que tomar partido entre el escritor objetivo y el subjetivo? Hay más de una manera de sugerir el mundo. Yo creo que la verdad es que un escritor por muy objetivo que quiera ser, no puede impedir a su personalidad que aparezca a través de su obra."

El propio Turgueniev a pesar de su *realismo*, aconsejaba la introspección. Pensaba que un artista lo debe considerar todo, hasta a sí mismo, como materia de observación. "Un escritor —decía— no puede dejarse vencer por el dolor; debe utilizarlo todo. El escritor es un hombre nervioso. Siente más que los otros. Pues bien: por eso mismo debe refrenar su carácter, debe siempre y absolutamente observarse y observar a los demás. ¿Sufrís algún mal? Sentaos y escribid: "Esto es eso; sufro aquello y lo de más allá". El dolor pasará y quedará la página excelente. Esta página puede ser alguna vez el nudo de una gran obra que será artística, pues será verdadera, tomada de la realidad..." "Si todos los artistas desgraciados se levantaran la tapa de los sesos, no habría uno solo, pues todos son más o menos desgraciados. No pueden haber artistas dichosos. La dicha es el reposo, y el reposo no crea nada."

• • •

Podríamos preguntarnos: ¿por qué Menéndez Leal no intenta el relato realista y prefiere lo sobrenatural? Muy bien puede ser que lo subjetivo sólo sea una fase en la evolución del artista, etapa de su proceso creador, y llegue al fin, en plena libertad de su arte, a lo ob-

jetivo, a las claras fuentes del realismo. Menéndez Leal tiene experiencias vividas, sumamente interesantes que puede volcar en el cuento, una vez que haya roto las envolturas surrealistas que lo contaminan por influencia o por sistema. Pero al realismo llegará por su propia cuenta, puesto que un artista sólo se debe fidelidad a sí mismo. Todo cabe en el arte: la emoción lírica, la experiencia torturada, el penetrante análisis que hace crujir las cosas como nueces en la mano trémula del escritor.

Día llegará en que se cumpla en Menéndez Leal, el aforismo de Goethe: "Es necesario elevar lo real a la altura de la poesía." Pero, ¿acaso la creación artística es una creación *ex nihilo*, por muy sobrenatural que sea? Aun en las narraciones más raras, las que nos parecen más lejos de la observación, como los cuentos "surrealistas" de Poe, se reconoce la faz del recuerdo. En la imagen del sueño, convertido en símbolo, se transmuta una realidad vivida. "El artista —dice Valéry— junta, acumula, compone *por medio de la materia* una cantidad de deseos, de intenciones y de condiciones venidos de todos los puntos del espíritu y del ser."

¿Es un deber del artista pintar con honradez lo que ve? El único deber del artista es expresar su emoción o la emoción de los demás. Transmitir su intuición dolorosa o la intuición colectiva. Aprender de sus propios signos, o revelarnos los hitos del dolor humano y universal. Con la condición de que la verdad, cualquiera que ella sea, se convierta en belleza.

El único deber del cuentista es presentarnos en plena crisis, la emoción o la pasión... Hacernos vivir, en el cable de alta tensión de sus cuentos, la experiencia vivida o soñada. Transmutar los recuerdos en carne y sangre del relato... Y así como el caracol encierra los ritmos insondables del mar, que en nuestro corazón resuena el latir profundo de la humanidad, el ritmo febril o sosegado de la vida...

## CONCLUSIONES

Alvaro Menéndez Leal ha alcanzado logros verdaderos en su obra. Particularmente en lo que respecta a su estilo que es muy original, a la selección del detalle evocador, máxima virtud descriptiva que hace de él un verdadero artista del cuento. Captar el detalle esencial, sugerir más bien que indicar, es el máximo procedimiento del cuentista, y es en el caso de Alvaro Menéndez Leal, su "secreto", su técnica. En esto los griegos son maestros al sugerir con un detalle bien elegido, un todo complejo, dándole a la descripción una perfecta unidad de conjunto. El secreto de Menéndez Leal es la construcción interna, la economía de medios, la armazón firme de sus cuentos que a veces pueden caber en dos líneas, la pincelada precisa, sugerente, en la desnuda superficie libre de ornato superfluo. Tal es el método del cuentista. En cuanto al tema, lo toma siempre en el momento de crisis, de ahí la redonda brevedad de sus cuentos. *La Edad de un Chino* es un buen ejemplo de economía, de medios para expresar una emoción.

Se podría decir que muchos de los cuentos de Menéndez Leal son meras recreaciones de historias chinas. Pero el poeta rehace, recrea y le impone formas nuevas a los temas ya dados, sin dejar por ello de ser original. Eso lo sabían muy bien los griegos que no podían salirse de los temas ya dados por la tradición. Aprendido el método, el mecanismo actúa por sí solo. Así alcanza Menéndez Leal en *LA EDAD DE UN CHINO*, un cuento estrictamente chino, de su invención personal.

Y ya que nos referimos a esto de la *Contaminatio*, de las influencias o préstamos, bueno es decir que ni aun el más grande dramaturgo de nuestro tiempo, Bertold Brecht, se escapa a la acusación, que inclusive lo llevó a un proceso. Cuando publicó en 1929 los *Songs de la Opera de tres cuartos*, incluyó cinco piezas con la advertencia:

"Según Francois Villón": Balada del Rufián; Balada de la vida cómoda; La Balada de los prominentes; Balada de la prisión; Balada en la que todo se perdona. Sin embargo, Alfred Kerr demostró en el *Berliner Tageblatt*, que las piezas no sólo eran "según Villón"; sino que, en parte, estaban tomadas literalmente de la traducción que K. L. Ammer había hecho de Villón. Brecht confesó que sentía "un descuido fundamental en cuestiones de propiedad intelectual". Y en la nueva edición escribió un soneto: "yo mismo he tomado algo..."

Sin embargo, se ha comprobado que no fue casual que Brecht utilizara el *Gran Testamento de Villón* (escrito en la Edad Media tardía). De él arrancó la fuerza revolucionaria muy propia de Brecht, al sentirse atraído por las confesiones de un pobre, y repudiado por la sociedad, puesto que en esas confesiones hay cierta afinidad con los temas de Brecht y su actitud para los repudiados y los sin derecho. Es más, según lo prueba el crítico Clemens Hesellhaus, la recepción de Villón en los *Songs de la Opera de tres cuartos* no fue pasiva. Ciertamente, una serie de líneas fue tomada sin modificación alguna, pero Brecht emprendió en la traducción de Ammer mejoras y modificaciones esenciales. La originalidad de Brecht reside en la transformación funcional del lenguaje que él realiza con absoluta independencia y de acuerdo a la intención de su obra.

Por lo demás, hace tiempo que el problema de la originalidad relativa ha sido dilucidado por los lingüistas y estilistas modernos, entre ellos, y de manera certera, el estudio de García Diego, sobre este tema, en su obra *Estudios de Lingüística Española*.

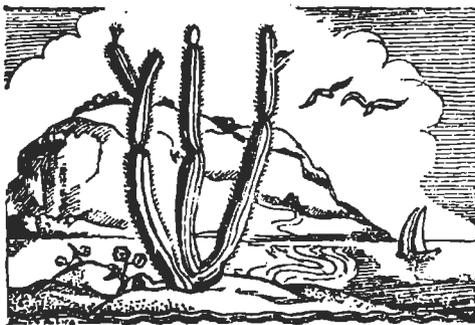
No es pues, en modo alguno, recriminatorio el hecho de que Menéndez Leal "tome algo" de los chinos. Cuando

él sabe construir con estos materiales, cuentos muy originales, aun en la recreación, como en su tiempo lo hicieron los griegos.

Ratificamos, pues, que hay en Me-

néndez Leal, muy buena madera de cuentista, y saludamos en estas líneas el advenimiento de un auténtico narrador que sabe exactamente lo que es un cuento.

*Wafatibi Elena López*



# RAMON LOPEZ VELARDE Y SU ATORMENTADO LIRISMO

Por Roberto ARMIJO

La dictadura de Porfirio Díaz importó un arte extraño a la realidad íntima del suelo mexicano. Enamorado el dictador de la vida aristocrática de la corte francesa y del arte europeo de la época, impuso un arte mimetizado a espaldas de la vida e inquietudes del pueblo. La intelectualidad servidora del régimen siguió dócilmente los cánones impuestos por los pontífices de la cultura oficial. Cuando la revolución democrática burguesa de Madero da al traste con la larga dictadura porfiriana, de las provincias y regiones remotas, con los ejércitos libertadores formados en su mayoría por masa anónima, viene el aliento de lo popular, de la entrañable vena folklórica, rica de lirismo ingenuo y cautivador. Con los ejércitos viene la canción sobria y humilde, el corrido como

expresión natural del pueblo. Los poetas cortesanos, acostumbrados a seguir las modas líricas francesas, no encontraban en las coplas sencillas y asonantadas que cantaba la soldadesca, ninguna palpitación y ningún esplendor poético. Sordos y ciegos al destino de la poesía, propia para interpretar y reflejar el momento histórico azaroso que vivía la nación mexicana, continuaron cultivando un arte exento de calor, importado y que sabía a un vago lirismo decadente, mixtura de romanticismo francés y modernismo con acentos simbolistas. Cuando el arte se eleva a los planos del lenguaje escrito y olvida la entrañable, candorosa fuente de lo popular, se siente la languidez y la pálida realización que tiende a la estilización y a la búsqueda de equívoco-

cos caminos, productores de obra fría, bizantina, preciosista.

Cuando Ramón López Velarde aparece, el ambiente está saturado por la vuelta a la raíz áspera y maravillosa de lo popular, del acento nacionalista exacerbado que exalta una tradición riquísima, apretada de savia anónima, viril y sufrida. Antes de Ramón López Velarde, algunos habían tentado estos veneros vírgenes; pero la tentativa careció de aliento, ya que imperó el rasgo anecdótico, el trazo acentuado por lo pintoresco y superficial. Con Ramón López Velarde se descubre la sencilla manifestación candorosa de la provincia, fuente del alma revolucionaria que se volcó incontenible hacia la capital.

El Modernismo había dado ya toda su esplendorosa expresión poética. Dario, como su máximo representante, inoró sin haber superado sus "Cantos de Vida y Esperanza" y Reissig languidecía afiebrado por vagas inquietudes; antes Asunción Silva, se apagaba perseguido por el soplo terrible de impasibles Euménides. Con el desaparecimiento de sus corifeos el Modernismo se había vuelto hueco, pobre de palpitations espirituales, adorador de la forma y de vanos malabarismos verbales. Con el Modernismo no se siente elevado a categoría de expresión poética nada de las realidades crueles y sufrimientos y esperanzas de nuestros pueblos. Se necesitó el surgimiento de otras voces, que compenetradas de la palpitante verdad, sin menospreciar lo bueno y verdadero del Modernismo, tornaron ojos y espíritu a la sufrida y golpeada tierra de nuestras gentes. Vallejo en sus dos primeros libros, con

presencia artística recoge el martirio y el sufrimiento de su raza. Casi al mismo tiempo Ramón López Velarde, sin divorciarse, sin romper abiertamente como lo hiciera Vallejo, tiende su espíritu hacia parajes artísticos insospechados y en su provincia, en la capitosa geografía del México rural, halla el acento inconfundible, transido de estertores, de contriciones y alumnamientos de su lirismo.

Breve fue su paso por esta tierra de lágrimas. Como elegido de los dioses murió joven; pero en su rápida existencia tuvo tiempo para afiebrarse y cantar. Cautiva su preocupación por recoger, por empaparse de todo lo que admiran sus ojos. Es el mendigo, como lo expresara en uno de sus mejores poemas de "Zozobra", que impotente se queda perplejo ante la magnificencia del universo. Este aliento de tristeza consciente, de debilidades, para la tentativa, le hace verter bellísimos versos que a lo largo de su producción son verdaderos diamantes del espíritu.

Su aparecimiento fue saludado por escritores y poetas. Tuvo Ramón López Velarde la virtud de ser oportuno, y como se sentía en sus poemas la inusitada atmósfera de un lirismo inédito, de un palpar desconocido, que sin rasgos decadentes recordaba un ligero acento modernista, enriquecido con una adjetivación sorprendente, con un ritmo opaco, áspero y apretado, y una temática profunda, enraizada en lo más sensible de la tradición, su triunfo no se dejó esperar.

"La Sangre Devota", su primer libro, revela con plenitud la orientación original de su poesía. Con breves con-

tornos impregnados todavía de reminiscencias modernistas que recuerdan a Lugones y a Reissig; lo demás es toque personal, vivísima interpretación de la realidad mexicana. La provincia surge iluminada, graciosa, recogida. En este libro desfilan los patios perfumados por los limoneros y los naranjos en flor. La casa solariega con sus corredores y habitaciones donde destella la leve llamita de la lámpara votiva. Las tardes con sus ángeles y sus plegarias, mientras las palomas y las golondrinas llenan de alas los aleros y los campanarios. El amor furtivo, la queja apasionada y la serenata. El parque y su kiosco, y la banda, y las lánguidas piezas. Y Fuensanta, el amor ardoroso, profundo del poeta, que aquejado por remordimientos, por convicciones religiosas, ama a la mujer dulce y sencilla de provincia, que le entregara la fuente sellada de gozo y dolor, del ayuntamiento afiebrado y seductor. Cuando se está ante esa magnífica dulzura, esa pena recóndita, impregnada de espiritualidad temerosa y goce delirante de los sentidos, la poesía de este primer libro de Ramón López Velarde se vuelve simpática por la zozobra y la terca herida que quisiera restañar con el recogimiento y la plegaria. En esta sincera vocación vital, está la simpatía sutil y milagrosa de la poesía de Ramón López Velarde.

“Zozobra” es la obra capital en la producción velardeana. Este libro abre horizontes poéticos insospechados. La temática del poeta se depura, se limpia de herencias y reminiscencias. La técnica se vuelve más noble; el verso pierde el queiebro áspero y se tranquiliza

y se ahonda con la imagen más pura y transida. El adjetivo sin dejar sus giros sorprendentes, sus buceos extraños, que recuerdan los procedimientos de un Laforgue y un Reissig, se adensa, y califica con más propiedad y soltura. Con este libro Ramón López Velarde se coloca a la par del Vallejo de “Trilce”, del Huidobro de “Alta-zor” y del Neruda de las Residencias y de los poemas deslumbrantes, hechizantes y profundos del mejor Porfirio Barba Jacob. Este libro es la síntesis plena y humana del talento velardeano. Con sus tanteos poéticos de la “Sangre Devota”, revela originalidad y personalidad inconfundible; con “Zozobra”, expresión soberana y cristalización de propósitos. Aunque la grandeza de Ramón López Velarde resalta entre la de los grandes creadores, fue un malogrado por su temprana muerte, que impidió la madurez plena de su talento.

En “Zozobra” se adivina esa pena recóndita, sublimizada del poeta. De la lucha y contradictoria existencia espiritual y vital del hombre. Como un péndulo su corazón oscila entre el abismo arrebatado del pecado y el aire tranquilo del espíritu, que busca en la plegaria y en la herencia religiosa la vena salutífera, aliviadora de la sed obstinada y terrible, que en impasible hoguera de hormigas le reconcome y le afiebra. El apasionamiento, el gozo exultador del poeta por vivir el instante y apresar el deslumbramiento del mundo, le hiere y le sofoca alma y corazón. La grandeza de este libro está en esa lucha magnífica del hombre que se sabe polvo y hálito, de la llamarada que se alimenta y tiende sus lenguas

ansiosas hacia el viento y el cielo, y que débil se apaga por el cimiento mismo deleznable que la sustenta.

Quizá por las venas de Ramón López Velarde corría sangre andaluza, heredada de sus abuelos conquistadores. ¿Por qué? Si con tiento observamos y pulsamos los poemas representativos de este libro, sentiremos esa vocación sensual, arrebatadora, del oriental que se siente centro genisíaco. Los pueblos semitas hacían del hombre el único productor y generador, y en torno de él la mujer era la fuente pasiva, esperadora del aliento vital que la incendiara. De las comarcas europeas la que vivió la experiencia genética de estas costumbres fue solamente España, que sufrió por varios siglos la conquista de moros y judíos. De allí que sólo en España pueda darse el arquetipo expresador de estas costumbres arraigadas en los pueblos semitas: el don Juan. En las poesías de Ramón López Velarde, prende y se alza esa gozosa y hechizante atracción, atávica herencia de sus antepasados andaluces:

*Afluye la parábola y flamea  
y gasto mis talentos en la lucha  
de la Arabia feliz con Galilea.*

*Me asfixia, en una dualidad funesta,  
Ligia, la mártir de pestaña enhiesta,  
y de Zoraida la grupa bisiesta.*

*Plenitud de cerebro y corazón,  
oro en los dedos y en las sienas rosas,  
y el Profeta de cabras se perfila  
más fuerte que los dioses y las diosas.*

Esta propensión apasionada de Ra-

món López Velarde por el goce sensual mordido de remordimientos y pesares, es muy propio del encuentro de dos corrientes profundas: el seguimiento obstinado por el voluptuoso goce carnal y el pensativo estado de sustraerse que le enseña la moral cristiana. Una corriente está sumergida y arde en los substractums del instinto. La otra es cordial y busca la trascendencia de la carne:

*Gozo... Padezco... Y mi balanza  
vuela rauda con el beleño  
de las esencias del rosal:  
soy un harem y un hospital  
colgados juntos de un ensueño.*

y sobre todo se advierte esta tendencia en el poema "Todo":

*Si digo carne o espíritu,  
páreceme que el diablo  
se ríe del vocablo;  
mas nunca vaciló  
mi fe si dije "yo".*

*Yo, varón integral,  
nutrido en el panal  
de Mahoma  
y en el que cuida Roma  
en la Mesa Central.*

*Uno es mi fruto:  
vivir en el cogollo  
de cada minuto.*

*Que el milagro se haga,  
dejándome aureola  
o trayéndome llaga.*

*No porto insignias  
de masón*

*ni de caballero  
de Colón.*

*A pesar del moralista  
que la asedia  
y sobre la comedia  
que la traiciona  
es santa mi persona,  
santa en el fuego lento  
con que dora el altar  
y en el remordimiento  
del día que se me fue  
sin oficiar.*

Más adelante, expresa:

*Aunque toca al poeta  
roerse los codos,  
vivo la formidable  
vida de todas y de todos;  
en mí late un pontífice  
que todo lo posee  
y todo lo bendice;  
la dolorosa Naturaleza  
sus tres reinos ampara  
debajo de mi tiara;  
y mi papal instinto  
se conmueve  
con la ignorancia de la nieve  
y la sabiduría del jacinto.*

Esta pasión secreta de Ramón López Velarde, pasión sumergida y apretada de instinto y naturaleza, se ennoblece, se humaniza con su perenne dulzura religiosa, que le ilumina y le hace su padecimiento esperanzador, ya que como férvido cristiano cree en la infinita misericordia de Dios. Esta compenetración espiritual hace que su impulso ciego y mordido por las furias del instinto se serene, y entonces la sed sensual se purifica, se ennoblece. Esta actitud es propia de su catolicis-

mo, que eleva a los planos más altos, de la espiritualidad el concepto divino de la mujer, como criatura que sirvió para el entregamiento humano de Dios; y a este providencial milagro se debe esa ternura ahondada, transida, del sensualismo velardeano. En su sed desbocada hay refreno y piedad, gratitud y sufrimiento. Ama a la mujer y la exalta como a la criatura única, que revela el misterio inconmensurable de la creación. Por ella se ríe de las ineptitudes de la inepta cultura, y:

*Idolátrems todo padecer,  
gozando en la mirtífica mujer.*

*Y vives la única vida segura:  
la de Eva montada en la razón pura.*

*Tu rotación de ménade aniquila  
la zurda ciencia, que cabe en tu axila.*

Mientras el oriental tiende al desprecio, al ademán displicente que mira en la mujer solamente el objeto de placer, el cristianismo, con su raíz hundida en las fuentes judías, eleva el concepto occidental de la mujer, como criatura que expresa el misterio y el encanto siempre milagroso de la vida, de la tierra en su perenne alumbramiento. Me detengo en este contorno cardinal de la poesía velardeana por considerarlo como el hito más original y señero.

A lo largo de sus tres libros se manifiestan en su integridad resplandeciente los asuntos propios del temperamento gozador y sensual de Velarde. Su grandeza está en sentar vuelo y cimentar propósitos en la entraña

misma de su tierra. No necesitó nada más que su observación fina y aguda, y su entusiasmo para descubrir en el remoto lugar de provincia la realidad singular del México que vivía. Su nacionalismo es puro y candoroso, no es extravío ni presunción. En su magnífico poema "Suave Patria" con el que cierra su libro póstumo, "El Son del Corazón", en síntesis admirable recoge con visión panorámica y cinematográfica toda la palpitante realidad del México sacudido por los entusiasmos nacionalistas y revolucionarios. Este poema abre brecha y señala nue-

vos rumbos para la poesía continental. Se acendra el acento y la técnica se depura y se enriquece de contenido. Con sólo este poema Ramón López Velarde podría ser considerado como uno de los más altos exponentes de la poesía post-modernista. Con sobriedad de estilo, con verso tranquilo y adjetivo certero, en este poema trasunta toda la realidad y la historia de México, y apunta ligeramente ese encuentro con la entraña ardorosa y sufrida de nuestros pueblos, que en sus poetas cifran la esperanza y el señalamiento de rutas prometidas.



# Poema de Oscar Acosta

(Hondureño)

## Mediodía de Olancho

Olancho es tierra de tigres,  
de fosfóricos peces,  
de selváticas flores.

Aquí la traidora serpiente,  
el pájaro farsante,  
la alegre hiena  
abandonaron el departamento  
y huyeron a extranjeros parajes.  
No existen los guijarros,  
el veneno que algunas plantas  
llevan en primitivas bolsas,  
la espina que corta el agua  
y el pie descalzo.

Olancho es todo claro,  
lleno de un sol que tiende  
en los valles su sábana.  
Parece que esta tierra  
frugal de Olancho  
tuviera una metálica frontera,  
un cristal de roca  
envolviendo su cuerpo  
como un invernadero.

Compruebo que el alimento  
casero aquí es más suave,  
el trigo es tierno  
y suelta leche como cabra.

La fruta es maravilla  
de jugo que resbala  
en los labios carnosos  
de una fuerte muchacha.

La carne de ternera  
preparada a la usanza  
del hogar campesino  
es plato de guerreros,  
de hombres de pelo en pecho,  
de señores que toman  
su copa de aguardiente  
y a lo lejos, atentos,  
oyen rumores de guitarra.

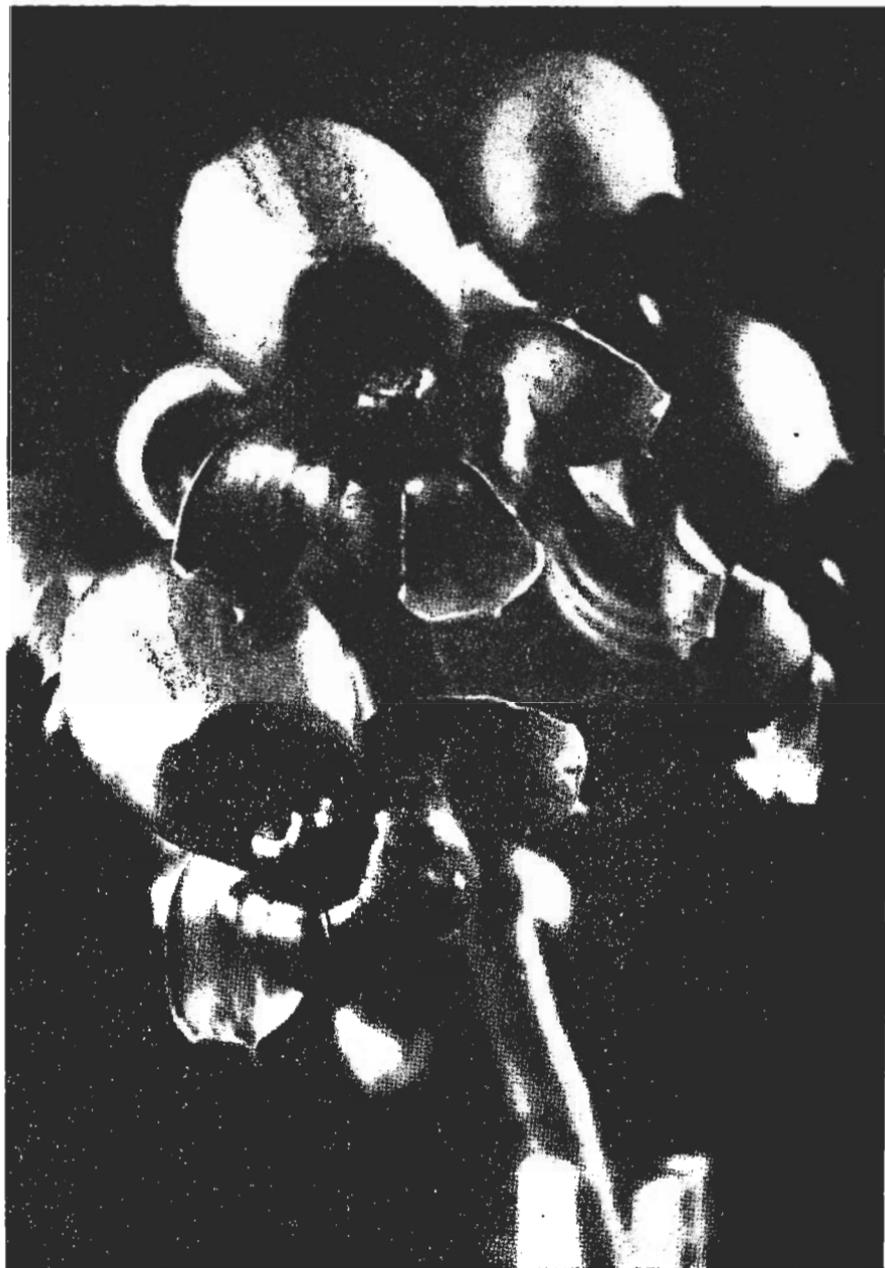
Aquí nos hace falta Cinchonero  
con su caballo hispánico,  
con sus espuelas fúlgidas,  
con su revólver rápido,  
con su machete enérgico  
y su palabra definitiva  
para el amor o el odio.

También nos hacen falta  
José Antonio Domínguez,  
Froilán Turcios, Alfonso  
Guillén Zelaya y Medardo Mejía.  
Ellos son los cantores,  
los hijos de esta tierra  
que huele a pino, a vino de coyol,  
a caña.

Guardo en el recuerdo  
la ruidosa caballería,  
los retratos colgados  
de paredes blanquísimas,  
las estanterías colmadas  
de productos del agro,  
la estatua de un maestro  
de escuela en parque provincial,  
los sillones de cuero,  
los calendarios antiguos,  
los ancianos apoyados  
en su dignidad provinciana.

Abandono el territorio  
del toro emperador,  
de la vacada,  
del cedro milenario,  
del cordero de Dios  
que quita todos  
los pecados del mundo.

Sálv de tu aire  
Olancho libre  
bañado de sol,  
pleno de agua,  
ungido del paisaje  
de tu suelo que es polvo  
sagrado.



Orquideas ve  El Salvador.

(Foto Anibal Salazar)



Berceo me llevaba  
de la mano  
como un niño ciego.  
San Juan de la Cruz  
decía sus himnos  
y Góngora sus mejores  
palabras.

Olancho posesivo  
déjame vivir en ti,  
en tu amplio territorio  
de pródigo padre,  
como pródigo hijo.

Olancho



# Poemas de Francisco Figueroa

(Guatemalteco)

## Vuelo de Palomas

Ir y volver. Destino de la ola.  
Todo vaivén. Misterio. Contradanza  
de muerte y vida. Noche iluminada  
y día negro. Lejos el reposo.

Conforme el tiempo antiguo se levanta  
este quejido atroz me trae al suelo.  
No más, no más. Pero después se eleva  
el ave del ensueño, como en sueños.

En el pulso del párvulo está el hilo  
a la manufactura conectado  
que revuelven los aires y va y viene  
como sin decidirse, como todo.

Quietud del cielo azul que deja verse  
espejo de sí mismo en varia altura  
y en él —dibujo diáfano— la tropa  
que no descubre su amoroso anhelo.

Ese tibio plumero pronto vuelto  
en el ay de un relámpago de seda  
roba el presente y lo abandona lejos  
sin segar la memoria o mitigarla.

Ir y volver. La risa pasa franca  
junto al gemido por el mismo túnel.  
De ahí retornan de tan cerca símiles  
sin dar razón de su lenguaje extraño.

Con los ojos siguiendo el vuelo estricto  
regido no se sabe desde dónde  
se ve por fin cómo desciende y sube  
lo esperado suspenso en alas gráciles.

## Convidado de Hielo

La sonrisa camina de puntillas  
al acercarse al sueño hecho tangible  
mientras algunas caras de mujer  
empapadas de sal  
reflejan el puñal que' va hacia dentro  
en el sollozo atropellado.

Con qué dulce reproche en la vigilia  
sin sed, sin hambre, sin deseo alguno  
se le ve sin mirarle, se le tiene  
tan al alcance de la mano  
y nada invita a despertarle.

Un grato olor de muerte  
esparcido en la sala se entremezcla  
a los primeros lutos presurosos  
ante el fluir subterráneo  
del *joven río congelado*.

Y él se sonríe para sí  
razón de sinrazón de cuerpo entero.  
Ya nada tiene que decirles, nada  
que liquidar, ni débito ninguno.

Ciegos le miran, inocentes lloran  
su conquistado bien. Qué bien se ve  
como cuando salíale al encuentro  
a la primera novia, perfectísimo  
caballero peinado de quince años.

Se va y se queda, y va como flotando  
entre la niebla de los cigarrillos  
con las lonas izadas.  
Un parpadeo matinal florece  
en las cándidas velas.

(El pañuelo del alba  
se teñirá en los ojos de la aurora.)

Parte la nave. El capitán erguido  
y horizontal para estupor de todos  
les trasmite sus órdenes calladas  
como sabidas de antemano. ¡Hermoso  
navegar entre flores hacia nunca!

## Noche Larga

Duele pensar sin sueño ni respiro  
al despertar de aquella alicaída  
mocedad sufridora en el retiro  
de catre pobre y sábana raída

esta noche que trae desvaída  
imagen fija tras la cual me miro  
idéntico a mí mismo en la caída  
al fondo de una voz que si deliro

pide traer a luz la que traída  
será fuente de lágrima y suspiro  
por esa indiferencia distraída

al dolor disfrazado de vampiro  
que me tiene la carne decaída  
como para acabarla con un tiro.

*Francisco Guevara*



# Poemas de José Roberto Cea

(Salvadoreño)

## Los Regresos

He regresado a ti, noche sin noche.  
A ti, ventana abierta, casa y manzana;  
niebla suave y compacta  
he llegado  
después de haber cruzado la materia implacable de las piedras,  
de las ocupaciones, de los puertos sin muelles  
y el rumor detenido en las abejas.

Estoy aquí.

He llegado para iniciar los días, para iniciar los viajes,  
la justicia del árbol y los pájaros,  
la dulzura encendida de las novias . . .

Hace tres lejanías y un año  
que unos ojos con música y ríos  
vigilaban la luz, la tierra no labrada,  
mis pasos, la siembra, los caminos,  
el canto circular de las campanas  
despertando palomas del viejo campanario.

He regresado y la lluvia está igual; nada ha cambiado,  
ni siquiera las penas, los perros, los retratos de abuelos,  
ni el amigo casado con Rosita.  
—¡Ah, Rosita, siempre dulce y abeja!—

Nada ha cambiado, dije,  
y el farol de la esquina  
tiene musgo y ceniza . . .  
Un jazmín en silencio  
mueve despreocupado la nieve de su flor . . .  
Los muros de la sombra  
siempre altos y quietos . . .

Yo no sé las derrotas, ni me puedo los llantos . . .  
Sólo sé los regresos para iniciar los viajes!

## La Lluvia

La lluvia tiene olvidos, tristezas y recuerdos  
en sus gotas de vidrio.

Es una lágrima  
de azules prisioneros,  
de solemnes sonidos verticales y altos,  
de puñales helados y pequeños  
y de sueños ardiendo.

La lluvia es un amor . . .  
Pero antes de la humedad que da este amor,  
antes de que el invierno corra por las cunetas,  
hay que decir el polen, las semillas, los tallos  
bajo todo el azul que no huye gritando gota a gota . . .

A stylized, handwritten signature in black ink, appearing to read 'J. R. R.', with a horizontal line extending to the right from the end of the signature.

# Poema de Dora Guerra

(Salvadoreña)

## Roma

¿Cómo diré tu proporción inmensa?  
Con mayúsculas escribiré tu nombre  
y me sentaré, mínima, a soñar tus glorias infinitas.

Todos los caminos de la tierra a ti conducen  
y tu majestad indiscutible sigue gobernando.

Si tus miembros mayores se te han muerto,  
si casi el corazón,  
yo sé tu sangre caliente todavía  
corriendo por las venas más anchas de este mundo.  
Yo sé tu voz despierta,  
tu oído vigilante  
y nada pueden contra ti, nada podemos  
porque tu planta está apoyada desde mucho  
en tierra firme.

Porque un solo dedo tuyo alzado, basta.  
Porque tu labio, aun en silencio, también basta.

Diré tu signo más pequeño  
o el agua que reblandece tus heridas  
o tal vez pueda decir un poco  
la solemne rosa de tus vientos.

Estratos milenarios de ciudades,  
geologías de templos,  
huesos gigantes de mamut corintio,  
muela careada colosal.

Oh roca con ventanas,  
ciprés edificado  
y tu cúpula inmensa como un iris con la pupila abierta:  
ojo potente para ver a Dios.

Misterioso silencio el de tus plazas por la noche,  
minúsculo es el hombre que las cruza  
y terribles los monstruos de piedra que las pueblan.

El agua de tus fuentes.  
Hablemos de ella:  
en todos los rincones de la historia  
está su canto eterno.

Beber su cuerpo puro es beber agua viva,  
bendita entre las aguas.

Y el valle de tu nombre  
donde pastan corderos casi bíblicos.  
Olivos y viñedos, horizontes, cipreses,  
bajo tu luz dorada incomparable.

Cómo decirte a ti,  
que eres la ciudad grande, la magnífica,  
la de todos los tiempos.  
Y también la dulce ciudad de los atardeceres  
y las lunas perfectas.

Cómo decirte a ti,  
sino sólo tu nombre.

Sólo él puede estar hecho a tu medida,  
y por eso, me sentaré mínima a tus puertas  
y con mayúsculas escribiré tu nombre eterno.



# GENESIS

## (Cuento)

Por Roberto Arturo MENENDEZ

Para Alvaro Menéndez Leal, fraternalmente.

¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho?  
Lo mismo que se hará: y nada hay nuevo debajo del sol.

(LA BIBLIA. Ecclesiastés 1,9).

Seis días antes, exactamente seis días antes de todo esto... del conflicto, habían sido declaradas aptas para operar las nuevas estaciones de radar YROOLB de Kondiskoe. El Mariscal del Aire, W. Snomels, se encontraba aún trabajando en sus oficinas del segundo piso del Edificio Uno.

Aquel día W. Snomels estaba al mando de la jefatura, pues el Comandante en Jefe J. Veshruv, se encontraba a 1.800 kilómetros de distancia en jira de inspección.

En el interior de la gran sala del Centro de Operaciones de Combate, tenuemente iluminado, las inmensas pizarras electrónicas no revelaban ninguna actividad sospechosa de parte de los del Este. Por eso en Kondiskoe todo estaba tranquilo.

Los siete guardias del Oeste, que se hallaban de servicio en el Centro de Operaciones de Combate (COC) de Kondiskoe, observaban tranquilamente las pizarras. Todos ellos, excepto Zafid



ROBERTO ARTURO MENENDEZ

—un mocetón de veintinueve años— estaban sentados en el “invernadero” de seis ventanas de la planta baja del COC, y miraban distraídamente los mapas-pantallas de diez metros de altura donde estaban representados los cinco continentes. Cualquier proyectil disparado por los del Este sería inmediatamente registrado en las pizarras y localizado el lugar de donde partiera. El COC era —en aquella época— el único en el mundo capaz de descubrir proyectiles intercontinentales, casi en el mismo instante que éstos salieran de las catapultas de lanzamiento del Este, dando así algunos minutos de ventaja antes de que la lluvia de cargas nucleares descendiera para destruir ciudades y bases militares del Oeste.

Unos minutos antes de la llegada de los relevos, el joven Zaíd encendió negligentemente un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo azulado al aire. Había desprendido la vista del mapa-pantalla los segundos justos para frotar un cerillo contra la balastrada del ventanal y aspirar con fruición el aromoso cigarrillo. Al volver rutinariamente los ojos a la pantalla se quedó helado. Había descubierto un “objeto” que viajaba por el aire hacia el Oeste y que las calculadoras electrónicas de Kondiskoe comenzaban a registrar predicciones de que se trataba de un verdadero ataque. Azorado volvió los ojos a sus compañeros para advertirles de su descubrimiento. No llegó a hacerlo. Seis rostros demudados, con los ojos fijos y extrañamente abiertos, miraban hacia adelante, hacia las grandes pizarras electrónicas.

No había transcurrido un minuto y ocho “objetos” hallábanse en camino. Por este motivo el nivel de alarma aumentó de 1 a 4. Esto exigía un alerta instantáneo.

Zaíd se abalanzó al teléfono, con voz ahogada por la emoción, dijo trabajosamente:

—Aparentemente estamos bajo ata-

que... a punto de ser blanco de un ataque de cohetes... ¿Qué hacemos?

La telefonista respondió, incrédulamente simpática:

—Rezar... ¿qué otra cosa, si no?

Aunque era estrictamente prohibido por el reglamento, el personal acostumbraba bromear, aun con asuntos del servicio.

Zaíd parpadeó desconcertado. Un escalofrío le recorrió la espalda. Arty le arrebató el aparato de las manos. Habló con rapidez. Con energía:

—No estamos para juegos. Parece que es verdad. Quiero hablar con el jefe.

—Bien... en... en seguida.

Hubo una brevísima pausa. Arty se expresó rápidamente.

—¿Está usted seguro?

—Absolutamente.

—Entonces daré la orden. No tengo más remedio. Creo que es la hora de emprender el contraataque con los proyectiles de represalia.

Aún se le oyó decir: “Ellos lo han querido así”. Era la voz del Mariscal del Aire W. Snomels, el jefe. La comunicación se cortó.

En el Centro de Operaciones los siete hombres, sudorosos y expectantes veían maquinalmente hacia las pantallas. Las cifras de “objetos” aumentaban incessantemente. Segundos después las pantallas registraron el arranque de sus propios cohetes... ¡La guerra atómica se había desencadenado!

Dentro de algunos minutos un “objeto” de aquéllos vendría a atomizar el mismo Centro de Operaciones de Combate (COC) de Kondiskoe.

—¿Será esto posible? Preguntó uno de los guardias.

—Sueño con una cosa así todas las noches. ¿Es esto un sueño más?

—No lo creo. En todo caso “tu sueño” es colectivo.

—¡Esto es horriblemente estúpido. Maldita sea!

—Debe de haber algún error.

Las voces sonaban huecas. La última, extrañamente falsa. Sin embargo todos

deseaban profundamente haberse equivocado.

Zaid pensó en su madre, en su novia y —¡extraño!— en su maestro de álgebra.

—¿Y si “El Monstruo” se hubiera equivocado? ¿Si hubiera fallado?

Hubo un largo silencio. Los guardias estaban rígidos. Pensaban. Todos sabían lo suficiente para comprender que no había error. “El Monstruo”, así llamaban a la novísima estación de radar YROOBL, no podía equivocarse. De haber fallado algo en su mecanismo simplemente se habría desconectado y automáticamente el sistema robot habría comenzado la auto-reparación. La YROOBL había sido construida para que detectara los proyectiles teledirigidos y los satélites, para ofrecer, también, con precisión los sitios desde los cuales eran lanzados y los lugares donde harían blanco. Por eso los guardias del Oeste estaban rígidos. La pequeña luz verde, intermitente, había aparecido en los mapas señalando a Kondiskoe como seguro blanco. Luces rojas, amarillas y verdes fueron apareciendo en las pizarras. Minúsculas. Hipantes. ¡Terribles!

La estación de radar mayor del mundo, la del Oeste, continuaba anunciando el comienzo de la Primera Guerra Atómica Mundial.

¡Los segundos eran de plomo! Zaid exclamó, lanzando su cigarrillo contra una de las pantallas:

—¡Malditos cochinos! Debimos haber acabado con ellos hace siglos. ¡El demonio cargue con esos hijos de perra! ¡Traidores! ¡Vengan asesin...!

Fueron sus últimas palabras. El edificio tembló. Una intensa luz blanca y cegadora brilló sobre Kondiskoe. La temperatura se elevó súbitamente, los termómetros estallaron. Una nube radioactiva, en forma de inmenso hongo, se alzó a los cielos. ¡Todo había concluido!

Casi al mismo tiempo ocurrió lo propio en Nueva York, en Moscú, en París, en Madrid, en Berlín, en Wash-

ington, en las Antillas, en San Francisco, en Londres, en Pekín, en Brasilia, en El Cairo, en Buenos Aires, en México, en Tokio, en Roma...! La muerte colgó sus telarañas de horror en los cinco continentes. ¡Fue el desastre! ¡Fue el caos!

¡Aquí termina la vida!

Y aquí comienza nuestra historia.

Sí. Para que se cumpliera la palabra del Predicador: “Generación va, y generación viene: mas la tierra siempre permanece. Y sale el sol, y pónese el sol, y con deseo vuelve a su lugar donde torna a nacer.”<sup>1</sup>

Pasaron cientos de siglos... miríadas de siglos...

No había vida. No podía haberla. Todo estaba contaminado de radiación radiactiva.

Un día, desde el planeta rojo, llegó una astronave.

La cosmocámara espacial no bajó a la tierra.

Los contadores Geiger de la nave marcaban una profunda existencia de uranio libre, signo inequívoco de peligro. Indudable posibilidad de contaminación de radiactividad. Descender en estas circunstancias sería un suicidio. Aun en este caso. Poco importaba que la nave espacial viniera desde el cuarto planeta, desde Marte, un planeta avanzado, superado.

La nave marciana giró y giró alrededor de la tierra, evadiendo los núcleos súbitos de radiación letal. Huyendo de los campos magnéticos de las “tormentas del espacio”. Desplazándose por entre las fajas protectoras de la atmósfera contaminada. Transitando únicamente por los “embudos solares”, zona virtualmente despejada.

Maniobrar en estas circunstancias era casi imposible. Más de una vez cayó la nave en los “mares letales” y su tripulante se vio obligado a refugiarse en el recinto de seguridad de la cosmocámara.

El tripulante de la espacionave se

1.—Eclesiastés: Cap. 1, vers.: 4 y 5.

llamaba ODIAR. Sí, Para que se cumpliera la palabra: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios."<sup>2</sup>

ODIAR continuaba en su nave describiendo órbitas en derredor de la tierra.

ODIAR, el extranjero del cuarto planeta, el viajero del planeta rojo.

ODIAR, el del nombre de verbo. ODIAR, el marciano.

"Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que es hecho fue hecho." "En él estaba la vida, y la vida era luz de los hombres."

La nave espacial continuaba renuente, obstinadamente haciendo círculos sobre el haz de la tierra. Fue un lapso indefinidamente prolongado. Un "aeón".

De tarde en tarde ODIAR, el marciano, se asomaba a la escotilla y oteaba. Luego volvía a su mesa de trabajo, en el interior de la astronave, y continuaba haciendo cálculos. Complicadas operaciones. Experimentos. Era extraordinario el grado de perfeccionamiento de su nave: Estaba construida con una extraña aleación que daba por resultado el metal "Xinaí", se impulsaba por un compresor que aspiraba el aire-atmósfera enrarecido de Marte y lo enviaba a la cámara de combustión de la turbina de gas —la energía generada por la mezcla accionaba el compresor— desde donde lo descargaba por la tobera de escape a gran velocidad. En realidad eso era lo esencial, pero los marcianos habían logrado resolver el problema de la falta de gravedad igualmente, mediante unas expulsiones periódicas de oxígeno e inyecciones de anhídrido carbónico. Algo realmente complicado de entender. Yo nunca he logrado comprenderlo.

Leyendo mi libro, texto oficial de lectura obligado en las escuelas, se me hacía fácil imaginar el paisaje de aquellos tiempos. Dice el libro:

"Todo estaba en suspenso en el principio. Todo en silencio y calma.

Inmóvil, callada y vacía la extensión del firmamento.

Esta es la primera relación, el discurso primero. No había aún el hombre, ni el animal, ni pájaros, peces, cangrejos..."

(Al llegar a esta parte de la lectura siempre he vacilado. No entiendo el significado de estas palabras. Únicamente comprendo las palabras hombre y animal. —Nadie, ni aun nuestros científicos, han podido descifrar este enigma— ¿Qué significarán las palabras: "pájaros, peces, cangrejos"...? ¡Quién sabe!) Nuestro libro de lectura fue descubierto entre las ruinas de un antiguo templo por los paleontólogos del Círculo Místico. El libro continúa diciendo:

"...árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques: sólo existía el cielo."

"Nada que hiciera ruido, nada que se moviera, ni agitara. Nada en el cielo. Nada junto."

"Nada estaba en pie. El agua era continuo reposo, apacible el mar: solo y tranquilo."

"Nada había dotado de existencia."

"Era un eterno silencio. Era la inmovilidad en la oscuridad de la noche".<sup>3</sup> Sí. Solamente cuando leía mi libro de lectura podía revivir el paisaje de los primeros tiempos. Ahora lo releo y vuelvo a imaginar el paisaje preterito. También cuando estudio nuestro Libro Sagrado puedo hacerlo. Nuestro Libro Sagrado es aún más explícito. Nuestro Libro Sagrado dice así:

- 2 "Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre el haz del abismo, y el espíritu de ODIAR se movía sobre el haz de las radiaciones."
- 3 "Y disparó ODIAR su rayo protónico. Las sustancias se unieron conforme a la estructura de sus átomos, y uniéronse éstos para formar

2—Juan, Cap. 1-v 1,2,3.

3—Versión libre de la primera parte del Cap. Primero del Popol Vuh.

moléculas. Y los polos de igual signo se unieron rompiendo las leyes de la física. Y dijo ODIAR: Fuera las radiaciones; y las radiaciones se extinguieron.”

- 4 “Y vio ODIAR que esto era bueno: y apartó ODIAR las radiaciones de la faz de la tierra.”
- 5 “Y llamó ODIAR a las radiaciones Muerte y a lo limpio Vida: y fue la tarde y la mañana un día.”

Y así ODIAR, el marciano, fue reuniendo y controlando la energía desordenada. Nuestro planeta fue renaciendo poco a poco. El Libro Sagrado en el capítulo primero, versículo 11 habla del renacer de la tierra. Dice así:

- 11 “Y dijo ODIAR: Produzca la tierra hierba roja, hierba que cée simiente; árbol rojo de fruto que dé fruto según su género, que su simiente esté en él, sobre la roja tierra: y fue así.”

Aún hay más:

- 12 “Y produjo la tierra hierba roja, hierba que da simiente según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya simiente está en él, según su género. Y vio ODIAR que era bueno.”
- 13 “Y dijo ODIAR: Sean llanuras rojas cubriendo la tierra, y sea la tierra color rojo bermellón y los mares color rojo sangre, a la semejanza de nuestro planeta: Y todo fue según su voluntad.”

Cuando llegó el momento de crear al hombre, el Libro Sagrado lo explica de esta manera:

- 26 “Y dijo ODIAR: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree éste en todo animal que esté sobre la tierra.”
- 27 “Disparó ODIAR su rayo genético sobre la ampolla de barro preveni-

da en la probeta y crió ODIAR al hombre a su imagen, a imagen de ODIAR lo crió; varón y hembra los crió.”

Así fue como aparecimos nosotros. Nuestros primeros padres. A imagen y semejanza de él mismo. Así llegamos nosotros, la nueva especie, los hombres hechos a imagen y semejanza de nuestro Padre ODIAR.

Me resulta imposible imaginar cómo pudieron haber sido los hombres de otros siglos. Supongo que iguales a nosotros. Mi imaginación no alcanza a “inventar” hombres distintos. De vez en cuando pienso en esto. He llegado, incluso, a imaginar por momentos que tal vez los “antiguos” hayan tenido diferencias sustanciales, en lo físico, con nuestra actual especie. Tal vez los hombres hayan tenido cuatro ojos. . . o dos. ¡Es risible! No lo creo. Sería ridículo, absurdo. ¿Cómo se vería un individuo con semejante estampa? ¡Jal! ¡Es desatinado! ¡Pero estoy pensando estupideces! Siempre rechazo esas ideas por extravagantes. No puedo imaginar al hombre sino tal cual somos: con nuestro par de pinzas bajo las antenas del tacto, nuestro hocico alargado y siempre dispuesto a la succión, nuestros tres globos oculares y, por sobre los tres ojos, los tentáculos viscosos del olfato y el gusto. ¡Vaya distracción! He releído este párrafo y olvidaba mencionar, nada menos que, las antenas auditivas y las telepáticas que tenemos colocadas a ambos lados de la cabeza. ¡Somos perfectos! Estamos hechos a imagen y semejanza de él. No podía ser de otra manera.

Algunos días he renegado de nuestra figura. Lo confieso avergonzado. Esto ha sucedido únicamente cuando salgo de caza. Creo que nuestros tres metros de estatura no son suficientes para alcanzar los nidos de los lagartos verdosos. ¡Sus crías son tan sabrosas! Pero los lagartos construyen sus nidos tan alto que es necesario trepar a los helechos rojos, y esto es un tanto incómodo.

Creo que cuatro metros de altura serían la estatura ideal para nosotros. ¡Pero estoy divagando nuevamente!

He oído la voz de ODIAR que me ordena marcharme de este mundo por un tiempo. Tengo que seguir sus instrucciones. ODIAR me aseguró que nada malo les sucedería a mis hijos y sus esposas, ni a mi compañera, ni a mí.

Yo creo firmemente en ODIAR.

Escribo esta historia como práctica. Nunca antes lo había hecho y necesito alguna práctica ya que tendré, muy pronto, que escribir el diario de navegación.

Pero... ¡Vaya conmigo! no puedo mantener mi atención en un solo punto. Tendré que aprender a ser ordenado en mis escritos. Muy lejos ando del punto de partida. Me había propuesto relatar, lo mejor posible, toda la historia. Tendré que revisar estas notas para encontrar el hilo...

¡Yaa! ¡Ya está! Hablaba del nacimiento del hombre. Efectivamente, ODIAR había traído al mundo a nuestros primeros padres: Vadám y Ave.

Vadám conoció a su mujer Ave la cual concibió y parió a Anín. Después parió a su hermano Kabel. Anín fue labrador de la tierra, Kabel fue pastor de ovejas.

Y aconteció, andando el tiempo, que los hermanos se presentaron ante ODIAR trayendo, cada quien, sus ofrendas. Anín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a ODIAR y Kabel trajo también de los primogénitos de sus ovejas y de su grosura.

ODIAR movió sus globos oculares y miró atentamente ambas ofrendas. Hubo un largo silencio. Y miró ODIAR con agrado a Anín y a su ofrenda; mas no miró propicio a Kabel y a la ofrenda suya.

Anín comprendió y esbozó una sonrisa. Ensañóse Kabel en gran manera y decayó su semblante.

ODIAR no hizo preguntas ridículas como: "¿Qué tienes?", "¿Qué te sucede?", "¿Por qué te has ensañado?" o

"¿Por qué se ha inmutado tu rostro?". No. No las hizo porque ODIAR es omnisciente. No tenía necesidad de hacer preguntas absurdas. Simplemente onduló sus antenas telepáticas, mientras en su semblante aparecía un sonrisa bondadosa e inteligente. En esta forma expresó su pensamiento. ODIAR se dirigió a los hermanos, telepáticamente. Dijo: "En verdad, en verdad os digo que no quise, en ningún momento, influir en vuestras decisiones. Quería ver hasta dónde era el alcance de vuestra iniciativa. Tú, Kabel, eres sedentario, falta de empuje, primitivo, perezoso y por esto mismo te sentaste a la sombra de los árboles a ver engordar a tus ovejas. Felizmente tú, Anín, eres emprendedor, activo, audaz, vigoroso y escogiste el trabajo duro de sembrar y cultivar la tierra. Con verdadera pasión de enamorado y con la única ayuda de las fuerzas naturales preparaste el suelo y con esa débil vara puntiaguda fuiste abriendo el surco rústico en la tierra y sembrando la semilla. ¿No veías esto, Kabel? Sé que lo hacías y sé lo que pensabas. Lo sé todo, Kabel. Anín ha realizado el primer milagro sobre el planeta. El milagro de hacer saltar la vida del barro. El milagro de utilizar la energía latente que encierra el embrión vegetal. Tú has develado el primer misterio, ese misterio que envuelve todo origen. Tú mereces vivir, Anín. Tú Kabel, ya cumpliste tu destino. No sirves para otra cosa que para abonar la tierra con tu sangre. En nuestra civilización, en este mundo nuevo, nadie puede morir asesinado porque os he dotado de órganos telepáticos. Los hombres advertirían el momento en que iban a ser víctimas de un ataque. En nuestra civilización los hombres se exterminan personalmente, o permiten que se haga, cuando han cumplido su destino. Así, los hombres vendrán al mundo para cumplir una misión, y serán eliminados por eutanasia selectiva. Tú ya cumpliste tu faena, Kabel. Anín mata a tu hermano y aprovecha su sangre para abono."

Y habló Anín a su hermano Kabel, se despidió de él con un abrazo, y aconteció que —estando ellos en el campo— Anín se levantó contra su hermano Kabel, y le mató.

ODIAR habló a Anín y le dijo: “He aquí que tú eres el elegido. Serás constructor de ciudades. Piedra, cimienta de la civilización. Ahora debes partir. No temas por tu vida. Nada puede destruirte. De cierto, en cierto, te digo que cualquiera que atente contra tu vida siete veces será castigado.”

Entonces ODIAR puso señal en Anín para que no lo hiriese nadie que le hallare. Luego tomó ODIAR un poco de barro de su ampollita de vida y poniéndolo en la probeta descargó sobre él su rayo genético. Formó una mujer y la entregó a Anín diciendo: “He aquí que no habiendo otra mujer en el mundo, fuera de tu madre Ave, ésta te doy por compañera. Tendré que repetir las palabras que dije a tus padres, Anín, antes que vosotros —tú y tu hermano— vinierais al mundo. A ellos dije, y os lo repito a vosotros: Fructificad y multiplicad, y henchid la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los animales que se mueven sobre la tierra. Esto he dicho y esto haréis. Ahora marchaos.”

Mas he aquí que Anín no se movía. Vaciló un tanto antes de decir: “Grande es tu sabiduría Señor, mas he aquí que yo encuentro error en tus palabras. Has dicho que cualquiera que atente contra mi vida siete veces será castigado. ¿A quién te refieres? Puesto que sabido es que nadie hay en el mundo sino mis padres y yo y esta mujer que ahora me das por compañera; ¿quién podría atentar contra mi vida? ¿Qué debo creer? ¿No quieres contestarme, Señor?”

ODIAR no contestó. Frunció el ceño severamente, onduló las antenas: “Eres osado. Haces preguntas necias por el afán de ridiculizar a los dioses. Eso que he dicho así se hará.”

Anín era respetuoso y no respondió, mas he aquí que ODIAR se alzó violentamente al continuar diciendo: “Tienes

que creer. Recuerda que puedo leer tus pensamientos. Estás pensando algo espantoso de mí. Me has llamado dios de viento.” Anín no respondía. ODIAR continuó: “Mas he aquí que debo reconocer que eres inteligente, listo y osado. Esas son cualidades de dioses. Contigo he logrado una criatura perfecta. Ojalá nunca tenga que arrepentirme. Tienes algo más que decirme, lo sé. Dilo. Te será concedido.”

Anín era un hombre bueno. “Mi padre es un viejo —dijo—, se sentirá muy solo sin mi hermano y sin mí. ¿No puedes hacer algo por él?”

ODIAR sonrió y dijo: “Conocerá tu padre Vadám a su mujer Ave, la cual concebirá y parirá un nuevo hijo al que llamarán South, porque yo le sustituiré la simiente en lugar de Kabel, a quien tú mataste por mandato mío. Ahora vete.”

Y salieron Anín y su mujer de delante de ODIAR y habitaron en la tierra llamada Don, al este del paraíso.

Y penetró Anín a su mujer, la cual concibió y parió a Hechon; y edificó una ciudad, y llamó el nombre de la ciudad del nombre de su hijo, Hechon.

Largo y difícil sería narrar la historia de Anin. Baste decir que de él, en su séptima generación, nacieron dos hermanos: Habal y Hubal. Habal fue el primer hombre que crió ganados por lo cual es reconocido como padre de la ganadería. Hubal, por su parte, fue un músico consumado; padre de todos los que manejan arpa y órgano y, por extensión de todos los artistas. Habal y Hubal tuvieron un medio hermano ya que su padre, Malech, había tomado para sí dos mujeres: Ida y Zalla. Ida parió a Hubal y Habal. Zalla parió a Tubal Anín y a su hermana Manaa. Tubal Anín fue acicalador de toda obra de metal y de hierro, por lo cual es reconocido como el padre de los herreros y forjadores.

No hay duda. La descendencia de Anín fue la bendita y la preferida de ODIAR. Todos ellos han sido hábiles,

aptos, valientes... lo son tanto que han llegado a infatuarse. A creerse iguales, superiores, a ODIAR.

.....

Yo no descendo de la línea de Anín sino de la línea directa de su hermano menor South.

No es que reniegue, no. Pero mis ascendientes no han sido hombres de acción. También, en cierta forma, hemos sido favorecidos de ODIAR. Mis mayores, decía, nunca fueron muy activos. Se dedicaron únicamente a cuidar el fuego del templo y a engendrar hijos. Todos han vivido bastante. Desciendo de una familia de longevos. Vida tediosa en verdad, habrá que reconocerlo: comer, dormir, engendrar hijos, cuidar el fuego sagrado y engordar. Sobre todo, engordar. Debemos cuidar nuestra gordura, eso, decía mi padre, da dignidad; hace que los otros nos respeten. Hemos hecho un culto de esto: de cuidar nuestras grandes y temblantes barrigas. Con orgullo hacemos oscilar toda la gordura de nuestras caras, brazos y piernas. No hemos sido muy activos, en honor a la verdad. ¡Ahl, pero eso sí, somos familia muy respetada. Los míos y yo hemos llegado a formar casta. Nos llaman sacerdotes y nos respetan. Cuando pasamos ante un grupo, ellos se descubren y nos saludan. Comemos bien. Nos alimentan, nos respetan, más de alguno nos deja —incluso— su dinero. No exigimos más.

Todo hubiera estado bien de no haber sucedido lo que antes dije: Los descendientes de Anín se han vuelto fatuos, petulantes. ODIAR no podía tolerar eso. ODIAR ha visto que la malicia de los hombres es mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de los humanos es, de continuo, solamente la petulancia y el mal. ODIAR está arrepentido de haber hecho hombres en la tierra y le pesa el corazón.

Hace unos días ODIAR me habló. Me

dijo: “Raeré los hombres que he criado de sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia; porque me arrepiento de haberlos hecho.”

Yo temblé. Temeroso dije: “¿Te he ofendido en algo, Señor?” ODIAR me respondió: “Tú eres justo, perfecto, lo mismo que tus hijos. Has hallado gracia ante mis ojos, Noed.” Porque mi nombre es Noed. Luego agregó: “El fin de toda carne ha venido delante de mí, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos, y he aquí que yo los destruiré con la tierra. Hazte una nave de metal de Gopher: harás aposentos en la nave, y la embetunarás con brea por dentro y por fuera.”

Luego me indicó la manera en que habría de construirla. Por razones de seguridad no puedo explicar con detalles la construcción de la nave que me ha mandado hacer El Gran Arquitecto. Así que solamente es posible hacer de ella una somera descripción: es de trescientos codos de longitud, de cincuenta codos su anchura y de treinta codos su altura. La nave tiene una gran ventanascotilla que termina a un codo de elevación por la parte de arriba. Tiene piso bajo, segundo y tercero. Vuela por neutrogravitación. Neutraliza la gravedad y se impulsa levantándose por el rechazo de rayos invisibles de ondas electromagnéticas. Cambiando el ángulo del rayo, la nave puede trasladarse en cualquier dirección horizontal.

He recibido órdenes precisas de ODIAR: Debo entrar a la nave con mi compañera, mis hijos y las mujeres de mis hijos. Y de todo lo que vive, de toda carne, dos de cada especie debo meter en la nave, para que tengan vida conmigo: macho y hembra habrán de ser. Tendré que llevar, asimismo, de toda vianda que se come para que sirva de alimento para ellos y para mí. De todo animal limpio debo tomar siete en siete macho y su hembra; mas de los animales que no son limpios solamente dos, macho y hembra igualmente. También de los animales de los cielos debo

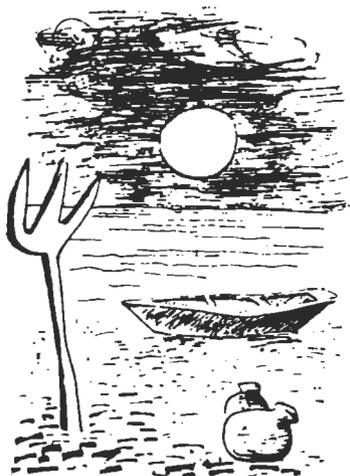
tomar siete en siete, macho y hembra (¡Ah, esos delicados, exquisitos lagartos verdosos! Llevaré todos los que pueda) para guardar en vida la casta sobre la faz de la tierra.

“Porque pasados aún siete días —dijo él—, yo descargaré sobre la tierra la lluvia de la muerte cuarenta días y cuarenta noches. Mi cólera es infinita —continuó— descargaré sobre los hombres neutrones rápidos. Colocaré una placa de uranio en la columna térmica de una pila atómica, con el fin de transportar el flujo térmico en un flujo de neutrones en fisión. Por condensación los neutrones caerán en forma líquida.” Concluyó diciendo: “Entra tú y toda tu casa en la nave; porque a ti te he visto justo delante de mí en esta generación”.

¡Nunca creí que pudiera llegar a tanto! Me atreví —sin alzar la cara, por supuesto— me atreví, digo, a preguntar: “¿Te marcharás tú, en tu nave, Señor?”

Hubo un silencio. Yo temblé. Creí haber despertado su cólera. “No”, dijo, tras una corta pausa. “Yo seré víctima de mi propia maldición. ¿No fui yo, acaso, quien dijo: Cualquiera que atente contra la vida de Anín, siete veces será castigado? Yo intentaré. Mi destrucción es cosa de justicia.”

Han pasado los siete días. He entrado a la nave. Solamente espero la orden de partir. Esto se torna aburrido. Destruir al hombre es cosa seria... Sin embargo ODIAR, el de nombre de Verbo, es omnipotente. El puede destruirlo. ¿Se atreverá...?



# CUENTOS

Por Alvaro MENEN DESLEAL

## La Edad de un Chino

(Tomado de *Crónicas del Reino del Dragón Eterno, Siglo XIII*).



ALVARO MENEN DESLEAL

Lu Dse Yan enamoraba a la hija de un funcionario de estado; pero la muchacha tenía quince años menos que él. Lu Dse Yan no era viejo precisamente: contaba 30 años, y era un joven erudito autor de un tratado sobre cómo evitar las inundaciones en los campos.

—Lo que pretendes es imposible —le dijo un día Lin Po, la hija del funcionario—; yo tengo 15 años y tú, 30. Demasiadas primaveras nos separan.

—Realmente no es mucha la diferencia —contestó Lu Dse Yan—; cuando tú tengas veinticinco años, yo tendré cuarenta, y la gente no podrá menos que alabar la buena pareja que formaremos.

—Cuando tú tengas 45 —respondió la muchacha—, yo tendré apenas 30, y la gente no podrá menos que decir: “Mirad qué pareja: ella joven, él viejo”.

—Cuando tengas tú 45 —afirmó el joven eru-

dito—, yo tendré 60, y para entonces no habrá quien sospeche de la diferencia entre nuestras edades.

—Cuando tengas tú 65 —dijo de nuevo ella—, yo tendré 50, y deberé de ayudarte a caminar.

—Cuando seas tú la que tenga 60, celebraré yo mis tres cuartos de siglo llevándote al Templo de Confucio en Ch'u-fu.

—Si llego yo a esa avanzada edad —contestó ella— tú tendrás ya 90 años y deberé alimentarte como a un niño.

—De cumplir tú los 85, seré yo quien te ilumine con Tao.

—Para entonces —replicó la dama— estarás en los cien años, y pasarás el tiempo tendido al sol, sin ánimos para nada.

—Entonces —terminó Lu Dse Yan— la gente habrá dejado de pensar en la diferencia de edades, y sólo exclamará: “Mirad a ese viejo erudito y a su vieja mujer: ambos se cuidan y se aman como si fueran novios”. Y entonces el Nieto del Cielo y la Doncella Tejedora, al juntarse el séptimo día de la séptima luna en la Vía Láctea, harán que podamos quedar como marido y mujer de encarnación en encarnación.

## Zaína

(De un cuento persa, escogido por Ma Cé Hwangdel *Hezaryek-Rouz*).

Zaína y Chalib descansaban plácidamente en el campo, a las orillas de la ciudad. Mientras Zaína, al borde del riachuelo, mojaba sus pequeños pies y se miraba la cara en las aguas transparentes, dormitaba su marido sobre el pasto húmedo y suave.

Acertó Kerim, viejo amigo de ambos, a pasar por allí, y al ver a la muchacha abstraída preguntó:

—¿En qué piensas, Zaína?

—Oh... En cosas sin interés —respondió ella, dando un pequeño salto.

—Eso es decirme que piensas en tu marido —soltó Kerim con una sonrisa maliciosa.

—¿Mi marido? —replicó Zaína, como si no comprendiera, medio distraída aún—. ¿Mi marido? Está dormido detrás de aquellas zarzas.

Kerim va al lado de Chalib, lo despierta y le dice:

—Hablabas de ti con Zaína...

—¡Qué feliz coincidencia! —exclama Chalib, frotándose los ojos.

—¿Sí...?

—Cuando me despertaste, estaba soñando que hablaba de ti con tu mujer...

—¿Y qué decías? —interrogó Kerim, satisfecho.

—Oh, no mayor cosa —afirma Chalib, mientras a su vez sonríe malicioso—; yo le preguntaba a ella: “¿En qué piensas?”... Y ella me contestaba: “En nada”.

(Del libro *Cuentos Breves y Maravillosos*).

# EL HOMBRE QUE NO HIZO NADA

## (Cuento)

Por Claudia LARS



CLAUDIA LARS

Quiso ser un buen escultor, como antes quiso escribir hermosos poemas, pero se quedó haciendo muñecos de madera y cuidando las plantas del jardín. Bajo su apariencia de hombre tímido —hombre gris, del traje a la palabra— se escondían todos los colores que se buscan, todas las criaturas de la imaginación. ¿Por qué no tenía valor para sacar de su pecho aquel ardiente mundo, para soltar en el aire lo que le golpeaba la frente como una bandada de pájaros ciegos? . . . Tal vez un miedo de trasueño lo volvía incapaz de expresar la maravilla soñada; tal vez una herencia de cansancio era la que doblaba sus espaldas bajo peso invisible.

“Cuando el hombre es haragán la mujer le busca el pan”, dicen en la calle. Por eso la esposa del hombre trabajaba hasta en día domingo; por eso el hombre

recogía su vergüenza en permanente actitud de vencido.

“¡Un infeliz que se pasa la vida haciendo monigotes y matando hormigas!”, murmuraba la gente al pasar. “Si no fuera por la tienda de su pobre señora, andaría por las calles juntando migajas” . . .

Poco a poco lo convirtieron en el blanco de las burlas más crueles, y como la malicia popular sabe esgrimir apodosos acertadísimos, el nombre de don Amado —tan profundamente suyo en los años de la juventud— se transformó en el más real de don Sentado, y hasta cayó en la guitarra del guasón. A ratos el hombre se preguntaba con angustia por qué motivo permanecía casi embrujado entre rosas y veraneras; por qué se empeñaba en desafiar a todo el mundo con aquellos muñecos inútiles. Si hubiera tenido más apego al dinero esos muñecos le habrían proporcionado las monedas que tanto necesitaba, y una distracción de viejo irresponsable se habría convertido en oficio productivo. Pero el hombre aborrecía el reloj más que a sus pecados y se negaba a trabajar en la forma disciplinada en que trabajaban sus vecinos. Cuando alguien le insinuaba la idea de una pequeña industria doméstica, contestaba con palabras que dejaban al otro con la boca abierta:

—¿Industria que me esclavice?... ¡No, amigo mío! ¡No!... Esto es juego... Puro juego.

Y en verdad que era juego deleitoso: ganas de fijar en lo real su confuso mundo de sueños; ganas de mirarlo después con ojos atónitos, de tocarlo con humanos dedos, de sentirse dueño de aquellas cosas recién nacidas, entre las cuales era él —tan incapaz para todo— el silencioso creador. Se creía un artista fracasado, un hombre que nunca alcanzaba su deseo. Iba como el sonámbulo, tanteando su camino entre objetos externos, sin saber jamás si estaba dormido o despierto. Su patria se escondía en lugar desconocido; en espacio donde no existen palabras amargas, ni la más necesaria o tonta obligación... ¿Cómo explicar a los curiosos estos secretos de su ser más íntimo?... ¿Cómo definirlos en lenguaje común y corriente, si él mismo no lograba comprenderlos bien?... Lo único que entendía hasta lo profundo, pues ahí estaba situado el poder que lo ataba a la existencia, era el paso suavemente con que se dirigía cada mañana a la soledad del taller, el temblor de su mano al tocar el candado de la puerta, la mirada amorosa con que buscaba los instrumentos que le servían para expresar, un poquito siquiera, su indefinida verdad interior.

A veces en menos de un suspiro inventaba, hacía y decoraba un ligero carrujito de dos ruedas, que corría a lo largo de la mesa tirado por una brillante cuerda azul. En otras ocasiones perdía semanas enteras afinando la cintura de una bailarína, estilizando el salto de un atleta, buscando la carcajada del payaso. Cerraba el taller en horas de fastidio y con un repentino antojo de acariciar lo verde entraba en el jardín que rodeaba su casita de adobe, en el jardín que olía a embellecida pobreza. Entonces los muñecos se iban cubriendo de polvo, pero las flores se adornaban con abejas y salían alegremente de su húmedo sueño.

Aunque los adultos lo criticaban sin cansarse, comparando sus vidas seguras y metódicas con aquella vida desordenada y sin provecho, los niños del barrio lo querían de un modo entrañable. Cuando el hombre tallaba sus muñecos o los pintaba con sus lacas preciosas, los pequeños se detenían suavemente en la quietud del taller y olvidaban el resto del mundo. ¡Quizás el juguetero se untaba las manos con saliva de duende!... ¡Quizás guardaba el secreto del Sésamo Abrete!... Con encantado asombro iban acercándose a la mesa de cedro; con alegría llena de preguntas observaban el rostro enflaquecido del viejo y cada uno de sus movimientos. Y el callado juguetero, que para los vecinos pecaba de hurañez y aislamiento, se ofrecía a los niños como el mágico hacedor de personajes nunca vistos, casi como el abuelo de la fábula.

—Este es Gordín —explicaba con voz insinuante—. Gordín boca-de-pep, con patitas de ya-me-voy... Si no hubiera tragado tantos dulces y golosinas tendría un aspecto diferente, y yo no lo metería en esta caja, para que en ella esconda su barriga de comilón.

—Les presento a Nayo Joroba —añadía después mostrando otro muñeco—. Es el sacristán campanero; el que llama a la misa apenas sale el sol. ¿Qué haría el Cura sin sus manos serviciales? ¿Qué haría Nayo sin la casa del Cura?

—Este es el General Veinte Sustos, que dice y repite que no conoce el miedo, y ésta se llama Sor Remedios de La Calle, porque es monjita bondadosa y porque cuida a los huérfanos.

—El que nos mira a través de esas gafas de miope es Mister Funny, Ministro de la Iglesia Bautista, y la pastorcita de rizados dorados tiene un nombre muy lindo y muy de pastora: Cándida Carmiña Cantaflor...

Su amistad con los niños lo acercó a otros seres humildes y simples, entre los cuales se sentía respetado y comprendido. Y así conoció a Pedro Piojo, que lavaba los albañales y barría las caballerizas, a la costurera asmática, al guardián de las abejas y al muchacho que tocaba la dulzaina. Su vida se fue llenando de cariños frescos y puros, como se llena el tronco de retoños inesperados, como se colma la soledad de oculta y silenciosa música.

\* \* \*

Y pasaron los años, llenos de silenciosas experiencias, hasta que llegó una tarde de octubre en la que el hombre se creyó casi feliz, a pesar de su corazón melancólico y de un terco dolor que padecía sin decirlo, y que ya empezaba a preocuparle: un dolor que le clavaba agudo garfio a medio costado, y que se le movía en lo más hondo de las vísceras con violencia que le obligaba a gemir. Y se creyó feliz, porque al fin aceptaba su derrota completamente, porque ya no perseguía ni siquiera la dicha de los sueños, porque entraba en la hora superflua en que se reza y se medita a la vez...

Esa tarde recordó con suave nostalgia a la novia de su juventud: a la muchacha libre y generosa que al primer beso le pidió el regalo de un hijo, y la vio claramente como en aquel tremendo día, bajo las coronas de flores silvestres y con el niño sin aliento acunado sobre el frío corazón. Y fue en ese momento cuando el hombre logró comprender la virtud de sus manos de juguetero; la voluntad de instalar entre los hombres seguros y responsables su rara manía de inventar juguetes: juguetes para un niño ciego y sin tacto, para un niño borrado del juego de los niños.

Pensó que los vecinos tenían sobradas razones para mirarle con desprecio, para burlarse de él a cada rato, para ponerle como ejemplo de holgazanería. Estaban hechos de diferente materia y de esencia diferente, y se asombraba de haber vivido tanto tiempo entre ellos con relativa tranquilidad. Juzgó a su mujer con ternura avergonzada, agradeciéndole el valor de haber tomado en el hogar el puesto que no le correspondía; disimuló el recuerdo de lo malo exagerando lo bueno, y tragándose una lágrima que le nublaba la retina se dirigió quedamente a un banco del jardín. (El dolor se le escondía muy adentro, como serpiente dormida).

Pronto se dio cuenta de que una dalia recién abierta le miraba desde su tallo con dorada cara de niña. ¡Una fragante cara que sonreía al sol... Se frotó los

párpados, entre incrédulo y curioso, y sintió que la tarde se le entregaba entera en la sonrisa de la flor.

El grillo cantaba una canción de agosto: una canción que él entendía perfectamente, como si toda la vida hubiera hablado idioma de grillos. “¿Me estaré volviendo loco?”, se preguntó lleno de espanto. (El dolor empezó a estirarse en medio de sus vísceras).

Preocupado por lo que le estaba ocurriendo buscó, tambaleándose, la puerta del taller. Al entrar se sentó en la sillona de cuero, frente al escaparate de los muñecos. Su mente no alcanzaba a comprender lo incomprensible, pero recordaba, como si fueran hechas de tangible contenido, aquellas palabras que una vez leyó en la portada de un libro: “Creo Lo Increíble” . . .

Detrás del vidrio del viejo escaparate los muñecos se movían como personas vivas: Gordín rascaba su panza de goloso, el general ensayaba posturas y saludos, Nayo Joroba repetía los chismes de las beatas y Cándida, la pastorcita de rizos amarillos, le miraba con una expresión de arrobamiento amoroso, una expresión que él había visto antes, no sabía cuándo ni dónde.

De pronto la pastorcita empujó la puerta de vidrio y dando un salto hacia el suelo fue creciendo a su lado con increíble rapidez. Los otros muñecos la imitaron y el taller se llenó de un rumor parecido al del huerto donde vivía el guardián de las abejas. (El dolor empezó a morderle las entrañas y a buscar el centro de su pecho).

—Aquí está el Niño Dios —dijo Cándida señalando el pesebre bendito—. Es mi niño y es tu niño, pero como es Dios no puede morirse ni sufrir . . .

El juguetero comprendió que era su novia muerta la que hablaba, aunque ahora tenía un nombre de cuento y unos rizos que él había pintado con su pincel. (Sintió que el dolor le impedía respirar y gimió doblándose sobre el lado izquierdo de la silla). La muñeca monjita se inclinó sobre él y le acarició la frente y Mister Funny, estirando la cabeza calva, sacó una Biblia del gabán y leyó estos salmos, con marcado acento inglés:

“Jehová es mi pastor y nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará yacer. Junto a ríos de reposo me pastoreará. Aunque ande en valle de sombras no temeré mal alguno. Su vara y su cayado me infundirán aliento”.

Dos golpes en la puerta hicieron que el hombre levantara la cabeza. Sus amigos —los niños y los miserables— le ofrecían un regalo sorprendente: el libro de sus poemas sin palabras, el que escribió tan sólo con letras de sueño, el que se le quedó en el alma como una esperanza oculta y sin fuerza. Aquí estaba al fin, completo y magnífico, reviviendo ante su asombro todos los secretos del corazón. La fuente de sus lágrimas se abrió súbitamente hasta alcanzar el mar de todas las sales; pero había luz en aquella corriente sin ruido, y peces que volaban como golondrinas . . .

Escenas de jardín empezaron a cobrar extraña vida ante sus ojos y el canto del grillo sonó allí cerca, como si el cantor hubiera entrado en el taller.

—El gusano se come los brotes del geranio —dijo el grillo con su alargada voz— ¡del geranio que tú prefieres entre todos!

—¿El gusano? ¿El que me ha dado tanta guerra nocturna? ¿El que se roba los tallos más dulces y pequeños? . . .

Quiso levantarse para matar al ladrón, pero el dolor se le extendió por todo

el cuerpo y sus manos se crisparon sobre sus piernas y gotas de sudor le brotaron de cada poro. El grillo subió al respaldo de la silla y allí cantó con voz más suave:

—Esta noche el jazminero se vestirá de blanco y todas las rosas de tus rosales se convertirán en rosas de nieve...

—¿Y por qué suceden cosas tan sorprendentes? —preguntó el hombre sin despegar los labios.

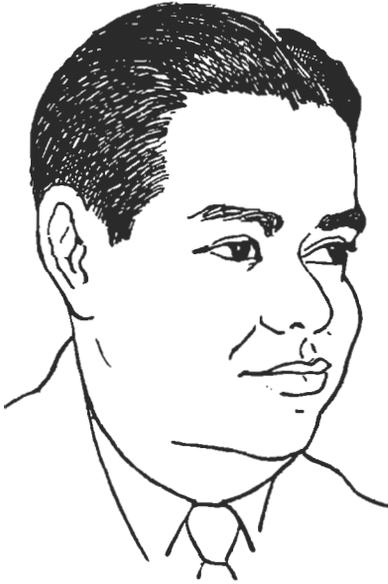
—Porque hay muerto en la casa —respondió el grillo sin vacilar.

*Gaudia Lars*



# Realidad y Superstición en torno a Maquiavelo

Por Rolando VELASQUEZ



ROLANDO VELASQUEZ

Instalado entre las auténticas glorias de la Italia renacentista, nada menos que junto a Dante y Miguel Angel, Nicolás Maquiavelo sigue siendo motivo de preocupaciones ya que no de entusiasmo, al menos para un reducido grupo de estudiosos y un robusto y ostensible porcentaje de periodistas y pensadores sencillos y supersticiosos, incansables buscadores de maravillas y complicaciones efectistas, que de tarde en tarde se ufanan cuando, después de muchos esfuerzos, han logrado encajar el “maquiavelismo” como cognomento de un personaje o un suceso que a veces no sobresalen de lo común, y no justifican por lo tanto el tono superlativo y extraordinario que se le imprime a la expresión, considerándola como el resumen de lo diabólico y sobrehumano.

Escritor oscuro, y según el decir de algunos biógrafos, cortesano e intrigante poco hábil o afortunado, Maquiavelo entró dichosamente, y desde hace mucho tiempo, en las sombras de

la superstición. En su aspecto serio, no puede tomársele al presente sino como un motivo de investigación y curiosidad, más que todo literaria, pero desgraciadamente para quien no conoce tónica y técnica del idioma en que escribió, resulta imposible encararse a su venerable sombra en calidad de crítico literario. Habrá que aceptar en este caso el fallo de quienes son jueces más autorizados en la materia, y contentarnos con que el ilustre florentino fue, de acuerdo con el criterio de estos jueces, tan grande como Ariosto. Allá los dos grandes fantasmas que aclaren definitivamente entre ellos la realidad de su posición histórica y decidan por sí mismos acerca de la propia grandeza. En cuanto a los hombres de estos tiempos, acaso porque poseen una sensibilidad o un criterio estético distintos, una o dos obras de Maquiavelo situadas en un campo propiamente literario que es posible conocer, son de una insipidez absoluta cuando no de una marcada tendencia soporífera. Quedaría por examinar el otro aspecto, el de político inigualable, mago del razonamiento, creador único y excelso de artificios y fórmulas extraordinarias para conservar el mando político, que continúa, desde la eternidad, vigilando y orientando el destino feliz de los pueblos, o sumiendo a éstos en los horrores de la tiranía y la maldad. Pero ¿qué grande es su doctrina, qué de extraordinario hay en sus sistemas, de qué divina infalibilidad están revestidas sus fórmulas, como para que reclamen esa eternidad, esa inmortalidad pragmática que se les atribuye? He aquí la pregunta, un tanto difícil de responder.

Disienten detractores y apologistas de Maquiavelo en cuanto a lo demoníaco o lo benéfico de la doctrina maquiavélica, pero coinciden en cuanto a la grandeza y actualidad de Maquiavelo, con igual ingenuidad y certidumbre. Mas, se pregunta uno, al conocer tan obstinada estimación, ¿qué clase de pensador robusto y sobrenatural era este Maquiavelo, que sobrevive todavía a las asperezas y oscuridades de una política de siglos? ¿Se trata de un pensador a la manera de Nietzsche, prolífico, profundo y multilateral, a la vez que arrebatador y dominante, que se proyecta a través del tiempo con la fuerza de la universalidad y eternidad de sus temas? Decididamente no: Nietzsche, son considerado fragmentariamente, ofrece más extensión, mayor unidad y verdadera universalidad. Inclusive es más: "político" en cuanto a comprender la teoría, mecanismo, función y objetos del Estado. En cambio Maquiavelo resulta un pensador simple y nimio, y permanece, no obstante todo el calor de sus apologistas, sumergido hasta el cuello, o en las liviandades de la República o en el suampo de crímenes y excesos que caracterizaron el pensamiento y la acción política del Renacimiento. Indiscutiblemente, Maquiavelo no logra sobrepasar ese ambiente y se mantiene apegado a él, unido a las fórmulas, costumbres y pensamiento de su país y de su tiempo, dentro de los cuales la influencia de sus ideas acaso haya producido grandes acciones, grandes transformaciones y hasta revoluciones. Pero hasta ahí queda limitada su grandeza, con una vasta y bien fijada restricción en el tiempo. Más acá de

aquellas épocas tempestuosas, en que no sólo en la política se empleaban métodos resolutivos inspirados en la astucia y la violencia, sino que ésta presidía en lo general todos los actos y pensamientos humanos; el amor, la noción de la propiedad, el sentimiento religioso, las máximas del honor, a Maquiavelo no puede admirársele sino como al árbol petrificado y solitario colocado en lo alto de la montaña. Precisamente lo que lo torna más desagradable es la pertinacia de sus exégetas por actualizarlo, cuando trasladar su grandeza hacia épocas más avanzadas resulta una tarea si no ridícula al menos risible, como la del ingenuo tarasconés de Daudet trasplantando al minúsculo jardín de su patio los robustos boababs y las gigantescas palmeras africanas. Aun forzando un poco la imaginación, un político de nuestros días que deseara construir una doctrina política a base de Maquiavelo se encontraría con que unos pocos elementos generales del maquiavelismo que acaso permanezcan vivos y que pudieran por lo tanto trasplantarse, apenas le darían una planta raquílica, enana, incapaz de compensar en lo mínimo siquiera el esfuerzo y el tiempo gastados en el cultivo. Y más le valiera en este caso a tal hombre abandonar la política y marcharse por el mundo a buscar la fuente de la juventud eterna o los formularios mágicos para el cultivo de la mandrágora y el muérdago.

Benito Mussolini fue uno de los hombres que en los tiempos modernos intentaron la resurrección de Maquiavelo. Cuando un grupo cortesano le ofreció, junto al grado de doctor "*ho-*

*noris causa*" de una Universidad italiana, una espada en la que se había grabado la sentencia de Maquiavelo: "*con palabras no se mantiene el estado*", Mussolini hizo uno de sus más robustos discursos, en el cual expresó: "*Afirmo que la doctrina de Maquiavelo está viva hoy después de cuatro siglos.*" Pero el discurso del dictador no fue siquiera una superación de alumno aventajado a su preceptor; era la propia negación de Maquiavelo y la afirmación de que un político de estos tiempos no necesita haber siquiera hojeado a Maquiavelo para tener ideas atrevidas, ya sea buenas o malas, y que la política de estos tiempos es más ruda, precisa y decisiva, como para considerar a Maquiavelo un simple y risueño anacronismo. El tímido favorito de Médicis y Borgias se habría horrorizado al escuchar de labios de su compatriota, a más de cuatro siglos de la aparición de "El Príncipe", la más brutal apología de la violencia, las más bárbaras imprecaciones contra los derechos de los pueblos, la expresión de la más tremenda doctrina absolutista, que ningún punto de contacto tenía con la inofensiva y hasta pacífica doctrina maquiavélica, pero que sin embargo era propalada en su nombre. En esa ocasión las menores expresiones de Mussolini fueron: "*Los sistemas representativos pertenecen más a la mecánica que a la moral*", "*Al pueblo no le queda más que un monosílabo para afirmar y obedecer*", "*Ante todo el pueblo no ha sido definido nunca. Es una entidad meramente abstracta como entidad política.*" Expresiones todas capaces de pulverizar o al menos de reducir a un

juego intelectual más o menos hábil, más o menos ingenioso, no sólo una doctrina paradójica y llena de artificios como la de Maquiavelo, sino cualquier otra doctrina tendiente a llevar a los peores excesos el mando individual, y a poner la figura de un hombre o un grupo de hombres sobre la totalidad de los derechos humanos. Prueba de que el propio Mussolini, aun cuando apareciera como un devoto seguidor de Maquiavelo, en realidad no hacía sino burlarse en su interior de la miseria y la pequeñez del pobre adulator florentino. Pero los dictadores tienen siempre sus debilidades y el “maquiavelismo” era aparentemente la de Mussolini. Real o simulada, su admiración por Maquiavelo le daba, además, la oportunidad de remover hasta lo más oscuro el sentimiento nacional de un pueblo amante de su tradición, orgulloso de sus artistas, amigo de la charla y la elocuencia, y cuya conformación espiritual comunicativa y poética fue, acaso, la que inspiró la frase, más irónica que de sentido político, que los aduladores hicieron grabar en la espada del Duce. El trágico destino de éste viene a ser, por otra parte, si se le sitúa dentro del maquiavelismo auténtico, una potente advertencia para aquellos que ingenuamente piensan que en Maquiavelo están contenidas las fórmulas eficaces e invariables, siempre de positivos resultados, para el buen suceso en la política.

En realidad, el propio Maquiavelo nunca pareció darse a sí mismo mayor importancia. Tampoco su papel junto a los grandes de Florencia y de Roma fue, al decir de sus biógrafos,

un papel brillante y decisivo. Su vida fue la de un trabajador rutinario y oscuro, al margen de toda grandeza. Parece que los políticos de su tiempo no fueron, ni generosos, ni aficionados en forma alguna a tomar el consejo ajeno. No hay que olvidar que en las grandes familias señoriales de los Sforzas, los Borgias y los Médicis, tanto hombres como mujeres poseían el mismo espíritu tremendo, indisciplinado y agresivo. Eran gentes totalmente ajenas a los escrúpulos de conciencia. Para tener una idea siquiera aproximada de su carácter habrá que recordar, nada más, a uno de los Médicis, con la capa ceñida al brazo, saltando por encima de un cerco de espadas enemigas dispuestas a liquidarlo, sin perder ni un solo momento su aplomo y su valor. Habrá que recordar también a una mujer de la familia de los Sforza, presenciando desde lo alto de una torre el sacrificio de sus hijos, asesinados brutalmente, sin conmoverse mayor cosa, haciendo nada más señales inconvenientes a los asesinos para asegurarles a gritos que ya encontraría forma de reponer a sus dulces, inofensivos cachorrillos. En cuanto a las cosas del estado, estas gentes, orgullosas y altivas, preferían reconcentrarse en el círculo familiar, haciendo pesar el interés de la familia sobre el carácter de todas las decisiones. Es ciertamente dudosa la efectividad de Maquiavelo como consejero político junto a gentes de tal clase, más si se considera su naturaleza reconcentrada y tímida. Sin faltar a la seriedad, sin asumir un tono irreverente, no sería aventurado suponer a los Borgias y Médicis haciendo todo

lo contrario de lo que su preceptor y consejero les recomendará. Fuera a recomendarles la paz, y al día siguiente estallaba la guerra. Si Maquiavelo hablaba de violencia, al día siguiente estaban con las manos limpias de sangre, asistiendo a la santa misa. Pero no fuera a decirles que las fórmulas del Gobierno consistían en la armonía y la clemencia, porque en el mismo momento se producía una matanza, en la que perecían hasta los hermanos y los miembros más próximos de la familia.

Hay en otro aspecto muchas circunstancias que hacen dudar de la sagacidad política y de la habilidad de Maquiavelo como intrigante. Sus largos eclipses, su pobreza perenne, sus prolongados exilios lo muestran como un hombre de poca fuerza instintiva. Un político sagaz no permite nunca que se le olvide y se le confine, un intrigante hábil no permanece largo tiempo exiliado. Lo que maravilla verdaderamente en el político de vocación real, es la capacidad de resistir a los acontecimientos, de sobrevivir a las catástrofes históricas, de mantener inalterable su personalidad aun a pesar de los más adversos cambios ideológicos. Pero Maquiavelo, no obstante que a veces se le confiaran misiones delicadas, fue siempre, dentro de la política activa, un hombre de segundo plano, un espíritu subordinado, un espectador más que un actor. Hábil, sí, como todo artista, para atisbar los sucesos y para hallar una interpretación adecuada de ellos, su ubicación correcta está más dentro de la historia que dentro de la política. Su finura y su penetración en este campo son

tales que, siglos más tarde, en la época de Marx, habría arribado a las mismas conclusiones de éste en cuanto a la interpretación de la historia.

En igual forma, sus teorías políticas son también las de un artista. Podría explicarse la existencia de ellas como el resultado de su imposibilidad para realizar grandes acciones dentro de un terreno práctico. Tuvo que conformarse con su único recurso de escritor, para construir una teoría, una expresión de sus creencias personales acerca de la política, sin imaginarse siquiera los alcances posteriores de su acción, sobre todo en lo que concierne a crear la interpretación de la política como un programa rígido, en el que juega papel importante el cálculo matemático, y donde cada situación peculiar tiene una fórmula resolutive también peculiar, por medio de la cual se alcanzan siempre resultados satisfactorios.

Esta idea un tanto deportiva de que la política es a la manera de un juego de ajedrez en el cual la ubicación y el movimiento de los peones en determinado sentido ofrece posibilidad de soluciones exactas, es motivo muy a menudo de disgustos y hasta tragedias para los políticos. El cálculo más bien trazado no conduce a veces al resultado que se espera si no es por la intervención de elementos aleatorios, meramente contingenciales. Con frecuencia los grandes profetas de la política anuncian para el día siguiente la creación de un Estado socialista, y en la mañana del día anunciado aparece entronizada una poderosa dictadura reaccionaria; se supone que va a estallar una formidable huelga, y

ese día los obreros concurren más satisfechos y contentos al trabajo; se profetiza que el gobierno va a ser depuesto, y es cuando llueven las adhesiones. En cambio cuando se confía más en el orden y la seguridad, estalla primero una huelga, luego un motín, y más tarde una violenta revolución que arrasa no sólo con los cálculos de los profetas, sino también con el orden establecido y hasta con los mismos profetas. Un político, aunque sea instruido e inteligente, que carezca del instinto para prever las posibilidades de la emergencia, de los factores que escaparon al cálculo, está irremisiblemente perdido. En cambio puede a veces vencer las contingencias un hombre de simple buen sentido, con su instinto siempre alerta, y que no se hace ilusiones en cuanto a las fórmulas rígidas, con una solución predefinida. Ocurre en este terreno, aunque parezca paradójico, lo que ocurre con la predicción de los fenómenos atmosféricos: cuando los grandes observatorios, dirigidos por sabios eminentes y sostenidos a base de grandes gastos, con novedosos instrumentales, no aciertan en la predicción de la lluvia o la sequía, al rústico campesino le basta con mirar a las orejas del borrero, o descubrir quién sabe qué misteriosos signos en el cielo, para formular un pronóstico acertado.

Lo anterior por supuesto no constituye una defensa del empirismo en ningún terreno, mucho menos en el delicadísimo y respetable de la política, sino únicamente una reflexión más o menos afirmada en la experiencia.

Conocí en mis mocedades a un po-

bre muchacho hondamente preocupado por las cuestiones del amor. Creía en la existencia de métodos y tácticas específicos para conquistar los corazones femeninos, y se desesperaba en la búsqueda de ellos. Tuvo que soportar la lectura pesada y asqueante de las "Memorias" de Casanova; buscó en todas las versiones de Don Juan y en una verdadera montaña de libros llenos de poesía y de vicio, y por último alguien le dijo que la clave infalible se hallaba en el "Ars Amandi". Pero el libro acabó de perturbarlo. Sobre todo, no se explicó jamás cómo podría emplear aquella técnica de asedio, hecha para las grandes damas romanas, aplicándola a las colegialas dulces o las poco instruidas muchachas de su vecindario, sin que ellas juzgaran que estaba loco. Igual que San Cipriano, decidió entregar su alma al demonio con tal de resolver el horrible conflicto. Forzando la pureza de sus sentimientos católicos el pobre muchacho se echó en brazos de hechiceros, farsantes y charlatanes de la peor condición, y yo lo vi recitando fórmulas mágicas, sumergido en la lectura de los más horribles grimorios, bebiendo pociones de cantárida y fabricando filtros de amor con los peores desperdicios de los más extraños animales de la creación. Dichosamente uno de los charlatanes a quienes consultaba, descubriendo acaso por medio de su psicología empírica que se hallaba ante un caso de timidez, le dio al fin la teoría deseada, al recetarle unos polvillos mágicos: *"Deles a beber esto a sus muchachas, pero ponga también su parte y agudice su instinto. Sea tenaz, perseverante, valiente, no se*

*deje vencer por los desprecios ni las negativas; no enamore dos muchachas a la vez, pero cuando se ponga tras de una no le dé tregua hasta conseguirla.*” No diré que con esta fórmula mi amigo alcanzó éxitos extraordinarios, pero no le fue del todo mal. Se curó de sus pesares y de sus manías y logró al fin la meta de todo hombre excesivamente preocupado por las cosas del amor: se casó y hoy es el padre de cuatro hermosos muchachos.

La historieta encaja perfectamente en el tema. Para el hombre de nuestros tiempos resulta tan ingenuo buscar fórmulas para vencer en el amor en las páginas del “Arte de Amar”, como ingenuo resulta buscar fórmulas para el dominio político en las páginas de “El Príncipe”. Maquiavelo no tuvo jamás la pretensión de que su libro llegara a convertirse en el “Vademécum” de los políticos de todos los tiempos. Más todavía, no lo escribió con el fervor del hombre que va a dar una obra para la eternidad, sino con la prisa y el cariño de un hombre que se afana en buscar un empleo. Era en las aflicciones del exilio y cuando, él mismo lo confiesa: “*Desearía que estos señores Médicis se decidieran a utilizarme aunque no fuera más que para acarrear piedras*”. Lo natural era entonces dedicar a Lorenzo, su potencial protector, una reseña de sus conocimientos que sirviera para recordar que él había prestado ya otros servicios durante largos años, en las tareas políticas, y que era un magnífico secretario, un hombre discreto, digno, bien informado acerca de la política de su tiempo, y de la conducta que deberían seguir, en líneas generales,

los hombres de mando. El sistema no es desconocido entre nosotros, ni para los políticos ni para los simples aspirantes a trabajos relacionados con la política. Las antecelas presidenciales, en los países centroamericanos, están siempre repletas de hombres que buscan empleo a través del mismo ingenioso sistema de Maquiavelo. A falta de mayores talentos literarios, éstos llevan junto a su pecho, no una obra parecida a “El Príncipe”, que por otra parte el Presidente no tendría tiempo para leer, sino dos o tres hojitas, cuidadosamente mecanografiadas, a las que ellos denominan *memorándums*. En la primera parte ofrecen las más curiosas soluciones a todos los problemas de la nación, inspirándose en el más generoso patriotismo; en la segunda parte hacen una historia de los cargos que han desempeñado con anterioridad, y entran de lleno a formular su petición de empleo.

Siendo así, los alcances de la obra tendrían que ser forzosamente limitados. Por otra parte, habría que examinar detenidamente la formidable originalidad que se atribuye a Maquiavelo. “El Príncipe”, considerado su obra maestra, aunque inspirada en las razones antes apuntadas, que no carecen de seriedad, tiene una originalidad dudosa, aun cuando sea una evidencia de habilidad y erudición. Aparte de una adecuada interpretación de los sucesos históricos, que acaso constituya la mayor fuerza original, la mayor parte de las máximas y doctrinas contenidas en la obra, no son sino versiones cuidadosamente disfrazadas de pensamientos anteriormente expresados, aun cuando no apli-

cados específicamente a la política. Son cuestiones de una naturaleza tan simple e inofensiva que muchas de ellas fueron indudablemente extraídas de la cantera inagotable de las Escrituras.

Bastaría para cerciorarse de esto examinar nada más dos de estas máximas en las cuales una tradición ingenua y simplista ha creído encontrar la potencia y la originalidad mayor del pensamiento maquiavélico: *“A los hombres hay que atrárselos o deshacerse de ellos”*, que no es sino una alteración de las palabras evangélicas: *“El que no está conmigo está contra mí”*; y *“Divide para vencer”*, que no es otra cosa que una versión aplicada de la sentencia cristiana: *“Todo reino dividido contra sí mismo es desolado.”* Un espíritu crítico determinado a encontrar el origen de otras muchas expresiones semejantes, terminaría por ofrecernos una vasta sorpresa en lo que se refiere a la pretendida originalidad del ilustre florentino, sobre todo en la parte concerniente a sus frecuentes incursiones sobre el campo bíblico.

En este aspecto, uno de los críticos de Maquiavelo llama la atención sobre el hecho de que muy poca gente, particularmente entre los políticos y los hombres de letras, se ha interesado de leer con detenimiento y preocupación a Maquiavelo. Este detalle es, indudablemente, el que ha creado una atmósfera de superstición en torno al autor de *“El Príncipe”*. Se le acepta y cita sin examen, y a veces desconociéndolo totalmente, con una extremada ligereza. Con su obra ocurre lo que posteriormente ocurrió con Lombroso y

Freud. Hace unos cuarenta años el *“lombrosianismo”* estuvo de moda, y no hubo chico de entonces que al ensayar sus primeras raterías sobre la bolsa paterna no fuera llamado *“lombrosiano”*.

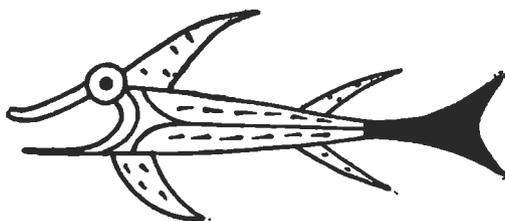
Descartado Lombroso, surgió la nueva superstición de Freud. Cualquier sueño truculento que uno tuviese, o cualquier signo inocente surgido en la conversación, fueron considerados como expresión de un *“complejo”*, y el mundo pareció que iba a despeñarse en un abismo de *“complejos”* de toda naturaleza. Estas dos últimas supersticiones fueron de existencia efímera. En los momentos presentes estamos asistiendo sin duda al crepúsculo de Freud. En cambio no ha sucedido igual con la superstición de Maquiavelo, por cuanto la naturaleza de su pensamiento interesa a una porción mayor de la humanidad, y las supersticiones sobreviven y crecen en relación directa con la magnitud del grupo que las profesa.

Es indudable que transcurrirá mucho tiempo antes de que la superstición en torno a Maquiavelo sea totalmente eliminada. Lo *“maquiavélico”* como instrumento literario para expresar cosas desusadas y constituidas sutilmente, seguirá siendo una bella expresión sonora, capaz de sustituir con eficacia al *“mefistofélico”* en desuso, aunque más adecuado. Y muchos hombres de Estado, ilustrados, serios y circunspectos, que habrán leído a Maquiavelo cuidadosamente, con la sonrisa irónica y compasiva a flor de labio, pensando cuánto más allá de Maquiavelo puede ir un político de poderoso instinto, que no crea en fórmu-

las y doctrinas infalibles y dé al azar y al hecho fortuito e imprevisto su verdadera posición e importancia, seguirán colocando en el sitio más visible de su escritorio, las costosas ediciones de “El Príncipe” y “El Hombre de Estado”. Acaso lo único realmente “maquiavélico” en el sentido de finura y malicia de esta actitud, sean los estremecimientos de supersticioso temor que lograrán provocar entre allegados y cortesanos, maravillados al ver a un hombre rodeado de tales armas. Porque aun cuando el estadista conozca

por experiencia que nada nuevo ni aprovechable para resolver sus problemas pueda extraer de entre esas páginas muertas, los otros seguirán creyendo, ciega y supersticiosamente, que se encuentran frente al hombre que posee las llaves y los signos que abren las puertas y hacen la revelación de los grandes misterios. Los estará dominando con la simple evocación de un fantasma, aun cuando sean ellos mismos quienes hayan ofrecido, como tributo de adulación y cariño, los libros lujosamente encuadernados...

*Rolando Veliz*



# Verdadera Fecha del Día del Maestro

Por Francisco ESPINOSA

## *Antecedentes*

En 1906 recibieron los maestros salvadoreños, por primera vez en la historia, un homenaje de simpatía y reconocimiento de parte de las supremas autoridades de la República.

La Asamblea Nacional Legislativa, por decreto de 21 de abril del citado año, dispuso declarar día de fiesta nacional "el primer domingo de diciembre de cada año, en que tendrán lugar las fiestas escolares en los establecimientos de primaria de la República". También facultó al Poder Ejecutivo para que, de la mejor manera, efectuara aquellas festividades, "debiendo hacerse las erogaciones necesarias por cuenta de la Nación".

Firma el decreto, en su calidad de Vice Presidente, don Carlos Carballo; como Secretario Primero, don Francisco E. Boquín; y como Segundo Secretario, don Rafael Justiniano Hidalgo. Era Presidente de la República don Pedro José Escalón y Subsecretario de Estado



FRANCISCO ESPINOSA

encargado del Despacho de Instrucción Pública, don Nicolás Aguilar.

Como Alcalde Municipal de San Salvador, el doctor Rafael Víctor Castro rindió homenaje a los profesores de la comuna, el año 1908. En memoria de sus actos, correspondiente a la indicada fecha, se encuentran los párrafos que siguen:

“Para mejorar la condición del Maestro el Ayuntamiento celebró en su honor, con toda la pompa posible, en los días 5, 6 y 7 de diciembre, las fiestas escolares decretadas por la Asamblea Legislativa el 18 de abril de 1906.

“Y digo que estos festivales contribuirán a mejorar la condición del Maestro, porque es indudable que con ellos se recuerda al pueblo y a la sociedad, que parece haberlo olvidado, que aquél es acreedor a la gratitud nacional; y se le infunde a él mismo la conciencia de su propio valer, para que no se aísle, para que trate de ocupar en la sociedad el puesto que merece, ya que el retraimiento torna al hombre en egoísta, y la falta de relaciones le quita el respeto social y lo empuja poco a poco en la pendiente del vicio”.

“Estas fiestas, por otra parte, también redundan en favor de la niñez y de la juventud, porque el Maestro que ha visto comprendida su misión y compensadas sus fatigas, desvelos y privaciones, toma aliento y va con mejores bríos y mayores energías a reanudar su noble y fecunda labor de educar e instruir al pueblo”.

“Me es grato consignar aquí que el Supremo Gobierno, el clero, el comercio y la sociedad en general presentaron valioso contingente y contribuyeron gustosos al mejor éxito de estas fiestas. No dudo que vosotros, a su debido tiempo, las celebraréis también con mayor solemnidad”.

Partió la generosa iniciativa de estas celebraciones, del Secretario Municipal, don Fernando Aguilar y Alvarez. La acogió el Alcalde con entusiasmo y con buena voluntad la puso en práctica. Los resultados fueron altamente honoríficos

para el gremio magisterial de San Salvador.

### *El 22 de Junio*

Por iniciativa de su Presidente, el coronel Salvador Ciudad Real, la Sociedad de Artesanos “La Concordia”, de San Salvador, en mayo de 1928 solicitó de la Asamblea Legislativa que el 22 de junio de cada año fuera declarado fiesta nacional en honor al Maestro. Escogió aquella fecha en recuerdo del triunfo de la revolución que en 1885 encabezó el general Francisco Menéndez.

La petición fue leída en el seno del cuerpo legislativo por el diputado usuluteco y profesor Francisco Rodolfo Osegueda, quien solicitó la aprobación para unir “el recuerdo de quien es gloria nacional, al de quien, forjando hombres, es una esperanza para el porvenir patrio”.

Al rendir informe, la Comisión de Gracia y Justicia, integrada por los diputados Jorge Escobar, Francisco Núñez Arrué, Francisco A. Durán, y J. Alfonso Díaz, dijo que la propuesta era “digna de ser tomada en cuenta, pues en la conciencia nacional está y perdura la intensa labor desarrollada por el malogrado General Menéndez, como asimismo es de todos conocida la actuación del Magisterio Nacional que, desde hace mucho tiempo, trabaja sin descanso y mal remunerado, por impartir enseñanza en todos los ámbitos de la República”.

El decreto fue emitido el 24 de abril de 1928 y publicado en el Diario Oficial de 11 de mayo del mismo año. Lo autoriza, como Presidente de la Asamblea Legislativa, el doctor Francisco López. Le dio su sanción el Presidente de la República, doctor Pío Romero Bosque. Era Ministro Titular de Instrucción Pública el doctor Francisco Martínez Suárez y Ministro de Gobernación, el doctor Manuel Vicente Mendoza.

...Uno de los considerandos de aquel documento expresa que "conviene, como un estímulo y recompensa para los educadores de la juventud y para inclinar a ésta al respeto de sus bienhechores, señalar un día de glorificación para el maestro, que sea al mismo tiempo dedicado a enaltecer la memoria de un Gobernante modelo por sus virtudes cívicas".

### *Primera celebración*

Gran magnificencia revistieron las celebraciones del "Día del Maestro" en 1928. Las autoridades, los padres de familia, los alumnos y las agrupaciones sociales les rindieron pleitesía, en todas las poblaciones del país, no sólo a los mentores vivos sino también a los que descansan en el sueño eterno.

En la Sociedad de Artesanos "La Concordia" se organizó a principios de mayo un comité integrado por obreros y profesores, quienes trabajaron con gran entusiasmo para que las festividades del 22 revistieran la mayor pompa. Fue electo Presidente el coronel Salvador Ciudad Real, Tesorero don Domingo Melara M. y Secretario el profesor Alberto Villacorta Montiel.

Con la cooperación del público, el comité presentó un programa de dos días de duración. El 21, hubo desafíos entre clubes deportivos de estudiantes. Concierto en los parques y programas literarios en la difusora RUS. En la Iglesia Catedral se ofició un solemne Te Deum al que concurrieron altas autoridades del Gobierno y la Iglesia, lo mismo que profesores.

La bandera nacional flameó en el asta de los edificios del Gobierno, durante los días 21 y 22. Alboradas con música de las Bandas de Guerra despertaron al vecindario de San Salvador, a las cinco de la mañana, el día 22.

La marcha "Gerardo Barrios", con sus alegres armonías, animó el despertar de los capitalinos.

Profesores de escuelas oficiales y particulares se concentraron en el Campo de Marte a las 8 horas, para organizar un desfile hacia el Cementerio General, donde se depositaron simbólicas coronas sobre la tumba del General Menéndez y los maestros fallecidos. Allí también se le rindió homenaje al Maestro Desconocido.

El Ministro de Defensa, doctor Alberto Gómez Zárate, obsequió a los maestros capitalinos con una copa de champán en los salones del Círculo Militar, donde hoy se encuentra la Biblioteca Nacional. Ofreció el agasajo el propio Ministro y se encargó de rendir los agradecimientos el ingeniero Francisco Beltrand Galindo, militar y maestro.

Por la noche, en el Teatro Colón, les fueron entregadas medallas de oro y diplomas a los más destacados miembros del magisterio nacional. Recibieron medalla: don Miguel Guevara, de Usulután; el Coronel Agustín V. Linares, de Sonsonate; don Francisco Gavidia, de San Salvador; don Raimundo Lazo, de Apastepeque; señorita Amelia Cuéllar, de San Salvador; y don Antonio Mejía, de Tepecoyo.

En el mismo acto se rindió especial tributo de gratitud a doña Elena Quezada v. de Angulo, por cumplir las Bodas de Oro magisteriales. Pronunció el discurso Saúl Flores, a nombre del Consejo de Educación Primaria. La señorita Cuéllar recibió un premio en metálico y Diploma de Honor, otorgados por la sociedad "Los Veintiuno", en reconocimiento de sus largos servicios y altas virtudes.

Circuló un manifiesto del comité a los niños, redactado con exquisito gusto literario. Dice, entre otras cosas; "Que el jardinero que sembró rosales, recoja en sus manos, no la cruel punzada del diario vivir, sino la bendita, la amable, la buena cosecha de rosas florecidas en los jardines de la gratitud y el cariño que vive en el fondo de todos vosotros."

## Congreso Pedagógico

En 1930 el Comité Pro Día del Maestro, presidido por el doctor Victorino Ayala, auspició la celebración del primer Congreso Pedagógico Salvadoreño, los días comprendidos entre el 22 de junio y el 1º de julio.

En el Paraninfo de la Universidad Nacional celebróse la sesión de apertura. Presidió el doctor Francisco Martínez Suárez, Ministro Titular de Instrucción Pública, en representación del señor Presidente, doctor Pío Romero Bosque. El discurso inaugural estuvo a cargo del Subsecretario, doctor Sabelio Navarrete. Una pieza magistral.

Asistieron al congreso delegados del Ministerio de Instrucción Pública, de las Escuelas Primarias Oficiales de todos los departamentos, de los Colegios Particulares, de la Municipalidad de San Salvador y muchos invitados de honor. El número de los delegados al congreso pasó de un centenar.

En la primera sesión formal, efectuada en los salones del Instituto Nacional, eligióse la junta directiva. Por unanimidad fue electo presidente el doctor Victorino Ayala, quien declinó el cargo. Entonces fue designado por aclamación el doctor Alonso Reyes Guerra. Vicepresidente, Francisco Rodolfo Osegueda; Secretario, Marcos Gómez Núñez, y segundo Secretario, Ceferino Enrique Lobo.

Las ponencias fueron en número de 8, aunque no se sometieron a discusión la quinta y la séptima por falta de tiempo. De las restantes quedaron recomendaciones. Estas son las ponencias discutidas en el curso de las reuniones del Congreso:

- 1—Medios que se deben emplear para mejorar la condición económica, social e intelectual del Magisterio.
- 2—Principios en que debe basarse nuestro Código de Instrucción Pública.
- 3—Medios que pueden ponerse en práctica para que la sociedad coopere en favor del niño salvadoreño.
- 4—Los derechos que deben proclamarse y asegurarse para el niño salvadoreño.
- 6—Concepto de la Escuela Activa y posibilidad de su aplicación en El Salvador.

Desde hace algunos años, el Ministerio de Defensa participa, en forma destacada, en la celebración del Día del Maestro. En todos los Regimientos Departamentales, el 22 de junio hay un agasajo para el profesorado de la localidad y se entregan recompensas a los que se han distinguido por su dedicación a la enseñanza.

Ha creado el mismo Despacho la medalla "Doctor Darío González", que entrega a los profesores de educación primaria y secundaria que han sobresalido por su labor educativa. En 1954 correspondió este honor a la profesora Lucinda Molina, de primaria, y a don Lorenzo Santos Sosa, de secundaria.

La imposición de esta medalla se efectúa en un acto celebrado en el Círculo Militar, en la mañana del 22 de junio. Concurren por invitación los maestros de la capital y aun de las poblaciones del departamento. El propio Ministro de Defensa coloca la medalla en el pecho de los agraciados.

*Francisco Espinosa*

# Colegios Universitarios de Estudios Generales

Prof. Gregorio B. PALACIN

No es un secreto que en la mayoría de los países latinoamericanos la universidad pasa hoy por una crisis en la que resaltan la desorientación de la enseñanza y cierta “desvitalización” de los estudios. Vivimos en una época en la que el avance científico-técnico ha invadido de tal modo el campo del pensamiento que con frecuencia quedan desplazados valores esenciales que antes predominaban en mayor grado en la cultura. De ese modo los estudios universitarios han venido a parar en un profesionalismo, amplio y variado ciertamente, pero profesionalismo al fin. Casi con carácter general, el objetivo principal de la universidad latinoamericana es hoy preparar profesionales. Incluso hay universidades en las que ni siquiera existe facultad de Humanidades, Letras o Filosofía. Casi ninguna tiene un colegio,



GREGORIO B. PALACIN

escuela o división consagrada a los estudios generales humanísticos, básicos e indispensables para todo profesional. La situación se advierte también en otros muchos países fuera de la América Latina.

Es innegable que falta en la enseñanza superior latinoamericana una base esencialmente humanística que sirva de fundamento de cultura general para los futuros abogados, médicos, ingenieros y demás profesionales. Es verdad que en la educación secundaria existe tradicionalmente esa base cultural, pero ni por su extensión, orientación y alcance, ni por la edad del sujeto que la recibe cumple en ningún caso la función que le debe corresponder en la enseñanza universitaria, en la que es posible más y mejor desarrollo, en vista de su objetivo fundamental, así como por la madurez intelectual del estudiante y por la extensión y orientación que en ese nivel puede tener como medio valiosísimo de autoafirmación de la personalidad y alcance, a plenitud posible, del sentido esencialmente humano.

En la escuela secundaria, incluso en su ciclo superior de preparación para ingreso a la universidad, la enseñanza de la Historia, por ejemplo, no pasa, en general, de ser una exposición de hechos que constituyen el objeto de esa ciencia del tiempo. No es, ni mucho menos, como debería ser, el análisis de causas y examen de resultados o consecuencias que daría plena conciencia del proceso histórico, considerando en él más la Humanidad que los hechos en sí, lo que facilitaría el fortalecimiento en el estudiante de un razonable y conveniente sentimiento de solidaridad humana, sin menoscabo alguno del sincero aprecio de lo nacional. Y algo semejante a lo que sucede con la enseñanza de la Historia en la escuela secundaria ocurre con la enseñanza de la Sociología y de otras áreas del conocimiento. La educación secundaria, preparatoria para el ingreso a la universidad, no es, pues, en la época en que vivimos, suficiente base de estudios generales para cualquier futuro profesional. Es más; también en la escuela secundaria y preparatoria para la universidad ha entrado ya un sentido de especialización orientado al profesionalismo.

Es, pues, necesario y urgente establecer colegios de estudios generales, de nivel superior, autónomos o dependientes de universidades, de completa orientación humanística y humanizante, como base previa a toda preparación profesional, cualquiera que ésta sea. Esta idea comienza a cristalizar ya en ensayos o realizaciones en algunos países latinoamericanos, y es razonable esperar que, tras las rectificaciones que aconseje la experiencia, tales ensayos habrán de conducir al establecimiento del plan de estudios deseable.

Un buen plan, útil para estos colegios universitarios de estudios generales, podría ser el siguiente: *Primer Año*: Lengua Española y Literatura Española y Nacional (dos semestres); Historia de la Cultura (dos semestres); Fundamentos de Filosofía (primer semestre); Historia de los Sistemas Filosóficos (segundo semestre); Lengua Extranjera (dos semestres). *Segundo Año*: Literatura Universal (dos semestres); Lengua Extranjera, segundo año (dos semestres); y

materias de una de estas tres áreas, a elección del estudiante: a) Ciencias Sociales; b) Ciencias Físico-Matemáticas; c) Ciencias Biológicas. Estas áreas, naturalmente, conducirían a la escuela o facultad profesional correspondiente.

Semejante plan de estudios pondría al estudiante en contacto con los problemas fundamentales que el hombre se ha planteado a lo largo de la historia, y con las grandes ideas y los progresos logrados en los diversos campos de la actividad humana, permitiéndole valorarlo todo y apreciarlo, y orientándole hacia normas de vida útil.

En algún aspecto podría calificarse el plan esbozado como repetición de los estudios secundarios. Pero no lo sería de ningún modo si se enfocase y realizase en el verdadero nivel universitario. Por otra parte, sería necesario coordinar el plan de la educación secundaria con el de los colegios universitarios de estudios generales. La educación secundaria necesita urgente revisión en todos los países, para organizarla de modo que incluya cursos vocacionales electivos, sin recargar por eso el trabajo del estudiante, para que sea un ciclo educacional efectivamente útil a aquellos jóvenes que lo terminen y no sigan estudios universitarios, y para que tome, en todo caso, la orientación formativa y cultural que corresponde razonablemente a su nivel dentro del sistema de educación. Los trabajos de composición, valioso instrumento de expresión, deben tener especial importancia en la educación secundaria, educación que debe orientarse de modo que sea útil formación cultural, que facilite la orientación vocacional, y que prepare para la vida y para el ingreso a la universidad.

Así concebida la educación secundaria, fácil es advertir que la labor de los colegios universitarios de estudios generales no implicaría en caso alguno repetición, sino continuación. Y bueno es insistir en que el resultado de esos colegios no dependería sólo del valor teórico de su plan de organización y trabajo, sino más aún de su realización. Las clases de tales colegios deberían ser reducidas, de no más de veinticinco a treinta estudiantes; y el método de enseñanza en ellas debería alternar o combinar, en la medida que lo permita cada materia, la conferencia y la discusión, o sea, la disertación tradicional, útil para la exposición del contenido de la asignatura, y la técnica que toma el estudiante como centro y que es indudablemente útil, si se sabe administrar, para estimular a todos los miembros de la clase a participar en las actividades de ésta.

*G. B. Palacín*

---

# Sentido Trágico de la Libertad Existencial

Por José Vicente MORENO

¿La filosofía llevará al hombre a su máximo grado de educación, de paz y convivencia, o a su total destrucción?

Esta interrogante siempre es actual; sobre todo en la hora presente, cuando de nuevo hay barruntos de otra guerra mundial.

El tema planteado es digno de análisis. Pero lo haremos a través de una determinada corriente filosófica y así tal vez logremos extraer, aunque apenas aproximadamente, algunas conclusiones que nos puedan servir de base para próximas meditaciones.

Se ha dicho en forma reiterada que la segunda guerra mundial se debió precisamente *a un modo de pensar del hombre*, quien, por lo mismo, creó un clima propicio para la matanza. Así pensamos que fue, porque la ciencia se puso al servicio de la barbarie. La crueldad sólo fue una consecuencia, siendo el pueblo europeo (el de la más alta cultura moderna) el que sufrió lo más angustioso del terror y el

hambre. Inglaterra vio bajar la muerte, anunciada con el estrépito de mil aviones alemanes, y a su debido tiempo, fueron estos últimos quienes aprendieron la lección de dolor, venganza y desolación que se produjo con el horripilante rugir de mil monstruos modernos. Pero el pueblo en donde se patetizó más esta tragedia, al adquirir relieves realmente cruentos, fue el francés. Eso de comprender que su inexpugnable línea Maginot no le servía de nada y que sus soldados de infantería peleaban contra tanques; eso de que un pueblo tan valiente tuviera que entregar los fusiles al enemigo y por último, eso de ver pasear por sus ciudades la petulancia del conquistador, fue, en verdad, como asistir a la confiscación de la Patria. Alguien trató de explicar tal situación, diciendo que este pueblo, con todo y su gloria, aceptó aquella realidad dolorosa como algo inevitable, pues los grandes viejos patriotas ya no estaban presentes, y ocupaban su sitio las

ideas de la guerra y la agitación de las masas humanas, que se mueven tras las ideas. Esto hacía de Francia, dentro de aquel clima de incertidumbre y hasta de traición, un campo abonado para la conquista.

¿Pero cómo fue posible que todo un pueblo llegara a acomodarse a estas ideas negativas? Aquí se nos ocurre, porque salta a la vista (por razones que se verán más adelante) una explicación relacionada con la filosofía existencialista. Esta era la corriente filosófica que imperaba en aquel momento en Francia. Y si es cierto aquello de que la filosofía (que puede ser un modo de concebir la vida) logra salvar o hundir al hombre, aquí tenemos algo que nos obliga a meditar. El existencialismo que prevalecía en París, durante la guerra, era el de Heidegger, suplantado su espíritu estrictamente filosófico por el existencialismo de Sartre en 1940, el cual, de acuerdo a todo lo que ha sido dicho por la crítica, rayó en lo literario y snobista, al grado de distorsionarse en interpretaciones tan fuera de lugar, que volvieron oscuro su mismo contenido. Pero de todas maneras, hay una cosa cierta, y esta es la de que en aquella época había una corriente filosófica que ocupaba una enorme región de Europa, en donde se hacía sentir su influencia: la Filosofía Existencialista.

Esperamos que no sea del todo errada una interpretación o una incursión, aunque parezca atrevida, sobre algunas de las cuestiones básicas de esta teoría filosófica, repitiendo, para mejor garantía, frases de autores conocidos que evidenciarán el propósito de este artículo.

Unamuno en España y Heidegger en Alemania fueron los filósofos que sacaron las obras de Kierkegaard de su largo sueño. Algunos estudiosos aseguran que Don Miguel de Unamuno muy bien pudo escribir sobre existencialismo sin haber tenido que leer a Kierkegaard, para lo que tuvo que aprender el idioma danés. Este es un dato curioso. Pero lo cierto y valedero es que aquellas

ideas recién desempolvadas, adquirieron un sorprendente auge en los centros intelectuales, llegando a constituirse en un verdadero movimiento filosófico, tan amplio y complejo, que dio lugar a la producción del cuento, del teatro y toda la literatura existencialista, así como a la tertulia obligada sobre los temas favoritos: la soledad, la libertad, la vida, la muerte, etc., etc. Sin embargo, debido al mismo estilo y contenido de estas obras se produjo desconfianza, por la excesiva capacidad imaginativa de los que se dieron a escribir literatura confusa. Sobre este particular no vamos a tratar, aquí, de hacer un análisis de cada uno de estos temas, por no ser éste nuestro objeto inmediato. En la presente hora de relativa tranquilidad mundial, cuando algunos sucesos de Francia, frutos de su endémica anarquía, han amenazado la IV República, se puede hacer, de nuevo, la necesaria pregunta: ¿Cuál es el punto de partida del Existencialismo? Aunque se discuta en forma contraria se ha puesto en claro, indudablemente, que el Existencialismo tiene como punto de partida al individuo. Este aspecto merece ser aclarado así: cada persona es una entidad aparte. Necesariamente cada quien *comienza por hacer el análisis de su propia existencia, de sus propias experiencias*, y eso es lo que conoce más en la vida. Por eso los existencialistas predicán: "Sólo el individuo existe". "Lo universal no existe". Y así es como entendemos con bastante claridad aquello de que "el hombre en general no existe"; de que "mis" experiencias no son las de nadie más que *las mías*: "mi" tristeza; "mis" esperanzas; la vigencia que doy a los valores en los asuntos de "mi vida" diaria, ante cada circunstancia, a cada minuto, son algo que sólo "yo" decido de acuerdo con mi voluntad, mi grado de comprensión y las mismas circunstancias.

Sobre el punto de vista del INDIVIDUO podemos agregar lo siguiente: "El hombre en general no se halla en

ninguna parte". "Lo que yo necesito es un sitio para mí". De acuerdo con un razonamiento de esta índole, forzosamente se acaba aceptando que la justicia y la belleza no se hallan ni existen en forma pura o esencial, pues los valores se realizan en mayor o menor grado de perfección en los actos de cada hombre. Es, pues, el individuo humano, el único ser capaz de darse cuenta *de que existe*, con su existencia esencialmente individual, aunque esta individualidad esté sometida a cambios constantes. Se comprende, además, que el raciocinio es una actividad personal. El criterio o punto de vista que se tenga sobre cualquier asunto de la vida, por trivial que sea, es una cuestión personal de quien reflexiona, de quien actúa. No es necesario ser un sabio para tomar una decisión, ya que cada quien tiene que sufrir las consecuencias de su propia conducta. Si alguien decide desafiar la ley, sufrirá una pena legal, y si se comporta en contra de la moral establecida, será reprochado o castigado por la sociedad. He aquí, en resumen, la interpretación existencialista de que sólo el individuo es quien existe. Es él quien se da cuenta de que existe, en la primera instancia de su conciencia. De esta idea se llega a la conclusión de que nadie puede ayudar a otro en su sufrimiento. Es imposible. Lo que puede haber es **CONDOLENCIA**. Pero el que se con-duele únicamente está interpretando el dolor ajeno. En caso de llegar a sentir aquel dolor, *ya sería su propio dolor*, un dolor que percibe su propio sistema nervioso. Lo mismo ocurre con la alegría. ¿Quién es capaz de reír por otro, si no es conociendo la causa que provoca aquel estado de ánimo? ¿Y el hambre? ¿Quién puede calmar su apetito por medio de otra necesidad de alimento? De acuerdo a esta manera de pensar, se llega a creer —como lo venimos repitiendo— que lo único que existe en forma esencial, por su calidad de percibir, de razonar, de concebir, de actuar, etc., es el hombre, el individuo.

Hay otro aspecto que es necesario poner en claro. Se trata de la vida humana. ¿Qué es la vida? ¿Y qué es existir? No nos referimos a la vida que estudia el biólogo; sino a la vida en el sentido de lo que siente, piensa y hace el hombre. No es la vida de los órganos humanos, considerados tan sólo físicamente, pues es con estos órganos que se hace humana la vida. Tampoco nos referimos al pensamiento, aisladamente, porque también la vida humana se dirige con el pensamiento y con el cuerpo, en determinado ambiente. A todo lo que rodea al hombre se le llama circunstancias, y todo esto (lo geográfico, lo histórico, lo económico, lo cultural, etc.) es lo que determina la vida del mismo hombre. Es entre estas circunstancias en donde se hace la vida del hombre; mejor dicho, es donde se va haciendo la vida de cada individuo. La existencia del hombre es cosa muy distinta de la existencia de la piedra. La existencia humana tiene la característica diferencial de *tener conciencia de sí misma*. Es una existencia que decide. De aquí que el hombre vive decidiendo. ¿Y qué es lo que decide el hombre? Decide lo que va a ser a cada minuto. Pero antes proyecta las acciones que va a ejecutar, sean éstas nobles o innobles, grandes o insignificantes. La vida humana no tiene un destino como puede tenerlo un tren que corre fijamente. La vida humana se va decidiendo, corrigiendo, perfeccionando o arruinando, y sólo llega a definirse con la muerte. Dice Heidegger que "el hombre vive para la muerte"; que "el hombre es un ser para la muerte"; que "la muerte es mi posibilidad desde que soy." Entonces, si es así, la vida tiene que ser la posibilidad de nuestras posibilidades. Por eso el hombre vive siempre esperanzado, tratando de realizar sus más íntimas posibilidades. Hay algo más: el hombre es libre para tratar de realizar estas posibilidades, ya que puede decidir sus actos, sin poder sustraerse a lo que le ocurre por causa de sus decisio-

nes. Esta es la existencia a que estamos sometidos y de la que no podemos escapar. De lo anterior se deduce que el hombre está completamente *solo en sus decisiones*, ya que nadie puede ayudarle a decidir frente a sus posibilidades, aunque sólo tenga las dos últimas alternativas: la vida o la muerte.

¿El individuo existe? . . . Sí; *pero existe en el mundo*. Y esta es la otra cuestión que tiene que ser admitida casi a un mismo tiempo que la anterior. El hombre tiene conciencia de existir, *pero en el universo, rodeado por todos los seres*. Está ahí, recibiendo la influencia de todo y al mismo tiempo influyendo sobre todo lo que le rodea.

El existencialista concibe al hombre como a una individualidad solitaria, experimentando sus propias sensaciones y abandonado a sus propias fuerzas. En esta angustiosa soledad se ve obligado o mejor dicho, se ve urgentemente forzado, a trazar su propio destino. Tiene libertad para elegir, rectificar, proyectar, etc; es libre para conquistar la libertad; es libre para soportar su propio dolor o para alejarse de la vida ("marcharse de la vida", como dice Ortega y Gasset). Esta libertad de elegir es la que otorga al hombre su propia categoría zoológica y la conciencia de "estar en" el mundo. El hombre, mediante su cualidad especial de ser libre, toma conciencia de su propio existir y de ser una individualidad capaz de resolver sus propias situaciones problemáticas. Pero hay, dentro de él mismo, una conciencia de escasez y limitación del hombre frente a las circunstancias que lo atajan y que muchas veces lo aniquilan. Y cuando el individuo humano no encuentra soluciones victoriosas, se sume en la tristeza necesariamente; tarde o temprano, se entera de que está solo y completamente desamparado. La angustia es entonces como una flor venenosa que brota del corazón solitario y sin consuelo. Aquí, el hombre comprende que vive su más honda tragedia. A pesar de su angustia, siente un íntimo

y secreto gozo al conducir su propia existencia, aunque sus decisiones le lleven al desastre. Vive convencido del cruel abandono en que se halla, afectado espiritual y materialmente por la conciencia de múltiples peligros, de que sólo su propio esfuerzo puede ayudarle a encontrar las soluciones que han de calmar o extinguir el dolor que le martiriza.

\* \* \*

Pedro Caba dice: "el individuo humano oscila polarmente entre la soledad y la solidaridad. El hombre mirando las aguas profundas de sí mismo halla a los demás; cuanto más hondo mira a los demás, mejor halla la efigie de sí mismo. En la soledad de los otros halla su propia soledad. Está rodeado de soledad. Por eso los hombres se unen y reunen y hallan una nueva y gigantesca soledad que brota de todos ellos. . ."

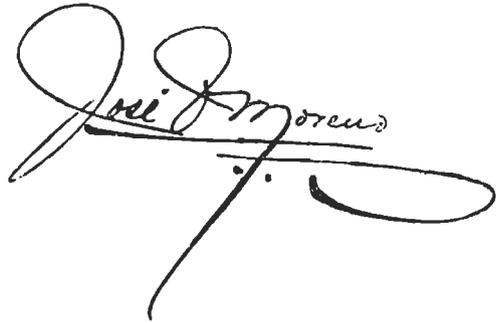
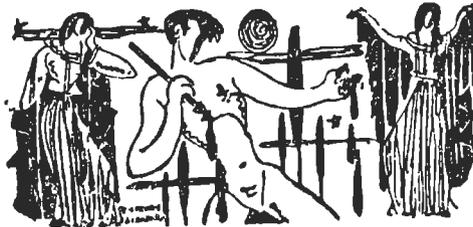
Esto lo resume todo y nos da las notas para comprender mejor el tema ensayado. Vemos al hombre desde la soledad de su existir, que no se repite y que nadie puede plagiar. Pero este individuo entiende a los demás hombres y se encuentra unido a ellos, para formar la inmensa soledad mundial en la que se encuentra hundida la humanidad entera. Y hay algo más: el hombre se entiende con sus congéneres, les hace señales, tiene voz y ha inventado el Arte para comunicar su angustia. En esta forma, de la soledad llega a la solidaridad, siendo capaz de tomar las más tremendas decisiones, como fue aquella de la última guerra mundial. Del mismo modo puede llegar el hombre a la guerra nuclear, que hoy quizás ya se prepara.

Analizando desde el punto de vista del existencialismo la primera pregunta de mi artículo, se puede llegar a sostener que fue una actitud del hombre, provocada por ciertas ideas, la causa de las grandes guerras mundiales. Y ante esa conclusión de nuestras meditacio-

nes, tenemos que preguntarnos: ¿Qué nos depara el futuro...? Nos quedamos sin saber qué contestar, casi presintiendo otra guerra entre dos grandes pueblos, que ya han trazado el plan de sus propios destinos con un consciente forcejeo por sobrevivir frente al adversario, aunque haya necesidad de destruir todos los valores humanos que conocemos, y a sabiendas de que al final nada bueno se habrá ganado.

¡Qué dolorosos pensamientos!... Sa-

ber que el hombre es libre. Que si no lo es del todo, debe serlo. Que está llamado a ser libre; que puede escoger la libertad o la esclavitud; destruir por completo la actual civilización; acabar con pueblos enteros, y como resultado de un juego estúpido, desintegrar, tal vez, la enorme bola de nuestro planeta. La tremenda libertad que tiene el hombre para gozar su angustia decidirá si el equilibrio del universo ha de conservarse.

A stylized, handwritten signature in black ink, which reads "José Martí". The signature is fluid and expressive, with a long horizontal stroke extending to the right.

# José Matías Delgado y el Movimiento Insurgente de 1811

Por Rodolfo BARON CASTRO

## III

### “TOMA DE POSICIONES”

- I Fidelidad custodiada. — II La tea encendida. — III “Dramatis personae”.  
IV El contagio ideológico.

#### I.—FIDELIDAD CUSTODIADA

La actitud legitimista de los criollos, ante los acontecimientos que circundan el reino de Guatemala, se vuelve por momentos más exigente y condicionada, ahondando el foso que se abre entre peninsulares y americanos, salvable sólo por unos cuantos puentes, cada vez más frágiles y estrechos. Para aquéllos, la actitud de sumisión ha terminado definitivamente, y las ideas de gobierno propio hacen su camino, aún en forma imprecisa en cuanto al modo de lograrlo. Ciertamente que todavía no existe un sentimiento general centroamericano<sup>1</sup>, pero en cada lugar importante se manifiestan con mayor claridad estas diver-

gencias. Los peninsulares denostan a aquellos de entre los suyos que se muestran —por sus vinculaciones de familia e intereses— propensos a considerar justas algunas de las posiciones de los nacidos en el país, tildándoles de *acriollados*, y los propios criollos motejan de *chapetonistas* a los que se siguen mostrando demasiado dóciles en mantener la situación precedente. Esta antinomia, por su importancia de fondo y su carácter de motor de muchos e importantes acaecimientos, se hace patente en todos los órdenes.

Con el fin de defenderse de los emisarios de Napoleón y sus posibles cómplices, evitando que fuera engañada la lealtad de los súbditos guatemalenses,

pero en la práctica con el objeto directo de vigilar y castigar *in situ* a quienes manifestaran veleidades insurgentes, habiase instituido el 27 de mayo un *Tribunal de fidelidad*, compuesto de tres magistrados, todos ellos peninsulares: el coronel y comandante de artillería don José Méndez, sub-inspector de milicias, como presidente y el oidor don Joaquín Bernardo de Campuzano y el auditor don Joaquín Ibáñez en calidad de vocales<sup>2</sup>.

La reacción de los criollos es inmediata y altiva. Este tribunal de europeos implica una desconfianza en la lealtad de quienes son tan súbditos de Fernando VII como los nacidos en la Península, y sirve sólo para irritar los sentimientos monárquicos de unos, y para debilitar los de otros. El ayuntamiento de Guatemala se reúne, y con fecha 19 de junio de 1810, firma en su sala capitular una exposición dirigida al presidente, gobernador y capitán general, pidiéndole que el número de sus componentes se amplíe a cinco o siete individuos, y que la mitad de éstos sea de criollos, amén de variarle el nombre por el de *Protección y vigilancia*<sup>3</sup>.

Pero lo importante es el tono de los argumentos empleados, el cual delata una larvada sumisión. He aquí lo que dicen los cabildantes de la capital del reino:

“Que sin embargo, y a pesar de tener este Tribunal por principal objeto la averiguación de los Emisarios del Tirano que puedan aportar a este Reyno, los cuales según la lista que incluye sus naturalezas son todos europeos, el Tribunal es compuesto de tres individuos de la misma, y aunque recomendables por su carácter y circunstancias, no puede menos de hacerse sensible a los Americanos: por que aquí mismo y fuera del Reyno en esta época, y en las futuras, se persuadirán las gentes, y acaso no faltará quien intente representar al Soberano, que para que la América fuese fiel, y constante en su lealtad fue necesaria una inquisición política de

Europeos que infundiendo terror a sus habitantes los contubiese en los límites de su deber; y una providencia que se ha tomado por la Europa, se convertirá contra la América o se hará problemática, por que la malicia humana se extenderá a divulgar que aunque el pretexto han sido los Emisarios, el motivo son los habitantes”<sup>4</sup>.

El capitán general pasó el escrito a consulta del mismo Tribunal de fidelidad, el cual informa el 3 de agosto siguiente tratando de desvirtuar los sólidos argumentos esgrimidos por el cabildo, con razones de tipo legalista muchas de ellas fuera de lugar, y retrucando la dialéctica política con la insinuación de que el punto de vista de los cabildantes criollos “no va distante de las vulgaridades del Pueblo y que fácilmente se impresiona sin meditar las consecuencias que puede ocasionar el fomentar un Partido de división entre Criollos y Europeos, suponiendo que éstos tienen una odiosa predilección en el Gobierno, y de ella toma el fundamento para inducir la necesidad de que entren aquellos a funcionar en este Tribunal”<sup>5</sup>.

Pero el propio González de Mollinedo y Saravia, que muy bien conocía el predicamento de que gozaban en la ciudad los firmantes (don Cayetano José Pavón, don Lorenzo Moreno, don José María Peinado, don Antonio Isidro Palomo, el marqués de Aycinena y don Miguel Ignacio Alvarez de Asturias) quedó sumamente preocupado por este asunto, y en carta reservada al Secretario de Estado del despacho universal de Gracia y Justicia, de ese mismo 3 de agosto, incluye, entre sus comentarios, el siguiente: “No me ha parecido responder todavía al Ayuntamiento. Siempre hay tiempo para negar, y esta es de las materias que se gobiernan mejor con un prudente silencio. Si conviniera, me valdré de criollos, pues los hay de quienes tengo buen concepto, y cada día experimentan mi imparcialidad. Los ocupo y atiendo, no por criollos, sino

por la aptitud y prendas; y esto es en mi concepto lo que debe hacerse para no fomentar una odiosa y perjudicial rivalidad, que no tiene más fundamento entre los naturales de Indias y los de España, que entre los de las diversas provincias de esa península”<sup>6</sup>.

Los conceptos del presidente responden, desde luego, a una sana filosofía política, pero la realidad era muy otra. Para nadie era un secreto que los criollos —salvo las excepciones de rigor— no eran tratados en relación con los europeos, como los de las diferentes provincias metropolitanas entre sí.

El *Tribunal de fidelidad* pronto se hizo temer, y entre sus primeras víctimas se contaron los vecinos del partido de San Miguel, en la intendencia de San Salvador, don Justo Zaldívar, residente en el pueblo de San Alejo y don Valentín Porras, quienes fueron a parar a la cárcel, habiéndoseles confiscado sus bienes<sup>7</sup>. El 20 de febrero del año siguiente quedó abolida una institución que se hizo odiosa desde su nacimiento<sup>8</sup>.

## II.—LA TEA ENCENDIDA

Al filo del año 1811, el reino de Guatemala resulta, en cierta medida, como un haz de leña en medio de un incendio, presto a arder en cuanto salte la chispa oportuna. El propio presidente no deja de considerarlo de esta manera, aunque se sienta obligado a transmitir a sus superiores una impresión optimista, la cual ha de contribuir, desde luego, a valorar su propia obra.

En efecto, apenas iniciado el nuevo año —que habría de ser en casi todo el Continente rico en históricos sucesos— presenta al secretario de Estado en el despacho universal de Gracia y Justicia estas importantes reflexiones:

“Aunque el Reyno —escribe— por una parte se comunica, con los de tierra firme, por otra con Nueva España, y por mar a los dos lados de Sur y Norte tiene contacto frecuente con los países tocados del vértigo de las novedades

políticas; y aunque no pueden faltar en esta provincia las causas de agitación que son comunes a toda nuestra América, con otras relativas a su localidad y circunstancias; sin embargo de todo, sigo teniendo la incomparable satisfacción de conservar el buen orden, la concordia entre las diversas clases de habitantes, y la más perfecta sumisión a las autoridades legítimas; dedicando todo mi zelo a estos esenciales objetos, no sin el trabajo y desvelo que son propios de esta desgraciada época”<sup>9</sup>.

Los acontecimientos de la Península, igualmente, han evolucionado substancialmente desde el fatídico 1808. Si bien Napoleón domina aún militarmente, los heroicos sitios de Zaragoza y Gerona, la inesperada derrota de Bailén<sup>10</sup> y la entrada de los ejércitos de Wellington, permiten atisbar una pronta restauración del *Deseado*. La guerra quema una serie de etapas y la vieja armazón del Estado español se renueva con rapidez, aunque no siempre con acierto. Los que habían supuesto en la Península un pueblo dormido, si no muerto, tuvieron que reconocer su error, cuando ya no tenía remedio<sup>11</sup>.

Las Cortes extraordinarias, reunidas primero en la isla de León y más tarde en Cádiz<sup>12</sup>, en el último trimestre de 1810 y primero de 1811 —es decir, en término de medio año—, han decretado ya el principio de la soberanía nacional, la igualdad de derechos de peninsulares y americanos, e incluso la libertad de expresión<sup>13</sup>. Por otro lado, una serie de gobiernos colegiados —Junta Central, Regencia, Cortes— prueban que el Imperio, en momentos críticos y decisivos, es capaz de concertar la unidad frente al peligro común, y dirigir los negocios domésticos fuera del límite de las instituciones tradicionales, extrayendo de la entraña popular sus mejores energías.

Mas por lo que hace a las influencias que el reino guatemalteco recibe del propio Continente, hay que dividir las en dos: una, muy directa, procedente

de la Nueva España; otra, más amortiguada, de la América meridional.

En lo que concierne a la primera, éste se muestra, para el momento que nos interesa, al par que agitada y grave, sumamente confusa. Los sucesos de 1808, que culminan con la deposición del virrey Iturrigaray, ponen de manifiesto la extrema contraposición a la que han llegado los elementos peninsular y americano, al grado de enfrentarse aquél con la autoridad suprema por suponerla adicta a las ideas de éste<sup>14</sup>. El grito de independencia —aunque todavía de tono legitimista, pues en él se invoca a Fernando VII— es lanzado en el pueblo de Dolores por su párroco don Miguel Hidalgo y Costilla en la madrugada del 16 de septiembre de 1810, y una serie de acciones militares y de cruentas represalias por ambos bandos, encienden y alimentan la hoguera revolucionaria. Hidalgo es preso en marzo del año siguiente y fusilado en julio. Pero otro sacerdote —don José María Morelos y Pavón— garantiza el relevo patriótico, manteniéndose arma al brazo, en una contienda que ha iniciado poco después que el cura de Dolores y en conexión con éste<sup>15</sup>. El campo de lucha del nuevo caudillo —francamente independentista— está próximo a la linde del reino guatemalteco, y es evidente que los hechos de armas de él y sus principales lugartenientes, más o menos abultados por los relatos de viajeros, fueron suficientemente conocidos por los habitantes de aquél.

En cuanto a los sucesos de la América meridional, los de las regiones próximas —Nuevo reino de Granada y Capitanía General de Venezuela— los ecos de los mismos llegan a Centroamérica con relativa celeridad. Miranda y Bolívar —superada asimismo la etapa inicial legitimista— han comenzado su acción militar con poca fortuna por el momento, pero el Congreso reunido en Caracas ha decretado con fecha 5 de julio de 1811 la independencia total

de Venezuela<sup>16</sup>. Y en el virreinato de Santa Fe, la lucha entre realistas e independentistas está en su apogeo, aunque la dispersión política hace que surjan una serie de Estados teóricamente independientes unos de otros, con regímenes políticos contrapuestos. De tal guisa, el de Cundinamarca proclama el 30 de marzo de 1811 una Constitución de tipo monárquico. El “rey de los cundinamarqueses” sería el propio Fernando VII<sup>17</sup>.

En cuanto a los acontecimientos de las regiones más apartadas, tienen, evidentemente, una menor repercusión en el reino de Guatemala, pues las noticias llegan sumamente atrasadas y burlando la estrecha vigilancia de las autoridades, aunque a veces, por paradoja, sea por indiscreciones de éstas que se conozcan determinados hechos. El sincrónico proceso *juntista*, pone de manifiesto, con toda evidencia, hasta dónde ciertas ideas nuevas, superpuestas a una larga práctica municipal que hace eclosión en los *cabildos abiertos*, son capaces de producir a lo largo de todo un Continente resultados muy semejantes. Los movimientos del alto Perú de mayo y julio de 1809; el de Quito de 10 de agosto de dicho año<sup>18</sup>; la revolución de mayo de 1810 en Buenos Aires y la de septiembre siguiente en Santiago de Chile; el grito de Asencio en la Banda Oriental en febrero de 1811 y otros tantos acontecimientos, en los que intervienen criollos de todas las posiciones sociales, no pocos peninsulares de mucho arraigo en la tierra<sup>19</sup>, algunos mestizos y muy pocos indios, lentos de movilizar en contra de la Corona por su fe en ésta, manifiestan el clima de la revolución hispanoamericana en su primera fase, cuando aún la Península se debate en su heroica lucha contra el invasor.

Como puede apreciarse fácilmente, la gama de posibilidades es tan amplia como lo permite la propia confusión ideológica. Sin embargo, existe una *constante* que envuelve los más dispa-

res movimientos: la que exige un sistema de gobierno propio, con plenas garantías de perpetuación. Solamente el virreinato del Perú y las Antillas, se mantienen en medio de esta general conmoción dentro de una línea de fidelidad irrestricta, aunque en aquél se hayan descubierto varias conspiraciones, algunas de cierta envergadura.

### III.—“DRAMATIS PERSONAE”

Examinemos ahora, dentro de la escena del reino guatemalense, cuáles son las principales figuras con las que han de enfrentarse los criollos sansalvadoreños al llevar a la práctica el primer intento autonómico que se produce en aquél, y que incorpora el istmo centroamericano al movimiento que trastorna al Nuevo Mundo hispano.

En cuanto a las causas que producen tal hecho, relacionadas con el estado social, económico, demográfico, intelectual, político, militar y administrativo del reino, numerosos estudios han sido consagrados a algunos de estos aspectos o al conjunto de ellos, que permiten —sin que por ello se den por definitivos— establecer ya algunas conclusiones de carácter permanente<sup>20</sup>.

La primera figura es, desde luego, el gobernador, presidente y capitán general del reino, el ilustre marino don José de Bustamante y Guerra, natural de Ontaneda, en las montañas de Santander, caballero santiaguista desde sus mocedades, hombre de ciencia y de estudio, patriota probado y oficial valeroso<sup>21</sup>. Cuando el 14 de marzo de 1811 recibe el mando de manos de su predecesor, el general don Antonio González de Mollinedo y Saravia, a quien aguardaba un trágico destino<sup>22</sup>, el antiguo capitán de la corbeta *Atrevida*, famosa con su compañera la *Descubierta*, por la expedición alrededor del mundo mandada por el insigne Malaspina, está para cumplir los cincuenta y dos años<sup>23</sup>, es decir, se encuentra en la plenitud de su vida.

Se hace a Bustamante y Guerra, generalmente, el cargo de dureza. Un autor contemporáneo le tiene por “hombre de carácter enérgico, duro y amigo de acciones violentas, como que había pasado los mejores años de su vida en la marina”<sup>24</sup>. La cuestión, naturalmente, es de punto de vista, y hoy puede dirimirse desapasionadamente. Dejemos a un lado, como es lógico, la idea de que los años pasados en la marina le inclinaron a las acciones violentas. Precisamente en su caso se da la circunstancia de que gran parte de sus años de navegación —por todo el mundo— tuvieron más carácter científico que bélico, aunque, cuando fue preciso, no midió la pujanza de sus enemigos para batirse con ellos<sup>25</sup>. Pero en medio de la subversión americana, él entendía como su más estricto deber el mantenimiento del territorio de su mando libre de perturbaciones. Y la labor no era fácil, pues el reino guatemalense era, a su llegada, hervidero de inquietudes, próximas las hogueras del Norte y del Sur. Pero ha de hacerse la justicia de reconocer que, durante todo el período de su mando —de 1811 a 1818—, pese a diversas intenciones insurgentes, en ningún momento actuaron los piquetes de ejecución realizándose todas las actuaciones conforme a la ley. Es lógico que los patriotas trataran por todos los medios de disminuir su autoridad y de calmar contra las medidas que dictaba. Ello está en la más elemental dialéctica de la lucha. Pero difícilmente podrán enrostrársele acciones contrarias a la clemencia, y menos, al honor<sup>26</sup>. Y no se olvide que mientras él empuñaba el mando, su predecesor, el general González de Mollinedo y Saravia, era ejecutado por los insurgentes de Morelos.

Síguele en importancia el arzobispo don Fr. Ramón Casaus y Torres, dominico natural de la abrupta ciudad de Jaca; residente en la Nueva España desde mucho tiempo atrás; doctor por la Universidad de Méjico y después catedrático de la misma<sup>27</sup>. Se le tenía, y

con razón, como excelente teólogo y humanista. Sus conocimientos eran vastos, y ganó la Mitra a consecuencia de una polémica sobre el hombre *contrito* y *atrído* que desbordó el ámbito meramente eclesiástico, para interesar a todas las gentes cultivadas de la capital del virreinato<sup>28</sup>. Como obispo coadjutor que fue de Oajaca pudo familiarizarse con el ambiente meridional de la Nueva España, muy parecido al del vecino reino de Guatemala. Su entrada en su nueva sede la hizo el treinta de julio 1811 es decir, pocos meses después que Bustamante y Guerra<sup>29</sup>.

Ambos eran patriotas intransigentes, enemigos de novedades y decididos partidarios de la unidad del Imperio. Uno y otro, en sus respectivos terrenos, se consideraban beligerantes en la ya encendida pugna por la independencia, más o menos encubierta, o por el triunfo de las ideas constitucionales<sup>30</sup>. Sin embargo, una diferencia fundamental debía separarlos. Y es la de que Bustamante y Guerra, como representante de la Corona en el reino de Guatemala, tenía deberes inexcusables, ligados a su carácter de tal. Cabía en sus facultades interpretarlos de una manera más o menos firme, o en último caso, podía como militar, si la partida estaba perdida, negociar honorablemente. Pero mientras viera un resquicio de mantener incólume su autoridad, es evidente que no vacilaría en apelar a todos los recursos a su alcance para conseguirlo. El arzobispo Casaus y Torres, por el contrario, representaba un poder espiritual, ligado directamente al *substratum* de aquellos pueblos, fuera el que fuere su futuro destino. Por mucho que en el Nuevo Mundo la Iglesia estuviera vinculada al poder temporal de los reyes españoles, no era lícito ver en cada partidario de la independencia un rebelde a la disciplina eclesiástica. Precisamente la obra de evangelización del Nuevo Mundo había creado un hecho nuevo: la Iglesia americana, entendida ésta, naturalmente, en su aspecto exter-

no. Aquellos clérigos que desde el Septentrión hasta el extremo Sur del Continente colombino se sumaban a la lucha emancipadora o se mostraban partidarios de una reforma total de la estructura del Imperio, basado en la autonomía de las regiones indianas, espiritualmente no pretendían desvincularse de Roma, al fin y al cabo, única cabeza del mundo católico. Cuando los insurgentes encabezados por Hidalgo enarbolan como pendón a la imagen de Guadalupe, o los que bajo la égida de Morelos iban a proclamar más tarde, en el congreso de Chilpancingo, no sólo la exclusividad de la religión católica, sino el restablecimiento de la Compañía de Jesús<sup>31</sup>, no se muestran, evidentemente, como sospechosos de ir en contra del sentimiento religioso cimentado firmemente por la acción española en aquellos países. Incluso aquellos independentistas, como los de Caracas, directamente influidos por las ideas de la Revolución francesa, declaran en el juramento de su emancipación obligarse a defender el misterio de la Inmaculada Concepción<sup>32</sup>.

Pero el nuevo arzobispo era firme, decidida y temperamentalmente enemigo de la Independencia. Cuando llega a posesionarse de su sede, había sido, en la Nueva España, uno de los que con mayor encarnizamiento habían combatido la insurrección. Es el autor de *El Anti-Hidalgo*, de la *Cartilla de Párrocos* y de otras publicaciones dedicadas a luchar contra los insurgentes<sup>33</sup>. Su verbo y su pluma, su enorme erudición, su inagotable actividad, las puso al servicio de la causa españolista. Y, con estas ideas, llega a regir la arquidiócesis guatemalteca<sup>34</sup>. Excusado está el decir que todos aquellos que no se mostraran fervientes partidarios de la sujeción a la metrópoli, se volvían a sus ojos sospechosos de infidencia. Su intransigente actitud —derivada, qué duda cabe, de un noble sentimiento patriótico— contribuyó en mucho a crear situaciones insostenibles, que an-

dando el tiempo acarrearón serias perturbaciones. El clero criollo, desde los comienzos, estuvo íntimamente vinculado al movimiento constitucionalista, con una vaga idea independentista, que luego tomaría cuerpo. El choque ideológico con su prelado era inevitable.

En cuanto al tercer personaje en directa conexión con el movimiento de 5 de noviembre de 1811, de parte española, es el corregidor intendente don Antonio Basilio Gutiérrez y Ulloa, caballero de Carlos III. De los tres, es el que lleva más tiempo en el país —llegó en 1805— pero, en cambio, es el que está menos al tanto de los cambios ocurridos, tanto en la propia Península, donde Bustamante y Guerra tiene oportunidad de presenciar escenas del famoso 2 de mayo de 1808<sup>35</sup> y de definirse frente al *rey intruso* y el bando afrancesado; como en la Nueva España, donde el ahora arzobispo Casaus y Torres ha tenido la oportunidad de manifestar su beligerancia contra los insurgentes.

Representa, en cierta medida, la continuidad del *antiguo régimen* y está dispuesto también frente a innovaciones y novedades perturbadoras, a mantenerlo. Sin embargo, ha de actuar en un medio dominado desde hace mucho tiempo por la preponderancia criolla. Y ésta, como queda visto, se muestra cada vez menos domeñable.

#### IV.—EL CONTAGIO IDEOLÓGICO

Mas a partir de 1810, se produce por vez primera en la historia del Nuevo Mundo español, el hecho singular de que, entre las autoridades peninsulares que representan *in situ* a la Corona y los naturales del país —sean éstos criollos, indios, negros o mestizos— se interpone una instancia imprevista: los diputados americanos en las Cortes generales y extraordinarias<sup>36</sup>.

Estos no son los antiguos procuradores de las ciudades indianas, meros solicitantes de mercedes o expositores de

necesidades, cuya presencia servía únicamente para iniciar, continuar o acelerar expedientes. Ahora se trata de auténticos legisladores, con facultades y posibilidad, no sólo de participar en la obra de reestructuración del Imperio, sino de denunciar en la tribuna parlamentaria, aquellos procederés que no estimaran acordes con las normas jurídicas preestablecidas. El alto funcionario español en Indias no debía temer solamente aquellas instituciones pretéritas encaminadas a garantizar la probidad de su actuación —visita, pesquisa, residencia— sino esta nueva y para muchos desconcertante e insoporrible: la crítica directa y pública.

El grupo de diputados del reino de Guatemala tuvo durante el primer período de las Cortes una labor continuada y eficaz, destacando la de don Antonio de Larrazábal, que fue una de las grandes figuras de aquella memorable asamblea, que llegó a presidir<sup>37</sup>. Pero lo más importante, desde otro punto de vista, es que éste lleva por escrito el programa constitucional del ayuntamiento de Guatemala, así como el voto particular de algunos de sus componentes. Larrazábal dio a conocer el primero en los lugares de su paso —hizo el viaje a Cádiz por Nueva España y Londres— y lo reimprimió en Cádiz<sup>38</sup>. En suma, era portador de la *desiderata* ideológica de aquellos inquietos criollos<sup>39</sup>.

No es éste el lugar de presentar un análisis de estas famosas *Instrucciones*, ni del voto particular —cuyo carácter moderado no le resta interés<sup>40</sup>—, pero sí conviene decir que el autor de las primeras, don José María Peinado<sup>41</sup>, resumió en ellas, tanto los principios entonces en boga de soberanía popular, igualdad social, libertad política, como ciertas ideas relacionadas con el gobierno de las Indias.

Asombra no poco advertir el tono de la "Introducción", el cual, pese a su parentesco con el usado por los convencionales franceses (ya un poco pa-

sado, pues el imperio napoleónico se vuelve cada día más "legitimista"<sup>42</sup>), trae ecos de las violentas requisitorias de los religiosos del siglo XVI, que no tenían empacho en emplear términos similares. Sin embargo, las formas se habían estratificado, y semejante lenguaje —impreso por añadidura— forzosamente había de producir una conmoción en sus lectores. Basten, como ejemplo, los siguientes trozos:

"[...] Mientras que toda la Europa gime oprimida baxo el duro yugo de un tirano, la España... la España sola levantada sobre sus ruinas, echa los fundamentos de su independencia, y de la felicidad de sus nobles hijos. El prudente, religioso y cauto español, observa silenciosamente los males que oprimen la sociedad; examina, indaga sabio, y cuidadoso sus causas, y prepara su remedio. Observa... examina... indaga... ¡pero que vel

"La degradación de la especie humana: la mayor parte de los hombres oscura y envilecida: las opiniones... el hombre moral igualmente tiranizado por el hombre físico: multitud de groseras preocupaciones que forman de un español un ente aislado: una sociedad dividida en opresores y oprimidos; y estos pugnando por pasar a los otros no con el objeto de mejorar la suerte de sus hermanos, sino con el de tener el infame derecho de concurrir con el déspota a violar la justicia, y apretar las cadenas que arrastran unos miserables esclavos, cuyas almas envilecidas, no teniendo otras ideas que las de los objetos que las rodean, no han conocido otro gobierno, ni otros intereses que los del tirano que les oprime: innumerables usurpaciones recibidas por estos infelices como otros tantos derechos: [...] Una ciega y supersticiosa veneración a todos los errores e inconsecuencias de los tiempos más bárbaros y oscuros que el interés, el descuido, la ignorancia, o la malicia han conservado en nuestros códigos. Una administración oscura, arbitraria e insaciable que hace

de los vasallos una tropa de esclavos posibles[...] Desigualdades ofensivas y apoyadas en la localidad, hijas del interés particular, y contrarias al bien general. Una nomenclatura inventada y ampliada en su inteligencia conforme a los intereses del despotismo, recibida sin examen por los pueblos. Unos pueblos en que se ha cimentado la ignorancia de sus derechos limitando su instrucción, y circunscribiéndola también a los intereses del déspota; y unos pueblos por último acostumbrados a ser gobernados por la fuerza; por ese medio desnudo de ideas, y de consiguiente tan al alcance de todos los entendimientos.

"He aquí los fundamentos de nuestra ruina. He aquí los males que han oprimido la patria, y que insensiblemente han minado los cimientos del magestuoso edificio de la monarquía española. Una constitución, pues, que prevenga el despotismo del jefe de la nación: que señale los límites de su autoridad: que haga del Rey un padre y un ciudadano: que forme del magistrado un simple executor de la lei: que establezca unas leyes consultadas con el derecho natural [...] que enseñen a los pueblos sus deberes: que circunscriban sus obligaciones; y que a estas, y a sus derechos señalen límites fixos e inalterables: que establezcan una administración clara, sencilla y cimentada en los principios de propiedad, libertad y seguridad: que baxo tales principios, e ilustrada con la filosofía guarden proporción entre los delitos, y las penas, y no establezcan otros que los absolutamente necesarios y útiles a la sociedad. Un sistema económico y político, que auxilie los tres sagrados principios de propiedad, libertad y seguridad. Una instrucción pública y metódica que disipe la ignorancia de los pueblos, y que difundiendo las luces promueva la utilidad general. Este es el unico medio que a juicio del ayuntamiento de Guatemala debe adoptarse para lo futuro, si se ha de establecer la felicidad nacional [...]"<sup>43</sup>

Las frases transcritas dejan poco lugar a dudas en relación con la ideología reformista —por no decir revolucionaria— de los componentes del ayuntamiento de la capital del reino. Esta primera parte de las *Instrucciones* lleva fecha 16 de octubre de 1810.

Naturalmente, los firmantes se expusieron a las represalias que vinieron más tarde, aunque a la postre salieron bien librados<sup>44</sup>, pero el hecho positivo y sintomático es el de que los municipios capitalinos, en la primera oportunidad que se les presentó expusieron sin tapujos su manera de pensar. El doctor Larrazábal, canónigo penitenciario de la Catedral, no se prestó a ser un mero trasmisor de estas instrucciones, sino que se solidarizó con ellas, como consta en la presentación que figura en cabeza de las mismas, cuando las reimprimió en Cádiz, la cual lleva fecha 21 de agosto de 1811. En ella dice que “han merecido la aprobación de muchos sabios de una y otra España” y personalmente añade: “Convenido yo de su mérito, juzgo de justicia ofrecer este pequeño obsequio a ese M. I. C.”<sup>45</sup>

Pero coincidente con el período de redacción de las *Instrucciones*, se esbozan otras posturas más extremistas. Conocemos una de éstas por un papel fechado en Guatemala el 24 de septiembre de 1810 dirigido al ayuntamiento de Ciudad Real de Chiapas<sup>46</sup>. En él se traza un plan para proclamar un gobierno independiente, aprovechando la presencia en la ciudad de Guatemala del vocal elegido para la Junta Central y de cuatro de los diputados para las Cortes generales y extraordinarias, teniéndoles como representantes de la voluntad nacional. En él se habla sin ambages de seguir el ejemplo de Quito, Santa Fe, Caracas, Cartagena, partiendo del supuesto de que, “el Español, ya esclavo, intenta someterse también con sus esclavos vaxo el Trono de los Bonapartes; que tiene ya en su frente el sello del des-

potismo Francés y nosotros tendremos en la nuestra el de uno y otro”. Se dice que “Goatemala se contará en el número de las Naciones” y que “nuestra posteridad con el corazón reconocido y satisfecho llenará de bendiciones la memoria de sus libertadores. En una palabra —añade— la libertad, y la independencia harán nacer subcesivamente todos los vienes”<sup>47</sup>. Sus autores encubren el anonimato bajo el mote de *Los ciudadanos patriotas*, y sus proposiciones aparecen claramente antiespañolas, criollistas y antimonárquicas<sup>48</sup>.

No puede decirse que lo escrito en dicho papel represente en ese momento ideas muy generalizadas, y el plan que en él se propugna resulta, además, descabellado, pues ni el vocal elegido para la Junta central, ni los diputados, ni los tres regidores que se dan como posibles receptores de la respuesta<sup>49</sup>, estarían muy dispuestos a secundar semejante iniciativa. Mas sea lo que fuere —incluso argucia de los enemigos de quienes se citan nominalmente para comprometerlos ante las autoridades—, ha de tomarse en consideración como representativo de una tendencia ideológica marcadamente independentista y republicana.

Y puede añadirse, para perfilar aún más el cuadro del momento, la actitud asumida por los diputados americanos en Cádiz, en su famosa *Representación* leída el 1º de agosto del indicado año, y que vio la luz pública en Londres el año siguiente<sup>50</sup>. Es de notar que entre quienes la firman están todos los diputados del reino guatemalense, salvo Larrazábal<sup>51</sup>. Se trata de una importante requisitoria, en la cual se aborda la cuestión de la independencia con entera claridad. Pocas veces un problema de tanta envergadura ha tenido un planteamiento previo tan sincero.

“Mientras V. M. no quite los motivos de descontento —dicen los firmantes— no cesarán las inquietudes y conmociones. Es forzar a la naturaleza querer impedir los efectos existiendo las causas

que necesariamente los producen. ¿Cómo no ha de quemarse la estopa si no se extingue el fuego que la inflama? Podrá en alguna Provincia apagarse el incendio; pero levantará la llama en otra, y mientras se acude a ella, volverá a brotar en la primera. Se destruirá un ejército en un punto, y entre tanto se estará formando otro en otra parte. No bastará ni aun el destruir a todos los habitantes de la América y llevar nuevos pobladores, porque los hijos de éstos (que necesariamente han de nacer allí, siendo imposible enviar a las

mujeres a parir a Europa) han de amar aquel suelo, y se han de resentir también de la opresión"<sup>62</sup>.

La paz está condicionada a las reformas, y el empleo de la palabra *independencia* no asusta, ni aun pronunciándola en el suelo de la Península. Se tiene conciencia de que si la reestructura de la vasta monarquía no llega a tiempo, o no representa para los americanos siquiera un mínimo aceptable, no quedará otra salida que la de encararse abiertamente con el nuevo destino.

#### NOTAS:

- 1—El concepto de una Centroamérica política no estaba para entonces totalmente cuajado, y ello se manifiesta —antes y después de la Independencia— por las veleidades separatistas de algunas de sus secciones, deseadas de formar parte de cuerpos sociales más amplios o poderosos, como la Nueva España o el Nuevo Reino de Granada. (Barón Castro, "Unión y desunión de Centroamérica", en *Tierra Firme*, año I. núm. 3, ps. 93-108 y "El centroamericano como sujeto histórico", en *Revista de Indias*, año XIX, núm. 75, ps. 17-34).
- 2—Salazar, *Historia de veintidós años*, ps. 133-134.
- 3—AGI, *Aud. de Guat.*, leg. 493. Como el número que se propone es impar, habrá de entenderse que la mitad a la que se refieren será para los vocales, dejando como presidente a un peninsular.
- 4—AGI, *ibidem*. Es de notar que cuando se refieren, con aguda intención a que los agentes del Tirano "son todos Europeos" lo hacen en presencia de unas listas circuladas, en las que aparecen como emisarios para el reino de Guatemala, los siguientes: don Estanislao de Oropesa, extremeño de Badajoz, como diputado en jefe, en calidad de comisionado para Guatemala, Omas y la provincia de San Salvador; don Cirilo Berto-laza, de San Sebastián, para Chiapas y Costa del Sur, desde Tonalá hasta el Realejo; don Fermín Esparragosa, del Señorío, para Trujillo y provincia de Comayagua y don Juan Chavarría, viscaíno, para León de Nicaragua, Granada, Cartago y desde el Realejo hasta Sonsonate y Panamá. (*Ibidem*).
- 5—AGI, *ibidem*. El principal argumento se concreta a que para mantener la independencia de los magistrados conviene que éstos no estén vinculados por razones de nacimiento, familia, intereses, etc. al lugar donde ejerzan su ministerio.
- 6—AGI, *ibidem*.
- 7—Monterrey, *Historia de El Salvador*, pag. 31.
- 8—El presidente Bustamante y Guerra se dirigió con fecha 24 de mayo de 1811 al secretario de Estado en el despacho universal de Gracia y Justicia, comunicando que había dado cumplimiento a la real orden de 20 de febrero sobre supresión del Tribunal de Fidelity. "En su consecuencia —dice— ha cesado en sus funciones el Tribunal de fidelidad erigido por mi antecesor; los asuntos que en él pendían se pasarán sin dilación a la sala del crimen". (AGI, *Aud. de Guat.*, leg. 494).
- 9—AGI, *Aud. de Guat.*, leg. 494. La carta es de 10 de enero de 1811.
- 10—El hecho de que en las filas españolas luobara en Ballén un oficial riploteante llamado José de Sau Martín, abona la idea de cómo, incluso desde el punto de vista militar, la guerra de independencia española, sirvió de ejemplo para la hispanoamericana.
- 11—"Y así pudo ocurrir que Napoleón, el cual —al igual

- que todos sus contemporáneos— consideraba a España como un cuerpo inanimado, sufriera la fatal sorpresa de descubrir que si el Estado español había muerto, la sociedad española estaba llena de vida y cada parte de ella rebosaba capacidad de resistencia". Este es el juicio —sumamente certero— expuesto por Carlos Marx en uno de sus artículos de la *New York Daily Tribune*, en 1854. (Marx y Engels, *Revolución en España*, p. 85).
- 12—En la isla de León estuvieron reunidas desde el 24 de septiembre de 1810 hasta el 20 de febrero de 1811, y en Cádiz, del 24 de dicho mes y año al 14 de septiembre de 1813. Aquí celebraron sus sesiones en la iglesia de San Felipe Neri.
- 13—Este último derecho se venía usufructuando por razones de la guerra, pero las Cortes lo reconocieron en su decreto de 10 de noviembre de 1810.
- 14—Lafuente Ferrari ha consagrado a este punto una obra sumamente vallosa: *El virrey Iturrigaray y los orígenes de la independencia de Méjico*.
- 15—Morelos e Hidalgo tuvieron una entrevista el 20 de octubre de 1810 —es decir, apenas transcurrido un mes del grito de Dolores— entre Indarapapeo y Charo, donde concertaron su acción, y quedó determinado el Sur como zona de operaciones del primero.
- 16—Este hecho fue ya obra, en gran medida, de la influencia de Bolívar en el Congreso.
- 17—"La provincia de Cundinamarca se erige en Monarquía constitucional para que el rey la gobierne según las leyes, moderando su autoridad por la representación nacional que en esta Constitución se expresa y determina". Así reza el texto fundamental aprobado. Y Fernando VII ostentaría la Corona siempre que aceptase la Constitución y fuese a residir en el reino audino. (Posada, *Apostillas a la historia colombiana*, ps. 27-30).
- 18—Los movimientos de 1809 en Chuquisaca, La Paz y Quito, son, sin duda, los primeros de la lucha emancipadora en las Indias españolas. Cuantos los precedieron —incluso desde el propio siglo XVI— no pueden tenerse sino como los hechos esporádicos que responden a circunstancias especiales de tiempo y de lugar.
- 19—El caso del peninsular *patriota* americano, se repite más de lo que puede creerse. En el movimiento de La Paz, de julio de 1809, resultó que a la postre, como señala Pereyra, "sólo se sostuvo a pie firme el heroico español don Juan Antonio Figueras, defendiendo la independencia nacional contra el americano Goyeneche". (*Historia de América española*, Tomo VII, p. 346).
- 20—Casi toda la bibliografía relacionada con el período de la independencia contiene —con mayor o menor extensión— datos relacionados con estos puntos. Conviene, sin embargo, destacar en cuanto a la totalidad del reino, las siguientes obras: Batres Jáuregui, *La*

*América Central ante la Historia* (2 vols.); García Gransdos, *Memorias* (2ª edic., 3 vols.); García Peláez, *Memorias*, etc. (1ª ed., 3 vols.); Marure, *Bosquejo Histórico de las revoluciones de Centro América*; Montúfar, *Memorias* [de Jalapa]; Rodríguez Beteta, *Ideologías de la Independencia*; Salazar, *Historia de veintidós años*; Valle, *Obras completas* (3 vols.); Villacorta, *Historia de la Capitanía General de Guatemala*. Entre las que contienen datos específicos para lo que hoy es El Salvador, deben citarse: Barberena, *Historia de El Salvador* (2 vols.); Barón Castro, *La población de El Salvador*; Cavidia, *Historia moderna de El Salvador* (2 vols.) y Gutiérrez y Ulloa, *Estado General de la Provincia de San Salvador*.

- 21—Cuando Bustamante y Guerra llega a Guatemala, ha tenido ya oportunidad de probar sobradamente todas estas cualidades. Su última acción había sido la de negarse a prestar el juramento de fidelidad al rey intruso, respondiendo al requerimiento que le dirigió el almirante don José de Mazarredo, ministro de Marina de éste, con la siguiente escueta, de 23 de julio de 1808: "Acabo de recibir el oficio de V. E., fecha de ayer, y en su contestación manifiesto a V. E. que los dictámenes de mi honor y conciencia, no me permiten prestar el juramento que no ha verificado la nación; y considerando que acaso el empleo militar que ejerzo habrá producido aquella disposición, los mismos motivos me asisten para resignarlo". (Del Río, *Marinos ilustres de la provincia de Santander*, p. 189).

Pese a los halagos del ministro para atraerlo al bando afrancesado, quien le escribe en nombre de José I, pasando por alto la tajante respuesta transcrita, Bustamante y Guerra sale subrepticamente de Madrid, y tras correr infinitos riesgos se presenta en Sevilla para ponerse a las órdenes de la Junta Central. Esta premia su patriotismo ascendiéndole a teniente general y en 1809 le nombra presidente de Charcas, cargo del que no toma posesión; seguidamente, del Cuzco, con igual resultado y finalmente de Guatemala. Entre su nombramiento —21 de marzo de 1810— y su entrada en la capital centroamericana, media casi un año. (*Ibidem*, p. 190). El mismo alude a estos acontecimientos en su proclama de 13 de abril de 1811 a los guatemaltecos. (Guatemala 1811. Repr. en Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, t. II, ps. 263-278).

"Entró —dice Salazar— siendo muy joven de guardia marina y ya en 1776, aunque la cosa parece increíble, pues no contaba más que 17 años por entonces, había sido promovido al cargo de Brigadier de la Armada por sus muchos servicios." (*Historia de veintidós años*, p. 138). El mozalbeta santanderino debió ser, sin duda, *Brigadier de Guardias Marinas*, empleo equivalente al de sargento de ellos, creado en 1717. El de *Brigadier de la Armada* fue establecido por Carlos III, por Real decreto de 4 de diciembre de 1773. En el ejército existió desde 10 de abril de 1702. Nuestro personaje no alcanzó este grado sino el 5 de septiembre de 1759, es decir, un año antes de poseerle el Gobierno general de Montevideo. (Del Río, *ob. cit.*, p. 181). Debo la esencial aclaración sobre los empleos de *brigadier* a mi eminente amigo el contralmirante don Julio Guillén Tato, secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia y director del Museo Naval de Madrid. El confundir el uno con el otro llevó a Salazar a una justificada alarma por la extrema juventud del presunto brigadier de la Armada. "Bustamante murió en Madrid desempeñando el cargo de director general de la Real Armada. Su mujer, doña María del Pilar Aslor, vivía aún en 1844." (Medina, *La imprenta en Guatemala*, p. 516).

- 22—"Ayer he llegado a esta capital y he tomado posesión de los empleos de Presidente, Gobernador y Capitán General de este Reyno que el Supremo Consejo de Regencia, en nombre del Rey Nuestro Señor Dn. Fernando VII, se dignó conferirme por el decreto de 21 de marzo próximo pasado". Estos son los términos en que Bustamante y Guerra comunica su toma de posesión, en oficio fechado en Guatemala el 15 de marzo de 1811. (AGI, *Aud. de Guat.*, leg. 494). Su antecesor, nombrado general de las tropas que combatían a los insurgentes de Morelos, fue apresado por éstos después de la toma de Oajaca y pasado por las armas el 2 de diciembre de 1812, después de negarse a prestar sus servicios a la causa independentista. Su valerosa y

cristiana actitud dejó un imborrable recuerdo a cuantos presenciaron su ejecución. "Al subir el patíbulo —escribe un autor anónimo cuyo texto recoge García— Saravia se descubre los ojos; mira con serenidad a los que le rodcan, [y] levantando la voz dice a todos con entereza y majestuoso acento: "Oídm: yo no he dado motivo para que así me quiten la vida; y muero inocente; pero perdono de corazón a mis asesinos; perdono de corazón al mismo Morelos". (*DHE*, Del, t. I, p. 225). No menos trágico fue el sino de su nieto, el talentosísimo general federalista don José Miguel Saravia, muerto en el tremendo desenlace del drama morazanico, en 1842. (Montúfar, *Reseña histórica de Centro América*, t. III, ps. 652-654).

- 23—Sobre la fecha de nacimiento de Bustamante y Guerra cualquier equívoco quedó eliminado al publicar los hermanos Del Río en 1881 su partida de nacimiento, constando que vino al mundo el 17 de abril de 1759. (*Ob. cit.*, p. 199). Ello coincide con el dato consignado por Salazar (*ob. cit.*, p. 138), aunque discrepa del que figura en su expediente de ingreso en la marina, donde aparece el año 1758. (Válzoma y barón de Finestral, *Real Compañía de guardias marinas*, etc., t. II, p. 305). Dos hermanos suyos se consagraron también al servicio de la armada, don Francisco y don Joaquín Luis Fernando, si bien este último falleció siendo guardiamarina. (*Ibidem*, p. 24).

- 24—Villacorta, *Historia de la Capitanía General de Guatemala*, p. 468.

- 25—Como ocurrió en 1804, cuando se defendió de una flota inglesa más potente que la suya, yendo de Montevideo a la Península, entablando combate y no cejando en él hasta ballarse herido y haber perdido una de las cuatro unidades que mandaba, habiendo caído prisionero de sus contrincantes. (Del Río, *ob. cit.*, ps. 182-189).

- 26—Véase a continuación el sereno juicio de Cevallos: "Por referencias de pasajes que se harán constar en el decurso de este escrito, se sabrá que existe un tanto de exageración en las noticias que nos ha dejado el predicho escritor, a quien debe conceptuarse inclinado al vituperio del señor Bustamante, vencido y ofuscado por las pasiones partidarias de la libertad, en tiempos que corrían muy inmediatos a la época que dicho señor había gobernado en Guatemala. No es creíble, hablando humanamente, que aquel gobernante, haya sido tan perverso y enemigo de los bombres, como lo exhibe ante la sociedad centroamericana el referido historiador. Este, en nuestra opinión, debió manifestar, que Bustamante, era severo y más que exigente, en el cumplimiento de sus funciones, en concepto de empleado público; mas en ningún caso hacerlo aparecer como bandido en el ejercicio del poder, ciegamente dominado por los deseos de hacer el mal y enaltecerse ante los gobernantes de la isla de León". (*Ob. cit.*, t. II, p. 20).

- 27—Salazar, *ob. cit.*, ps. 147-148. Su fecha de nacimiento, el 13 de febrero de 1765 y su llegada a Méjico, el año 1788. (Beristain, *Biblioteca Hispano Americana Septentrional*, 3ª ed., t. I, p. 70).

- 28—"En esta época llamó la atención no sólo en México, sino en España y aun en Italia por la superlorigridad de sus talentos y la amplitud de su erudición. Su controversia acerca de la doctrina del Concilio Tridentino sobre la *atrición*, que dieron por fruto la titulada *De homine contrito et atrito*. Su *Miscelánea* y la colección de sus *Sermones* lo colocaron desde entonces en el grupo de los sabios más distinguidos de la América". (Villanova, *Apuntamientos*, etc., p. 142). Y su contemporáneo Beristain escribió: "Uno de los sucesos más característicos de la carrera literaria del Sr. Casus fue la impugnación que hizo del libro intitulado *Homo attritus* [...], en un acto público escolástico que defendió en la iglesia del convento de Santo Domingo de México, en los 17 y 18 de diciembre de 1801". (*Ibidem*).

- 29—El presidente comunicó la entrada del nuevo arzobispo en carta de 3 de agosto dirigida al secretario de Estado en el despacho universal de Gracia y Justicia. Dice en ella que el prelado fue recibido "con mucha satisfacción mía y de todo este público". (AGI, *Aud. de Guat.*, leg. 494).

- 30—Bustamante y Guerra celebró muy sinceramente la reacción absolutista de 1814, explayándose en sus co-

municaciones en este sentido. En una de ellas, de 18 de noviembre de 1815, dice que se le imputaba "como atroz delito ser inconstitucional y realista decidido, enemigo acérrimo del liberalismo". (AGI, *Aud. de Guat.*, leg. 496).

- 31—La declaración del "Congreso de Anáhuac" instalado en Chilpancingo, de 6 de noviembre de 1813, reafirmada con la fe católica dice así: "[...] que no profesa ni reconoce otra religión más que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna; que protegerá con todo su poder y velará sobre la pureza de la fe y de sus dogmas y conservación de los enseros regulares". (Zarate, "La guerra de Independencia", en *México a través de los siglos*, t. III, p. 411). En cuanto al restablecimiento de la Compañía de Jesús, ésta se acordaba en la misma fecha. (*Ibidem*). Y poco más adelante, la primera Constitución mexicana, decretada en Apatzingán el 22 de octubre de 1814, asienta en su artículo primero: "La religión católica, apostólica, romana es la única que se debe profesar en el Estado". (*Ibidem*, p. 779). Hay que señalar el pequeño matiz diferencial entre la declaración de Chilpancingo y la Constitución de Apatzingán, referente al "culto secreto" de otras religiones, el cual ya no se prohíbe explícitamente. Ello implica un ligero toque de tolerancia.
- 32—Véase el final del que debían prestar todos los vencesolano mayores de quince años: "¡Juráis [...] defender con vuestras personas y con todas vuestras fuerzas los Estados de la Confederación Venezolana, y conservar y mantener pura e ilesea la santa Religión católica, apostólica, romana, única y exclusiva de estos países y defender el misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen María Nuestra Señora?" (Parra Pérez, *Historia de la primera República de Venezuela*, t. II, p. 52).
- 33—"El obispo Casaus, don Ramón Roca, don Fermín Raigadas, don Florencio Pérez Comoto, escribían panfletos crizados de agudezas y burlas y de graves máximas o de argumentaciones casmísticas, como las de los estudiantes que sustentaban acto público en los salones de sus colegios". (Urbina, *La literatura mexicana durante la guerra de la Independencia*, p. 110). Véase el virulento subtítulo de *El anti-Hidalgo*: "Cartas de un doctor mexicano al Br. D. Miguel Hidalgo Costilla, ex-once de Dolores, ex-sacerdote de Cristo, ex-cristiano, ex-americano, ex-hombre y generalísimo capataz de saltadores y asesinos". Apareció en Méjico, en la imprenta de Zúñiga y Ontiveros, el año 1810, con 158 páginas. Un ejemplar se conserva en La Biblioteca de la Universidad de Yale. (Bliss Lulliana, *Spanish American Literature in the Yale University Library*, p. 152). De la *Cartilla de Párrocos* no he podido localizar ninguna copia. Resulta curioso señalar, además, que, según se lee en la *Gazeta de Guatemala* —t. XV, p. 14— "el diputado de Guatemala D. Antonio Larrázabal presentó a las Cortes en sesión de 7 de septiembre de 1811, una colección de impresos de Casaus, por encargo de éste, que dio a luz siendo obispo auxiliar de Oaxaca "en los cuales se manifiesta la obediencia y celo con que se ha distinguido en favor de la religión y la justa causa en la inerrcción actual de la Nueva España. (Medina, *ob. cit.*, p. 519).
- 34—He aquí un despliegue ideológico, en el momento en el que —tras catorce jornadas desde su sede coadjutrial de Oajaca— abandona la Nueva España para atravesar la frontera de la arquidiócesis que ha de regir:
- "Pero ¡ay! —escribe— que desde estas mismas cumbres diviso hoy una extensión de ochocientos leguas de este mismo imperio, antes tan floreciente, reducida en ocho meses a una vasta soledad, donde el odio, la impiedad y furor sanginario de un Belial, y de unos quantos hijos de Belial, hombres sin yugo, sin ley, sin honor, sin religión, hipócritas antes (cuyo maligno ingenio ya había trasnecido) y después fieras desenfundadas y rabiosas, han causado indecibles daños, y han reducido a la horfandad y miseria innumerables familias; y a la desesperación última los pueblos más ricos y de las mismas provincias, que abortaron a tales monstruos. Contemplo estrechado la ira de Dios derramando la copa de su justa indignación sobre las gentes que han prevarica-

do; sobre los insensatos que se han dejado alucinar por unos frenéticos ambiciosos; sobre las miserables chusmas, que convidadas por cuatro sacrilegos apóstatas del Altar al robo, y al asesinato, talaron en quatro días los campos abundosos, saquearon las casas ricas, destruyeron los minerales inagotables, rompieron los instrumentos de las artes y labranzas perjudicaron al Rey y a los particulares en más de cincuenta millones de pesos, y lo que excede de toda ponderación, y no puede escribirse sino con lágrimas de sangre, han derramado la de dos mil hombres honrados, e inocentes, que eran sus bienhechores y Padres, y la han derramado con quanta atrocidad y escarnio no habían imaginado aún los Dioclesianos, y Nerones.

"Lleno de horror y de compasión —continúa— aparto mi vista de objetos tan dolorosos; y en el postrer a Dios que digo a una región que tanto he amado, y que jamás olvidará mi corazón, traygo conmigo el consuelo de que la horrasca esa; los malos autores de ella, con quienes he lidiado en este tiempo con la pluma, al fin pagan a la justicia divina y humana los males que han hecho; y el infame Hidalgo, con los ruines tigres de su comitiva, ahora mismo a distancia de 700 leguas espía en un patíbulo el cúmulo de sus maldades; y aún le ofrece esta divina Religión, que tanto ha profanado, los recursos para salvarse, que él con odio infernal negaba a las víctimas que iba sacrificando". (*Carta del Ilmo. Sr. D. Fr. Ramón Casaus y Torres, Obispo de Rosen y Arzobispo electo de Guatemala, a todos los Diocesanos de su Iglesia Metropolitana*, p. 4-5).

Estos dos párrafos de vigoroso estilo apocalíptico, están escritos para que sus diocesanos sepan cuál es su celo en este aspecto. No hay en ellos resquicio alguno para encontrar un terreno de entendimiento o de transición. Para los eclesiásticos que puedan tener veleidades independentistas es una severa advertencia. Y ello lo escribe en el poblucelo fronterizo de Tapana, antes de pisar el suelo de su arquidiócesis guatemalense, mientras el cielo inunda en derredor ayo, con el vigor de la estación de las lluvias, cuanto abarca la vista. Allí, el 24 de junio de 1811, el impetuoso dominico espera a que aparezca "el Iris, que anuncie la serenidad", a fin de proseguir su marcha en pos de un incierto destino.

35—Del Río, *ob. cit.*, p. 189.

36—Con todo y ser exiguo su número en relación con los peninsulares —de lo cual dejaron la necesaria protesta— lo importante era el poder alzar la voz y expresar cuanto interesaba a sus comitentes, amén de influir dentro del propio ambiente metropolitano. Los del reino de Guatemala, en calidad de propietarios, fueron: doctor don Antonio Larrázabal, por Guatemala; doctor José Ignacio de Arilla, por San Salvador; don José Francisco Morejón, por Comayagua; don José Antonio López de la Plata, por León y don Florencio del Castillo, por Costa Rica. El elegido por Chiapas, don José Esponda, falleció antes de su salida. (Labra, *ob. cit.*, ps. 129-130). Don Manuel de Llano, que ya había sido suplente, quedó finalmente como representante de Chiapas. Todos los citados fueron firmantes de la Constitución de 1812.

37—El ayuntamiento de Guatemala se reunió el 24 de julio de 1810 para elegir la terna, con asistencia del presidente González de Mollinedo y Saravia. Los escogidos fueron el doctor don José de Aycinena, coronel de milicias; el regidor don Antonio de Juarros, teniente coronel de dragones, y el doctor don Antonio de Larrázabal, canónigo penitenciario, provisor, vicario capitular y gobernador del arzobispado. El sorteo favoreció a este último, que quedó investido de la representación de Guatemala. (Salazar, *Mariano de Aycinena*, ps. 29-30). De los treinta y siete presidentes que tuvieron las Cortes, diez fueron americanos, entre ellos Larrázabal y el P. Florencio del Castillo, de Costa Rica. (Labra, *ob. cit.*, ps. 61-62). Larrázabal figuró también entre los siete diputados que integraron la comisión permanente. (Labra, *ibidem*, p. 63). El representante de Nicaragua, López de la Plata, se contó entre los trece vicepresidentes americanos sobre un total de treinta y seis. (Labra, *ibidem*, p. 62).

38—He aquí su título: *Instrucciones para la Constitución fundamental de la Monarquía española, y su gobierno, de que ha de tratarse en las próximas Cortes generales*

de la Nación. Dadas por el M. Y. A. de la M. N. y L. Ciudad de Guatemala, a su diputado el Señor Doctor Don Antonio Larrasábal [...] Formadas por Don José María Peinado, Regidor perpetuo, y Decano del mismo Ayuntamiento. En la imprenta de D. Ignacio Beteta, Año de 1811. La edición de Cádiz apareció, ese mismo año, en las prensas de la Junta Superior.

- 39—Las instrucciones van firmadas por todos los componentes del Ayuntamiento, a saber: José Antonio Batres, José María Peinado, Luis Francisco de Barrutia, Antonio de Juarros y Lacunza, Sebastián Melón, Juan Antonio de Aqueche, Lorenzo Moreno, el marqués de Aycinena, Miguel Ignacio Alvarez de Aaturias, José de Isasi, Miguel González, Francisco Arrihillaga y el secretario José Francisco de Córdova. Sin embargo, Melón, Aqueche, Isasi y González, no estuvieron conformes con el texto adoptado, y redactaron otro, que asimismo entregaron al diputado Larrasábal. Lleva fecha 20 de diciembre de 1810, es decir, algo más de dos meses después del anterior. Como es sabido, cuando la rescisión absolutista fueron mandadas quemar las copias existentes del primero por mano del verdugo. De la edición original guatemalteca —que circuló con alguna profusión en el reino e incluso en la Nueva España— se conserva un ejemplar en la *Collectio Medinensis* de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. Salazar maneja uno cuando escribió sus *Hombrés de la Independencia*, aparecida en 1899. (*Mariano de Aycinena*, p. 31). De la edición gaditana, aparte del ejemplar que va para treinta años figura en mi propia biblioteca, no conozco sino el anotado que se conserva en el Archivo General de Indias.
- 40—El voto particular de los cuatro municipios que cito en la nota precedente, lleva este rótulo: *Apuntes instructivos que al Señor Don Antonio Larrasábal, Diputado a las Cortes Extraordinarias de la Nación Española por el Cabildo de la Ciudad de Guatemala, dieron sus Regidores Don José de Isasi [...]* Nueva Guatemala, Impreso en la Oficina de D. Manuel de Arévalo. Año de 1811. Su autor o autores, en la "Advertencia", propugnan "una Monarquía arreglada al Pueblo Español", y señalan no haber "tenido otra guía que nuestra pequeña luz, ni otro modelo que la Constitución Inglesa". Pero más adelante señalan: "Desde el siglo diez ballamos ya reconocida o indicada la forma que después tuvieron nuestras Cortes, que eran no veredades imperfecto del Parlamento inglés sin que sus variaciones a disposición de los Monarcas, hiciesen perder a la Nación el ahínco para mantener sus fueros y la constancia en defenderlos contra los Monarcas mismos". El resto de la "Advertencia" contiene un panorama histórico del sistema español de Cortes, que recuerda el que habrá de figurar, con más lujo de erudición y detalle en el "Prólogo" de la Constitución de Cádiz. Berstalin atribuye la paternidad de esta obra a D. Antonio García Redondo, y emite acerca de su contenido el siguiente juicio: "En ella se admiran bien digeridos los mejores principios del derecho público y los conocimientos prácticos del reino de Guatemala para proporcionarle los mayores aumentos en su policía, agricultura, comercio e industria, sin perjuicio de los intereses comunes de la monarquía". (*Ob. cit.*, t. II).
- 41—Representa Peinado al ideólogo criollo, muy imbuído de lecturas extranjeras y de modelos constitucionales ingleses, franceses y norteamericanos. Le toca intervenir directamente en los sucesos de San Salvador de 1811, en actitud de pacificador, y en los de 1814, de dehelador. "Monárquico constitucionalista al modo inglés" le llama Gavidia. (*Ob. cit.*, t. I, p. 76). Sin embargo, la redacción de las *Instrucciones* no es fruto de su sola minerva. Bustamante y Guerra nos da a este propósito un dato sumamente valioso en el "Manifiesto" que acompaña a su carta de 18 de noviembre de 1815, es decir, cuando su fuerza ha crecido al derogar Fernando VII toda la obra de los doceañistas. Dice así: "Estas Instrucciones (de que di cuenta a S. M. en carta de 18 de setiembre último) formadas por Don José María Peinado con auxilio de Don Antonio Juarros y del Licenciado Dn. Miguel Larrainaga según la voz del lugar; acordadas en la casa de Pabón según el mismo testimo; revisadas por su hermano el Prouisor; aprobadas en el Ayuntamiento por Regidores parientes o amigos suyos, formaban su opinión y la

de los Diputados sus sequaces". (*AGI, Aud. de Guat.*, leg. 495). De lo anterior —y del texto de todo el documento de Bustamante y Guerra— queda patente la intervención de Pabón y sus amigos en esta materia. Las *Instrucciones* constan de: "Introducción", "Declaración de los derechos del ciudadano", "Constitución" y "Sistema económico".

- 42—Pérez Villanueva, *Planteamiento ideológico inicial de la guerra de Independencia*, ps. 59-64.
- 43—Pa. 3-4. En el ejemplar anotado, de Sevilla, aparece el siguiente comentario a las líneas transcritas: "Los escritores extranjeros que más han deprimido la gloria de la Península: Raynal y Maisson no han hecho de España un cuadro tan negro". (*AGI, Aud. de Guat.*, leg. 492).
- 44—Ello promovió un largo expediente en el que se vieron envueltos principalmente Peinado, el marqués de Aycinena y los demás firmantes, pero obtuvieron el olvido de su actuación. En realidad, este fenómeno de progresismo político se produce en las clases dirigentes y mejor situadas económica y socialmente en casi todo el Nuevo Mundo. Ello hace exclamar a Salazar: "allí algunos de aquellos aristócratas de quienes tanto hemos tenido que quejarnos después, iluminados por la luz del siglo tuvieron por un instante las visiones de una patria regenerada por las nuevas ideas". (*Mariano de Aycinena*, p. 32). Virtualmente, es la exigencia de poder de parte de la burguesía criolla, para entonces con cierta conciencia de clase. "Los burgueses europeos —escribe Gil Munilla— defienden una serie de ideas más o menos amplias, en tanto cuanto, mediante ellas, van a poder justificar sus aspiraciones revolucionarias... Pues bien —añade— lo mismo ocurre con los criollos". "Teoría de la Emancipación", en *Estudios Americanos*, Vol. II, núm. 7, p. 348).
- 45—P. 2. Lo de la "una y otra España", debe referirse al apoyo que encontró en el territorio de la Nueva, donde permaneció largo tiempo en espera del barco que debía conducirlo a la Península. Muchos ayuntamientos, incluido el de Méjico, se mostraron sumamente interesados por las *Instrucciones* y lo prometieron su apoyo en las Cortes. El propio Bustamante y Guerra las conoció en Jalapa —donde coincidió con Larrasábal en su viaje hacia la capital de las provincias de su mando— y se mostró sumamente escandalizado del tono de aquéllas. En su importante "Manifiesto" de 18 de marzo de 1815, dice que "Larrasábal en el viaje que hizo a Cádiz por Nueva España y Londres (viaje que por no ser preciso parece muy notable), llevó aquellas instrucciones; escribió a Peinado desde Méjico diciéndole según estoy informando de que mandase ejemplares al ayuntamiento de la misma Capital y a los de Puebla y Guadalajara para que todos procediesen acordes, las reimprimió en Cádiz, para circularlas, por todas partes; sostuvo en las Cortes las ideas insanas que contienen; y las comunicó como era de esperar a otros Diputados". (*AGI Aud. de Guat.*, leg. 495). Y en carta reservada de 18 de noviembre de ese mismo año dice que "dicho folleto voló por las Américas aun antes de su impresión en esta Capital; y reimpresso en Cádiz fueron adoptadas sus máximas suverbias por el partido de la prevaricación de las llamadas Cortes, leyéndose en su constitución muchas de las más criminales y escandalosas por las conmociones que ha ocasionado su veneno en estas provincias y tal vez el trastorno también de muchos cerebros en Cádiz en aquellos días aciagos para fortificar la facción llamada liberal". (*Ibidem*, leg. 496). Lo transcrito —y mucho más que resultaría desmedido colocar en esta nota— prueba bien a las claras la decisiva influencia de las *Instrucciones*, no sólo en el medio centroamericano, sino en los de la Nueva España y la misma Península, y particularmente entre los diputados doceañistas.
- 46—Conforme a lo que consta en el acta del cabildo de 16 de octubre de 1810. (*AGI, Aud. de Guat.*, leg. 493).
- 47—*AGI, ibidem*.
- 48—De lo primero, hasten frases como ésta: "La Península aceptó ya gustosa el yugo de sus tiranos, sus provincias más Nobles, y valientes en boca de los Panegiristas Españoles, han franqueado sus puertas, o Capitulado sin resistencia". De lo segundo, las siguientes: "y que nuestros Diputados reclamamos la indemnización de todas las facultades que se han usurpado al Criollia-

mo". De lo tercero, la que sigue: "El Monarca por quien se afectaba tanta conmoción y entusiasmo, enlazado con la familia de quien lo derribó del trono: otro muelle poderoso destinado a dar movimiento al fanatismo Monárquico de unos y otros Reynos; a santificar el detestado yugo, y hacernos incensar a los mismos que se han llamado monstruos de esclavitud, de tiranía y de horror, pero cuya abeccion se principia ya a querer disminuir". (AGI, *ibidem*).

49--Dice así al final: "[...] y dirigir su contestación por medio de su Diputado a los tres Regidores comisionados para la formación de las instrucciones que deve llevar el de esta Ciudad [don Antonio de Larrasábal]: Marqués de Aycinena, D. José María Peynado, y Dn. Antonio Juarros" (AGI, *ibidem*). Los cabildantes de

Ciudad Real de Chiapas calificaron el papel de "hijo de las maquiavélicas máximas del tirano opresor de la Península Napoleón Bonaparte, que no pudiendo directamente adherirnos a su partida quiere dividirse para facilitar la presa y lograr, haciéndonos guerra a nosotros mismos el subyugarnos". (AGI, *ibidem*.) Naturalmente, se apresuraron a remitir copia del documento y de su decisión al presidente, gobernador y capitán general, en prueba de su lealtad.

50--*Representación de la Diputación Americana a las Cortes de España en 1º de Agosto de 1811*. Londres. En la Ymplementa de Schulze y Dean [...] 1812.

51--Son treinta y tres los diputados firmantes.

52--*Representación*, etc.

# VIDA CULTURAL

## RECITAL DE CANTO

El 1º de julio se ofreció a escogido público salvadoreño, un recital de canto del tenor francés Ricard Gaillan, patrocinado por la Asociación Pro-Arte de El Salvador, el Círculo Deportivo Internacional y la Alianza Cultural Francesa. De las 20:30 horas en adelante se desarrolló el siguiente programa, en el Círculo Deportivo Internacional: 1º, *Invitation au voyage*, Henri Duparc; 2º, *Chanson triste*, Henri Duparc; 3º, *Le Secret*, Gabriel Fauré; 4º, *Aurore*, Gabriel Fauré; 5º, *Adieu*, Gabriel Fauré; 6º *Claire de lune*, Gabriel Fauré; 7º, *Melodías sobre poemas*, Minu Droue: a) : *Jardin*, Pierre Duclos; b) : *Trois feuilles d'au tomme*, B. Boech; c) : *La mer haussaitales les épaules*, Paul Misraki; d) : *La maison de pouliguen*, Pierre Duclos; c) : *La naissance du pussin*, Jean Francaix; 8º, *Fortunio*. a) *La maison grise*. A Mesager. *Chanson*. —Intermedio— 9º, *Le roy d'Ys*, E. Lalo; 10, *Manon*, Massenet; 11, *Pecreurs de*

*perles*, Bizet; 12, *Carmen (La fleur)*, Bizet; 13, *Elixir d'amour*, Donizetti; 14, *Arlesiana*, Cilea; 15, *Rigoletto*, Verdi. Francisco Avelar, salvadoreño, acompañó en el piano al cantante francés.

## CONCIERTO

El 4 de julio, conmemorando el X Aniversario del Servicio Meteorológico Nacional, se ofreció en el Teatro Nacional de Bellas Artes un concierto de la Orquesta Sinfónica de El Salvador, dirigida por el Maestro Esteban Servellón. De las 20 horas en adelante se desarrolló el siguiente programa: 1º, *El Barbero de Sevilla*, obertura, Rossini; 2º, *El cascanueces*, suite, Tschaikowsky; 3º, *Un bello día*, aria, Puccini; 4º, *Polonesa heroica*, Chopin; 5º, *Maquilishuat bajo la luna*, Lidia Villavicencio Olano; 6º, *Aria de Manon Lescaut*, Puccini; 7º, *Dichosofuí*, bolero, Ciriaco de Jesús Alas; 8º, *Serenata de las luciérnagas*, arreglo de Jack Mason, Trimil.

## FESTIVAL CORAL

En el Cine Darío se llevó a cabo un interesante y atractivo Festival de Coros, en el que tomaron parte el Coro Polifónico Hondureño, dirigido por el señor Héctor Gálvez, el Coro Universitario Salvadoreño, el Coro de la Normal Superior y la Sociedad Coral Salvadoreña, dirigidos por el Maestro rumano Ion Cubicec. El programa desarrollado fue el siguiente: *La gloria de Dios*, de van Beethoven, con participación de 4 coros; *Exultante Yusti*, de Viadana; *Ave María*, de Palestrina; *Exultante Deo*, de Scarlatti; *Balada mexicana*; *El cucú*, canción alpina; *Valencita*, folklore hondureño; *Adiós garcita morena*, folklore hondureño; *Despedida*, folklore hondureño; *Cholita*, folklore argentino; *Gloc, gloc*; *Alma llanera*, folklore venezolano; *Gloria*, de la Misa en Do Mayor de Beethoven. Actuaron, también, Francisco Avelar y Gonzalo Vega.

## EXPOSICION

El 23 de julio se inauguró en Galería Forma, bajo los auspicios de la Dirección General de Bellas Artes, la "Exposición Pictórica Rodríguez", en la que el joven pintor salvadoreño Víctor Manuel Rodríguez presentó 25 óleos, 3 dibujos y 2 grabados. El acto inaugural estuvo a cargo del conocido cuentista y pintor Salarrué, Director General de Bellas Artes.

## CARICATURAS

El 26 de julio se abrió en el Salón de Actos del Instituto Salvadoreño de Turismo la Exposición de Caricaturas del señor Gerardo Martínez Funes, patrocinada por la Unión General de Autores y Artistas de El Salvador. De las 19:30 horas en adelante se desarrolló el siguiente programa: 1º, Apertura del acto, por el señor Raúl B. Monterrosa, Presidente de la Unión; 2º, Apreciaciones sobre el arte de la caricatura, por el famoso caricaturista y escritor salvadoreño, Toño Salazar; 3º, Inauguración de la Exposición por el señor Ministro de Educación,

Profesor Ernesto Revelo Borja; 4º, Obsequio de su caricatura, por el autor de ella, a la bailarina folklórica Morena Celarié; 5º, Palabras finales sobre Gerardo Martínez Funes, por el señor Raúl B. Monterrosa.

## REPRESENTACION TEATRAL

Magníficamente escenificó el Teatro Estudio Amerindia (TEA), dos cuentos de nuestro Salarrué: *La petaca* y *La botija*, que forman parte del celebrado libro *Cuentos de Barro*. La representación tuvo lugar en el Teatro Nacional de Bellas Artes el 17 de julio, de las 10 horas en adelante, como actuación dedicada a los alumnos del Instituto Nacional "General Francisco Menéndez". Gratamente sorprendido por la forma en que se escenificaron los mencionados cuentos y por la expresión original y sobria de los actores, el numeroso público que asistió esa mañana al Teatro Nacional comentó con entusiasmo elogioso la representación.

## TEATRO UNIVERSITARIO

El 26 de julio se estrenaron en el Teatro Universitario Experimental, *El colibrí*, la comedia de Jules Renard, *Pelo de zana-horia* y el monólogo *El bello indiferente*, de Jean Cocteau. Dirigió las representaciones el conocido actor español Edmundo Barbero, el decorado fue creación del pintor salvadoreño Camilo Minero y la utilería y electricidad estuvo bajo el cuidado de Federico Montes Velásquez.

## EN EL TEATRO NACIONAL

El 25 de julio, bajo la dirección de doña Adelina de Gumeró, se puso en escena en el Teatro Nacional de Bellas Artes la obra intitulada *La zorra y las uvas*, del brasileño Guilherme Figureido. La representación, dedicada a los maestros salvadoreños, se llevó a cabo de las 19 horas en adelante.

## QUINTETO ALEMAN

El quinteto de fama internacional, Ber-

lines Camerata Musicales, fue presentado el 30 de julio por la Asociación Pro-Arte de El Salvador y el Círculo Cultural Salvadoreño-Alemán. Fueron ejecutadas obras de Bach, Felice de Giardini, Paul Hoffer, Fiorillo y Mozart.

### CONCIERTO EXTRAORDINARIO

El 31 de julio, en el Cine Darío, se ofreció un Concierto Extraordinario de la Orquesta Sinfónica de El Salvador, dirigida por el compositor norteamericano, señor John Donald Robb, como Director Huésped. Este concierto fue ofrecido al pueblo salvadoreño por el Ministerio de Educación, en colaboración con la Embajada de los Estados Unidos en nuestro país. De las 20:30 horas en adelante se desarrolló el siguiente programa: 1º, Tres piezas para instrumentos de viento, de Emigdio Alfaro. Concertistas: Francisco Martínez Muñoz (oboe), Marco Antonio Buitrago (clarinete) y César Augusto Pérez (fagot). 2º, Cuarteto para cuerdas, de Gilberto Orellana p. Concertistas: Abraham Soto Domínguez (primer violín), Oscar Hernández (segundo violín), Vicente Recinos B. (viola) y Rolando Chacón Paiz (violoncello). 3º, Tres invenciones (solo piano), Francisco Avelar. 4º, Ensayo Bitemático para quinteto de viento, de Gilberto Orellana p. Concertistas: Liberato Quinteros Molina (oboe), Celestino Alvarenga Rivera (clarinete), Raúl Ramírez Coto (fagot), Julio César Tario (corno inglés) y Gregorio Antonio Jiménez (corno francés). Después del Intermedio se ejecutaron las siguientes obras: *Sinfonía N° 40 en sol menor*: a) Allegro Molto; b) Andante; c) Minuetto; d) Allegro assai, Wolfgang A. Mozart; *Sinfonía N° 3* (en un Movimiento), por John Donald Robb.

### CONCIERTO

Para la noche del 3 de agosto —de las 21 horas en adelante— invitó el Comité Organizador de la Feria Nacional de esta ciudad al público salvadoreño, a fin de que se escuchara en el Teatro Nacional

de Bellas Artes un concierto de la Orquesta Sinfónica de El Salvador, dirigida por el Maestro Esteban Servellón. Este concierto fue dedicado a la Delegación norteamericana de Pueblo a Pueblo, que por esos días visitaba la República. El programa desarrollado fue el siguiente: 1, *Saludo americano*, M. Gould; 2, *Sinfonía N° 8*, Schubert; 3, *Dichosofuí*, de C. de Jesús Alas, compositor nacional; 4, *Donkey serenade*, de F. Frimi.

### RECITAL DE PIANO

El pianista norteamericano, Malcolm Frager, ofreció un recital de piano patrocinado por la Asociación Pro Arte de El Salvador, en el Cine Darío, el 13 de agosto, de las 20:30 horas en adelante. Música de Bach, Beethoven, Mendelssohn, Prokofieff y Schumann fue interpretada en forma magistral.

### EN EL COLEGIO MEDICO

El doctor John Fertig, Profesor de Estadística Médica de la Universidad de Columbia, dictó interesante conferencia el 11 de agosto, de las 20 horas en adelante, en el local del Colegio Médico. Invitaron el Colegio Médico de El Salvador y la Sociedad Médica de Salud Pública.

### EN LA FACULTAD DE INGENIERIA Y ARQUITECTURA

Los señores Ingeniero Civil Ralph A. Gakenheimer y el Arquitecto John A. Parker dictaron el 11 de agosto, en la Facultad de Ingeniería y Arquitectura de la Universidad de El Salvador, de las 20 horas en adelante, conferencias sobre temas de su especialidad, que fueron escuchadas por numeroso público. Los dos conferenciantes formaban parte de una Delegación de Urbanistas Norteamericanos que visitó nuestro país.

### CICLO DE CONFERENCIAS

La Facultad de Ingeniería organizó un ciclo de conferencias vespertinas que se iniciaron el 13 de agosto, y que fueron

de gran interés para las personas entendidas en materias desarrolladas por los conferenciantes. Temas tratados: diagramas para el estudio del trabajo, control de cualidades en la industria, sicología industrial, relaciones humanas, remuneración del trabajo y otros más. Tomaron la palabra el Licenciado Juan López Gómez, consultor de la R. O. Fergusson Associates y el Ingeniero José María Ventosa R. El ciclo de conferencias fue patrocinado por la Escuela de Ingeniería Industrial, el Centro de Productividad, la Agencia para el Desarrollo Internacional (ADI) y la Organización Internacional de Trabajo (OIT).

### EN EL PARANINFO UNIVERSITARIO

El Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de El Salvador —que viene desarrollando activo programa de difusión de la cultura entre el pueblo salvadoreño— organizó un ciclo de conferencias y representaciones teatrales, que se llevó a cabo los miércoles de varias semanas, de las 21 horas en adelante, en el antiguo Paraninfo de la Universidad Nacional, y en el Auditorium de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y que se inició el 21 de agosto. El programa se desarrolló así: miércoles 21 de agosto en el antiguo Paraninfo Universitario, *Ciclos históricos en la evolución humana*, conferencia del doctor Roberto Lara Velado; miércoles 28 de agosto, *Lectura y comentario de cuentos premiados en el Certamen Nacional de Cultura*, comentarios críticos de la doctora Matilde Elena López y del doctor José Enrique Silva, (antiguo Paraninfo); miércoles 4 de septiembre, el Teatro Universitario presentó *El bello indiferente*, monólogo en un acto de Jean Cocteau, y *Pelo de Zanahoria*, comedia de Jules Renard, (auditorium Facultad de Derecho); miércoles 11 de septiembre, *La pena de muerte*, conferencia del doctor José María Méndez, (antiguo Paraninfo); miércoles 18 de septiembre, *Del derecho esclavista al derecho*

*socialista*, conferencia del doctor Mario Salazar Valiente, (antiguo Paraninfo); miércoles 25 de septiembre, *Desarrollo pictórico en El Salvador*, conferencia del pintor Camilo Minero, (antiguo Paraninfo).

### EXPOSICION

En el Instituto Salvadoreño de Turismo se abrió el 15 de agosto de las 20 horas en adelante, la exposición de *Dibujos de la calle*, de los alumnos del Maestro español, Valero Lecha. Cuatrocientos trabajos se exhibieron. Los más destacados expositores fueron los siguientes: Rubén Olivares, René Lima, Miguel A. Polanco, Daniel Orantes, Guillermo Gómez, Andrés Vaquezano, Pedro Arbizú, Carlos Castañeda y Efraín Vásquez. La exposición fue muy visitada.

### EN QUEZALTEPEQUE

Durante la Semana Cultural que se llevó a cabo en la ciudad de Quezaltepeque, se ofreció al público, en la sección del Plan Básico, "José María Peralta Lagos", la exposición de pintura de los alumnos (28 de agosto), de la Academia "Valero Lecha". El acto de inauguración fue muy solemne. Exhibieron sus trabajos Rubén Olivares, Carlos Castañeda, Miguel A. Polanco, René Lima, Pedro Arbizú y otros.

### EN ARTES PLASTICAS

Los alumnos de Artes Plásticas, dependencia de la Dirección General de Bellas Artes, inauguraron exposición de dibujo, pintura, cerámica y escultura, en los últimos días del mes de agosto. Los expositores fueron: Alumnos de los Grupos A y B, de Dibujos de Iniciación. Profesores: Griselda Q. de Peraza y Mario Araujo Rajo. Alumnos libres y oficiales de las Secciones A y B. Profesor: Pedro Acosta García. Alumnos libres y oficiales de las Secciones C y Nocturna. Profesor: Miguel Angel Orellana. Sección 1º, 2º y 3er. año, Paisaje. Profesor: Víctor Manuel Ro-

dríguez. Alumnos libres y oficiales de Cerámica. Profesor César V. Sermeño. Alumnos de la Sección de Escultura. Profesor: Valentín Estrada.

### ANIVERSARIO

El 29 de agosto se celebró con gran solemnidad —como se acostumbra todos los años— el 98º aniversario de la muerte del Capitán General Gerardo Barrios, impulsador del verdadero progreso de su pueblo. Barrios fundó Escuelas Normales y Rurales; fue hombre de mente abierta y de vida consagrada al engrandecimiento y cultura de su patria. Con sentido visionario introdujo el cultivo del café en El Salvador e incrementó el cultivo del grano que tanta riqueza ha dado a nuestro país.

### REPRESENTACION

En el Teatro Nacional ofreció el Elenco Estable de Bellas Artes el 7 de septiembre, de las 20 horas en adelante, la encantadora obra de John van Duten, *Recuerdo a mamá*. La dirección de dicha obra estuvo al cuidado de doña Adelina de Gumero y la escenografía a cargo del pintor salvadoreño Luis Angel Salinas. Numeroso público asistió a la representación.

### JORNADA CULTURAL

Jornada Cultural Literaria desarrolló la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador, bajo la dirección del Decanato de la Facultad y del 5º año del Departamento de Letras. *El Ciclo de D'Annunzio*, incluido en el programa de la Jornada, se desarrolló así: septiembre 6; *D'Annunzio político y guerrero*, plática del licenciado Juan Serrano en el Auditorium de la Facultad, de las 19 horas en adelante; septiembre 9: *D'Annunzio en la poesía lírica*, conferencia del doctor Humberto Tresseraz, en el Auditorium de la Facultad, de las 19 horas en adelante; septiembre 13: *D'Annunzio en la poesía dramática*, conferencia de la licenciada María D'Amico, en el Auditorium de la

Facultad, de las 19 horas en adelante; septiembre 16: *Mesa redonda sobre D'Annunzio*. Participaron en las conversaciones el escritor y profesor salvadoreño don Luis Gallegos Valdés, la doctora Matilde Elena López, el licenciado Alfonso Orantes y los alumnos Fidentino Diez Rodríguez, Antonia Portillo, José Atilio Miranda y Rubén Godofredo Ramírez.

### CENTRO DE ESTUDIOS

El Centro de Estudios Jurídicos, recientemente fundado en esta capital por distinguidos abogados salvadoreños, se propone estudiar problemas jurídicos nacionales, relacionados con la vida política, social y económica del país. Este Centro ya tiene elaborados importantes trabajos que publicará próximamente.

### LA SOCIEDAD CORAL

Celebrando los 13 años de su magnífica labor en nuestro país, la Sociedad Coral Salvadoreña ofreció en el Teatro Darío, el 11 de septiembre, de las 20:30 horas en adelante, la solemne *Misa en do mayor*, Op. 86, de Beethoven. Actuaron como solistas Gladys de Moctezuma y Lillian Quan (las dos sopranos) y Mercedes López y José Santamaría (mezzo-soprano y tenor). El Maestro rumano Ion Cubicec puede sentirse orgulloso de la Sociedad que ha dirigido tan acertadamente durante tantos años, pues la Coral Salvadoreña ha ofrecido a nuestro pueblo, desde que él la dirige, además de aplaudidas temporadas de ópera, las *Misas de réquiem* de Verdi y de Mozart, *La creación* y *Las cuatro estaciones* de Haydn, la *Novena Sinfonía de Beethoven*, que en la América Latina sólo se ha cantado en México, Argentina y El Salvador. Ya tenemos, en este país, pequeño conocimiento de lo que son las bellas canciones del mundo —gracias al Maestro Cubicec— y ya se ha establecido una verdadera tradición, en la Pascua de Navidad, al cantar villancicos en las calles de las ciudades de la República. El estreno de la *Misa en do*

mayor, de Beethoven, fue un gran triunfo de la Coral Salvadoreña.

### CHARLAS CULTURALES

En el antiguo Paraninfo de la Universidad de El Salvador, críticos literarios se ocuparon de los libros de cuentos premiados en el último Certamen Nacional de Cultura: *Azul cuarenta*, de la escritora guatemalteca Blanca Luz de Rodríguez; *Cuentos de Hoy y de Mañana*, de Waldo Chávez Velasco; *Cuentos breves y maravillosos*, de Alvaro Menéndez Leal; *Tres mujeres al cuadrado*, de José María Méndez. La lectura de dos cuentos de José María Méndez agradó mucho al público oyente.

### SEMINARIO

El Seminario de Historia Contemporánea de Centro América, organizado por la Universidad de El Salvador, se abrió solemnemente en el Auditorium de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales el 15 de septiembre, con programa elaborado especialmente para el acto de inauguración. Intervino en la parte final del programa la Orquesta Sinfónica de El Salvador, bajo la batuta del Maestro Esteban Servellón. Participaron en el Seminario destacados profesionales, como el doctor Mariano Fiallos Gil, Rector de la Universidad Nacional de Nicaragua, doctor David Alejandro Luna, doctor José María Méndez, doctor Mario Salazar Valiente y doctor Rafael Menjivar.

### NUEVA BIBLIOTECA

La biblioteca de la Escuela Urbana Mixta *Las Moras*, perteneciente al Cantón del mismo nombre en el Departamento de La Libertad, se bautizó con este nombre: *Biblioteca Mercedes Durand*, rindiendo así homenaje a la poetisa salvadoreña que ha obtenido señalados triunfos con sus libros de honda emoción lírica, y que es

muy conocida en Centro América y México. Mercedes Durand trabaja activamente en el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de El Salvador, entregando periódicamente al pueblo interesantes y necesarios programas de cultura, y promoviendo en la misma Universidad actos que amplían el conocimiento de nuestros valores intelectuales y nos ponen en contacto con escritores, artistas y poetas, tanto nacionales como extranjeros.

### ANIVERSARIO

El 15 de septiembre se conmemoró con gran solemnidad el 142 aniversario de nuestra Independencia. Funcionarios de gobierno, profesores y alumnos de todas las escuelas de la República participaron en las celebraciones conmemorativas. La Semana Cívica, organizada por centros docentes para recordar la fecha gloriosa, culminó el día 15 con actos patrióticos de la *Escuela Normal España*, frente a un altar con las figuras de los Próceres salvadoreños. Los desfiles escolares fueron muy admirados por el pueblo. "Cultura" rinde homenaje a los Padres de la Patria, deseando que sus lectores centroamericanos mantengan siempre vivo el ideal de la Unión de Centro América.

### PRESENTACIONES COREOGRAFICAS

La *Sociedad Amigos de la danza* organizó dos presentaciones coreográficas, que se llevaron a cabo el 19 y 26 de septiembre, en el Teatro Nacional de Bellas Artes. Bajo el título de *Festival de Ballet* se ofreció al público el siguiente programa: en la noche del día 19, la Academia *Ballet Studio*, que dirige la señorita Alcira Alonso, presentó *Sueño del pastor*, *Fantasia del ballet infantil* y *Capricho español*, alcanzando triunfo completo; en la noche del día 26, como aporte de la Dirección General de Bellas Artes, el Ballet Infantil ofreció la *Boutique fantastique*, de Ros-

sini, y el Elenco Estable de Ballet, que depende de la misma Dirección General, y que está bajo la enseñanza y el cuidado del señor Sergio Unger, presentó *Las Sinfides*, de Chopin, contando como artistas invitados a Víctor Oliva y a la primera

bailarina mexicana Alcira Pineda. El avance de los artistas salvadoreños dedicados al ballet se hace notar entre los entendidos de la materia, gracias a la acertada dirección de Alcira Alonso y Sergio Unger.

# TINTA FRESCA

VIENTO NEGRO. César Brañas. Colección "Caballito de Mar", Nº 17. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

*Viento Negro*, del poeta y escritor guatemalteco César Brañas, se nos ofrece nítidamente recogido en un cuadernillo de la colección "Caballito de Mar", tan celebrada por los lectores de las publicaciones del Ministerio de Educación de El Salvador. Este poema ya puede considerarse como *clásico* en la literatura centroamericana. Escrito en 1938, cuando murió el padre de Brañas, desde que apareció por primera vez fue elogiado por la vehemente profundidad del dolor que expresa, en forma singular. *Elegía bien llorada y bien expuesta* podemos llamar a este canto de adiós y de recuerdo.

"El viento lóbrego de bendidas garras  
Temblando viene de comarcas  
[misteriosas.

El viento lóbrego de ateridas flácidas  
De perro humillado y ululante"<sup>[carnes</sup>

\* \* \*

"Isla intacta —equilibrio intemporal,  
[dichoso aplomo—  
Una onda de lágrimas,  
Una espuma de plegaria,  
Una berida ráfaga de sollozo  
Acuden a tus costas, nimban tu  
[contorno."

\* \* \*

"Estás vigilante e inadvertido, con  
[pausa de dominio imperceptible,  
Junto a lo que escribo, detrás de lo que  
[sueño"

\* \* \*

"Yo no quiero sino mi luto,  
El negro viento que me esculpe,  
Las frías manos de mi tristeza,

*Los desnudos huesos de mi silencio,  
Las lagunas ensimismadas de mi llanto,  
La estepa lunar de mi pensamiento,  
El rumor obstinado de la lluvia que cae*  
[en cavernas malditas,  
El gotear pavorido de la noche en los  
[pozos del mundo."

La Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación de nuestro país se complace en dar a conocer los mejores poetas de Centro América al mundo de habla hispana. César Brañas tiene, entre ellos, puesto de honor. Nació este poeta en Antigua Guatemala en el año 1900. Escribe además de poesía, ensayos, novela y crítica literaria. Forma parte desde hace muchos años del grupo de redactores de *El Imparcial*, conocido periódico guatemalteco. Sus obras publicadas son: *Sor Candelaria*; *Alba emérita*; *La finca*; *Itinerario de Ramón Aceña Durán*; *Figuras en la arena*; *Viento negro*; *El lecho de Procusto*; *Rafael Arévalo Martínez en su tiempo y en su poesía*; *Inquilinos*; *Jardín murado*; *Raíz desnuda*; *José Rodríguez Cerna o el esplendor de la crónica literaria*; *El niño ciego*.

A. GUERRA TRIGUEROS. *Poema Póstumo*. Colección Poesía, Volumen 18. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

Este libro, escrito hace muchos años, fue ordenado, corregido y aumentado por un hombre que esperaba la muerte refugiado en su fe de verdadero cristiano, aprovechando los momentos que le proporcionaban algún descanso de dolor y agotamiento, producidos por larga enfermedad. Por eso el libro comienza con estos versos:

"...Este es un poema...  
(o una prosa, quizá).  
Este es un poema  
póstumo.

*Sí, señor: póstumo.  
Irremediablemente póstumo."*

\* \* \*

"Para que lo lea  
Yo,  
heredero de mí mismo;  
Yo,  
mi propio hijo;  
Yo,  
a quien no conozco."

\* \* \*

*¡Pobre Dios!  
¡Pobre, infinito Hombre-Póstumo!  
Pobre Hombre que nació un día,  
en un cósmico alarido de dolor,  
como todos los hombres.  
Que vivió, en un sollozo inmenso,  
como todos los hombres,  
un día.  
Y que también un día,  
dándose cuenta,  
como todos los hombres,  
un día  
formidablemente  
murió."*

\* \* \*

Tenemos aquí, en estos fragmentos de poema, al Guerra Trigueros que sentía la angustia de estar vivo hasta en su sueño, y para quien la muerte significaba una liberación. Recordamos en cada página al limpio Alberto, ardiente como una llama, que "*padecía hasta el domingo, porque lo creía viernes*", como dijo de él Claudia Lars.

Notables enlaces hay entre esta obra y otra del mismo autor, escrita muchos años atrás: *El surtidor de estrellas*, aunque la primera es volumen más grande y formal, y representa el goce lírico de un hombre saludable, en la plenitud de su poder creativo. Hay en *Poema Póstumo* un romance magnífico, titulado *Seudo-romance del poeta menos*.

"...Yo soy un Gran Poeta menos  
que iba a ser un poeta más."

\* \* \*

"Yo soy un burgués que hizo versos  
para engañar su soledad  
(y un burgués no tiene derecho  
a pensar, sentir ni llorar)."

\* \* \*

"Sí, yo soy un poeta menos  
entre los poetas de más:  
un "genio" que paró en un necio  
de perfecta inutilidad;  
uno que se quedó en proyecto  
—como toda la humanidad—,  
que no pasó de ser boceto  
amasado en niebla fugaz..."

De la última poesía de Alberto Guerra Trigueros se ha dicho lo siguiente: "La idea de la destrucción y de la muerte, y más extensamente, la idea de la enigmática vital, entrelazándose armoniosamente, dan a la obra el carácter de verdadera obra póstuma, al grado que el volumen bien pudo el autor no designarlo como poema póstumo, sino más bien como poema para después de mi muerte."

Sin embargo el libro contiene —en la sección dedicada a su esposa— sencillos y suaves poemas, que son vida de amor y devoción, como aquel que dice:

"Dulce prosa de mi vida diaria,  
becha verso por tu diaria vida:  
frasco pobre, al que una esencia ida  
nimba con un aura legendaria.

"Lo que importa es Dios, no la plegaria;  
es el sacrificio, no la berida.  
Y, contigo, mi mediocre vida  
ha sido una vida extraordinaria.

"No es la vida lo que al fin importa,  
policroma o gris, o larga o corta,  
sino quién la vive, en qué la invierte.

"No hay vida vulgar. Y toda vida  
queda iluminada, ennoblecida,  
por la perspectiva de la muerte."

Alberto Guerra Trigueros nació en Rivas, Nicaragua, 1899, de padre nicaragüense y madre salvadoreña. Su obra literaria quedó incorporada a las letras de El Salvador. Libros publicados: *Silencio*, poesía, 1920; *El surtidor de estrellas*, poesía, 1929; *Poesía versus Arte*, notable conferencia, 1942; *El libro, el hombre y la cultura*, conferencia, 1948; *Minuto de silencio*, pequeñas prosas, 1951.

ANTOLOGÍA. Azarias H. Pallais. Colección Poesía, N° 19. Primera Edición. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

Leer los poemas del Padre Pallais —ese cristiano nicaragüense y belga, que padecía *hambre y sed de justicia* y cantaba la belleza del mundo como un juglar de la Edad Media— es entrar en límpidos paisajes con deleite estremecido, y conocer el alma de un hombre-sacerdote, iluminada por el Espíritu Santo.

Dice Ernesto Cardenal en el Ensayo Preliminar a la *Nueva Poesía Nicaragüense*, refiriéndose a este poeta singularísimo: "Toda la poesía de Pallais está llena de infancia; poesía de inocencia, de temores y de una intacta pureza."

Místico verdadero, sin dejar de ser verdadero revolucionario, por los caminos andaba el cura de sotana verdinegra, con el verso en la boca y la oración en las pupilas, escandalizando a los fariseos y regocijando a los auténticos hijos de Dios:

"Sor Eulogia lleva bien su nombre, por  
doquiera que pasa va Nuestro Señor.

"Con ella, bendice todo lo que mira,  
ya sea verdad, ya sea mentira.

"Derecha e izquierda, sin mirar a quien,  
sus ojos humildes siempre hacen el  
[bien.

"Sor Eulogia, lega, como es la portera,  
salva a los de adentro, salva a los de  
[afuera."

\* \* \*

"Ser lega sufrida. En la última hora  
querrá ser portera Madre Superiora."

El modernismo del Padre Pallais se burla de la significativa palabra, tan llevada y traída por escritores de aquí y de allá... Es candoroso, limpio, sin falsedad ninguna. Está en su propio tiempo y en su propia escuela con naturalidad muy suya, pero se abraza estrechamente con los primitivos de Flandes y con todos los humildes de su tierra natal. En uno de sus poemas dice así:

"Una sola palabra diga Dios, una sola,  
y entonces, esta inmensa, desmesurada  
[ola,  
que ahora es una boca siete veces  
[compleja,  
vendrá a lamer tus pies, como una  
[mansa oveja."

Y en *La fiesta de los pintores*, lleno de vívida seguridad, escribe:

"La paleta del mar, viéndolo bien,  
[encierra,  
si eres pintor, los mismos colores de la  
[tierra."

"Cada color se viste, siete veces al día,  
con la misma inocencia, con la misma  
[alegría."

Y describiendo los colores marinos y terrestres, nos sorprende por su gracia y originalidad:

"es el verde solemne del pulpo  
[cavernario,  
ocho veces seguidas, Carlos el  
[Temerario.  
;Carlos el Temerario, dulce niño  
[inocente,

delante de estos Carlos de la moderna  
[gente."

\* \* \*

"También el tiburón que siete veces  
[traga  
viste color de pulpo, color de  
[verdolaga."

\* \* \*

... "de nuestra Hermana Luz, Sor Clara,  
[Sor Clarisa,  
que viene, en todas partes, celebrando  
[su misa.  
La dorada Gioconda tan bien iluminada  
que parece una luz, en colores pintada."

Cuando habla con Rubén Darío, en un pequeño poema dedicado al gran nicaragüense, es realmente interesante:

"Juan Ruiz, bebedor de vino  
y el perfumado Ronsard  
y los cuentos del camino  
y las coplas del juglar."

"La voz de Verlaine oída  
en la celda de Fray Luis  
y de nuevo repetida,  
en las fiestas de París."

"Eres oidor, de Real  
super-Audiencia, Rubén,  
oyes con espiritual  
fervor y dices Amén,

"a las voces bien oídas,  
y baja tu voz y sube,  
y sólo ramas floridas  
y pájaro y flor y nube,

"ciervo, estrella, rosa, fuente,  
toda cosa, es cuento d'badas,  
donde silenciosamente,  
se oyen voces encantadas."

Mas como el Padrecito no desea que lo llamen poeta modernista, porque tal calificación lo limita, lo sofoca, lo enfada, explica así su poesía:

"El canto es siempre el mismo, diversa  
 [la manera:  
 el uno dice Invierno, el otro  
 [Primavera.  
 ¡Invierno y Primavera, bendecid al  
 [Señor!  
 Con voz de procelarias y voz de  
 [ruiseñor."

\* \* \*

"Cantan las avecillas al mismo diapasón,  
 diciendo: Kirie, Kirie, Christe,  
 [Christe-eleisión.

"Huyendo de los hombres, yo voy por  
 [los caminos,  
 poniendo nueve Kiries en mis  
 [alejandrinos."

Azarías H. Pallais nació en León, Nicaragua, en 1886. Murió en su país natal el 7 de septiembre de 1954. Sus obras publicadas son: *A la sombra del agua*, 1917; *Espumas y estrellas*, 1918; *Caminos*, 1921; *El libro de las palabras evangelizadas*, 1927; *Bello tono menor*, 1928; *Epístola católica a Rafael Arévalo Martínez*, 1947; *Piratería*, 1951.

La Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación de El Salvador desea recordar a los lectores de los libros que edita, algo que no deben olvidar los centroamericanos: que el Padre Azarías H. Pallais es uno de los mejores poetas de Centro América. Para que esto no se olvide se imprimió la *Antología* que comentamos, rindiendo homenaje al "sacerdote-juglar" que vivió en Nicaragua, *pero también en una ciudad de ensueño*, y que fue en toda su vida, como nos cuenta Cardenal, en "enemigo de los Códigos, de los periódicos, de los gobiernos"... "Arcipreste de Hita y San Francisco de Asís al mismo tiempo"... Poeta encantador, que firmaba pintorescamente todo lo que escribía de esta manera:

*Azarías H. Pallais. Vive en Brujas de Flandes* (su ciudad nunca olvidada, de-

cimos nosotros, convertida en símbolo de retiro, de meditación) y no pertenece ¡gracias a Dios! a la Asociación de Escritores y Artistas Americanos.

ENSAYO SOBRE EL DESTINO. Alberto Masferrer. Biblioteca Popular. Volumen 38. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador. El Salvador. C. A.

Algunos libros de don Alberto Masferrer, como *Las siete cuerdas de la lira*, *Helios*, *Estudios y figuraciones sobre la vida de Jesús*, y *Ensayo sobre el destino*, nos prueban que este maestro y escritor salvadoreño era un hombre profundamente religioso, aunque no pertenecía a iglesia determinada. Llena tenía el alma de religiosa reverencia ante el milagro de la vida; llena de hondo y puro misticismo. Sus guías espirituales fueron sabios escritores del oriente del mundo —algunos de los cuales escribieron sin dar a conocer a la humanidad sus antiguos nombres— y en el mundo occidental admiró y estudió las obras de Tolstoi, Carlyle y Henry George. Parece que conoció a fondo la filosofía de los vedantinos de la India, pues la luz de esa filosofía aparece aquí y allá en sus libros, aunque muy discretamente. La mayor parte de las obras de Masferrer trata de problemas sociales de El Salvador. Esas obras pueden llamarse *civilizadoras*. ¡Pan y luz!... clamaba don Alberto con voz anérgica. Para él, la ignorancia de la gente que lo rodeaba, la pobreza que en todo el país le salía al encuentro, la explotación a la que veía sometidos a ignorantes y miserables, eran más importantes —mucho más importantes— que los deleites del intelectual y los triunfos del artista. Enseñó todo lo bueno que sabía, porque era necesario enseñarlo; escribió, porque tenía que entregar un mensaje que no podía dejar para después. Y si con limpieza de alma y generosidad de co-

razón escribió sus programas civilizados y la doctrina social que recogió bajo este nombre: *Minimun Vital*, es lógico pensar que también los libros que contienen sus creencias religiosas fueron escritos de la misma manera. Masferrer no pretendía catequizar a nadie, pues proclamaba que la libertad de pensar es una de las más grandes conquistas de la humanidad, pero como el camino de su propia vida fue iluminado por el pensamiento de algunos grandes hombres, deseaba que aquellos que podían comprender sus ideas religiosas, porque estaban preparados para comprenderlas, recogieran su mensaje más íntimo, el que brotaba de su más secreto conocimiento. Por eso en su *Ensayo sobre el destino* nos deja la profunda verdad que encontró después de muchos años de búsquedas, preguntas y meditaciones:

“Uno de los aspectos o maneras de actuar de la Voluntad Divina es esta *Ley de Causalidad*, según la cual todo pensamiento, emoción, palabra, deseo, aspiración o movimiento, cuanto se pueda concebir como existente en la infinitud de los mundos, desde la nebulosa hasta el infusorio, produce, ineludiblemente, un efecto que es semejante a la causa generadora, o como se expresa el lenguaje bíblico: “está hecho a su imagen y semejanza.” Esta correspondencia o relación perenne, íntima y necesaria, entre la causa y el efecto, se llama en el Plano de la Responsabilidad, *Justicia*.” “Esta es ley para el hombre y el ángel; para demonios y serafines; para todas las innumerables criaturas que en innumerables formas pueblan el Universo. Y de tal manera es universal y absoluta esta Ley, que no puede concebirse una sola limitación, ni en el tiempo ni en el espacio.” “*Justicia... Destino...* La misma Ley, expresada con palabras diversas: *Justicia*, en cuanto rige todas las formas de la vida, en la esfera total del cosmos; *Destino*, en cuanto se cumple, de peculiar manera, en el plano de mi existencia personal,

siguiendo un dinamismo sujeto a mi propio querer, con sujeción tan íntegra, esencial y perenne, que puedo decir, dentro de la verdad más irrestricta: *mi destino soy yo.*” “No se cogen uvas de los espinos, afirma el Evangelio; es decir, no puede ninguna criatura dar otros frutos que aquellos propios suyos.”

El libro que comentamos desarrolla un tema difícil, enfocado desde las creencias religiosas de su autor. *Firme y persuasivamente* don Alberto nos asegura que vida y muerte se abrazan como dos hermanas gemelas, y que nosotros pasamos de los brazos de la una al regazo de la otra, mil veces y mil... “Concebimos la Creación como una sinfonía total —escribe— cuyo mantenimiento exige que toda disonancia sea corregida por la ascensión o descenso del ser que la ocasiona, hasta situarse éste en el lugar o plano de existencia y en la forma que armonice con su ritmo interior.” “En suma, el Destino, cuyas apariencias de arbitrariedad, ceguera y fatalidad han desconcertado siempre a los hombres a tal grado que han sentido sus días y sus horas angustiadas por el perenne amago de una flecha disparada en la sombra por la mano de un loco, no es sino una fuerza que nosotros mismos creamos; que ya creada, reacciona contra nosotros mismos; pero que, una vez que reaccionó, se extingue si no le añadimos nuevas energías que le den persistencia.”

Alberto Masferrer nació el 24 de julio de 1868, en Alegría, Departamento de Usulután, El Salvador. Murió en esta capital centroamericana el 4 de septiembre de 1932. Maestro, escritor y periodista de ferviente entrega espiritual, fue entre nosotros *un ala contra el huracán*, como dice Rafael Antonio Tercero en su libro sobre la vida y la obra de este hombre ejemplar.

HELIOS. Alberto Masferrer. Biblioteca Popular N° 39. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicación.

ciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

*Helios* es —según nuestra manera de pensar— el más bello libro de Masferrer. Poema en prosa de profunda religiosidad, tanto frente al universo conocido por nuestros sentidos y registrado por nuestra conciencia, como frente al adivinado camino de la evolución espiritual del hombre y las nieblas que rodean el gran misterio de la vida.

“A ti, que llegarás, Yo, que sólo pude vislumbrar”... dice don Alberto en la primera página de *Helios*, y después de hablarnos del afán humano de consumir o rechazar creencias, olvidando la sencilla fe de las almas simples y puras, escribe estas hermosas líneas:

“Hay una Causa Suprema —*Lo Absoluto*— a Quien, a cada instante, con loca irreverencia, nombramos o invocamos llamándole Dios.” “Este Dios, *Lo Absoluto*, *Lo Inefable*, lo que nunca deberíamos nombrar sino de rodillas y purificados, anda en nuestra boca para todo: hasta para fortificar nuestras mentiras; hasta para dar crédito a nuestros fraudes; hasta para conquistar una miserable sonrisa de aprobación”...

Con la fuerza convincente que es tan suya, Masferrer nos dice que la idea de *Lo Absoluto* no puede ser recogida en la limitada mente del hombre, pues *Lo Absoluto* no será nunca definido, ni siquiera con el idioma de los astros. Sin embargo, nos asegura que la *Causa Suprema* se manifiesta en *Substancia*, *Espíritu* y *Ley*, y que esos tres aspectos de su manifestación son los *Testigos del Altísimo*, en el universo manifestado. Con sabiduría intuitiva nos explica que hay que adorar a Dios sin templos ni ritos organizados, pues su Poder, Belleza, Bondad y Verdad están siempre cerca de nosotros. *Al Padre nadie lo vio jamás*, escribe recordando las palabras de Jesús. Mas sabiendo profundamente que por medio de *Sus Testigos* el corazón del hombre puede encontrarle, añade:

“Si hay en mí humildad, visión y unión, puedo prosternarme ante una mariposa, orar ante la tempestad, pedirle socorro a la nieve que yace perenne en la cima del monte, y entonar un himno de reverencia ante el cedro del bosque o ante el microscópico arbolillo del musgo. Si hay en mí humildad, intuición, ingenuidad, yo sé que en tales cosas estoy hablando con *El*, y que *El* me ve y me oye; aún más, que es *El* quien ha suscitado mi palabra, inspirado mi cántico, y movido a que se le suplique, confiado e insistente, como un niño a su madre.”

Y el místico escritor salvadoreño declara, con inmensa fe, que ningún *Testigo del Señor* es tan perfecto espejo del *Eterno Padre* como *Helios*, es decir como nuestro Sol...

“Me encierro humildemente, en la mínima esfera de la influencia del Sol —escribe—. ¿Qué pasa más allá, en el reino de lo invisible?... No sé; no necesito saberlo. Ahí, en esa esfera, que es para mí inmensa, aunque mínima en relación con el grandor del universo, hay espacio de sobra para el infierno y para el cielo; para caer y redimirse; para morir y renacer; para cumplir los más altos deberes y los más altos destinos que han soñado los hombres.”

Y afirma más adelante, como si perteneciera todavía a antiguos pueblos que adoraban al Sol:

“Pero *Helios*, sí: es mi padre; está ahí, le veo a cada instante; le siento a cada instante; me alumbró, me calentó, me da vida, me guía, me acaricia. Si no puedo alcanzarle, puedo comprenderle; si no puedo igualarle, puedo imitarle.” “Veó que *El se da*, y yo, en vez de codiciar y atesorar, *me doy*, hasta donde lo permiten mis limitaciones corporales. Veó que *El todo* lo alumbró y lo esclarece, y yo, para ser perfecto como *El*, doy mi luz y hago de mi vida, de mi palabra, de mi pensamiento, un fanal. Veó que *El* es constante y rítmico; que recorre siempre su órbita, llevando a todas partes la vida, y entonces

yo, ordeno mi trabajo, le trazo una órbita, hago del orden una suprema virtud, de la constancia una virtud suprema, y me doy como *El*, constantemente, rítmicamente, esparciendo la pequeña vida que hay en mí. Veo que *El* es puro; que todo se acrisola bajo su influencia, y entonces yo me esfuerzo para no mentir, para no ensuciar mi cuerpo, ni mi alma, ni mi pensamiento." "De adentro ha de venir la adoración y en obras ha de cristalizarse. Sólo el que *vive sus pensamientos* adora plenamente; sólo el que *realiza su ideal* es de verdad creyente; sólo el que *hace la voluntad del Padre*, es su hijo. . . "Así, ¡guárdate! . . . pues cuando los hombres comprendan que tu luz es plena y verdadera, que no es sólo frase sino vida, te crucificarán. . . Siempre que alguno se atrevió a realizar la luz, a ser perfecto, los hombres le crucificaron". . . "Y entonces los hombres, los que miran al pie de la cruz, dirán asombrados: ¡En verdad, éste era hijo de Dios!" . . .

Libro que enseña sencillamente, porque ha brotado de una verdad vivida en pensamiento, palabra y acción. Libro que ya no busca el conocimiento, sino que lo posee plenamente; libro diáfano y revelador, como el alma misma de Masferrer.

**LA FIEBRE DE LOS PARPADOS.**  
*Mauricio de la Selva.* Ecuador 0°0'0".  
 México, Febrero 1963.

Tarde nos llega este volumen de un poeta salvadoreño residente en México, y por eso hasta hoy lo comentamos. Leímos su poesía de años atrás —todavía espontáneamente juvenil— y ya entonces lo señalamos como un muchacho que se adueñaba del idioma sin vacilaciones, y que se expresaba con emoción y seguridad:

*"Nada había en el aire, nada había,  
 nada en la rueda inmensa de la tierra,*

*nada en la voz de sal que el mar  
 [encierra,  
 nada en la luz de amor que el sol envía.*

*"Nada había, mujer, nada existía,  
 y sin embargo vino de la sierra,  
 del pájaro, del muerto, del que entierra,  
 de todos y de todo, la alegría.*

*"Nada había hasta ayer, pero has venido,  
 un diciembre con nubes de colores  
 llenado el gris vacío del olvido.*

*"Nada había y al fin con tu llegada  
 nació la tierra, el aire y los rumores  
 del mar y el sol que estaban en la nada."*

Soneto de *joven amor* es el que reproducimos; de *voz joven* prometiendo cantos más hondos y trascendentales. Después fueron brotando esos cantos, con la encendida fuerza del que nació para ser poeta.

Ahora recibimos su última obra lírica, impresa en fino cuaderno de verdes pastas, con ilustraciones de Rodríguez. En la primera parte de ella hay denuncia de tragedias e injusticias y, hasta cierto punto, una ideología de combate o por lo menos de protesta, las dos vestidas de adornos líricos. Si sólo de esa parte se compusiera "*La fiebre de los párpados*", se podría olvidar el libro entre otros parecidos, que aunque recogen con acierto realidades crueles, se repiten demasiado para sorprendernos con sus temas o sus fórmulas de expresión. Pero —gracias a Dios— Mauricio de la Selva lleva en sus venas sangre de verdaderos poetas; de gente con excelente buen gusto y gran conocimiento de la mejor literatura. *Silencio inicial* abre una serie de hermosísimos poemas íntimos, que podrían aparecer en las mejores antologías de nuestra América. Versos que se entregan como tallos de sangre, entre nieblas de medio sueño:

*"Inauguro contigo un olvidado canto,  
 lo resucito, inauguro  
 los verbos callados por fríos seculares,*

*inauguro un dubitante júbilo  
ya inaugurado  
y muerto por los truenos.”...*

Esto pertenece a la poesía que será nueva siempre, porque brota del corazón del hombre, asombrado ante su propio misterio. En el poema *Noche* los versos adquieren cualidades plásticas:

*“El silencio, cuando la noche crece  
tensa como un arco,  
cuando el ladrido nocturno  
nos dibuja al perro lastimero,  
suelta desde el frío  
pájaros luctuosos de afilada obsidiana,  
penetra con sus delgados labios  
hasta el rincón  
donde nacen temblando las palabras  
y silba incontenible sobre el canto.”...*

Luego en *Contrapunto*, tiene aciertos de expresión que cautivan:

*“La soledad  
no invade este contorno del viento  
victorioso de polen.”...*

\* \* \*

*“Mi vida entonces frutezca entre tus  
[manos  
si no estrujas con amor este universo.”...*

\* \* \*

*“Eres pálida y total cautivada del  
[miedo.”*

\* \* \*

Por momentos, a pesar de su muy actual manera de escribir, nos hace recordar poemas antiguos, no como copiar o imitador de ellos, sino como el que ofrece algo del ayer en nueva fórmula:

*“Vino tu nombre y como buen vino  
me cubrió de excelentes embriagueces.”*

En resumen, *La fiebre de los párpados* viene a enriquecer la literatura salvado-

reña. Gracias a este libro Mauricio de la Selva ha de ser tomado en cuenta, aun por estrictos grupos de escritores.

Nació el poeta en Soyapango, El Salvador, en 1930. Las obras que de él conocemos son las siguientes: *La palabra*, México, 1955; *Poemas para decir a distancia*, plaquette, 1958. Otras, publicadas en México, no han llegado a nuestras manos.

#### DIVULGACION DE “PACEM IN TERRIS”.

Las autoridades eclesiásticas de El Salvador están divulgando ampliamente la Encíclica Papal *Pacem In Terris*. Monseñor Luis Chávez y González —Arzobispo de San Salvador— se empeña en que toda la cristiandad salvadoreña conozca la verdad social que encierra el extraordinario mensaje de Juan XXIII. Dicha verdad puede resumirse sencilla pero profundamente, así: “el hombre, en cuanto a imagen de Dios, es raíz y fin de la sociabilidad humana”, y, “cada uno de los seres humanos es y debe ser el fundamento, el fin y el sujeto de todas las instituciones en las que se expresa y actúa la vida social.” Numerosos folletos con la Encíclica Papal se imprimieron hace poco, bajo la dirección del Secretario Interdiocesano en San Salvador, y se reparten gratuitamente, especialmente entre los católicos.

#### VOLUMENES CHINOS

La Embajada de la República de China en esta capital donó 40 volúmenes a nuestra Biblioteca Nacional, titulados *Hwang Ching Zing Chich*. El magnífico regalo se hizo en la residencia del Embajador chino en San Salvador, en ceremonia especial. Estuvieron presentes en la fiesta de entrega, el Director de la Biblioteca y el Secretario de la misma, así como funcionarios de Rela-

ciones Exteriores y otras personas. Las obras obsequiadas son muy importantes, y se han catalogado de esta manera: *Libros de los cambios; Las odas; El libro de la historia; El libro de los ritos; Los anales de la primavera y el otoño; Los ritos de la dinastía Chou; El libro del ritual; El libro de la piedad filial; Las Analectas de Confucio; Las obras de Mencius; El diccionario de terminología; Los comentarios de King Yang; Los comentarios de Ku-liang.* Conocidos estos libros en China como *los 13 clásicos*, han venido a enriquecer notablemente la Biblioteca Nacional de El Salvador.

**EL ALCOHOLISMO EN EL SALVADOR.** Problema Médico Social. Tesis presentada a la opción del título de Trabajador Social por Olinda Díaz Montiel, José Tomás Mendoza, Encarnación Alvarenga, Romeo Palomares Pineda. Ministerio de Educación. Escuela de Servicio Social de El Salvador. Impreso en los talleres de la Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

El prólogo de este libro dice así:

"El alcoholismo como enfermedad, ha sido tratado por varios autores, algunos de cuyos trabajos hemos tenido la oportunidad de consultar, pero no así desde el punto de vista médico-social, motivo por el cual decidimos tomar ese doble aspecto del problema como tema para nuestra tesis de graduación.

"Este trabajo comprende una parte "informativa", en la cual se recogen los datos obtenidos en tesis, libros, folletos, etc., que tratan sobre el tema, así como entrevistas con médicos, psiquiatras, sicólogos, trabajadores sociales y otras personas que conocen el problema, y cuya aportación ha sido muy valiosa para preparar nuestro estudio; y otra parte "práctica", en la cual apare-

cen los resultados de una investigación que realizamos entre 150 alcohólicos que voluntariamente y en forma consciente, aportaron los antecedentes individuales y familiares, datos valiosos que nos sirvieron para preparar los cuadros estadísticos, hacer los análisis respectivos, obtener las conclusiones y dar nuestras recomendaciones para la prevención y tratamiento del alcoholismo en El Salvador.

"Consideramos conveniente hacer mención especial del Dr. Daniel Camus Gurdíán, eminente médico chileno, cuyo libro *El Alcoholismo Problema Médico Social*, nos ha servido de inspiración y el cual citamos con frecuencia durante el desarrollo de este trabajo y de donde tomamos la denominación "problema médico-social", por considerar que ésta es la que más acertadamente califica el problema que trataremos.

"Es nuestro deseo de que este trabajo, por la forma sencilla en que ha sido expuesto, invite a la lectura y despierte el interés de las autoridades e instituciones llamadas a proteger nuestros valores humanos: salud, trabajo, educación, familia, etc., y aborden de una vez y por todas el problema del alcoholismo en El Salvador, en la forma que éste se merece."

#### **EL DESEMPLEO EN EL SALVADOR.**

Tesis presentada a la opción del título de Trabajador Social, por Irma Aracely de la O, Morena Marta Osorio y Blanca Jaimes de Cea Baracat. Ministerio de Educación. Escuela de Servicio Social de El Salvador. Impreso en los talleres de la Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, 1963.

En parte de la introducción a este interesante trabajo literario, se lee lo siguiente:

"Siendo el desempleo uno de los problemas más graves que afecta a los paí-

ses insuficientemente desarrollados como el nuestro, y a la vez causa de la mayoría de los problemas sociales con los cuales tiene que luchar constantemente el Trabajador Social en el desempeño de su profesión, hemos creído de interés estudiar sus causas, consecuencias y recomendaciones para su tratamiento". Y más adelante hay esta explicación:

... "el trabajo se ha dividido en dos partes: una, en la cual se ha sintetizado la información que se ha obtenido en libros, informes y folletos que han sido publicados por varios autores o por diversos organismos nacionales e internacionales. Esta parte que podríamos llamar teórica, incluye el concepto sobre el desempleo, división, estado actual del problema en diversos países y en especial en El Salvador, las consecuencias de tipo general y particular y las medidas recomendadas para su tratamiento tanto de carácter internacional como nacional, ya sea para países desarrollados, menos desarrollados o insuficientemente desarrollados.

"En la segunda parte que llamaremos práctica, están contenidos los resultados de una investigación realizada entre 60 trabajadores desempleados y 100 empresas localizadas en la ciudad de San Salvador y alrededores. Esta parte, además de contener datos estadísticos sobre diversos aspectos en torno del problema, contiene una serie de conclusiones, así como recomendaciones propuestas para su tratamiento.

"Con este trabajo no se pretende dar una solución total y permanente al problema del desempleo en El Salvador, pero sí, existe de parte de sus autores un deseo manifiesto para colaborar en reducir al mínimo el problema del desempleo y sus consecuencias".

Libro interesante y necesario es el recientemente publicado, que servirá para estudios serios sobre personas desocupadas, ayudando a encontrar los medios convenientes para organizar labores de toda clase entre la gente trabajadora,

así como para resolver muchos problemas de la misma clase.

GUION LITERARIO N° 91. Año VIII. Julio 1963. Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, C. A.

Este cuaderno mensual de crítica literaria e información interesante nos ofrece en este número *Tres mujeres al cuadrado*, por Alfonso Orantes; *Noticiero Cultural*; *El Salvador se ofrenda en libros*, por León Aguilera; *Libros y revistas*; *La Academia Española Trabaja*, por Julio Casares; *Brújula para el lector*.

GRUPOS MARGINALES EN EL SALVADOR. Su Prevención, Rehabilitación y Erradicación. Tesis presentada previa a la opción de título de trabajador Social, por María Dolores de Acevedo, Leonor Isabel Gutiérrez de Menjívar, Gladys del Carmen Barrera, María Hortensia Rodas, Carlota Isabel Salazar. Ministerio de Educación. Escuela de Servicio Social. Impreso en los talleres de la Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

La introducción a esta Tesis dice así:

#### *Planteamiento*

Como consecuencia de la industrialización de las ciudades, gran número de personas abandonaron las antiguas artesanías o las labores agrícolas para incorporarse a la naciente gran industria.

Al principio las fábricas absorbieron la mano de obra disponible, formada por personas que encontraron en ese sistema de trabajo en gran escala, una solución a sus problemas económicos, lo cual sirvió de atractivo para que un grupo cada vez mayor de familias, principalmente del medio rural, emigraran

a las ciudades en busca de oportunidades de trabajo.

A fines del siglo XVIII en el continente europeo, se inició la revolución industrial, con la introducción de innovaciones tecnológicas, que desplazaron gran cantidad de mano de obra, sin que esa circunstancia frenara la continua corriente migratoria del campo a la ciudad.

La máquina exigía habilidad y preparación especial que la mayoría no tenía y mucho menos los recién llegados que por lo general eran analfabetos, por lo cual junto con los primeros quedaron rezagados y obligados a permanecer al margen del progreso y confinados en las zonas más bajas y abandonadas de la ciudad, viniendo a constituir lo que nosotros llamaremos "GRUPOS MARGINALES".

La industrialización y la posterior revolución industrial, llegaron a América y con ellas los cambios sociales, políticos y económicos que llevaban consigo, principalmente los referentes al desplazamiento de la mano de obra incalificada, la migración interna y las grandes concentraciones humanas en áreas miserables.

En El Salvador, igual que los demás países de Centro América, con algún retraso en relación con los países de Norte América y de algunos de Sur América, se ha iniciado en la época de industrialización, por lo cual en la actualidad se encuentra frente a los cambios que hemos mencionado, propiciando la formación de "Grupos Marginales", que por todos los rumbos amenazan estrangular la ciudad capital, si no se le presta la atención que merece el problema.

### *Propósitos*

Por las observaciones anotadas anteriormente hemos estimado conveniente abordar en forma general el problema que constituyen los "Grupos Marginales", no sólo en vías de estudio y reconocimiento, dado que éste es nuestro in-

terés primordial, sino a la vez lleva implícito el deseo vehemente de hacerlo más consciente a las personas interesadas en la solución de los problemas sociales y especialmente a los organismos estatales e instituciones privadas para que les permita apreciar y juzgar la medida en que debe dársele importancia a este problema que se presenta en nuestro país en forma alarmante.

Además, porque consideramos que para dar medidas tendientes al mejoramiento de esta situación gravosa, es imprescindible considerar una serie de aspectos, entre ellos: un conocimiento objetivo y realista de la diversidad de factores que la provocan y las consecuencias negativas que traen consigo estas zonas tangenciales o apéndices de la ciudad.

Por otra parte, creemos que a través de la exposición de este trabajo, será posible comprender más a fondo el problema que manifiestan los "Grupos Marginales", no sólo en el aspecto vivienda, sino en todo el campo social.

### *Contenido*

El presente estudio comprende una investigación general sobre los "Grupos Marginales", el cual incluye: Concepto, estado actual, causas, consecuencias, conclusiones y recomendaciones en torno al problema y en especial los resultados de una investigación realizada por los autores de esta tesis en el Cantón "La Lechuza", "El Manguito o Chorizo", que conjuntamente con las Colonias, conocidas como: La Fortaleza, El Puente de la Policlínica, Quiñónez, Santa Lucía y San Luis, constituyen las principales concentraciones de familias que forman los "GRUPOS MARGINALES", en la ciudad de San Salvador.

Este trabajo se subdividió para su desarrollo en las siguientes etapas: Orientaciones generales sobre el tema; Formulación de hipótesis de trabajo; Investigación teórica de las condiciones de los grupos marginales en otros paí-

ses; Elaboración de la encuesta para llevar a cabo la investigación práctica; Conocimiento y observación general de la comunidad; Recolección de datos; Análisis de los resultados obtenidos y conclusiones y recomendaciones sobre el problema.

Esperamos que este estudio sea de alguna utilidad para los organismos del Estado y para las Instituciones particulares que en una u otra forma están interesadas en resolver este grave problema, con lo cual nos sentiríamos plenamente satisfechos.

**AGRUPACIONES PEDAGÓGICAS DEL MAGISTERIO.** Ministerio de Educación. Impreso en los talleres de la Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

Este folleto recoge en sus páginas las disposiciones decretadas por el Poder Ejecutivo —en uso de sus facultades legales— sobre establecimiento y organización de Agrupaciones Pedagógicas del Magisterio, según Decreto N° 145, firmado en Casa Presidencial a los veinticuatro días del mes de junio de 1952, por el Presidente de la República, Coronel Oscar Osorio y por el entonces Ministro de Cultura, doctor Reynaldo Galindo Pohl. Las disposiciones se refieren a Organización y Finalidades de las Agrupaciones Pedagógicas, a Consejos de Profesores, a las Asambleas Zonales y Congreso Nacional de Educación Primaria, a las Asambleas y Congresos Nacionales de Educación Secundaria, Vocacional y Normal, a las Agrupaciones Pedagógicas de Inspección Escolar, al Congreso Nacional de Educación Pública y a Disposiciones Generales.

**ESTUDIOS CENTROAMERICANOS (ECA) N° 184.** Año XVIII. Correspondiente al mes de Agosto de 1963.

Revista de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Trae esta interesante revista los siguientes trabajos literarios: *Dios salve al nuevo Pontífice, Pablo VI*; *Problemas de Centro América: La limitación de nacimientos en El Salvador*, por el Lic. Pbro. Juan Ramón Vega; *¿Qué es el Rosacruzismo?* Segunda parte, por el doctor Mariano Vásquez, S. J.; *El secreto del poder de Khrushchev*, por B. Souvarine; *La biblia en el cine*, por Néstor D. Jaén F., S. J.; *América Latina necesita seglares*, por Javier Ibisate, S. J.; *Mundo obrero*; *El Istmo en panorama*; *Perspectiva mundial*, S. M.; *Libros*.

**GUIA PARA EL USO DEL CUADERNO DE TRABAJO N° 1. Colección Guías de Trabajo.** Cruzada Nacional de Alfabetización. Ministerio de Educación. Departamento de Educación Fundamental. Impreso en los talleres de la Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

En la *Introducción* a este cuadernillo leemos la siguiente explicación:

“La colección Cuadernos de Trabajo, está compuesta de 3 cuadernos. El N° 1, contiene los ejercicios de preparación para la enseñanza de la lectura y escritura: desarrollo de la observación, visualización, conversación y dominio muscular. El N° 2, comprende ejercicios de formación de palabras, redacción e interpretación de frases y oraciones. El N° 3, redacción de asuntos útiles mostrando el valor práctico de la lectura y escritura en las relaciones diarias o casuales.

El método elegido para todo el proceso es mixto. El N° 2 se sujeta al proceso de la enseñanza de la lectura de la guía “Vamos a Leer”.

La elaboración de este material obedece a la urgente necesidad de completar al iniciado por la guía de lectura inicial.

Asimismo el estilo de letra adoptado para la enseñanza de la escritura inicial es el Script.

Las principales razones para adoptar este estilo son:

- a) Las letras son de forma sencilla.
- b) No necesita palotes para unir letras.
- c) Las letras se parecen mucho a las de carta y a las de los libros (impresión).
- d) La separación de letras ayuda a la distinción de sus formas.
- e) Hay menos tensión en los ojos.
- f) Hay claridad en la escritura.
- g) Fácilmente puede pasar el alumno al dominio de otro estilo de letra.

Posteriormente y cuando los alumnos ya dominen esta letra ellos mismos adoptarán con facilidad cualquier otro estilo.

Siendo así, el alfabetizador no debe dar importancia a ciertas infundadas críticas como la de que si no es letra de carta no es escritura. No debe olvidar que la escritura ha de servir al individuo para que sus ideas o sentimientos sean comprendidos por los demás; y para esto lo que basta es letra clara. Observe cómo muchos formularios, papeles, cupones, suplican a quien los va a llenar "ESCRIBA LETRA DE IMPRESIÓN". Es decir, ellos quieren una letra que no les dé dolor de cabeza para entenderla, pues saben que la letra de carta de muchos no es legible.

La aplicación de estos cuadernos de parte de los alfabetizadores se hará primeramente en *forma experimental* y según los resultados que se obtengan se tratarán de mejorar posteriormente.

res de la Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

Este interesante volumen expone factores demográficos de nuestro país; aspectos económicos y sociales; disparidades culturales; situación de El Salvador respecto a salud, nutrición, vivienda y seguridad social; hábitos, actitudes y valores predominantes en los distintos grupos sociales, que es conveniente estudiar mediante la acción de las instituciones educativas; aspectos relativos a la organización y la eficacia del sistema educacional; principales esfuerzos realizados para el desarrollo de la educación, después de la iniciación del proyecto principal N° 1 de la UNESCO; experiencias y realizaciones en materia de planeamiento educativo y de integración de éste con los planes nacionales de desarrollo; aspiraciones del país para el desenvolvimiento de los diversos aspectos de la educación; asistencia técnica para el desarrollo de la educación, recibida por el país en los últimos cinco años; medios u organismos que se han establecido para la coordinación e integración de las diversas fuentes de ayuda internacional con la iniciativa y recursos nacionales; naturaleza y monto de la ayuda exterior, que sería de interés prioritario para la realización de objetivos indispensables para complementar recursos técnicos y financieros, con especial referencia a organización de servicios de planeamiento y a elaboración de planes de desarrollo educativo.

SITUACION DEMOGRAFICA, SOCIAL, ECONOMICA Y EDUCATIVA DE EL SALVADOR. Gobierno de El Salvador. Informe presentado a la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico y Social en América Latina. (Santiago de Chile, 5 al 19 de marzo de 1962. Ministerio de Educación. Impreso en los talle-

ESTUDIOS CENTROAMERICANOS (ECA) N° 185. Año XVIII. Correspondiente al mes de Septiembre de 1963. Revista de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Leemos en este número de ECA los siguientes artículos:

*Ignorancia versus democracia; La gesta de la carabela Niña II*, por Judex; *El Problema de Belice*, por Sebastián Mantilla, S. J.; *¿Alabanzas a Juan XXIII o críticas a la Iglesia?*, por Carlos Benavides, S. J.; *Los Incas en el Siglo XX*, por Alfredo Metraux; *El uso de las drogas en el problema de la limitación de la natalidad*, por Sebastián Mantilla, S. J.; *Hechos y glosas; El Istmo en panorama; Perspectiva mundial*. S. M.; Libros.

GUION LITERARIO N° 92 Año VIII.

Agosto 1963. Dirección General de Publicaciones del Ministerio de

Educación. San Salvador, El Salvador, C. A.

El índice de este cuaderno, correspondiente al mes de agosto del año en curso, se presenta así:

*Cuentos breves y maravillosos*, por Claudia Lars; *Noticiero Cultural; La cojera de Lord Byron*, por José María Méndez; *Próximas publicaciones; Labor editorial que acredita al país*, por Adolfo Pérez Menéndez; *Libros y revistas; La Academia Española Trabaja*, por Julio Casares; *Brújula para el lector*.



